



ARTÍCULOS INÉDITOS



© Instituto de Estudios Bercianos
Edita: Instituto de Estudios Bercianos
ISBN: 978-84-15535-62-1
Diseño y maquetación: JM Sobrín Jiménez

Índice

Necesidad del regionalismo	11
Francia y nosotros	15
La verdad y los golpistas	18
Una patria sin barbarie	21
Junio 1981	21
Los cien últimos días del gobierno Tejero	24
La primera huerta atómica	27
Demócrata, orgánico y liberal	30
Generales de Bolivia	33
Un cristianismo de clase media	37
El cerco de Portugal	40
Neutralizar, neutralizar	43
Para una mitología del señor gobernador	46
Evrén de Turquía	49
La muerte de las revistas en flor	52
La metafísica del tricornio	56
Primer avatar de Barrionuevo	58
Una razón para la paz	61
El divino Efraín	63
Coria sin su juguete	65
¿Quién manejó su barca?	67
Un nudismo acosado	69

El 86	71
La gaveeta de los días	73
La maga del monte	76
Agostinho	77
La tribulación de Borge	79
Una pareja ametrallada	81
Una frase del viejo canciller	83
El otoño del Sátrapa	85
El apoyo táctico a los misiles	87
El alcalde apaleado	89
Idígoras y Pinedo	90
Ponga un premio en su vida	92
El gozo y la ceniza	93
Matar por matar	94
Valdecaballeros	95
USA y URSS	96
Stroessner	97
Jerzy Popielusko	98
Benjamín Mancebo	100
Pinochet huye hacia delante	102
Caminantes de Lérida	103
Los escasos dineros de Sandino	105
El ejemplo Quebec	107
El cura cardenal y el obispo Cantero	109

El año que huye	111
El llanto de Retamero	112
Matar el bosque	114
Lluvia española	116
Las letras doradas	118
Espiar al poder	119
Una obediente política exterior	121
Las enseñanzas de Lisboa	124
Un triunfo de la telefonía	125
Puerto Príncipe	126
Fin anunciado de Marcos	128
La guinda ética	130
El asomao y el escondido	131
Ciudad de espaldas al deporte	132
Televisión privada	134
Valencia, la tercera vía	136
Barreiro	138
De viajes y de viajes literarios	139
Malabo no es Malibú	141
Podiofobia	142
La huida	144
Jordi en el barranco	146
El mitin de la sangre	148
Árbol caído	149

El sureste, la magia seca	150
Dobles	151
Los idus de marzo	152
La política del olvido	153
Saramago	155
Una estatalidad	157
La pegada	158
Mafia rusa	159
Milosevic	160
Pisos	162
La ertzaintza	164
El partido	166
UV	168
El país navarro	169
Sectas	170
Josep Plá	172
Roig	174
Médicos con fronteras	176
El hecho diferencial	178
El nacionalismo	179
Candidato Maragall	181
Otro nueve de octubre, el mismo	183
Carmen Alborch	185
La tienda de Emilio Attard	187

Cartagena	189
El gurú de Romero	191
Vukovic	193
Ven y cuéntalo	195
Diálogo y audacia	197
La línea curva	199
El honor de la justicia	201
Pol Pot	203
El mito periférico	205
El impostor	207
El concilio de Barcelona	209
Retrato de familia	211
Limpieza étnica	215
Colegas de interior	217
Kabila	219
Rusia	221
El chico de la ría	223
El sino de Ibarreche	225
El mapa de Durán	227
Andaluces de Valencia	229
Jacques Santer	231
Tres mundos	233
Espinosa	235
Catalanes meridionales	237

Almunia está contento	239
Santones	241
ETA juega al palé	243
El Espai d'Art de Castellón	245
Kosovares de Valencia	247
Piel de cordero	249
Marbella	251
Boris Yeltsin	253
Pujol andaluz	255
Nuevo valencianismo	257
Última ETA	259
Borges	261
Turquía	263
Timor Este	265
El protectorado que nunca existió	267
Franquismo	269
Los comicios de la etnia	271
Guante blanco	273
Monarquía federal	275
Cáncer y nacionalismo	277
El silencio de Teatres	279
Antonio Guterres	281
El tiempo de Almunia	283
El senado	285

El espíritu del Guggenheim	287
Construcción nacional	289
Frutos de Almunia	291
China y Chechenia	293
Ermua y Lizarra	295
La guerra de los puertos	297
Los bolos de Maragall	299
La calle de los vascos	301
Matutes Andino	303
Catalán en el Senado	305
Soldados	307
El GIL en Valencia	309
Extranjería	311
El Piojo y la esfinge	313
El duelo latino	315
Un banquillo para Pinochet	317
El estado de la ilusión	319
El vídeo burdo	321
La última transición	323
África	325
La libertad	327
Hospitales públicos	329
La radio pública	331
La gloria	333

El futuro de España	335
Palo y zanahoria	337
La escuela oscura	339
Universidad y desencuentro	341
Estado español	343
Confebask	345
Joseba Egibar	347
El lobo blanco y el lobo negro	349
Septiembre soberano	351
La sombra	353
Balones de oxígeno	355
Los nuevos fundamentalistas	357
Álvaro Gil-Robles	359
Trento y Copenhague	361
Valencia de la NATO	362
La hora eslava	364
CIS valenciano	366
Gaspar Llamazares	368
Vladimiro Montesinos	370
Lugeria	372
Valencia levítica	374
Cajas destempladas	376
El IEB	378

Necesidad del regionalismo

Mayo 1976

Entre los múltiples aspectos descorazonadores, y acaso como la mayor arma represora del régimen actualmente en fase de retoque, para que todo siga igual, encontramos al centralismo, eje negro de cualquier régimen autoritario. Lago donde se ahogan las individualidades, las ideas y las comunidades.

Los pueblos que forman este país tan complejo y variopinto que es España fueron sometidos -en la alborada de los planteamientos autonomistas- a un feroz centralismo, estructurado por la burocracia fiel a la oligarquía vencedora -financiera y terrateniente- desde Madrid, esa mezcla de Navacarnero y Kansas City poblado por subsecretarios, que dijo Camilo José Cela.

Las consecuencias de enajenar a cada pueblo su personalidad, su cultura y el control de sus recursos económicos ha sido una triste fase de nuestra historia que no se debiera repetir, y para ello es necesario articular de forma realista y coherente una estructura de convivencia y desarrollo basada en la devolución a cada nacionalidad, región y comarca, de los derechos y recursos que por una parte el centralismo y por otra las empresas multinacionales en connivencia con aquél, han provocado impunemente.

El regionalismo no significa ni tiene nada que ver con la nostalgia de los burgueses y pequeñoburgueses de cada área regional que siempre envidiaron a sus compañeros madrileños y que ahora intentan organizar en la periferia un tibio reformismo capitalista fundado en el folklore, en las reivindicaciones lingüísticas y poco más. Creo que en estos tiempos regionalismo equivale a socialismo y autogestión. Y si no es así, lo demás serán intentos pacatos, más o menos estéticos, para que todo siga igual. Es idénticamente explotador un capitalismo centralista que un capitalismo galleguista o valencianista. Exactamente igual. No debemos caer en la trampa de tomar la pequeña parte de una cierta libertad cultural por el todo, que es la autonomía y el socialismo.

Partidos políticos capitalistas, ya de tinte democristiano, ya liberal, de Cataluña, de Euskadi o del País Valenciano... no son más que vanos intentos reformistas, no exentos de paternalismo. Resulta curioso que en las regiones más depauperadas, donde la injusta distribución de la renta que padece el país se ha hecho más patente, como Galicia y Andalucía, sea donde los movimientos reivindicativos regionalistas tengan un mayor componente socialista.

El regionalismo de la hora presente, por otra parte, nada tiene que ver con los estériles localismos exclusivistas, con esa absurda xenofobia hacia los que viven al otro lado de la cordillera, y que tiene la misma naturaleza que los enfados colectivos entre aldeas vecinas. Este aldeanismo corto de miras, es la negación del regionalismo, que es esencialmente internacionalista. La existencia del ciudadano del mundo, del hombre preocupado por los problemas que afectan a todo el planeta, abierto a todas las personas e ideas, vengan de donde vengan, sólo puede nacer en el seno de una sociedad humanizada, que asuma el control de sus recursos económicos y que genere su propia cultura. Porque toda cultura es universal. Lo que va realmente contra el internacionalismo, y en definitiva contra el hombre, es el centralismo, siempre basado en la fuerza represora, en el autoritarismo, en un extraño y escapista culto a lo abstracto -la grandeza, el partido...- provocador de xenofobias con fines inconfesables y de locuras colectivas. Existen, por desgracia, demasiados ejemplos en la actualidad de estos dislates sociales.

Y si en algunas zonas del país padecen sentimientos xenófobos hacia el resto de los españoles -me estoy refiriendo al País Vasco-, sería necesario, al tiempo de luchar por su erradicación, buscar las raíces de ello en la lógica y desesperada defensa de un pueblo contra el prepotente centralismo. Ahí nace esa desconfianza y cerrazón, tan comprensibles en quienes hasta hace poco tiempo tenían prohibido hablar en su idioma y han tenido y tienen a centenares de sus hijos en la cárcel, la mayoría de ellos no precisamente por motivos terroristas. Y no conviene olvidar que el terrorismo -que yo, por otra parte, rechazo enérgicamente-, no nace por floración espontánea sino porque ocurren unas muy determinadas circunstancias que lo generan y que, desde luego, tienen poco que ver con la justicia y la libertad.

En consecuencia, al propugnar el regionalismo, definiendo simultáneamente la hermandad, la solidaridad y las relaciones entre cada región, cada nacionalidad y cada comarca, se hallen donde se hallen. Porque la autogestión y el socialismo, al devolver a cada pueblo su libertad y el control de sus recursos, humaniza al hombre. Lo hace más abierto y menos reprimido (por la burocracia, por el aislamiento, por el miedo) a todos los niveles, en todas las dimensiones de su personalidad, incluida, por supuesto, la sexual, ya que es irrefutable que capitalismo, fascismo, centralismo, represión cultural y represión sexual son una misma cosa. Se basan en lo mismo: en la explotación. El frustrante espectáculo y vergonzoso negocio del destape sólo puede tener

aceptación en un pueblo de ciudadanos reprimidos -no por culpa de ellos, de nosotros- que encima son y somos explotados por las empresas capitalistas que tales actividades organizan, estructuradas hoy en día por el poder como un valioso instrumento para la evasión.

El regionalismo autogestionario y socialista que nuestra hora reclama no tiene nada que ver con los planteamientos revolucionarios que, si bien propugnan el socialismo, no entienden, no quieren entender, y a la larga rechazan, las autonomías regionales. Pero la lucha necesaria es por el socialismo y por la libertad, ideas que no pueden separarse. Y la lucha por la libertad y por el socialismo repudia por naturaleza todo enfoque autoritario y represivo de las comunidades, de las personas y de las ideas. De ahí que muchas organizaciones políticas de izquierdas que basan sus actuaciones presuntamente revolucionarias en desatinos tales como la dictadura del proletariado (que única y exclusivamente ha sido la dictadura del partido), feroces centralismos, eliminación de los disidentes de la vida política y represión de los sentimientos autonomistas, tampoco pueden atajar las necesidades actuales, que son las necesidades humanas globalmente consideradas.

De ahí que tales partidos y organizaciones deban asumir de forma más comprometida y menos coyuntural las necesidades de las regiones, si es que de verdad pretenden en estos momentos ofrecer una alternativa revolucionaria. Si lo que buscan por encima de todo es someter al pueblo español -esta vez en nombre de esa entealequia llamada partido- mucho me temo que nos esperan épocas sombrías a quienes propugnamos un socialismo autogestionario, que por otra parte nada tiene que ver con la socialdemocracia, o capitalismo parchado.

Es la hora de la creatividad, y los políticos casi nunca entienden esa palabra. No queremos ni Cánovas, que hizo pequeñas concesiones para institucionalizar la injusticia duradera, ni Stalines, ni Caetanos, ni Pinochets. Queremos la libertad para cada pueblo. Y la libertad no vendrá por la vía de los politiqueos, de los autoritarismos, de los sofismas. Que cada comunidad cree en libertad su propia cultura, vinculada libremente al resto de las comunidades del planeta. Que cada comunidad sea la que controle y distribuya con justicia sus recursos, velando por la riqueza ecológica a la hora de extraer y producir los bienes necesarios.

Se trata, en suma, de un muy largo camino del que nuestra generación no verá posiblemente ni la décima parte del mismo porque habrá retrocesos.

Pero es un proceso irreversible hacia algo ciertamente hermoso y necesario: que el hombre sea hombre. Lo único que debe ser, lo que quiere ser.

Hay que pisar tierra firme. Y tierra firme es el socialismo y la autogestión. Y el socialismo autogestionario ha de marchar por la vía de un regionalismo coherente. Y un regionalismo coherente se va haciendo hoy mismo aquí, en la comunidad del Bierzo y Valdeorras, como en todas las demás comunidades españolas, luchando por la recuperación de las competencias que nos han enajenado, luchando por la amnistía, por la libertad sindical, por la libertad de expresión. En una palabra, por la justicia.

Francia y nosotros

Mayo 1981

Y ahora que Mitterrand es el presidente constitucional de la República Francesa; ahora que en las elecciones legislativas la izquierda transpirenaica, como un inmenso océano, se apodera del parlamento por la única vía legítima –la de las urnas-, ¿qué piensa de todo ello el sufrido espectador del sur del Bidasoa, el españolito de a pie?

Enumeremos algunos temas que puedan servir de acicate para la meditación.

1. En Francia no se cultivan tejeros. Aunque hay un señor Le Pen, ultra y calvo, que saca varios miles de votos entre los “pied noirs” que ahora regentan restaurantes fuleros en el extrarradio parisino, el caso es que nadie se atreve a levantar la palabra contra la severa voz del general de Gaulle, que metió en la cárcel a los militares fascistas que no querían abandonar Argelia. Por medio de los transistores, como nosotros en la triste noche del 23-F, los soldados franceses destacados en África desobedecieron justamente a los oficiales trasnochados y así nació un nuevo estado libre y democrático de la mano de Ben Bella.

2. Para que no se cultiven tejeros y sus anónimos y más peligrosos alentadores, hace falta cultura, mucha cultura. Y la cultura necesita una política y una industria de la cultura, digan lo que digan los eternos forofos de la espontaneidad del pueblo. Por eso Francia, con Mitterrand, invertirá casi el 2 por ciento del presupuesto nacional en potenciar el “conócete a ti mismo” en sus habitantes. Significativamente, en Francia hay casi cuarenta mil librerías mientras que en España apenas consiguen malvivir los cuatro mil establecimientos donde se puede adquirir la letra impresa.

3. Los que descubren las ideas del economista inglés mister Adam Smith ciento cincuenta años después de su muerte y quieren con ellas fundar partidos radicales que contarán con el 0,50 por ciento de los votos del electorado, olvidan crasamente que quince millones de franceses han hecho posible la victoria de Mitterrand, pisando precisamente el cadáver del liberalismo decimonónico. España tampoco es el espurio Chile de Pinochet y Milton Friedman. Además, en 1818 nació un hombre que escribió “El Capital”; libro que

tiene capítulos tan incontestables como el principio de Arquímedes, mal que les pese a muchos.

4. A los que establecen que el pueblo francés, como todo colectivo inteligente y culto, es siempre moderado, es preciso darles la razón, ya que han elegido un presidente posibilista, sabio y cauto. Pero a los que identifican moderación con Alianza Popular hay que recordarles que la derecha francesa ha obtenido el más miserable porcentaje electoral de las últimas décadas. La serenidad también comienza a ser patrimonio de la izquierda, base sólida de la creatividad política. El nerviosismo del fracaso estruendoso comienza a ser el documento nacional de identidad de quienes no saben inventar la Francia de los tiempos que corren.

5. La política electorera que se alimenta de pactos, contrapactos, promesas, volatines y marrullerías de políticos disfrazados que tomaron el tren de la democracia en su última estación, puede funcionar durante unos años creyendo sus mentores que el electorado vegeta en la idiocia política, y que siempre el pánico al rojerío será el seguro de vida de los jóvenes turcos. Sin embargo, un día la gran mayoría descubre que los fantasmales vendedores de palabras son fantasmas de verdad. De ahí que los partidos que tuvieron el favor ingenuo del pueblo ingenuo pasan al terrible drama del veinte por ciento y abandonan los palacetes y se ven obligados otra vez a buscar a su padre.

6. Los partidos comunistas que siguen analizando el mundo a través de las cejas de Breznev, que justifican barbaries como las de Kabul y que afilan los cuchillos para comer el atacado cordero del pueblo polaco, se olvidan, con la gula internacional, de que la cultura avanza a favor de la verdad y de la libertad. Que con camarillas de ancianos silenciosos que sueñan con el partido único aunque digan lo contrario, solo se llega al puerto de la burocracia y de un cierto jesuitismo agnóstico. Los intelectuales de estas formaciones son un clamor en desbandada. Y los metalúrgicos de estos partidos también buscan otros derroteros más saludables y heterodoxos.

7. El progreso de las formaciones políticas nacionalista ha de llevarnos a una España más justa y más abierta, siempre y cuando no convoque esta fuerza social a los viejos demonios regionales que a veces dejan entrever políticos de sacristía y racismo en penuria. La solidaridad sólo es viable desde la libertad y el respeto a las minorías y a las culturas de un estado. Quienes firman manifiestos antiautonómicos son unos perfectos insolventes mentales.

Quienes firman manifiestos antiespañoles todavía lo son más porque repiten los errores de aquéllos y porque, además, están llamados a construir, más que nadie, la nueva convivencia en el estado.

8. Alegrémonos, finalmente, de que en Francia la primera personalidad de la nación sea un hombre que conoce y ama la literatura universal. Desde el formidable balcón de las letras, se puede concebir el destino de una patria y se puede dar a cada francés un motivo para trabajar y pensar. En este camino, la cultura, al menos nosotros los españoles no nos sentimos muy acomplexados. Tenemos un presidente del gobierno que, aparte de sus nada desdeñables conocimientos literarios, sabe tocar discretamente el piano, y aunque no sea el piano que tocaría Miterrand, decididamente el de don Leopoldo no es el piano de Tejero.

La verdad y los golpistas

Mayo 1981

Hacía cuarenta y dos años que un presidente del gobierno de España no atacaba en el parlamento a los enemigos del pueblo. Desde la tribuna de las Cortes sólo hemos escuchado disculpas, parabienes, homenajes y mentiras a voces para afrontar el infame tema de la extrema derecha. Los ministros del Interior siempre encontraban dudas, indicios y retruécanos para dejar incólume la dignidad de los indignos del sub-fusil descontrolado. Parece que ahora, tras la barbarie del Banco Central, no es posible seguir con las gafas de madera para enjuiciar los hechos nefandos que hasta un niño de ocho años comprende en su total dimensión. Sea, pues, porque el nuevo gobierno quiere de verdad erradicar el golpismo o sea porque es imposible ocultar a la nación este gigantesco burro sangriento que circula a tres pasos de nuestros ojos, el caso es que el señor Calvo-Sotelo habló, y lo hizo claramente: el asunto de la plaza de Cataluña es de factura ultraderechista, y pertenece a un proceloso y temible plan de derribo de la convivencia en libertad de todos los españoles.

Los portavoces de los demás partidos con representación parlamentaria tampoco le fueron a la zaga al primer ministro: una jarca de lumpen-guerrilleros manejada por una cuadrilla de lumpen-resentidos, a su vez manipulada por un oscuro estado mayor de lumpen-mussolinianos, quieren mandarnos a galeras. No lo conseguirán, empero, porque el pueblo está vigilante y no olvida las consecuencias fatales que podría implicar el bajar la guardia ante la turbamulta de los forajidos. Cuarenta años de vivir en un callejón sin salida son demasiados años para no colocarse bien las gafas y amueblar la mente y las manos para construir entre todos la barricada frente a los cuervos. Tejero y sus amigos han conseguido lo que parecía imposible: sacar al pueblo de España del desencanto. La demente actuación de estos hombres fue un aldabonazo contra el desánimo. Ya no es visible en el pueblo aquel estado mental abandonista donde se cultivan todas las penurias ideológicas que preparan el camino del fascismo, ya sea por la vía pasota, ya sea por la vía del ínclito Poujade.

Pues bien, en esta lucha contra la farándula asesina en versión negra, nadie dudara de la importancia capital que han tenido en la logística democrática del pueblo los medios de comunicación social, prensa, radio y televisión. El hermoso ejemplo de la radio en el 23-F, apoyada por la tragicomedia filma-

da del hemiciclo, y las ediciones especiales de los periódicos, han conseguido levantar la moral del país a través de la toma de conciencia, de la información. El pueblo ha elevado su dignidad a través de su participación activa en la política terrible de estos últimos meses. Se ha manifestado masivamente contra la estrategia del miedo, ha devorado montañas de diarios y revistas y ha exprimido el jugo a los receptores audiovisuales. En una palabra, ha conocido mejor a su país, España, a través de la espantosa puesta en escena permanente de los últimos generadores de leyenda negra que por aquí pululan y que se esconden de la ira del pueblo detrás de los cuerpos de unos rehenes indefensos. A esta actitud bárbara, seguro que también le llaman valor y testículos en sus francachelas cada día más reducidas.

Llevamos cien días conocidos caminando por una senda minada de rencor, de brutalidad y de abyección. Los niños han aprendido a tener pesadillas con un tricornio bigotudo y la cultura de la nación tiembla solo con pensar que todavía funcionan las barbaries pinochetistas y las barbaries etarras. Lejos nos observan ojos escapistas (ojos trilaterales, ojos de Haig), y dentro nos emplazan ojos de buitres inefables. Sin embargo, reitero que cada día la senda es más luminosa. Parece que por fin el pueblo ha contemplado el espectáculo del golpismo en pintorescos calzoncillos de la época de Fernando VII. Esas voces bravuconas, esa indigencia doctrinal del artículo de un sedicioso, ese uno por ciento de apoyo a la ultraderecha... son el rastro incivil de los que asaltan a la nación porque nunca asaltaron lo único asaltable en buena ley: su cerebro desatinado y empantanado en patriotería y gratuita violencia.

En estos cien días en los que nos hemos topado con el más genuino de los enemigos de la convivencia –el golpismo–, algunos todavía no son capaces de comprobar el avance de la justicia y la libertad que han impulsado los medios de comunicación. Así resulta penosísimo comprobar como en el debate parlamentario del martes 26, el portavoz de Coalición Democrática, y ex ministro franquista, Sr. Carro y Martínez, de Lugo, refería que era imprudente la labor informativa que dio justa y admirable cuenta de las incidencias protagonizadas por los terroristas. Entendía Carro Martínez que la verdad es peligrosa. Se olvidaba el católico político de la máxima evangélica que nos dice que la verdad nos hará libres. Cree este buen señor profesor de derecho que es necesario, como en su tiempo ministerial, edulcorar los acontecimientos antes de ser digeridos por el cuerpo social.

Y este es justo el camino que nos llevaría a nuevas intenciones involucionistas. A mantener deliberadamente el enmascaramiento de las fuerzas negras.

Ahora comprendo por qué el partido del Sr. Carro ha obtenido la mayoría de sus apoyos electorales en las áreas rurales donde apenas llegan los periódicos. Donde los caciques funcionan como tamiz de la pretendida verdad.

Durante casi cinco años esta actitud paternalista ha emponzoñado al partido del gobierno. Con la recién estrenada vocación de llamar a las cosas por su nombre, el gabinete Calvo-Sotelo camina también hacia su futuro, y sobre todo, lo que es más importante, abre expectativas de esperanza y de confianza al porvenir del pueblo. Los oscurantismos comienzan a morir entre nosotros. Alegrémonos y, sobre todo, mantengamos los ojos y las manos en la necesaria vigilia.

Una patria sin barbarie

Junio 1981

Recorren el solar de nuestro país unos hombres encapuchados deseosos de acabar con todos nosotros. Con cualquiera. Atacan por la espalda a pacíficos viandantes que van o que vienen del trabajo, convierten los cafés en carnicerías, lanzan bolsas letales por la ventanilla de los automóviles que transportan a miembros de las fuerzas armadas, explotan bombas en los aeropuertos que siegan la vida de viajeros desconocidos y ponen, en definitiva, a toda la nación contra las cuerdas.

Estos hombres de profesión asesina, de ideario ultramontano y de insolvencia mental absoluta, apuntan al entrecejo de 37 millones de españoles. Apuntan contra la Constitución –nuestro idioma de esperanza-, apuntan contra la libertad –nuestra hermana recuperada-, apuntan contra la justicia y contra todo el quehacer de un país cada vez más esforzadamente cercano de la verdad.

Pero estos hombres son abandonados segundo a segundo por la historia y por el pueblo consciente de su mensaje de callejón sin salida. En el aislamiento acelerado de los últimos meses, surgen las prisas y las tinieblas. Entonces, el único recurso de la barbarie es acentuar la barbarie, y así lo hacen quienes practican de modo cruel, el cruel fascismo. Gentes de disparo, arrinconadas y rabiosas. Gentes que son un fantasma de sí mismas.

Resulta necesario profundizar el entorno educacional y de convivencia de tales vándalos tenaces. De cómo una organización armada nacida con inequívocos ribetes populares ha derivado en un perfecto enjambre de locos. Creo que aquí es de rigor pensar en las consecuencias paranoicas que conlleva todo nacionalismo entendido como una religión. Todo independentismo considerado como un menú de mística y testículos.

Los individuos de la sangre se cultivan en un entorno férreamente matriarcalista: la patria –o patria- norteña, al parecer amenazada por el gran rufián allende el Ebro. Nace así el devenir del gran Edipo colectivo. La conciencia de que “los demás son malos y de que sólo tu mamá te quiere bien”. El pensar que nosotros somos los únicos represaliados por el franquismo. Que nosotros hemos sido las únicas víctimas del genocidio cultural programado

por la incuria burocrática de Madrid. Nosotros, los únicos valiente. Los únicos detentadores de la verdad. Y por el aire queda algo de aquella actitud de las madres de Esparta que despedían a los hijos guerreros con la terrible frase del escudo: “O con él, o sobre él (muerto, claro)”. Así era como debían volver los combatientes que despeñaban a los niños endebles por el monte Taigeto.

Más pautas culturales inciden en la germinación que mata para reproducirse. Destaco, entre otros ingredientes, la pintoresca actuación de gran parte de la clerecía vasca durante las contiendas carlistas. Aquellos curas montaraces, imponiendo una opción política a trabucazos contra los feligreses, son los antecedentes de los clérigos actuales que alegan desde el altar –como yo tuve ocasión de escuchar en Tolosa en febrero de 1976- que “no es conveniente que una mujer vasca se case con un hombre de otra región”. Acaso existe un abismo cultural infranqueable para el amor entre un santanderino y una donostiarra. Tal vez.

También considero significativo comprobar como la ciudad más cosmopolita del territorio vasco –Bilbao- con casi la mitad de la población del país, y sede de dos universidades, aporta una escasa proporción de vecinos a la nómina del terror. Indudablemente entre los pequeños valles cerrados a toda comunicación con lo que no es “nuestro”, entre gentes que apenas abandonan el entorno pastoril, entre sueños de taberna y cuentos de brujas de Zugarramurdi se potencia mejor la intransigencia y la ocupación de los visionarios. La cultura, en este caso, no favorece el hermanamiento con los demás hombres de la tierra, empezando lógicamente por los vecinos, por muy graves que hayan sido –y lo han sido- las heridas de la historia. La grandeza de la cultura será el diálogo, la esperanza, el solidario recomenzar de todos.

Ahora existen posibilidades para hablar y construir una Euskadi mejor, más libre. Y ello aunque las condiciones económicas e internacionales sean tremendamente negativas. Por eso la actuación de los asesinos se convierte en caricatura trágica sin futuro y por eso se aumenta la dosis de salvajismo. Es una guerra contra reloj, y la hora la concibe el pueblo, que cada vez cree más en si mismo y en la paz. Que detiene su actividad cotidiana en el acto de solidaridad más hermoso y rotundo de nuestra historia última, durante ciento veinte segundos que simbolizan la esperanza y el patético acorralamiento social de quienes se perdieron para la libertad entre racismos y fusiles.

Sería banal, empero, pecar de optimismo. Y peligroso también. A estos maximalistas les han salido compañeros en su ocupación homicida. Se trata de los autoproclamados titulares de ciertas esencias patrias. Son los que tampoco quieren la libertad. Son los que viven desde, para y por el miedo, magma original del oscuro proyecto de sociedad que ansían edificar contra la voluntad del pueblo. Son los que hablan de “nuestra España” como si fuera de su propiedad el terreno donde vivimos los treinta y siete millones de españoles. Son los que hablan de orden y mano dura. Están desesperados porque la crisis económica no les permite como antaño, luchar contra el divorcio y, a la vez, mantener a la concubina de turno. Son los que tienen amigos que dicen “se sienten, coño”; gente que asalta parlamento y que come langosta en torreones gallegos.

Unos y otros, unidos como una piña antidemocrática, atacan duramente en las últimas semanas para desbancar el escenario de la convivencia: la Constitución de 1978, aprobada por la inmensa mayoría de los españoles. No conseguirán sus objetivos porque cuando la zafiedad e injusticia de los procedimientos es tan evidente, producen los efectos contrarios. Igual resulta que el método sea la “goma 2” que la teoría del estado de Pinochet. La indignancia de los inciviles aumenta, y la sociedad aborrece tan penosas señales.

Difíciles momentos estamos pasando. La democracia sigue bajo la espada de Damocles. La triste historia de los últimos doscientos años nuestros pesa como una trágica premonición. Aun así, diversos motivos favorecen el sosegado optimismo: aumenta progresivamente el nivel cultural y cívico del pueblo, se acerca –lentamente- nuestra integración en la Comunidad Europea, existe ya un verdadero deseo de diálogo entre los partidos políticos mayoritarios y se aprecia un inequívoco acercamiento entre el pueblo y sus fuerzas armadas. No podemos olvidar tampoco la actuación honesta, valiente y popular del Jefe del Estado. Dicen algunos despistados que tenemos un rey que no nos lo merecemos. En poco valoran la altura moral del pueblo quienes dicen tales desatinos. España merece el mejor de los dirigentes, como todo pueblo que ha sufrido con enorme intensidad sus contradicciones y sus guerras. Como todo pueblo que edifica con dolor su identidad plural, su historia compleja y rica, sus culturas antiguas y universales, que nadie podrá extirpar porque son obra y carne de sus pobladores. Por una vez parece que es posible afincar en España un sistema social justo que permita la participación de sus pueblos y sus hombres. Mientras, a extramuros de la esperanza, la farándula asesina patalea inúltimente. Pronto le confeccionaremos, entre todos, su necesaria camisa de fuerza.

Los cien últimos días del gobierno Tejero

Junio 1981

Poco a poco va desapareciendo de nuestra patria el tiempo del pánico. La niebla de la incultura y de la barbarie se estrella silenciosamente contra el pueblo que la pisotea sin encono. Como se desprecia el despropósito de un asno. Es un griterío que queda al fondo del paso de los treinta y siete millones de españoles que no quieren las bravuconadas vacías de toda luz. Es un estruendo más histórico cuanto más reducido. La nación camina doscientos años por delante. Muy cerca, ya, de 1981.

Se desdibujan con esfuerzo y energía solidaria los cien días de las asonadas. Nadie volvió a decir la docta frase “se sienten, coño” en el parlamento. Por el contrario, el teniente general Gabeiras dijo en Madrid el jueves 21 que la única razón de ser del Ejército es la “defensa de la libertad de todos los españoles”.

El tejerazo, sus secuelas, está herido de muerte, y la epidemia de golpismo atípico es una ensalada de basura. Fenece por fin el desatino del 23F, pero no muere porque sí.

Sin embargo, se podría pensar que las directrices últimas del caballero del bigote se van cumpliendo inexorablemente. Se diría que el golpe comienza a triunfar de hecho, lo que parece visible en algunos ejemplos contundentes: la inminencia del ingreso en la OTAN, el frenazo autonómico, la ley de estados de excepción, alarma y sitio o el lamentable caso Gabilondo. Acontecimientos que son, sin duda, reaccionarios. Que implican un retroceso notable en las cotas de libertad que nuestro país va labrando desde 1977. Sin embargo, no podrán cuestionar este proceso. Es una mera incidencia en el abecedario de todo progresista: “un paso atrás y dos adelante”.

Por otra parte, caer en interpretaciones tan pesimistas de la realidad, aun siendo una actitud respetable, y cuanto más en España, es olvidar la real estructura de poder del Estado. Y es que en nuestro país gobierna la derecha, como en su día decidieron las urnas democráticas. Y de la derecha se debe esperar, coherentemente, una gestión pública conservadora, como la que efec-

túa el señor Calvo-Sotelo. Como la que realizan sus correligionarios Reagan o Thatcher.

También olvidan los impecables derrotistas que España todavía tiene muy reciente en sus carnes atormentadas la historia de una larga ignominia, que arranca como mínimo de Fernando VII y que con breves trancos de libertad por medio, ha desembocado siempre en represión y oscurantismo. En el gobierno permanente de ciertas clerecías, inciertos banqueros y ciertísimos tejeros. Un legado, en suma, de sinrazón, que todavía inunda amplias zonas mentales de un pueblo que aún teme al Anticristo o a los franceses. De todos modos, esas gentes rezagadas también se van cauterizando y es posible creer en la esperanza por una vez en cuarenta y cinco años. Sobre todo, desde que el dragón hizo su estentórea liturgia provocando tanta hilaridad como espanto.

Probablemente, si al pueblo español se le preguntara acerca de su opinión sobre el ingreso de nuestro estado en la OTAN, es posible que hubiera menos partidarios de insertar nuestra defensa en este club de la guerra fría. Asimismo, entiendo que si se le interrogara al cuerpo social su parecer sobre lo que significa el informe del profesor García de Enterría sobre las comunidades autónomas, cabe esperar que hubiera muchos partidarios de las directrices restrictivas del catedrático cántabro. Pero lo que es evidente es que si se consultara al pueblo sobre el apoyo a otra tejerada, no creo que llegaran al tres por ciento los partidarios de la involución.

Esta reflexión coloca en dos planos perfectamente diferenciados lo que es una política reaccionaria de un gobierno constitucional, legítimamente formado, y lo que es una política sacrílega de brutal desgobierno. Una cosa es apretarnos el cinturón y otra muy diferente que alguien nos arrojase al suelo. Desde la tierra, habría que volver a las catacumbas y al desamparo. Desde la posición de sentados podemos mandar a escribir sus memorias al señor Calvo Sotelo, como han hecho en Francia con su colega político.

También es cierto que dos nuevas consideraciones se pueden superponer a las anteriores. La primera, que nunca es legítimo el chantaje político alegando que, si no, luego vendrá el coco del tricornio. Y la segunda, que los que creen más favorable para ciertas revoluciones la previa conversión de España en un estado fascista, parecen haberse olvidado de cuarenta años contundentes, cada uno un martillazo contra la libertad. Y contra los planes desquiciados de utópicos y, en muchos casos, bárbaros hombres de Euskadi.

Parece, pues, que pasó la hora de los que querían continuar con la publicación, por fascículos, de nuestra leyenda negra. El pueblo mira hasta el fondo y luego se marcha de los tenderetes donde venden represión y mitos raciales empaquetados en una “parabellum”. El proceso es visible por las calles de España, como, por ejemplo, aquellos dos minutos de solidaridad. Se terminan los últimos objetivos del gobierno del Miedo. Han conseguido sus incitadores tener al país en vilo durante cien días, cierto, pero en este tiempo el pueblo ha aprendido a vigilar a sus enemigos y a valorar todavía más la libertad que estuvo en peligro. La Constitución y el diálogo salen de un bosque lleno de serpientes, con moraduras pero sin novedad en el escenario de la democracia. En el escenario de la esperanza que crece con esfuerzo.

Lejos, entre pinos chamuscados y aldeas abandonadas, pulula un duende analfabeto con espada de barro. Chocó de frente con la razón, y canta sus miserias a la estatua de un verdugo. Son la muerte y la parodia, que se quedaron sin pueblo.

La primera huerta atómica

Julio 1981

El Teleno es una pirámide azul que brota como un dios de piedra en la tierra de León. Preside majestuoso el gran monte su oferta de valles abruptos, fríos y antiguos donde nacen ríos nevados que serán el futuro cuerpo del Miño y del Duero. Las quebradas que dan al este y al sureste abren el tiempo de dos comarcas ganaderas que han ido edificando durante siglos la más pintoresca síntesis cultural de la provincia. Son la Somoza y la Maragatería, solar de arrieros, comerciantes y canónigos. Y precisamente en estos campos de paz y praderas es donde van a instalar el más notable campo de la guerra de España. Conozcamos su historia.

En Astorga, capital de la comarca, ciudad episcopal y bien provista de fábricas de chocolate, hay un imponente cuartel de artillería, por nombre Santocildes, único al parecer de nuestro Ejército donde se efectúan las actividades de lanzacohetes. Para realizar las necesarias prácticas de tiro, y desde hace bastantes años, la autoridad militar cuenta con la desinteresada colaboración de los municipios cercanos, cuyos vecinos, en los días señalados al efecto, se abstienen de circular por determinadas zonas acotadas para los obuses. Pese a las lógicas molestias, nunca han existido fricciones reseñables entre los paisanos y la maquinaria artillera toda vez que el territorio utilizado era reducido y el uso era eventual. Tras los bombazos volvían las vacas y los caminantes.

Sin embargo, a partir de ahora, muy diferente ha de ser el destino de las cañadas, pinares y labrantíos de las tierras del Teleno, pues una extensión de cien mil hectáreas va a ser convertida en un colosal teatro de fuego. El campo de tiro del Teleno está a punto de ser una realidad. Las expropiaciones forzosas ya se han ido tramitando durante los últimos meses, y ha llegado el momento de tomar posesión de las tierras, la mayoría montes comunales, para cuyo acto fueron requeridos los alcaldes de los municipios expropiados: Rabanal del Camino, Lucillo, Santa Colombra de Somoza, Castrillo de los Polvazares, Luyego, Santiagomillas, Truchas y Val de San Lorenzo. El alcalde de éste último ayuntamiento, el más poblado de la zona, se negó a comparecer en los terrenos afectados a requerimiento de dos capitanes del cuartel de Astorga. Éstos acudieron a la Guardia Civil del pueblo, que intentó en vano convencer a la autoridad municipal. Enterado el gobernador civil de

estos hechos, se dirigió a todos los alcaldes de la zona en términos al parecer conminatorios para que cooperaran en la ejecución de las expropiaciones. La respuesta fue fulminante por parte de los ayuntamientos: dimisión en bloque de las corporaciones de casi todos los municipios. Curiosamente, los dimisionarios pertenecen en su mayoría al mismo partido que el gobernador civil: la UCD; que entre la colza y los obuses perderá gran parte del electorado en su feudo leonés.

El escenario más cualificado de este debate cívico y bélico sigue siendo Astorga, y más concretamente su ejemplar y pequeño diario de título decimonómico, el “Faro Astorgano”, que es casi un milagro de supervivencia en una población de apenas quince mil habitantes. En su edición del día primero de septiembre, el periodista Tomás Pollán parafraseaba los acontecimientos diciendo que, en suma, el inquilino en precario se quiere quedar con todo el edificio. Los improbables trabajos de los pobladores del futuro campo castrense por mejorar las condiciones agropecuarias de la zona del Teleno, se convierten de un plumazo en agua de borrajas y quienes se resistieron a abandonar las tierras que bañan el Turienzo y el Duerna recogerán unas pocas pesetas antes de engrosar las filas del paro, la tristeza o la autojubilación en forma de un pisito impersonal en alguna barriada de León.

Pero los árboles nos deben dejar de ver el bosque. Planteemos la cuestión de modo más racional. Parece evidente que el Ejército ha de tener a su disposición zonas militares convenientemente acotadas a la población civil donde efectuar sus adiestramientos operativos. Es lógico, pues, que el cuartel de artillería de Astorga, y aún más, toda la VII Región Militar posean un gran campo de tiro al efecto. Pero la sospecha de que el último objetivo de la expropiación no ha de ser la dotación de una zona de entrenamiento militar aumenta cuando pensamos en que el terreno elegido abarca una extensión desmesurada para sus fines. No hay precedentes en España, ni acaso en muchos países europeos pertenecientes a la OTAN, de una extensión de 35 por 25 kilómetros aproximadamente. Los vecinos del Teleno han sido los primeros en sospechar que en sus campos de trigo y agua helada puede instalarse la primera huerta atómica de España. Que donde hasta ahora pastan las vacas y las ovejas, en un futuro próximo habrá que saciar la terrible hambre de los misiles de la OTAN. Actualmente por todas las comarcas afectadas existe el convencimiento pleno de que la maniobra gubernativa, instigada en su día por el ex ministro de Defensa Agustín Rodríguez Sahagún concluirá justa-

mente el día en que técnicos militares de Bélgica, Alemania y Estados Unidos inicien las tareas para la instalación de las torretas letales. Mientras tanto, el Kremlin estará ya apuntando sus misiles a un oscuro rincón de España.

Sin embargo, los responsables de nuestra inclusión en el club de la OTAN dicen que nunca se instalarán armas nucleares en nuestro país. La sabiduría popular interpreta correctamente la frase en su verdadero significado: antes de 1984 habrá en la península ibérica misiles y otros artilugios atómicos. Su emplazamiento ya está expedito. Nuestros negociadores pueden ofrecer en Bruselas un amplio hogar para la muerte. Hasta incluso Mitterrand apoyará la idea, no en vano ha dicho recientemente que el único camino hacia la paz no pasa por el desarme sino por todo lo contrario.

Mientras tanto, el valle del Turienzo y el valle del Duerna se despoblarán y sus caminos y sus árboles serán afrentados por los tanques y las bombas. Los países occidentales tendrán más profundidad en su teatro de operaciones. Desde Alemania Oriental a la zona del Teleno hay poco más de dos mil kilómetros en línea recta.

En la vertiente oeste del Teleno, la orientada hacia Galicia y el Bierzo, los antiguos monjes cristianos crearon hacia el siglo IX la llamada “Tebaida española”. Los monasterios de Compludo, Peñalba y Montes fueron lugar de meditación y de estudio para los perseguidos religiosos altomedievales. En las laderas del Teleno se trabajó por la civilización occidental y cristiana con el libro y la reflexión, la disciplina y la esperanza. Ahora, en la otra vertiente del monte, quieren defender la civilización del consumo y del desempleo galopante, del oro y la colza y de la ruina ecológica. Es el progreso de los tiempos.

Demócrata, orgánico y liberal

Julio 1981

Una vez puesto en libertad sin cargos, el comandante Sáenz de Ynestrillas, en la mañana del miércoles 15 de julio, se autodefinía políticamente como “demócrata, orgánico y liberal”. La frase trivalente cayó como una tarta de chocolate sobre las mesas de los profesores de derecho político. Con el estruendo de un elefante que penetra en una cacharrería de la zona nacional. La propuesta filosófica y convivencial del comandante fue sometida de inmediato al bisturí de los constitucionalistas. Yo, por mi parte, aporté una modesta proposición indagatoria del último sentido de tales palabras.

En primer término aparece el vocablo “demócrata”. Resulta aleccionador como un ciudadano de uniforme puede suscribir expresa y públicamente su condición democrática frente a los infundios gubernamentales, mera montaña de papel a tenor de la resolución de la Audiencia Nacional. El comandante Sáenz aparece, pues, como el decidido defensor de la razón frente a la imperante sinrazón de las mentes de los golpistas, en cuyas penosas huestes le querían incluir. El comandante Sáenz de Ynestrillas, en su calidad de buen demócrata, propugna el gobierno del pueblo por el pueblo, el respeto a los discrepantes y minoritarios, el justo reparto de las cargas económicas y sociales del Estado, la transparencia en la Administración y la ausencia de toda censura en las actividades culturales y artísticas, la coeducación, la libertad religiosa, y, en fin, el derecho insoslayable de todo español, individual o colectivamente considerado, a la búsqueda de su identidad, y a disponer de los medios necesarios para dicho trabajo mitad de la mente y mitad de las manos. Nunca actividad de las armas.

Llevando su democrática condición a su actividad profesional y estatus militar, el comandante Ynestrillas se muestra partidario de la misión constitucional de las Fuerzas Armadas, que es un camino diametralmente opuesto al seguido por su otrora compañero de café, el ínclito Tejero, hombre que confundió la valentía con la afrenta criminal, el patriotismo con los aullidos y los testículos con la barbarie-

El segundo adjetivo es más controvertido. El comandante se declara orgánico. En el Diccionario de la Real Academia Española, en su acepción inicial, se define orgánico como el “cuerpo que está con disposición y aptitud

para vivir”. Siguen otras frases pero esta es la más estética: el comandante Ynestrillas está dispuesto y apto para vivir, para perseverar en su destino. Nos alegramos de la fuerza vital de todo hombre, y más si se trata de un compatriota. Las consecuencias de esta voluntad de vivir se traducen en trabajo, esperanza, fuerza interior, serenidad frente a los desvaríos propios y ajenos. Corolario recíproco de este deseo de continuidad personal no puede ser otro que luchar por que todos podamos lanzarnos a la búsqueda de la vida y de la responsabilidad por fábricas, minas, campos, mares, libros y amores.

El comandante se define con una palabra que es generadora de esfuerzo, idea que huye de pistoleros analfabetos y de mozallones urbanos que nunca leyeron un libro, como aquel general chileno Merino. Frase luminosa y docta, en fin, la de Ynestrillas, que implica escuelas, hospitales, parlamentos, periódicos y parques para erradicar de España la montaraz miseria de la mentira, del miedo, del fanatismo y del bombazo.

Sin embargo, no puedo omitir una peligrosa interpretación de la palabra orgánico en ciertas aguas de la infrapolítica. Uno recuerda que el franquismo de última hora se autodefinía como un régimen de democracia orgánica para ocultar su dedocracia acérrima, o su corrupción impune o su milagrosa gestación de fincas urbanas y rústicas para ciertos histriones. Uno recuerda la democracia orgánica como un resumen de la calderilla constitucionalista de los filósofos nazis. Uno recuerda la cara lúgubre de Oliveira Salazar y su Estado Novo corporativista y cerril,

Pudiera ser que el comandante Sáenz propusiera tal modelo nefasto de coexistencia rencorosa, pero la gramática nos llevará al buen camino. El señor Ynestrillas intercala en su dicción una pausa –una coma– entre la palabra demócrata y la palabra orgánico. Por ello no cabe interpretar que es demócrata orgánico como, por ejemplo, lo fue el ministro Julio Rodríguez, sino que el comandante es demócrata, y, además, se siente orgánico. Ahí precisamente reside la gran originalidad de su autodefinición política y filosófica. Se trata de un interesante entramado cósmico, químico, sociológico y hasta incluso taoísta. He aquí una hermosa frase para nuestra historia nacional de las definiciones referidas a caballeros y señoras considerados individualmente. No dudo en ponerla a la altura de la que Valle Inclán ideó para el Marqués de Bradomín, que era “feo, católico y sentimental”, salvando, claro está, las grandes distancias de todo tipo que existen entre ambas, obviamente a favor del comandante Sáenz.

Por último, nuestro militar declara sentirse liberal, palabra nacida en España. Palabra económica de menor empaque filosófico que la anterior. Ynes-trillas apoya la economía clásica de mercado que tan bien lograra describir en el siglo XVIII Adam Smith, y que con los retoques necesarios intenta introducir en el mercado político nacional el señor Garrigues Walker.

Otra acepción del vocablo liberal hace referencia a la persona que mantiene un talante de tolerancia y comprensión ante sus prójimos, sean personas o colectivos. Se trata de una actitud muy necesaria en la España de hoy, cuando extremistas de uno y otro desvarío lanzan sus dentelladas contra la democracia nuestra.

Una última dimensión tiene la palabra liberal, a tenor de nuestro Real diccionario: dicese del que obra con liberalidad. Acaso sea el sentido más susceptible de ser manipulado. Obrar con liberalidad puede ser caminar en pantalón corto por la calle, hacer el amor con una mujer a la que acabamos de conocer, pisar el césped de un parque y miles de cosas más, casi todas ellas muy saludables. Lo que nunca será obrar con liberalidad es apabullar al pueblo en sus instituciones libremente elegidas, intentar destrozar violentamente el progreso y la convivencia, pisotear los derechos humanos. Para esa actividad no libérrima, sino indisciplinada y salvaje, el diccionario guarda muchas terribles y adecuadas palabras que nunca volveremos a sentir.

Generales de Bolivia

Agosto 1981

El general Luis García Meza creyó escuchar la llamada de la historia durante el invierno de 1979-80. En su mente había desembarcado la demencia: iba a ser el protagonista del siguiente cuartelazo de Bolivia, un estado de apenas siglo y medio de existencia que ha padecido más de ciento sesenta pronunciamientos militares.

La iluminación fratricida le sobrevino del modo tradicional entre los golpistas: junto al tedio castrense, al amparo del vino y algunos libelos decimonónicos que difunden patrioterías o catalogan herejes. Entre la nostalgia de las acampadas conspirativas de los años mozos en cualquier guarnición andina, donde la distancia con las imprentas y las escuelas propicia el recurso a la pistola.

La asonada triunfó el 17 de julio de 1980 cuando el general fue promovido por sus compañeros de daga a la más elevada instancia estatal. Sin embargo, conviene recordar ahora que antes del asalto se produjeron diversos acontecimientos que fueron preparando el camino del señor centurión. Entre ellos, es justo destacar la aventura de un coronel responsable de la seguridad personal de la presidenta Lidia Gueiler que penetró borracho en el dormitorio de la jefa del Estado arma al cinto, barbarie al cerebro, dispuesto a comunicar a la egregia durmiente cómo entendía el coronelito la teoría de la voluntad nacional, que es la corriente prédica en los cuarteles cuando se buscan salvadores de la patria.

Una vez instalado en el pedestal del Palacio Quemado, sede presidencial boliviana, el general García Meza hizo profesión pública de fe en los planteamientos de su colega Pinochet Ugarte, lo que es muy remarcable si se piensa en la histórica enemistad existente entre los dos estados andinos desde que Bolivia perdiera su salida al Pacífico como consecuencia de sus guerras con Chile. A su vez, la presidenta Lidia Gueiler no pudo ver culminada su misión constitucional de ceder el relevo en la jefatura del estado al viejo político Hernán Siles Zuazo, presidente del altiplano entre 1956/60, y vencedor absoluto de las elecciones democráticas que los militares abortaron veinte días antes de la prevista sucesión.

Afianzado el aterrizaje de los bárbaros en armas, García Meza y sus amigos inician la función represiva ayudados por colaboradores foráneos que habían atravesado la frontera días antes del “pustch” en perfecta combinación con la ultraderecha local, dirigida en muchos casos por viejos nazis exiliados en los años cuarenta, gentes doctas en gritos y matanzas.

Estos individuos sabían muy bien donde había que golpear y lo hicieron duro matando al líder socialista, profesor Quiroga Santacruz, quien había sido la revelación de los comicios previos al golpe. A Juan Lechín, célebre dirigente sindical, le vejaron brutalmente y a miles de mineros de las cuencas de Huani, Catavi y Siglo XX les asesinaron desde los cañones de la caballería ligera cuando huían por los montes o se escondían en débiles barricadas. Con estas y otras gestiones, el país quedó “pacificado”.

Entonces fue cuando la Junta de Reconstrucción Nacional tuvo que afrontar el duro hueso de la economía, que se hallaba al borde de la bancarrota desde el “crack” de noviembre de 1979, fecha en la que a Luis García Meza se le apareció el fantasma de Mussolini en el camino del lago Titicaca. El gobierno de Lidia Gueiler había conseguido en febrero de 1980 un crédito del FMI por valor de 90 millones de dólares, cuyas condiciones, milagrosamente, pudo mantener la Junta militar. Sin embargo, la confianza del FMI en los golpistas duraría muy poco. Ello fue debido a que el jefe de la fuerza aérea, general Bernal, adquirió 24 aviones de entrenamiento con la cuarta parte del préstamo. El FMI anuló su quinta entrega de dólares. Fue el momento en el que la Junta Militar recurrió a la banca comercial boliviana, que respondió de modo concluyente negándose a refinanciar sus créditos al Estado.

El panorama era muy sombrío en el otoño de 1980. El gobierno anunció entonces que la deuda exterior del país se devoraría el 60 por ciento del valor de las exportaciones, y se hablaba de que el propio Estado podría suspender los pagos. Para evitar la catástrofe, el gabinete de García Meza adoptó una medida muy patriótica: aumentó en un quince por ciento el precio de los alimentos básicos subvencionados por el gobierno con lo que la capacidad adquisitiva de los trabajadores y clases medias se instaló en límites pintorescos.

Ello no obstante, al amparo de la tolerancia gubernamental se potenciaba un negocio que proporciona a algunos bolivianos un total de mil millones de dólares anuales. Extramuros de la contabilidad pública, el tráfico de narcóticos es el nuevo juguete de los militares y de sus amigos. Por otra parte, sabido

es que uno de los motivos que ungieron a García Meza como salvador de Bolivia fue el progresivo control y erradicación que de este tráfico ilegal, tanto Lidia Gueiler como su sucesor constitucional, Siles Zuazo, intentaban lograr.

Diversas mafias castrenses, desde puntos del sur y del sureste de Bolivia, en áreas deshabitadas y amazónicas, a veces incluso desde el interior de recintos militares, fletan diariamente aviones que aterrizan en recónditas llanuras de Brasil, Guyana o Colombia. Estos aviones, ignoro si adquiridos con el crédito del FMI, son pilotados en muchos casos por oficiales del ejército del aire, y depositan la coca en galpones selváticos desde donde la remiten, por complicados canales de distribución, a los mercados norteamericanos, donde el producto andino goza de gran aceptación como consuelo y estímulo de profesionales y gerentes.

Con todo, pese a García Meza y sus hombres, el equilibrio entre exportación oficial y exportación fraudulenta no ha podido consolidarse. La reconstrucción de un país no puede pasar por la tortura y el narcotráfico. Por eso el general ha caído en desgracia. Quería estar a bien con Estados Unidos y con los traficantes de coca a la vez, lo cual es difícil con el puritano Reagan en el poder. A tal efecto, ha sido premonitoria la peripecia personal de su lugarteniente y ministro del Interior, Luis Arce Gómez, coronel de panza enorme que tuvo que abandonar por piernas el poder, fatigosamente, en marzo último, después de haberse dedicado durante nueve meses a organizar grupos paramilitares que recorrían los suburbios en ambulancias sin matrícula sacando a los trabajadores de sus casas para llevarlos a la muerte en las afueras de la capital, o a la extorsión en el cuartel de Miraflores. En la actualidad este coronel, que vivió varios años en Madrid, anda por Taiwan perseguido oficialmente por la justicia boliviana.

Después del cese de Arce Gómez se fue agudizando el marasmo de intrigas y traiciones entra la casta militar, consciente del debilitamiento del dictador García Meza, y se sucedieron diversas intentonas protagonizadas por hombres próximos al ex presidente y también dictador general Hugo Bánzer, quien gobernó “cum manu militari” el país durante el septenato 1971-78, previa defenestración del general demócrata y reformista Juan José Torres.

Este señor Bánzer, ahora exiliado en Buenos Aires, tiene todas las de ganar en esta lucha de espadas, y eso que ha perdido de modo estrepitoso las dos elecciones generales celebradas en Bolivia desde 1978. Había creído este

general que el pueblo le estimaba, un error en el que suelen incurrir todos los dictadores que quiere “regularizar” su situación ignominiosa.

Las últimas noticias hablan de que un directorio militar ha decidido que Luis García Meza abandone la presidencia de Bolivia el seis de agosto próximo. Concluye así la menesterosa labor del prepotente iluminado. Ronald Reagan quiere dictadores para el cono sur, pero en edición más civilizada y aparente. Por ello, renace el fantasma de Hugo Bánzer, que si tiene suerte y puede oponerse a la creciente actitud institucional de muchos oficiales bolivianos, podrá ofrecer desde la poltrona presidencial, escaldado y magnánimo, como su vecino Pinochet, elecciones libres para 1997.

Un cristianismo de clase media

Noviembre 1981

El último sábado de noviembre, en el diario ABC de Madrid, Luis María Anson firmaba un trabajo titulado “Descristianizar España”. La tesis esgrimida por el periodista era muy sencilla: desde 1950 la URSS ha puesto en juego todas sus armas y bagajes para proletarizar a las clases medias de Occidente, y el Kremlin pretende este desclasamiento de la pequeña burguesía para que, unida a la clase trabajadora, conforme un gran proletariado ávido de revoluciones.

Conocido el objetivo soviético, el señor Anson trata de demostrarlo con diferentes ejemplos. Y así resulta que para que los funcionarios, los comerciantes y los pequeños empresarios unan sus destinos al de la clase obrera, los comunistas están potenciando en los países de la Europa atlántica muchas y terribles cosas entre las que destaco, textualmente, “la obsesión ecológica, la agresión fiscal, la crecida del terrorismo y la multiplicación desordenada de los precios del petróleo”. De esta guisa nos encontramos con que los pacíficos antinucleares, los centristas responsables de la reforma fiscal, el GRAPO, la ETA y ciertos elementos de la extrema derecha junto con la cohorte de jeques árabes de la OPEP son los agentes expresos o tácitos de Breznev, dispuestos a arruinar a la clase media para que venga la revolución.

Sin embargo, felizmente, apunta don Luis María, la clase media nunca llegará a la ponzoña proletaria, aunque la miseria la desborde, ya que tiene en sus manos un bastión colosal para mantener su misión en la sociedad: la religión. Así se cierra perfectamente la estructura del debate teológico y económico que el periodista propone. Por un lado Moscú poniendo bombas, sembrando impiedad y subiéndonos el precio de la gasolina: por el otro la religión fecundando la dignidad y la creciente pobreza de quienes pagan impuestos como locos.

Pero no todo termina ahí. Moscú, el sabio Moscú, ya tiene conocimiento de que la religión es el único obstáculo para crear las condiciones que propicien la llegada de la dictadura proletaria a las calles de Madrid o de Valencia. Por eso la camarilla de estepa ha planificado la descristianización concienzuda de la sociedad española para relajar la devoción probada de la clase media. Es el aspecto más vistoso del trabajo del señor Anson, quien convoca a todas

las fuerzas del mal para apuntalar el origen pavoroso de nuestra crisis: Moscú, el omnipresente, nos quiere a todos ateos, materialistas y zafios. Así nos dará igual que los europeos orientales sustituyan a las multinacionales en la cúspide del poder.

Por ello, para descristianizar España, “se escarnia al papa, se hace burla de los milagros, se toman a chacota las devociones populares, se presenta a los sacerdotes como corruptos, a las monjas como depravadas. Se cuarte a la familia, se fomenta el aborto, se ovaciona el amancebamiento, se antepone siempre el ocio al trabajo, se zahiere a la virtud hasta el chungueo, se enaltece a las oscuras afroditas de la prostitución y, en fin, se blasfema sin cesar”.

Capítulo aparte merece, en la pluma de don Luis María, la responsabilidad que en el presunto hundimiento de la patria tienen los homosexuales. De modo que “se proclama a los cuatro vientos la gloria de los narcisos amancebados y de los indecentes apolos olorosos. Se consagra a los hermafroditas. Se entonan himnos de alabanza en honor de travestis, bujarrones, lesbianas y sodomitas”

Finalmente, y como colofón del apocalipsis que nos rodea, el periodista madrileño asegura que “para descristianizar España se manipula todo, se corrompe todo y todo se zocatea”, para terminar con un tremebundo y filosófico “confúndese todo” que provoca el crujir de dientes en el pacífico lector del grandioso alegato contra rusos, reformadores tributarios, impíos, periodistas y profesores que “intoxicar a la juventud”.

Varias sugerencias nacen del trágico friso que pintó el señor Anson para sus lectores sabatinos. La primera, comprobar como, de entrada, el periodista ubica en el infierno a la clase trabajadora. Ni una sola palabra para quienes hasta ahora constituyen el único proletariado conocido. Se puede pensar que los trabajadores de España, los que generan la plusvalía, están plenamente descristianizados y son irrecuperables. Sería interesante saber, que ya se sabe, por qué gran parte del proletariado abandonó la práctica religiosa.

Confundiendo pues, sociedad con clase media, Luis María cae en otra trampa aún mayor para su discurso que la descalificación a priori de los obreros. Entiende el periodista que todos los miembros de la clase media son esa franja de la misma que acude los domingos a misa de doce en las parroquias más céntricas de las ciudades. Pero resulta que ese sector de la sociedad, res-

petable como todos, por supuesto, no abarca a la totalidad de la clase media en la que parece apoyarse Anson para iniciar la reconstrucción moral y social de España a tenor de las orientaciones de Trento y la Contrarreforma. Ni una tercera parte de esa clase media en peligro de descristianización que refiere el articulista suscribiría su diatriba oscurantista. Dado que entre los ataques de don Luis María figuran varios dirigidos al partido en el gobierno (la reforma fiscal, el divorcio, la televisión...) fácil es colegir que ubica a gran parte de la clase media extramuros de UCD, con lo que resultan obvias las conclusiones relativas al número de españoles que nos tienen que regenerar no se si con la espada, pero sí, desde luego, con la cruz.

Y no obstante, dejando aparte la obsesiva beligerancia que para con la libertad sexual muestra el señor Anson, entiendo que el punto más peligroso de su andanada de tercera página es el tratamiento que hace de la religión.

Para tan católico escritor, la religión es un arma arrojadiza en poder de los bien pensantes que éstos pueden utilizar a su antojo con fines absolutamente domésticos, políticos y reaccionarios. La religión, para tantos vivencia raigal del ser humano, experiencia revolucionaria personal y solidaria aun al margen de la existencia o inexistencia de Dios, pasa a ser por obra y gracia de don Luis María, el listón mediocre por donde se despeñan las clases trabajadoras para que sintamos el “fervorín” dominical de los que quieren salvar a España a la vez que a su alma. Y si ya sabemos lo trágico que puede resultar la “salvación de España” por la vía de la espada, también hemos sufrido en nuestra adolescencia lo penoso que resulta la instalación del nacional catolicismo en el púlpito y el estrado.

Si la religión ensancha el espíritu humano, si es arma de liberación para la colectividad, como lo ha sido en muchos países y circunstancias históricas (ahí está el reciente caso de Nicaragua) qué duda cabe que esa religión es la única que puede pretender aportar una verdad al hombre contemporáneo. Pero si la religión deviene a ser el encorsetado catálogo de prohibiciones y cicaterías que difunde el señor Anson, es muy posible que sus días estén contados. Ahora bien, si ese ultramontano catecismo se mezcla sibilinaamente con la necesidad de salvar a España, la oleada subsiguiente de represión y de incultura puede anegarlo todo. Afortunadamente, Cristo y los cristianos comprometidos tienen otro mensaje de paz y de libertad para todos, incluidos los españoles.

El cerco de Portugal

Junio 1982

El paulatino acercamiento de España a la Comunidad Económica Europea y el inminente ingreso de nuestro país en al OTAN ha ido provocando en los últimos meses un creciente recelo en la clase política de Portugal.

En la pasada primavera unas declaraciones del Ministro de Asuntos Exteriores español fueron consideradas como intolerables por el gobierno lisboeta. El señor Pérez Llorca vino a decir que con la entrada activa d España en la OTAN, el mando superior de las fueras militares de la península ibérica afectas a la defensa del bloque occidental debería ser unificado, proponiendo a Madrid como nueva sede de dicho mando. Apuntalaba su opinión el ministro gaditano en base a que el territorio español supone más del 80 por ciento de la extensión peninsular mientras que la población española casi multiplica por cuatro a la portuguesa.

Sin embargo, los militares y políticos de Portugal no tenían ni tienen la misma concepción del asunto que el señor Pérez Llorca, y no están dispuestos a que Lisboa pierda su importantísima función en el seno de la OTAN, y que aparca un amplio sector del océano Atlántico, potenciado excepcionalmente por el valor estratégico de la isla de Madeira y e archipiélago de las Azores, auténtico portaaviones entre los dos continentes, donde los Estados Unidos de América poseen la imponente base militar de Lajes. Se puede hablar, pues, de que el Pacto Atlántico suplió muy bien la ausencia de España con la aportación geoestratégica de Portugal, y ahora nuestro vecino país quiere hacer valer los derechos derivados de sus largos –y presumiblemente muy baratos– servicios prestados a la defensa de Occidente.

La solución aventurada por los dirigentes lusitanos fue la estructuración de dos mandos independientes en la península, idea técnicamente problemática y que implica que a partir del ingreso de España en la OTAN, Portugal continuaría ocupándose de su actual compromiso defensivo en el flanco atlántico ibérico, mientras que España asumiría una función más auxiliar, a excepción de las vitales áreas de Galicia y del golfo de Cádiz, ideales emplazamientos para un hipotético desembarco de tropas americanas.

En todo caso, lo que resulta evidente es que los portugueses no están dispuestos a que se les envíen órdenes desde Madrid, como sucedió durante el “dominio filipino” entre 1580 y 1640, años en los que la nación de Camoes fue sometida por la fuerza de las armas al yugo castellano. Por su parte, y aunque el señor Pérez Llorca se desdijo, el problema continúa sobre el tapete.

Un segundo incidente ha ocurrido la semana pasada, cuando el primer ministro portugués, el socialdemócrata Pinto Balsemao, voló a Bruselas para invocar el derecho preferencial de su país a ingresar en solitario, y no conjuntamente con España, en el Mercado Común. Argumentaba Pinto Balsemao que Portugal solicitó formalmente su ingreso en el Club de los Diez en 1975 mientras que España hizo lo propio en el verano de 1977. Dos años de antelación que ahora corren el riesgo de ser neutralizados.

Ambas noticias fomentan el renacimiento del viejo y fundado temor de los lusitanos a ser absorbidos por el gran vecino del norte y del oriente, sentimiento omnipresente en la estrecha faja de praderas, montes y pinares que se extiende entre el Miño y el Guadiana, y que tuvo su anterior manifestación en la revolución del 25 de abril, cuando los portugueses temían una invasión de las tropas españolas en interpretación peregrina del fenecido Pacto Ibérico firmado por los dos dictadores corporativistas, Franco y Salazar, en épocas de rotundo oscurantismo a ambos lados de la frontera.

Podemos afirmar que el verdadero cerco a Portugal, que también es correlativo cerco a España por parte de nuestros vecinos, es el derivado de un colosal desconocimiento mutuo, antiquísimo e incomprensible, que ha generado un distanciamiento cultural y social entre ambos pueblos tan profundo como patético. Es muy significativo que la frontera hispano-portuguesa sea la más antigua de Europa sin sufrir modificaciones, a excepción del dominio de los Austria y de la escaramuza de Olivenza. Máxime si pensamos que entre ambos estados no discurre ninguna cordillera insalvable como los Pirineos, ni un gran río proceloso ni un bosque impenetrable. Mansas colinas, vaguadas y los anchurosos valles del Duero, Tajo y Guadiana son el respaldo físico ideal para la comunicación y la solidaridad entre los dos pueblos.

Sin embargo, los únicos rastros históricos recientes de “solidaridad” entre ambos colectivos, han sido los protagonizados por los fallecidos mentores de los dos estados. Oliveira Salazar devolviendo a los exiliados españoles que huían de la carnicería de la pasada guerra civil, y Franco persiguiendo y

deportando a los jóvenes portugueses que huían por el campo de Castilla de un ejército que les tendría cuatro años muriendo en las guerras imperiales de Angola y Mozambique.

El advenimiento de la democracia a los dos países ibéricos no ha implicado ningún progreso apreciable en el mutuo conocimiento de dos pueblos hermanos. Aparecer por Lisboa en Semana Santa dispuestos a comprar café, cerámica de Macao y pañuelos que ya les llaman “de las españolas” no es ninguna actividad decisiva para la necesaria vinculación que siempre se demora. Portugal ha vivido tradicionalmente de espaldas a España. La riqueza del país atlántico se concentra en la costa llana que se extiende entre Lisboa y Viana do Castelo. El resto del país es yermo, pobre y deshabitado, como yermas, pobres y deshabitadas son las regiones españolas que lindan con el Alentejo, Tas-Os-Montes y la Beira Interior. En los desolados mundos de Zamora, Extremadura y Orense el desconocimiento de un país extranjero que está a tiro de piedra reviste caracteres pintorescos. Aparte del contrabandismo, ahora en declive, ninguna otra palabra se relaciona con Portugal en las tierras limítrofes españolas. Se le considera un país pobre y de escaso interés. Casi el mismo desconocimiento se observa en Portugal con relación a España, y eso que los lusitanos están obligados a atravesar nuestro país para comunicarse con el resto de Europa.

Pero en este asunto, como en tantos otros, la geopolítica acaba imponiendo su ley. Aunque sea por motivos extrapeninsulares como son la Comunidad Europea y la OTAN, Portugal y España han de tratar de vivir en armonía real, intercambiando su riqueza económica, cultural e histórica con verdadero espíritu solidario y de hermandad, sin olvidar que la nación portuguesa surgió de un brazo del reino de León. Sin olvidar la decisiva aportación portuguesa a la cultura mundial, con un idioma que hablan 160 millones de personas. Sin olvidar que somos más portugueses que transpirenaicos, en lo étnico y en lo económico.

Neutralizar, neutralizar

Octubre 1982

Los acontecimientos de los últimos días vuelven a refrendar la idea, socialmente asumida, de que la convivencia entre los españoles está en peligro a causa de las tareas de los operarios del terror y del golpe. Y es que los dos colectivos pequeños, laboriosos en su cometido, emplazan la cuerpo social del estado contra las cuerdas de la sinrazón, en el atávico cuadrilátero de la intolerancia.

Estas gentes que parecen irrecuperables tienen, sin embargo, por encima de su puesta en escena, una suerte de metafísica política en la que edificar sus asonadas. No intentan derribar el orden constitucional porque sí. Hay, por lo visto, ideas en que sustentar su acción letal. Hay, dicen, un amor a España. Hay, dicen, un amor a Euskadi. Reconozcamos expresamente ese sentimiento patriótico. No hay ningún inconveniente en admitir que los encapuchados que descargan un fusil en la espalda de un honrado menestral de Pamplona, yo los caballeros que rellenan seiscientos folios para lanzar la democracia a las galeras actúan movidos por un entrañable amor a la tierra de España, la tierra de 38 millones de españoles. El problema se suscita cuando pensamos en cómo será ese amor indiscutido si lo ponemos en relación con la disparatada respuesta que ejerce ETA o que intentan ejercer los involucionistas.

En principio, hemos de pensar que el número proporcional de ambos grupos de descontentos radicales apenas supone el cinco por ciento en el concreto tema vasco. Esta representación insignificante del país podría hacer pensar a terroristas y golpistas que su proyecto carece de apoyo social, que es una quimera peligrosa y sin salida. Muy al contrario, el saberse pocos introduce el elemento mesiánico en ambos sectores marginales, que rápidamente se instituyen como los salvadores de la sociedad, los elegidos en posesión exclusiva de la verdad. La vergonzante miseria numérica deviene, así, en sagrada credencial de iluminados. Por todo ello, el asunto es cada vez más temible.

EL siguiente paso es que si ellos, los anticonstitucionalistas, se tienen por los únicos detentadores de la verdad, los demás estarán, obviamente, nadando en el pozo del error. Por lo tanto, los “otros”, los que asumen la democracia, si bien son visibles físicamente y en tal sentido existen, en el reino sagrado de las ideas políticas propias a la patria, los “otros” nada son. Pura equivocación

monstruosa. Pura consecuencia de la faramalla de los politicastros vendidos a todos los oros y, acaso por ello, merecedores de todos los plomos. Estos hombres públicos, tan despreciados por los iluminados, llámense Garaicoechea o llámense Alfonso Guerra, son los que quieren terminar con la esencia de lo nuestro, sea Euskadi, sea España.

¿Dónde está, se preguntan, aquel pueblo nuestro, contento bajo los chistes de Jaimito, orgulloso en los futbolistas del Real Madrid, próspero con sus ahorros en Sofico, ejemplo de la moralidad europea en la expulsión del domicilio cristiano de la hija soltera embarazada? Los políticos y sus acólitos de las aulas, las fábricas y la prensa han destruido la nación. Surge, amenazante, la situación insostenible de los panfletos más reaccionarios.

El último paso, colofón del ideario, ya lo sabemos todos muy bien cual es. Se trata de las bombas de goma-2 o los tanques de madrugada.

De este recorrido breve por las mentes atormentadas de los extremistas, debe quedar una idea: Los que quieren acabar con el proyecto de libertad que vive la sociedad española están incapacitados no sólo ya para cualquier diálogo con los “otros”, a quienes ni siquiera reconocen la existencia, sino que están todavía más incapacitados para tener una visión de conjunto de la sociedad española. Sin esa tentativa globalizadora de todos los elementos de la patria común que es España, los partidarios de liquidar la democracia están huyendo a velocidad supersónica de la única España posible en 1982. De la única España difícil y esperanzada que se merece el pueblo de este país. Un pueblo que ha sufrido innumerables atropellos de toda índole de iluminados. Se me olvidaba decir que con su actitud incalificable, los etarras y los golpistas también están huyendo de sí mismos, si es que de verdad se sienten, como creo, patriotas en su fuero interno, que no en sus actos.

Podemos aventurar por qué dos grupos tan distantes de españoles en lo ideológico, pero tan gemelos en la praxis, han legado a constituirse en tristes protagonistas de nuestra vida pública.

También aquí son rastreables coincidencias formales. La exclusiva lectura de prensa ultraderechista, la vivienda corporativa, la endogamia, el seguimiento a rajatabla de la vocación profesional del padre y del abuelo, cierta interpretación del siglo XV español y el ordenancismo a domicilio tienden a conformar un estilo de español que, indudablemente, no se corresponde con el ciudadano medio de este país asediado.

Igualmente el xenófobo guipuzcoano, el cura trabaucare del Goierri en versión eetarra, el que desprecia al cacereño que se instala en Éibar o el paroxismo abertzale hasta la mismísima sopa invocan un modo de ser norteamericano que parece de homologación en el mismo colectivo vasco en el que nace. Ni por uno ni por otro camino se llega a ninguna parte. Basta con echar una ojeada al mapa de Europa. Basta con analizar el demencial papel de los dictadores sudamericanos. Basta con ejercitar un poco el sentido común.

Hay que neutralizar, pues, por la vía pacífica de la información, el diálogo y la cultura el equivocado y peligroso entusiasmo de las minorías inasequibles a la razón, única senda para que España y los españoles se sigan encontrando día a día a sí mismos, tarea de libertad, tarea de vigilancia.

Para una mitología del señor gobernador

Noviembre 1982

Los resultados electorales significan, además de muy importantes consecuencias generales para la gobernación del país, ciertas derivaciones domésticas muy reseñables. Así tenemos que, por ejemplo, para Fernando Abril Martorell, Antonio de Senillosa, Jordi Solé Tura, Luis Uruñuela, Fernando Sagaseta o Blas Piñar implican el duro trago de quedarse al margen de los trescientos cincuenta asientos que se reparten en el Congreso de los Diputados. Terrible evento personal para aquellos políticos no vocacionales, sino de profesión, que es triste costumbre hispana.

Y si para el mismísimo partido en el poder, el 28 de octubre cobra caracteres de suntuoso descalabro, para los subordinados de tan malparado ejecutivo, la catástrofe es aplastante. Ese es el caso de nuestro gobernador civil, señor Fernández del Río, quien, lógicamente, se apresta a afrontar los nuevos reetos profesionales que las urnas le han deparado para fechas cercanas. Como él, serán relevados otros cuarenta y nueve gobernadores civiles amen de ministros, subsecretarios, directores generales, presidentes de empresas públicas, de medios de comunicación estatales, etc. Sin embargo, esa marabunta de cesantes no se levará al río al señor Martín Villa, paisano y jefe del señor del Río.

A propósito de esta circunstancia he pensado en aventurar una hipótesis sobre los sentimientos socioculturales que pueden amueblar la mente de nuestro gobernador. No se trata de enjuiciar su labor política y administrativa durante los tres años que ha permanecido y permanece todavía en Valencia. NO es ético hacer leña del árbol caído, sino creer en la esperanza de los días primeros del verdadero postfranquismo. Sólo me acuerdo de ciertas debilidades que le achacó la prensa hace meses acerca de su tolerancia para con ciertos ciudadanos locales poco entusiastas de la Constitución y que acaso pretendían reformar ésta por procedimientos extraparlamentarios.

También se suele recordar su actuación –dificilísima, por cierto- en la noche de los tanques. Otros malévolos hablan de informaciones contradictorias sobre el trágico reventón de Tous achacables a dicho gobierno civil.

Y me permito acercarme a la hipotética visión de España puede tener el Sr. Fernández, al igual que otros políticos leoneses, por un motivo que entiendo reseñable: comparto con el mandatario de la plaza del Temple la patria chica en las Españas, el País Leonés o Reino de León.

El señor gobernador, al igual que Rodolfo Martín Villa o el anodino ministro Núñez Pérez, e incluso que el cura conservador Martínez Fuertes (el que repartía octavillas por los colegios de pago) proceden de los Campos Góticos, tierra llana de León, área de cultivo proceloso de clérigos, labradores y gentes de la milicia.

En aquel entorno de planicies sin fin, de casas de adobe, de estaciones de ferrocarril desvencijadas, de frío absoluto, de impenitente recesión demográfica y de maravilloso vino de Valdevimbre, con el general en el poder y con la machacona idea de que España era Castilla danzando por los libros de texto, resultaba muy fácil caer en la tentación del centralismo, el mayor enemigo histórico de la auténtica Castilla comunera y autonómica de los primeros siglos medievales, y de ahora mismo.

Con tamaños alegatos uniformistas, sólo podía brotar la idea de España como si de una inmensa Covadonga se tratara. Había, eso sí, ciertos tipos marginales por Galicia y el Mediterráneo que hablaban pintorescos dialectos en extinción. También cuatro pastorcillos del Aitzgorri farfullaban una anecdótica jerga vascuence. Todas las culturas no estrictamente castellano-centralistas parecían bailes de disfraces. Fraga desde Madrid lanzaba las pautas oportunas, y Martín Villa y sus amigos pronunciaban estruendosas galeradas por los concejos que baña el Esla. La España Imperial -¿qué imperio entonces, años sesenta?- caminaba en los seguros lomos de los jóvenes leoneses que se sentían llamados a la cosa pública. Sin embargo aquellos políticos que tanto querían decían querer a Castilla y a León, dejaron sus tierras de procedencia convertidas en pasto de la emigración y el desamparo, la incuria asistencial y una modesta agricultura.

Decidieron que Castilla era Valladolid y Burgos, rodearon estas ciudades de fábricas y lanzaron al desamparo sin futuro a las tierras de Zamora, de Socia, del norte de Palencia, de Segovia, de Ávila...

Si extrapolamos estos eventos territoriales a la Comunidad Valenciana podremos comprender buena parte del cerrilismo inaudito protagonizado por

el partido centrista con motivo del toma y daca del Estatut de Benicàssim y otros penosos escarceos por la barbarie cultural. Todo se puede comprender si ciertas manías mesetarias se entrelazan con la retranca confusionista de los prebostes locales en el manido tema de los signos, cancelado a la postre por pura putrefacción.

Lo más curioso es que los mismos ucedeos que levantaban barreras entre catalanes y valencianos como si de lapones y bosquimanos se tratara, no tenían ningún inconveniente en mezclar a castellanos y leoneses en un grotesco consorcio autonómico en el que curiosamente, excluyeron a las dos provincias más castellanas de la región: la Rioja y Cantabria. Es como si se creara una comunidad autonómica catalano-valenciana de la que, misteriosamente, fueran “independizadas” las provincias de Gerona y Lérida, que organizarían de por libre su autonomía. Y todo por complacer a los gerifaltes centristas santanderinos y logroñeses, amos señores de dichas provincias hasta el venturoso 28 de octubre.

Si la misma Constitución prohíbe la federación de comunidades autonómicas, ¿por qué Martín Villa y sus amigos preparan una comunidad imposible como Castilla y León? ¿Por qué levantaron el espantajo –también imposible– de los Países Catalanes? ¿Cómo es comprensible que la derecha ucedea a orillas del Duero se muestre tan pancastellanista, y, en cambio, en las riberas del Xúquer introduzca tanto desatino cantonalista?

Una vez más tenemos que ir a los orígenes mentales de Rodolfo Martín y sus muchachos. La tierra llana de León, que por llana algunos confunden con Castilla, que a su vez, es una región más montañosa de lo que se cree. Un gran lío conceptual en el que durante años pescaron revoltosamente esos políticos que se quedan no sólo sin trabajo de poder, y que tampoco tendrán, ya nunca más, el recurso del partido fenecido.

Pero que nadie se llame a engaño. León también es la patria de Ángel Pestaña. Y de Buenaventura Durruti.

Evren de Turquía

Noviembre 1982

Durante muchos años Turquía fue llamado “el hombre enfermo de Europa”. Ahora, una vez aprobado el plebiscito propuesto por el general Evren a su pueblo, puede afirmarse sin temor que su maltratado país es el hombre enfermo de Europa gobernado por el hombre enfermo de Turquía. Enfermo por mentiroso y represor.

El tema es que hace más de dos años, septiembre de 1980, el general Kenan Evren, individuo con mucho prestigio en la OTAN, decidió lanzar al extrarradio de la historia la actividad política constitucional que se tejía entre los dos partidos mayoritarios de Anatolia, el conservador de Suleiman Demirel y el socialdemócrata de Bulent Ecevit.

Como siempre en estos casos, Evren y sus adjuntos alegaron que la situación nacional era insostenible (al parecer fenecían de a veinte diarios por cuestiones de terrorismo) y que el par de calamidades públicas que eran Demirel y Ecevit debían retirarse para siempre de la política. Y con ellos, sus partidos “corruptos” en palabras del nuevo centurión. También dijeron que iban a ser igualmente drásticos con los extremistas de derecha que con los de izquierda y por eso propinaron la pena de muerto a cientos de socialistas y comunistas y a algún que otro facha para despistar. Por otra parte, Demirel nunca ha sido molestado en su forzado retiro mientras que el reformista Ecevit sólo por decir un par de cosas razonables fue lanzado medio año a los calabozos.

También dijo don Kenan que antes de un año de su toma de poder habría elecciones y el caso es que han transcurrido más de dos y el tipo de las bombas tiene asegurado el poderío hasta cerca de 1990 merced a la farsa del último viernes en la que, como siempre que convocan a las urnas los generales con mala conciencia, votó más del cien por cien de la población la peregrina propuesta castrense. Un plan en el que destaca el articulado que dispone que el presidente de la República, inefable Evren, será el encargado de elegir el grupo de ciudadanos que controlarán la actividad de dicho Presidente. Ni Pablo Porta llegó tan lejos.

Y aparte de votar los muertos a favor de la nueva monserga militar, también lo hicieron los vivos, porque si se negaban a ello, podrían haber sido

castigados a penosas disgregaciones públicas. También resultaba peligroso decirles que no a la cuadrilla de Ankara sobre todo si pensamos que el “Sí” era una papeleta blanca y el “No” una azul, y nadie quiere que en su pueblo le mire con mala cara el cabo de la policía, presente en la votación, quien podía tomar nota de los que escogían el voto coloreado. Así que todos a votar blanco, a votar “Sí”, incluso los más de diez millones de analfabetos que nunca pudieron enterarse de por qué decían que sí a la parafernalia de don Evren.

Una vez más hay que hablar de las miserias de los generalazos en el poder por la vía ínclita del aullido y de la espada encima de la mesa del presente constitucional vejado de turno. Una vez más, y ahora en Europa, los de los tanques dicen y dicen, y al final nada cumplen porque lo que desean es estar siempre en la cúpula hasta que los lanzan a la calle sus propias aberraciones o el desprecio de un pueblo exhausto tal y como ha sucedido en la reciente etapa boliviana.

Y uno piensa en que, aparte del último argumento de las armas que tamaños pedestres manejan, ¿qué otro motivo moral y racional existe para que los uniformados asalten la política de un país? ¿Por qué un señor de las fuerzas armadas puede imponer su cosmovisión o su catecismo social a la gran mayoría de un país que lo rechaza, y no pueden hacerlo, por ejemplo, los herreros o los fumistas, los banderilleros, los aguadores o los lisiados? Ni unos ni otros, desde luego, tienen motivos para imponerse corporativamente al resto de la nación. Los militares tampoco.

No se puede negar que en ocasiones es inevitable que los ejércitos intervengan para solucionar estruendosas catástrofes sociales internas. Pero tales causas han de estar, y estaban lógicamente en Turquía, muy bien delimitadas en el texto constitucional. También en España están delimitados tan tremendos eventos que, objetivamente, seguro que no se han de producir en los próximos decenios. Ni después.

La gran heroicidad de los ejércitos de los estados democráticos sin consolidar es obedecer al poder legítimamente establecido. En los estados de tradición parlamentaria este tema, por supuestos que ni se plantea. Pero en Anatolia, el Pinochet blando, el sultán Evren, lleva camino de aparcarse la libertad del sufrido pueblo euroasiático hasta cotas insostenibles. La nación tendrá que acometer el necesario trabajo colectivo de derribar el nuevo pedestal antipopular que le han colocado en el centro de la calle por la ignominiosa vía

del “trágala”. Y es que ya no es serio, ni siquiera en Turquía, que un señor de la guerra prepare referéndums como el de la Ley Orgánica del Estado, aquella farsa que montó Fraga a instancias directas de “Él”.

La muerte de las revistas en flor

Noviembre 1982

En los primeros meses de la monarquía, con Arias Navarro dando los últimos tumbos en Castellana 3, los vecinos de Donosti dedicábamos muchos fines de semana a comparecer por la otra orilla del Bidasoa, entre las librerías y quioscos de prensa de Hendaya y San Juan de Luz. Allí trabajábamos amistad con hombres y mujeres procedentes de todos los rincones ibéricos, que escondían debajo de las alfombras e los coches aquellos papeles que todavía continuaba prohibiendo el Ministerio de Información y Turismo.

Era aquel un tiempo de esperanza y de estrepitoso derrumbe del aparato político que había nacido de una contienda. Época de huelgas gigantescas por el cinturón industrial de Madrid, allí donde la urbe se derrama en una llanura desaforada, entre talleres, colmenas y desagües. Hora de los obreros que daban mítines en las aulas de la Complutense. Tiempo del último ataque gozoso de la Platajunta. Era cuando Lluís Llach abarrota el Palacio de Deportes de Barcelona, cuando Ramón Tamames estaba en la cárcel, ETA asesinaba a Ángel Berazadi, industrial nacionalista, y Henry Kissinger andaba de firmas por el Palacio de Santa Cruz con el ministro Areilza.

De todo ello hablaban los periódicos españoles y también los franceses. Recorrer aquellas librerías inundadas de publicaciones era un atractivo paseo premonitorio de lo que serían las revisas españolas tras la inminente democratización de la vida nacional. Parecía posible, por primera vez en cuarenta años, la abolición de la censura y de todas aquellas trabas administrativas que la tecnocracia e los 60/70 utilizó para boicotear la libertad de expresión, mientras quedaba en el aire la frase de Carlos Robles Piquer, en el Congreso de Escritores de San Sebastián de 1965, cuando dijo a un grupo de sufridos narradores ibéricos: “¿Qué no escribirían ustedes si no hubiera censura...?”

Parecía, en fin, llegado el momento de eliminar de nuestra cabeza el tortuoso procedimiento interpretativo con que descifrábamos la escritura entre líneas de las escasas revistas culturales que sobrevivían entre el yermo televisivo peninsular y la tijera de unos señores graves. Tan graves que llegaron a defor-

mar la identidad de algunos escritores, quienes, acostumbrados a la espada de Damocles, no fueron capaces de aportar nada nuevo en el tiempo posterior de mayor libertad de expresión, como le ocurriera tres años antes al dramaturgo portugués Santareno, cuya obra tan esperada bajo el salazarismo, naufragó severamente en los escenarios lisboetas de la Revolución de los Claveles.

Sin embargo, se hablaba entonces y se habla ahora de que en todo tiempo y lugar ha existido la censura. Unas veces expresa, las otras veces tácita. Una coacción que se interpone entre el creador y su obra como un filtro que puede ser meramente económico pero que, pro lo general, es consecuencia de alguna traba represiva estatal o privada. Sea ello o no cierto, lo indudable es que en la España de 1976 era muy posible y necesario elevar el agobiante listón que ponía notas de barbarie sobre la guitarra de Raimon, la conferencia de Aranguren, la película de Saura, las homilías del padre Gamo, o el mismísimo cuerpo rotundo de la Maja Desnuda, eliminada de un escaparate cacereño por expresa orden de un cabo de la policía municipal.

Aquellas esperanzas de libertad cuajaron poco a poco durante el periodo julio 76 a junio 77. Fue un año fulgurante para la comunicación impresa. Nacían editoriales por doquier y los actos públicos de índole cultural y política se multiplicaban como un río incontenible que se llevaba por delante el tediofranquismo reciente. El pueblo estaba en ebullición, decidido a recuperar cuarenta años de nuestros escritores exiliados, de nuestros idiomas amordazados en la imperial mazmorra. Cuarenta años de costumbres ultramontanas viajando por el cuerpo y por la mente. Cuarenta años de ver al diablo todos los días en la calle disfrazado de barbudo, de minero o de cupletista. Ya no volvimos a cruzar el Bidasoa.

Sin embargo, como tantas cosas en España, el estado de gracia que llegó a su cénit en las fechas preelectorales del 15-J se vino abajo rápidamente. Ya en 1978 algunos hablaban de desencanto mientras otros querían secuestrar al presidente Suárez en la Moncloa. Se creía que la democracia era una mercadería milagrosa que iba a solventar automáticamente a todos los problemas históricos del pueblo español. Se inició entonces un progresivo abandono de la militancia en los partidos políticos por parte de aquellos incorporados en el aluvión del entusiasmo. El sarampión de los libros políticos entró en barrera y las revistas reivindicativas recién nacidas –“Materiales”, “Teoría y Práctica”...- se fueron al desguace privándonos de sus jugosas aportaciones al debate político y social.

Por su parte, la prensa presuntamente marginal, los focos de comunicación de una cultura juvenil más o menos atrayente, apoyada en la música rock, el cómic y la literatura de vanguardia, duró apenas tres años en los kioscos. Es el caso de “Ajoblanco”, “Star” y “Ozono” entre otras revistas construidas con artesanal imaginación.

Igual suerte acompañó a las publicaciones de información general que surgieron en la periferia. “Berriak”, “Arreu”, “Valencia Semanal”, “Extremadura” y otras de menores pretensiones, se fueron con paso decidido al garete.

Aún así, puede resultar hasta cierto punto comprensible que las tentativas que venimos recordando no pudieran resistir el contundente proceso de desinterés por parte de la población desencantada. Eran publicaciones en muchos casos improvisadas, muy poco profesionales, con unos canales de distribución muy flojos y de temática constreñida. Pero lo que resulta incomprensible y doloroso es que revistas de ámbito nacional que durante el pasado régimen llegaron a constituir la auténtica universidad popular de miles de españoles, hayan desaparecido de la oferta informativa o se encuentren en trance de hacerlo.

La triste singladura final de “Cuadernos para el diálogo”, la raíz de tantos políticos de la transición, es bien aleccionadora. El forzado cambio de periodicidad de “Triunfo” también es un grave acontecimiento. Durante años de resistencia numantina, esas dos revistas fueron el símbolo trabajado de la libertad. Mal pago tuvieron a su llegada. Parece como si muchos antiguos lectores de la prensa de oposición al franquismo, una vez obtenida la anhelada subdirección comarcal de ferias y mercados, abandonasen la imprescindible gimnasia intelectual que aquellos papeles independientes y abiertos brindaban al lector. Es impensable, por otra parte, que la prensa de partido, cada día más testimonial, pueda cubrir el hueco de “Cuadernos” en su etapa mensual o de “Triunfo” en su periodicidad semanal. O de tantas otras desaparecidas como “Posible”, “Guadiana”, “Opinión”; “Destino”, etc.

Los quioscos de la democracia nos han traído saludables enfoques anatómicos y sofisticadas revistas deportivas. Han potenciado hasta lo indecible la prensa del corazón, mientras que las publicaciones “amarillas” hacen su agosto a costa de los moribundos de la colza, de los ajusticiamientos públicos en Arabia o de la vida sexual de algún político de campanillas. Pero se nos ha llevado, a la vez, entre policromía banal y fascículos, entre goles de antología

y narcisismo, a unas viejas compañeras que son el origen, en gran medida, de la convivencia que ahora disfrutamos.

¿Y por qué se van? Hagamos abstracción de los planteamientos sociológicos o de psicología social. La causa es muy sencilla. La exponía con claridad la revista francesa “Charli Hebdo” en su último número, también de despedida: “Por qué no nos comparas, inconsciente”. Luego advertía, “Pronto nos echarás de menos”. Parece que también se reduce la oferta en los quioscos de Hendaya.

La metafísica del tricornio

Diciembre 1982

Un diario matutino madrileño que tiene ante sí un futuro bastante dificultoso en vista de los votos que sacó el partido de Tejero en las pasadas elecciones, lanzó hace poco una soflama en primera página poco menos que acusatoria contra la Guardia Civil a quien achacaba estar a las órdenes del nuevo poder establecido.

Por lo visto, el de la pluma ultra entiende que el benemérito cuerpo sólo puede aducir en público fidelidad a ciertos elevados espíritus, intereses y zarabandas que pueblan el terreno eterno de las Españas. De algunas Españas que convocan el 0,40 por ciento en las urnas precisamente porque no son nada. En todo caso, cien mil celtibéricos en retirada.

Este vate de la negrura viene a decir que si la Guardia Civil es fiel al nuevo gobierno socialista, el instituto armado está condicionado al favor —se su pone que volátil, inexperto, fatuo, del partido socialista. En una palabra, que desde que el señor González arribó a la Moncloa, la Benemérita se ha convertido en un apéndice uniformado de la militancia socialista.,

Uno lee semejante y malvada tergiversación y no puede menos que reír. A mandíbula batiente. Se contrasta el maravilloso 0,40 de los comicios con la palabrería del hombre ese tormentoso de la primera página y el restante 99,60 y, lógicamente, la carcajada invade la mente del que convoca a fuerzas tan dispares. A una hormiga cuajada de puñalillos y al bonachón elefante de 37 millones de españoles que cierran la puerta de la casa y del corazón a la estupidez sin sitio, sin tino y sin futuro. Lo mejore es que no tiene futuro.

La Guardia Civil, como la Policía Nacional o la Administración Pública civil y militar se deben exclusivamente a todos los españoles. Y mediante el gobierno legítimamente establecido —ahora socialista-. Se articula la maquinaria de la convivencia estatal. El pueblo quiere que mande ahora el partido socialista y los funcionarios obedecerán al pueblo obedeciendo, como es su deber, al gobierno socialista. Una verdad manifiesta que, sin embargo, encalla en las galeradas del nostálgico rotativo.

Remitir como última instancia de la Guardia Civil a ciertos planteamientos metafísicos, como hace el amanuense del recuadro impresentable, es lo mismo

que justificar el golpe de estado tejerizo. Lo mismo. Se trata de volver a hablar de la voluntad nacional como una entelequia por encima de la concienzuda potencia de las urnas que inunda con votos democráticos el pueblo soberano.

Si la Guardia Civil siguiera –que nunca lo hará– unos dictámenes sacrosantos y telúricos, podría acabar desobedeciendo al ejecutivo y quedarse tan fresca. Imagínense las consecuencias si extendemos la teoría a las divisiones de Caballería. Aparte de suponer un atropello a la probada disciplina y obediencia de las fuerzas armadas, la tesis del golpista en receso tiene muy serios obstáculos: ¿qué pautas son las que hay que seguir para conocer esa voluntad nacional invisible? Si la nación es el pueblo de España, ¿qué mejor voluntad nacional que la voluntad popular, la de todos los que componen la nación?

Parece que el ciudadano de la pólvora triste, cuando habla de la voluntad nacional se refiere a Hernán Cortés, a Viriato, al brazo de Santa Teresa, al gol de Marcelino, a la URSS, al mestizaje, a las astracanadas de Muñoz Seca, al chocolate con churros, a ciertas zarzuelas, al gasógeno o a los testículos del caballo de Espartero. Al jinete no, que era liberal, solo a su caballo.

También se incorporan a la voluntad nacional las fuerzas de la naturaleza: los ríos de Navarra, el Moncayo, el lago de Bañolas, la cartuja de Miraflores, la plaza Redonda... Y tampoco han de faltar los animales patrios: pollinos de Jaén, gallinas de Lugo, lombrices de Sabadell, boquerones de Málaga y sobre todo los mulos de Extremadura, que por algo es tierra de conquistadores.

De esta guisa, la Guardia Civil deberá crear un cuerpo especial de parapsicólogos que analicen los géiseres de Lanzarote, las tormentas de las islas Cíes o el rumor de los pinos de la Serranía de Cuenca para actuar en consecuencia con la última y verdadera palabra de esta tierra. Un párrafo de Balmes, otro de Donoso Cortés, otro de Vázquez de Mella y el último de Fernández de la Mora serán la definitiva guinda. La voluntad nacional está servida. La Guardia Civil ya sabría a qué atenerse.

Pero resulta que la última palabra en esta tierra de España no la pone el sol ni la luna, ni el calepino el siglo XVIII ni el frente de Teruel, ni menos todavía un jabalí de Cáceres. Es todo mucho más sencillo. Basta con vaciar las urnas, agrupar los votos, entregar el poder al que tenga el montón de papeletas más grande y desearle los buenos días y la cristiana resignación al que saca del montoncito, casi plano, el 0.40.

Primer avatar de Barrionuevo

Diciembre 1982

El ministro Barrionuevo cuando tenía su ocupación política en el ayuntamiento de Madrid parecía el Alfonso Guerra particular del profesor Tierno Galván. El viejo alcalde delegaba en el edil almeriense los aspectos menos gratos de la función municipal: las grúas de la villa del Oso, los aparcamientos e la villa del Madroño y las explicaciones oficiales a las deficiencias cotidianas achacables a la alcaldía. Poca coas en general, aunque suficiente para que Barrionuevo se ganara una fama. La demócrata puro y duro. Y eficaz. La de honesto bailarín con la más fea. Acaso para estar a la altura de su rostro de pocos amigos. En todo caso, había nacido un excelente alevín de ministro del Interior.

Que ahora es. Y como tal, inició Nuevobarrio su tarea. Acudió después de la promesa a celebrar el día la Constitución con tierno Galván y los policías del término municipal de Madrid. Allí hubo palabras de esperanza y disciplina, sonrisas y servicio público. Pocas horas después apareció por la mesa ministerial el primer juguete envenenado de la era del cambio. El grapo Martín Luna había sido abatido a disparo limpio en una calle del Ensanche barcelonés. Cerca de una confitería cuya propietaria persigue a los que no pagan los cinco duros del “croissant”. Está en su derecho, lógicamente. Dicen que también persiguió a Martín Luna cuando el ciudadano de las bombas sintió haber caído en letal emboscada. Otros dicen que no le siguió reclamando el precio de la vianda. En todo caso, lo que sí es cierto es que entre las pulcras balas reglamentarias y el bollo vienés, Martín pasó a mejor vida.

Todo se había iniciado el día dos de diciembre. En un atraco bancario fue determinada una mujer que era la pareja del terrorista. En la comisaría se arrepiñtó, súbitamente, aceptando las ventajas legales que, al parecer, se derivan de tal actitud. El asunto es que decidió noticiar abiertamente sobre el jefe de tan acreditada banda extremista. Dijo también el lugar de la cita fatal para el gaditano, un hombre aguerrido, fanatizado y avisado, poco culto pero gran organizador según dijera en la prensa al día siguiente del óbito el periodista Moa Rodríguez, un vigués que en sus tiempos revolucionarios formó parte del grupo grapo.

Por lo demás, Martín Luna había muerto de un modo muy similar a cómo lo hicieron sus correligionarios Cerdán y Calixto y el segoviano Delgado de Códex. A tiros como alimañas entre paisajes urbanos. Dicen los técnicos en este tema que si no es así, los grapos escapan o matan. Dicen que si escapan, matarán más veces. Dicen que si matan, matarán también. Yo añadiría otro argumento: si consiguen detenerlos vivos, también se escapan. El problema es arduo. La solución, muy clara: matarlos enseguida., Luego, una vez bien muertos, ya se puede enunciar la frase tan asumida por tantos: Así ya no matarán más. Es frase certera. Está absolutamente comprobado que un grapo muerto no mata.

El mismo Martín Luna es un paradigma de esta concepción de la defensa del orden público. Cautivo en su día, huyó de Zamora, aquella grotesca cárcel que el franquismo destinó para recluir a los curas vascos nacionalistas. Luego anduvo deambulando por la cuenca minera leonesa, por el lugar de Villaseca de Laciana, donde se cultivan los grapos como caracoles después de una tormenta que hubiera descendido impetuosa de aquellos inmensos montes cantábricos por donde Martín Luna conspiraba y convencía a los brutos y noblotes de aquel norteño país.

Después Martín Luna apareció por las áreas urbanas de Madrid y de Barcelona. Alquiló pisos, preparó atracos, huyó de celdas, certificó muertes violentas y entre todo, mantenía su relación amorosa con la moza aquella que fue detenida a principios de este mes.

Siguiendo el hilo de la historia, en el Congreso de los Diputados, sesión del día 14 de diciembre, se planteó el tema de la muerte del infortunado Martín Luna. Habló Juan María Bandrés, la voz de la conciencia de las Cortes. Más que nunca, ahora, cuando gobierna la izquierda moderada a la que él también pertenece aunque desde otro punto y objetivo. El abogado donostiarra dijo, cargado de la dignidad de un sacerdote de la gran patria euskera, que la muerte de un hombre es siempre un fracaso. Así rebatía las frases obligadas del único ministro del gobierno que es hijo de un vizconde, el señor Barrionuevo, quien alegó que la muerte del graparra gaditano había sido consecuencia de una “actuación ejemplar” de la policía. Lo que se dice una afirmación martinillesca que estoy seguro que ni el ministro saliente ucedeo señor Rosón se hubiera atrevido a pronunciar de modo tan explícito.

También parece que hubo división de opiniones cuando el ministro almeriense afirmó que sería muy positivo que el cambio prometido por el partido

gubernamental se identificara, en el ámbito del ministerio del Interior, porque ya no murieran más policías. Una frase que le valió la gran ovación de los diputados fraguistas e incluso una felicitación personal del señor Herrero de Miñón. Lo más curioso es que los socialistas no aplaudieron. Y no lo hicieron porque crean que sea bueno matar policías. Todo lo contrario. El problema surge cuando se piensa que también los asesinos del GRAPO tienen derecho a ser tratados como personas. Derecho a no ser baleados a priori si realmente ocurrió así en el caso de Martín Luna. O a ser reducidos profesionalmente, si es cierto que el terrorista disparó primero. Para ello están los chalecos antibala y múltiples procedimientos que sin duda conoce la policía. La ley de Talión es la ley de la impotencia. El estado no puede sentirse ni actuar del mismo modo que los anacrónicos –y criminales- extremistas.

El ministro Barrionuevo hace muy bien en elevar la moral de los funcionarios a su cargo. Pero no debe hacerlo a costa de minimizar actuaciones policiales cuando menos discutibles como en este caso. Mas que discutibles si realmente el grapo muerto no inició el tiroteo. La muerte es el gran fracaso de todo ministro de la Gobernación. Perdón, del Interior.

Una razón para la paz

Enero 1983

El camarada Mendi es un muchacho de Irún que durante seis años ha permanecido enrolado en los trabajos propios del sector poli-mili. Este señor un buen día decidió por su cuenta abandonar el País Vasco Francés, donde andaba refugiado, y se instaló en París. Iba a trabajar.

A los pocos meses de estar en la capital, entre paisanaje de medio mundo, rodeado de periódicos de otro medio, de mujeres y restaurantes, el mozo irundarra convino en que acaso no fuera del todo acertado dedicar su vida por entero a la labor difícil de la independencia de Euskadi.

La idea fue tomando cuerpo en la mente del bravo guipuzcoano, y dejando este hombre las armas y los bagajes, se introdujo libremente en el escuadrón de etarras que, no teniendo delitos de sangre, decidían reinsertarse en la sociedad civil y política vasca.

Muchas han sido las razones que han llevado al ex gudari a tomar tan loable y heroica determinación. El lector seguro que las apreciará sin dificultades: el impasse del grupo bombista, el paulatino arraigo de las instituciones autonómicas, la repulsa ciudadana a los intentos del fuego insensato y criminal y otras cuestiones, acaso, de índole personal, como la de no querer ser toda la vida un fulano embutido en un pasamontañas protagonizando escaramuzas y eternas discusiones revolucionario-pastoriles.

Pero hay un motivo, alegado por el propio Mendi, que tiene por sí mismo gran sustantividad. El ex etarra ha dejado caer, como quien no quiere la cosa, una frase profunda: "desde París el País Vasco es muy pequeño" ha dicho. Cabe pensar, entonces: ¿cuántos años tienen que transcurrir en la vida de un hombre para alcanzar la sabiduría de una máxima mitad hija de la honestidad y mitad hija de Perogrullo?

Continuemos con el mensaje del guipuzcoano. ¿Qué quiere decir que Euskadi es muy pequeño? Sin duda que no se refiere con ello Mendi a las dimensiones físicas de las tres provincias vascas ni mucho menos a su elevada densidad de población, o al poderío industrial de la región. Ninguna patria –aunque sea chica– se mide por sus magnitudes empíricas. Cualquier

patria es grande si es la de uno. Pero el mozo Mendi que viene a proponer, indirectamente, es una evidencia que tarda en ser comprendida por muchos millones de ciudadanos españoles: que las diferencias culturales, sociológicas, psicológicas de los europeos –por ceñirme a un marco concreto- son cada día menores. No cabe el recurso del rudimento antropológico, no cabe el gol de Sarabia, no cabe la mitificación de los potes de vino por las Siete calles bilbaínas. No cabe, en suma, reeditar aquel mito de la región de uno como unidad de destino en lo cósmico. No cabe la baladronada del carlista montañés en los años ochenta.

No se pretende la uniformización galopante como insignia ideal, pero la insistencia en las urdimbres tribales es el camino del yerro. Pocas frases más ciertas que ésta: o renovarse o morir. Que suene la txistu y que bailen las gentes, pero, por favor, no edifiquemos sobre ello –y sobre similares asuntos- la urgencia de la metralleta endiablada que sólo conduce al dolor de los que la sufren y a la desesperación –cada vez mayor- de los salvajes que a esgrimen nada menos que como elemento cultural.

Cuando los hombres viajan, viven otros ambientes, hablan con otras personas, escuchan, palpan y meditan, automáticamente se derrumban las filosofías del cantonalismo fiero (ETA) o manso (los menestrales que dicen “volem bisbes cataláns”). Por eso el camarada Mendi ya no quiere seguir poniendo puertas al campo. La historia, la cultura, incluso las manifestaciones más autóctonas y valiosas para cada comunidad y que más se quieren, rechazan su uso encasillado, aguerrido y chulesco. No olvidemos un dato demoledor: en las tres comunidades históricas de España (Galicia, Euskadi y Cataluña) gobierna la derecha,. El nacionalismo de izquierda es imposible en un marco occidental y sólo subsiste en el tercer Mundo, alentado, siempre, por clérigos políticos (Jomeini) o por políticos que viven como clérigos (Gadafi).

El camarada Mendi ha descubierto los libros y la calle libre. Ya no tiene el cerebro empuñecido. El problema de Euskadi, como tantos otros de este mundo, tiene en la cultura a su mayor enemigo. Cuando la gente lee, viaja, vive, ama y piensa en libertad las ametralladoras callan.

El divino Efraín

Marzo 1983

Desde hace un año el que manda en Guatemala es un individuo enloquecido que tiene por nombre Efraín, por profesión la de generalito bananero y por ideología un entramado cafre de leyes fascistas y milagrería.

El tal hombre, apellidado Ríos Montt, reúne, como no podía ser menos, todas las características propias de quienes andan con el trabuco delante de los libros, con la delación delante de los niños, con la crueldad delante de los indios y con la incuria mental frente a la historia.

Sin embargo, el guatemalteco tiene un ingrediente nuevo en su zurrón inane, que lo cualifica como un dictador uniformado sui géneris entre la amplia recua latinoamericana, y es que este baladrón parece que sigue a rajatabla las salmodias de una secta norteamericana que tiene instalada una gran carpa circense en pleno centro de la ciudad de Guatemala, capital del estado. Entre los trapecios y las pistas de los tigres convenientemente sacralizadas por aquella religión, ora todas las semanas don Efraín. Ora mucho.

Pero aún mata más que reza el presidente. En la víspera de la visita de Juan Pablo II a la nación centroamericana no tuvo ningún inconveniente, acaso en prueba de concordia con el Vaticano, en apiolar a seis desgraciados paisanos que luchaban arma en ristre por acabar con la barbarie eternizada que alienta por praderas y maizales.

Después se comentó que precisamente por nos era católico, Ríos Montt quiso provocar a Su Santidad con tamaña carnicería. En todo caso, no conviene exagerar el evento. Todos los días decenas de guatemaltecos son machacados por los grupos paramilitares o parapoliciales. Gentes que son muertas impunemente por no tener las mismas ideas que don Efraín el piadoso, que es un predicador de tomo y lomo aparte de verdugo bíblico, no en vano el primer espada de Guatemala acostumbra a lanzar atrabiliarias encíclicas por el Boletín Oficial del Estado. Órdenes moralizantes y promesas celestiales para los funcionarios que cumplan con sus públicas obligaciones. Al mismo tiempo se fomenta el que casi el ochenta por ciento del caudal del Tesoro se canalice hacia las covachuelas donde habitan los mal pagados y bastante corrompidos servidores estatales.

De todos modos, no es bueno el quedarse en la pura anécdota, aunque sea sangrante y demencial, sino que hay que buscar ese escalón nefando donde siempre coinciden los intereses bastardos de los dictadores centroamericanos con los planteamientos trascendentalistas de las religiones que facturan en California avispados mercachifles. Lo carca, vivido desde todos los puntos de vista posible, es el mensaje último de esas sectas nacidas al amparo de la neurosis y de la horterada que suelen tener nombres tales como Senda de Nazaret, Fundamentalistas del Jueves, o Los deudos de san Judas.

Efraín Ríos Montt pronto lo vio claro y se apuntó al primer circo que pasaba por Guatemala. Dicen que una vez conocido el pintoresco fervor de las medallas, son miles los guatemaltecos que procuran coincidir con su mandamás cuando éste entra a rezar, o sale, del improvisado templo, dispuesto a firmar una docena de penas de muerte. Nunca estuvieron más juntos el escapismo, la violencia y la payasada.

Coria sin su juguete

Abril 1983

Había en Coria una televisión privada. La emisora, instalada en una trastienda de la villa cacereña, tenía un radio de acción de apenas tres quilómetros y eran los escasos doce mil corianos los posibles destinatarios de tan curiosa tentativa comunicacional. Desde el breve garito de su redacción improvisada, trabajaban con denuedo y carencia absoluta de medios un grupo de entusiastas de la libre información. Un grupo de gentes antimonopolistas.

Pero había un señor gobernador civil en la capital de la provincia que tenía dos teléfonos. Uno para escuchar las directrices que arriban desde el Foro y el otro para avisar convenientemente a las fuerzas del orden público de aquella provincia fronteriza donde se cultiva la emigración, el paro, el silencio, los conquistadores y el último puesto del ránking de la renta per cápita.

De la colisión de ambos relatos paralelos queda la desaparición, de un plumazo, de la televisión coriana. La urbe episcopal del norte de Extremadura ya sólo tiene, nuevamente, una opción, la que lanzan desde Prado del Rey. También es curioso que casi todas las regiones cuenten con su centro autonómico de televisión, sus programas de ámbito indígena, sus Aitanas, menos la desventurada Extremadura, que debe conformarse con las migajas que surgen desde la capital. Las regiones pobres son las últimas en todo.

El tema fue que en aras de la justicia se canceló la tenue incursión de Tele Coria. Luego también serían convenientemente precitadas las emisoras ilegales de las televisiones de Llombai y de Cardedeu. Y reapareció, claro, el consabido avatar de la conveniencia o no conveniencia de la televisión privada.

Siempre se ha vinculado con los planteamientos progresistas la opinión de que sólo debe haber en cada estado una única televisión (con dos o más canales) de titularidad pública en todo caso. Se alega que la libre instalación de televisiones privadas supone seguir al pie de la letra el ejemplo consabido de la libertad de los lobos y los corderos, en el que las fieras se comerían a los humildes herbívoros. Queda claro que no serían los sindicatos de trabajadores ni los colectivos de marginados quienes pudieran afrontar los enormes gastos que conlleva montar una telecadena. Por el contrario, serían los grupos de presión (que en España casi siempre son entelequias con escaso fervor revolucionario) quienes se llevarían el gato (o el lobo) al agua.

Además, ahí están las palabras de don Alfonso Guerra González, que definen teóricamente lo que sería una televisión modélica en los tiempos que corren y en la latitud geocultural que nos enmarca: una televisión pública, pluralista y profesional. Calviño tiene la palabra.

Sin embargo todas esas sabias ideas parece que quedan en fuera de juego cuando, siendo más papistas que el Papa, se confunde a un gran grupo informativo poderosos y reaccionario con el anecdótico devenir de unos esbozos encomiables de las televisiones locales.

Las andanzas de una cofradía de nazarenos de Coria o la llegada de la primavera a los campos de Cardedeu o incluso el acontecer liguero del club de fútbol Llobai son noticias que normalmente están vedadas a los canales públicos. Y como éstas, cientos de miles de asuntos que ocurren en los casi nueve mil ayuntamientos que conforman España. Noticias que no tienen por qué ser eliminadas por impropias de un receptor de televisión siempre y cuando no transgredan la normativa penal vigente.

Por eso creo que la medida represiva utilizada por la Administración para cerrar esos tres incipientes estudios rurales carece de sensibilidad. Confundir tres respetables sistemas de comunicar a los vecinos de otros tantos municipios españoles con las prácticas manipuladoras que, tácitamente, se podrían inferir de las cadenas privadas de ámbito nacional caso de que existieren es, sencillamente, confundir el culo con las témporas.

Quienes creemos más en las autonomías municipales que en las regionales como cauce idóneo para la participación del ciudadano en la cosa pública, esperamos la necesaria vía legal que permita que en cualquier ayuntamiento de España un grupo de chiflados por la comunicación coloquie en la caja tonta, en las horas de mayor audiencia, la mesa redonda con el alcalde o el partido de fútbol que el equipo del pueblo juega fuera de casa.

¿Quién manejó su barca?

Mayo 1983

Remedios Amaya, la humilde paisana de Alfonso Guerra, la trianera pobre rescatada por la televisión calviñista, fracasó con estrépito en las aguas europeas de la canción consumo. Sólo fue acompañada, en la triste singladura de los no votos, por los representantes de un país fascista –Turquía- que enviaron a la noche de Munich a un relamido fantasmón rodeado de cinco bufones para colear un tema, Opera, radicalmente deleznable. Un cero para ambos estados. Menos mal que la competición era estrictamente musical.

Se sabe que el festival está abocado a la desaparición, pero son ya doce los años que lleva agonizando y a tenor de lo visto en la capital bávara, parece remontar el vuelo y se potencia como un sólido escaparate del buen/mal hacer de la canción neocapitalista. El colosal escenario de la victoria luxemburguesa, así como la cuidadísima puesta en danza de cada tema junto con una calidad media no desdeñable, ubicaron a los hispano turcos en el pozo de los despropósitos.

Uno recordaba aquellos lejanos años cuando comparecían por los estrados de Eurovisión compatriotas tan tercermundistas como lo eran, a su pesar, gentes como los TNT o Conchita Bautista. Siempre se conseguía un punto o dos. Siembre había un tal Pereira al otro lado del teléfono lisboeta que se apiadaba de su dictatorial vecino. El cero, tan humillante, así se evitaba. El ridículo no.

Los años opusdeístas se saldaron con las discretas –pero no vergonzantes- intervenciones de Rapahel y culminaron gloriosamente para las huestes hispanas con el famosísimo triunfo de Massiel en Londres. Era 1968. El tema del Dúo Dinámico nos insertaba en la normalidad cancionera del continente. En 1969, la valenciana Salomé revalidaba el éxito de Madrid en compañía de otras tres participantes. En 1971 Karina sería nada menos que subcampeona y en 1973 Mocedades repetían el viceliderazgo con el mejor tema presentado por España hasta la fecha, Eres tú.

Los años ucedeos no fueron tan brillantes como los taardofranquistas en este menester mercantilista, pero se consiguió mantener el pabellón nacional en un respetable segundo plano. Incluso se obtuvo un inesperado subcampeonato –el tercero- en Israel, siendo Betty Misiego la protagonista.

Pero habría de ser el primer curso socialista quien viera el retroactivo acontecimiento del Quien maneja mi barca, bodrio incalificable condenado al cero neto. Un cero que es un canto a la equidad de los dieciocho jurados transpirenaicos que junto con el Portugal democrático han enviado a la víctima Remedios al inevitable llanto del fracaso. Está claro que la teletonta de Calviño no sabe que es el festival de Eurovisión aunque sí ha demostrado conocer a la perfección lo que significa la redención de huerfanitas de Guadalquivir.

El tema hispano parecía representar a alguna región sureña del Magreb. Una cantinela del desierto interpretada por una mujer descalza y desarropada en el escenario con esa cara antigua de los anuncio es envejecidos de anís que pululan por las tabernas rurales. Y si la tonadilla era inadmisibile de Despeñaperros para arriba, ¿qué decir de su letra machista y huera?

En una palabra, que en uno de los escasos órdenes donde no es dado alegar la herencia recibida por parte de los mandamases de Prado del Rey, la canción española ha quedado bajo mínimos en el foro europeo. Otra vez será.

Un nudismo acosado

Mayo 1983

Existe un gentío tercermundista que acostumbra en los fines de semana asolar con sus miradas enfermizas a cuantos, pobres de nosotros, acudimos al recinto naturista de la playa del Saler. A ese lugar sosegado y europeo donde cada uno tiene a bien meditar sobre nuestro padre único conocido, el mar.

A ese espacio felizmente legalizado donde hombres, mujeres y niños de toda condición, ideología, apetencia y edad sitúan libremente sus cuerpos desnudos al sol con la naturalidad de quien se sabe uno consigo mismo, con su soporte físico y también, acaso, único de su humanidad visible.

Y a ese lugar de agradable discurrir entre las aguas, el sol y la arena mediterránea es donde acuden, puntualmente, catervas de inciviles que se dedican, con bronco desafuero, a divisar a sus prójimos nudistas. Vienen de diversos modos pero vienen siempre. Sobre todo los domingos por la mañana.

Unos eligen el sistema del despiste. Hacen como que nada supieran de la existencia de esa zona liberada del Saler. Como si pasearan al borde de la orilla desde Cullera a Pinedo pensando en la fugacidad de la vida y fueran, repentinamente, sorprendidos por la barahúnda desnuda. Son los mirones vergonzantes. Suelen aminorar exageradamente su trote cuando pasan frente a quienes toman el sol o se bañan sin aditivos culturales.

Otros, que suelen aparecer en cuadrilla, son los que llegando sudorosos y anhelantes a las cercanías de la playa naturista y viniendo vestidos a veces hasta con cazadoras, en unos chamizos laterales se quitan las camisas, que ubican junto con los zapatos, en las manos, y en calidad de extraños bañistas de pantalón largo, pasean agrupados, hasta veinte veces, de un extremo a otro del coto concupiscente (para ellos) como si buscaran a algún personaje afantasmado sobre las dunas. Un personaje que nunca encuentran.

También hay otros que, más ladinos, se suman desde su indigencia mental a la feria del voyeur. Son quienes se ubican, sigilosamente, entre los nudistas, bien provistos de sus trajes de baño, dispuestos a controlar in situ a toda la carne circundante. Estos insolentes se agazapan tras un periódico sensacionalista o bajo las gafas de sol, e impunemente envician el fresco devenir

de los ecologistas con su tráfico obsceno. Suelen ir sólo, por lo demás, y no pocas veces se trata de gentes que en la vida urbana destilan moralina por los cuatro costados.

Y de ellos surge una curiosa rama formada por las familias suburbanas que, vestidísimas, también se agregan a la atalaya enfermiza. Personas que son el padre de familia, su esposa generalmente oronda y un par de chiquillos por fortuna indiferentes. Parece como si la mujer premiara a su marido con el espectáculo referido quizá en pago de alguna buena acción de aquél. Y lo digo así porque el entusiasmo visual suele ser privativo del hombre.

Hemos narrado en modo sucinto la fauna dominguera que asola y corroe la bien ganada paz de los naturistas, personas inofensivas y no violentas que soportan con contenida indignación a los tipos de los ojos volátiles. Acaso el Saler sea el único lugar público y costero del mundo donde es posible que una playa nudista esté poblada, en un cuarenta por ciento, por agresores vestidos con bikinis y pantalones de baño. Si la libertad tiene siempre límite, uno de los ejemplos más evidentes donde tal aserto se confirma es el área que menciono.

El ayuntamiento de Valencia, que ha legalizado el recinto naturista del Saler, debe dotarlo convenientemente. Es imprescindible que sea acotado con una valla protectora y prohibido su acceso a quienes no están dispuestos a quedar, entre sus semejantes, como sus madres los trajeron al mundo. Si ello supone una inversión respetable, que no tenga el municipio ningún recato en cobrar la entrada consiguiente. Es preferible pagar que soportar gratis la verbena deprimente de tan penosos peregrinos.

El 86

Mayo 1983

Una semana antes de las elecciones municipales de 1979, una revista comarcal del norte de España que recibo habitualmente se convirtió en un terrible panfleto dedicado a ensalzar al partido de Alianza Popular. Todas sus páginas fueron encendida loa a don Manuel Fraga Iribarne y sus acólitos. Todo eran cábalas sobre las proporciones de la esperada victoria del extinto grupo llamado Coalición Democrática. En un semanario que predica su independencia, aquellos dicterios tan partidistas resultaban inauditos.

Llegado el día electoral, confirmado el espantoso fracaso obtenido por CD, esperaba yo con ilusión como sería el número de la revista en el que se habrían de comentar las incidencias de los comicios. Imaginé un severísimo ejemplar luctuoso, un verdadero rasgarse las vestiduras a lo largo de sus veinticuatro páginas. Barrunté, en fin, un acto impreso de dolor y acaso de esperanza para tiempos mejores.

Sin embargo la revista que menciono (y que por fortuna todavía existe y ojalá dure muchos años) en la entrega inmediatamente posterior a las elecciones presentaba una página hablando de no sé cuáles romerías a celebrarse en unas aldeas próximas a Galicia. Sorprendido por el inicio del periódico, caminé hacia el interior de las páginas buscando siquiera alguna información aséptica sobre los resultados de las urnas. Registré con ahínco las esquinas que nunca se leen, navegué perdido por las referencias de las ferias, los mercados, los resultados de la regional preferente. Hundíme entre los precios de las truchas en el Barco dde Valdeorras, tuve conocimiento de inauguraciones de parroquias en Ancares, me enteré del justiprecio de un camino vecinal hacia Sanabria, supe de un crimen pasional en un pueblo de mineros... pero no hallé rastro de concejal alguno. El ilustre director del hebdomadario había decidido, una vez comprobados los resultados electorales y una vez decantado el fracaso fraguista, el no dedicar ni siquiera un renglón a hablar de las votaciones.

Un fraude o rabieta similares a los de mi buen amigo el periodista berciano, es el que observo, desde finales de octubre y sobre todo desde primeros de mayo, en ciertos comentaristas famosos y cualificados que pululan por los media madrileños y barceloneses. Señores que han sido hasta la médula franquistas y que tras el período transicional fuéronse acercando callada y admirablemente hacia posiciones democráticas, pero que parece que sólo mantenían

su fervor mientras gobernarán los ucedistas. Desde que la derecha nacional ha tenido que retirarse del escenario, cediendo a la socialdemocracia vigente los trastos de mandar, estos caballeros han descubierto una fecha mágica: 1986. El año de las próximas elecciones generales. El tiempo, dicen, de Verstringe, de los tres millones ochocientos mil parados, del electorado desengañado por el gasto público, de las Vulpes oficiales y de los eternos extramuros del Mercado Común. Ésa es su tarea actual, su campo de batalla, su obsesión.

Todo consiste en calcular quién podrá ser lo que ellos dicen el caballo ganador para 1986. Que si Fraga, que si Roca, que si Garrigues, que si el Partido Radical, que si la UCD resucitada y nuevamente coronada por Suárez, que si el PDF fraguífugo, que si el gran pacto de toda la derecha, o sea PNV-CiU-AP-PSA, etc. El caso es soñar, soñar.

Pero existen varias circunstancias que hacen un tanto peregrino este cometido futurista y contable en el que se han sumido los viejos portavoces del caudillaje. De momento, quedan más de cuarenta meses para las próximas elecciones generales, y cuatro años justos para las siguientes municipales. Demasiado tiempo ara esperar a Godot.

Por otra parte, es una actitud arriesgada porque, ¿y si después de realizar todas las previsiones posibles arriban los años 1986 y 1987 y vuelven a vencer los candidatos de centro-izquierda? No olviden los cronistas entristecidos por la victoria socialista que en Suecia, por poner un ejemplo, los parientes ideológicos del partido en el poder en España, han ocupado durante cuarenta años el ejecutivo en aquel país escandinavo. Entonces, tendrían que buscar un caballo (o una tortuga, o un elefante) para 1990. Acaso la solución estuviera en que ellos mismos, los columnistas de la fama, se presentaran bajo la advocación de Alianza Popular. Puede ser una solución porque mientras continúen en las listas de la derecha los nombres esos que pierden todas las elecciones el escapismo del futuro que algunos practican es un flaco servicio al lectorado, cuando no al electorado.

La gaveeta de los días

Julio 1983

ETERNA ETERNIDAD DE PINCHET

Isabel Allende, por el asfalto de Madrid, no manifestó el más leve señuelo de optimismo. No quiso decir vanamente, como tantos despistados de la historia, que el tirano andino se acercaba a su final. Hizo, con justicia, la hija de Salvador asesinado, oídos sordos a un editorial de un serio periódico madrileño que parlaba del o caso del bandido. Olvidó adrede una noticia de la capital del imperio occidental: El Washington Post insinuaba que a Ronald Reagan no le gustaban las corbatas de su cómplice de las orillas del Mapocho. Todos los dictadores duran mucho. Se sientan en su trono de barbarie y el miedo ajeno les cobija, los tanques también, y no les falta una homilía complaciente en el momento oportuno. Los dictadores son los ancianísimos incombustibles. Vienen de la edad de piedra. Matan y duran. El mejor patriarca es el que nunca vendrá.

MONSTRUO DE TRES CABEZAS Y DOS BARBAS

Sabido es que el trío Balbín.-Calviño-Sotillos viene configurándose con gran solvencia como la representación cotidiana de tres vicios nacionales de imposible extinción: la mentira, la farsa y el orgullo. Todos los españoles somos ese monstruo de tres cabezas y dos barbas. Los que acosan con justicia pero sobre todo con interés a ese triunvirato inepto adolecen de las mismas carencias. Su objetivo, respetable, es la televisión privada. Desde ella nos lanzarán sus balbines, calviños y sotillos. Pero acaso convenga reflexionar en un detalle relativo al presunto pedigree socialista del pim-pam-pún televisivo. Hace solamente cuatro años Sotillos era el vocero del conde de Motrico, Balbín también mandaba en la teleucede y Calviño iniciaba su escaldada hacia la poltrona desde el imprevisible trampolín de un pequeño partido republicano. Quizá lo único que sepan del socialismo tan ilustres advenedizos es que Pablo Iglesias nació en el Ferrol. Precisamente.

LA OTAN DE ELLOS

Ni siquiera de ellos. Los ciudadanos de los países atlánticos tampoco quieren ser el blanco de los misiles y convertir en un gigantesco avión surcoreano de la compañía KAL el suelo de la querida patria. Leemos que cinco partidos socialdemócratas de otros tantos estados de la NATO no quieren ni un misil más entre las granjas y los fiordos. Leemos la acusación de ciertos insensatos: los pacifistas hacen el juego que Moscú les marca. Como si nadie pudiera pensar libremente, en el mundo llamado libre, que la carrera del rearme es una demencia. Que esa demencia es el juego cruel del Kremlin y el Pentágono. Que si no es quiere la OTAN es porque estamos en al OTAN,. Que si estuviéramos en el igualmente patético Pacto de Varsovia se rechazaría esa maquinaria sórdida con idéntica firmeza. USA y URSS, grandes amigos para apabullara a las decenas de idiomas, culturas, artes, etnias, vinos, paisajes, libros, industrias y filosofías de la vieja Europa. Está naciendo, peligrosamente, un fenómeno apelado U SA/URSS- Hay que defenderse.

LA OTAN DE NOSOTROS

España lleva sesenta años de paz exterior. Con soltura huimos del primer y del segundo gran holocausto mundial. Por el medio organizamos la jauría familiar, es cierto, pero no se repetirá tamaño desatino cruel. Por unos y otros motivos, aunque férreamente atados al Tio Sam, por los acuerdos del 53 (La supervivencia del general Franco en juego) aguantábamos el tipo al margen de los dos bloques nucleares. Por un disparatado y delictivo designio fuimos a dar con nuestros huesos en el valle de los euromisiles. Fue una tejera de profundidad. Como la de la LOAPA. Como la de aquellos soldados que vigilaban la frontera hispano francesa en Euskadi. Pero ahora nadie, ni el gobierno , se atreve a pronunciar la frase contundente que la inmensa mayoría del pueblo piensa. Nadie dice, desde el poder, las únicas palabras que nos sería grato escuchar, ¡Se salgan, coño!

EL FÚTBOL LEGÍTIMO

Debe ser Valencia la única ciudad de España en la que, en general, a la progresía no le gusta el fútbol. Hay excepciones, desde luego, y ahí está

el poeta Francisco Brines para demostrarlo, pero el censo de intelectuales y políticos de izquierda o meramente liberales es muy escuálido en las gradas del Mestalla. Uno piensa en el Barcelona, con su pléyade ilustrada: Vázquez Montalbán, Lluç, Solé Tura, Tete Montolíu... o en la Real Sociedad donostiarra de los Querejeta y Chillida, o en el Athletic Club de Bilbao de Carmelo Bernaola y el cardenal Tarancón o el Betis de Felipe y Guerra. Hasta el modesto Real Oviedo convoca a la mitad de la crema cultural asturiana. La otra mitad está con el Spórting de Gijón. Ya pasó el estúpido tiempo en que había que silenciar la afición al balompié que algunos neuróticos consideraban contrarrevolucionaria. El fútbol, como todo de porte, cuando es de calidad, se acerca mucho al arte e incluso se confunde con él. Las evoluciones de los bailarines del Boshoi, las espectaculares galopadas de Schuster, el dominio escénico de Vittorio Gassman, la precisión mágica de los lanzamientos de Zico, las danzas caribeñas, el arte del toreo, la belleza lúdica de los cambios de ritmo de Maradona, ¿no pertenecen a una misma dimensión de lo humano? AL cuerpo como resumen dinámico del hombre. Y para cuando los futbolistas son picapedreros, queda la emoción por el resultado.

La maga del monte

Julio 1983

Hay una mujer, dicen que gitana, que anda atestando de timos raros las aldeas más recónditas e Extremadura. Paisanos de Coria y Zafra, gentes de bien de Don Benito y las Hurdes, honestos mercaderes trujillanos, funcionariaje de Cáceres y hasta viajeros de paso a Portugal, tiemblan ante las historias que circulan por la patria de Cortés.

Las señora es original. Acosa a las personas humildes y bondadosas que ocupan estancias apartadas de las villas y poblados. Alcanza el paraje del delito semirrezando confusas plegarias. Hace advenimientos, levita, fuma y canta salmodias atronadoras. Siempre encuentra una viajecilla muda, un poseso pueblerino o un pastor apenado por la enfermedad de su burra que acuden a los exorcismos de la visitante. Le exponen, las víctimas, de viva voz o por señas, sus lacras y miserias. Rodean su cuerpo su dado y dicen, los infelices: Señora, que vea, Señora, que cure de la hernia, Señora, que aparezca mi corcel que me robaron cuatrerros sin alma...

Es el momento en que empieza la ceremonia. La montaraz timadora arrecia con letanías viscosas. No repara en besos alborotados y a destiempo en las mejillas humildes de los sacrificados. Convoca a Dios y al diablo, vuelve a cantar, dice palabras inverosímiles que recuerdan la alineación de algún equipo de fútbol turco y pasa raudamente la bandeja mientras los engañados siguen orando y repitiendo enrevesados calambures que, por lo visto, curan lo incurable.

La última víctima de tan avezada maga vulgar ha sido doña Pura Gamero, de Oliva de Mérida, que, cuando superó el aturdimiento de aquella esoteria serrana vino a decir que la gitana de los paganos empeños le había dado un soberbio ósculo en la cara; le había hecho una extraña señal sobre la frente y le había rogado después que le aportara no sólo abundante dinero, sino también joyas y piedras preciosas si las hubiere. Los hechiceros cobran siempre elevados honorarios.

En la España de la postmodernidad todavía caben historias humanas propias del mundo prerromano. Que no se asusten esos derrotistas que entienden que este país está perdiendo sus viejas esencias y querencias. Por lo demás, los inocentes extremeños no dejan de constituir una versión más arcaizante, pero en esencia idéntica de ese boom ocultista que nos invade.

Agostinho

Julio 1983

Uno le debe a Joaquim Agostinho el retorno a la infancia. Al tiempo inefable de las patarusas, que era como llamábamos unos chavales del norte a aquellos tapones de las cervezas en cuyo reverso instalábamos los rostros idolatrados de los ciclistas nacionales y extranjeros con los que protagonizábamos increíbles vueltas a Francia y España por le escenario acaso intemporal del pasillo de un cuarto piso en una calle de una ciudad minera.

Recuerdo así a personajes que se tragó el olvido y que competían a la por las rampas del Puy de Dome y por las baldosas que mediaban entre mi cuarto y la cocina donde mi abuelo leía la ovetense Nueva España. Era el tiempo olvidado de mis héroes: Gómez del Moral, Pérez Francés, Simpson, Gimondi. Ramón Sáez, Anquetil, Uriona, Otaño, Manzaneque, Momeñe, el divino Bahamontes... En la colección de chapas también había un lugar para dos portugueses que tenían por nombre de pila el de Joaquín. Eran Andrade y Agostinho, las guindas exóticas de un entramado de semidioses. Afuera, en el mundo inalcanzable de un niño comarcal, caía Ben Bella en Argelia, mataban a Kennedy en Dallas y se casaban algunas princesas del Benelux.

Mi afecto por el pintoresco lusitano Agostinho fue creciendo con el tiempo, y yo seguía con curiosidad sus evoluciones por las competiciones del pedal. Me atraía de este corredor su condición solitaria, como si participara de la inmensa soledad histórica en la que siempre ha vivido .y vive- su país natal, atlántico y silencioso, imperial y sufrido. Incluso en los días adolescentes, cuando nos importan poco las páginas deportivas de los diarios, continuaba vigilando el trotar del atípico ciclista. Sin embargo, hacia 1973, cuando Luis Ocaña ganó el Tour, abandoné la afición por el bicicleta y por los demás deportes, y ya nada volví a saber de los hombres que batallaban en los artilugios de tracción humana.

Los éxitos de Perico Delgado y de Ángel Arroyo me devolvieron al mundo de las patarusas. Y cuando me imaginaba que el viejo Agostinho -.que ya era veterano en los primeros setenta- andaría regentando una pastelería en cualquier ciudad alentejana, o dirigiendo un equipo ciclista aficionado en Santarem, resulta que el héroe de la ruta de antes de la crisis del petróleo

todavía anda por las carreteras y ha tenido el valor y la fuerza de alcanzar el puesto undécimo de entre los ochenta y ocho participantes en el Tour de Francia que llegaron a los Campos Elíseos. Con cuarenta y tres auestas, que se dice pronto.

Parece como si el tiempo no pasara por este hombre de piernas fibrosas que ya en el lejanísimo 1958 andaba ganando carreras de perra gorda por las freguesías de Tras-Os-Montes. Veinticinco años después, todavía tiene fuelle para rematar los casi cinco mil terroríficos quilómetros del Tour y quedar a diecinueve minutos del jersey amarillo. ¿Cómo es posible esta hazaña?

Se habla mucho de éste o de aquel portero de fútbol que rebasa los cuarenta años bajo los palos, gesta admirable sin duda, pero que queda chica al lado de la aventura del paisano de Fernando Pessoa. En un campo de fútbol el cancerbero puede estar todo el partido sin apenas moverse. En todo caso, su esfuerzo y tensión decisivos se reducen a noventa minutos cada semana. Pero, ¿qué decir de un hombre que soporta seis y siete horas diarias sentado en el incómodo sillín de una bicicleta con la que ha de sortear tormentas, cordilleras, sarpullidos, pájaras, depresiones, saudades y el riesgo de dar con los huesos en las rocas que bordean los puertos alpinos?

Mientras continúe Agostinho escalando los Pirineos o rodando por el pavés de Borgoña, los que hace veinte años sabemos de sus méritos irrepetibles, tendremos un motivo más para seguir jugando a la eternidad, a la esperanza y a continuar siendo niños en aquello en lo que debemos ser siempre niños. Con los ojos muy abiertos, que pasa el portugués sobre su bicicleta intemporal.

La tribulación de Borge

Septiembre 1983

Tomás Borge, ministro del Interior de Nicaragua, viajaba feliz por la hermana patria, que es España, y recibía el apoyo de todos los hombres de buena voluntad que circulan por la península. El ex clérigo de Managua era el centro del justo homenaje del pueblo español a la difícil historia del pequeño país centroamericano, un estado con una población equivalente a la de las provincias de Castellón y Valencia y con veinte enemigos en el exterior por habitante sin contar a los elementos hostiles del interior.

La plática de Borge se extendía por el bajorrelieve español y le recibían ministros y próceres sindicales. Los esfuerzos del llamado Grupo de Contadora tienen en Madrid, a través del presidente del gobierno, un apoyo necesario y muy útil. Sandino conecta con Bruselas vía Madrid.

Pero hay un etarra casi enano que conecta con Edén Pastora, el general huido de Managua que se bate en las selvas costarricenses que lindan con el sur del ex reino de Somoza. Y conecta el etarra Jiménez vía Managua. Y parece que hay otros sesenta señores del País Vasco que cumplen cometidos en la patria de Rubén Darío. El etarra Jiménez quiere conectar con Edén Pastora, brutote peón de la CIA en el área, pero para matarlo. Le descubrieron sus intenciones unos funcionarios de San José de Costa Rica. Ahora está en la carel y circula por ahí su historial de bombas. Difícil problema para el muchacho abertzale, experto en volar artilugios eléctricos de Iberduero.

Sin embargo, la diplomacia costarricense, que es exquisita como corresponde a todo estado sin ejército, ha recibido a través de su embajador en Madrid al esclarecido letrado guipuzcoano señor Esnaola, hombre de posición idológica no muy lejana de la que propugnan, con las pistolas, Jiménez y sus sesenta compañeros y amigos residentes en Managua.

Tuvo mala suerte Tomás Borge porque se vio obligado a dar explicaciones, y precisamente en España, el país de donde es nacional el desafortunado Jiménez. Borge hizo lo único que podía hacer: dar la cara y negar toda vinculación etarra sandinista. El ministro del Interior de Nicaragua, hombre sin duda enteradísimo por su cargo de cuanto acontece en el estado aquél, nada sabe de tan incómoda relación oportunamente negada.

Queda, sin embargo, la duda flotando por ahí. Pocos se creerán la explicación del ministro guerrillero. La derecha pensará que Moscú a través de los mozos vascos apuntala un totalitarismo. La izquierda habrá encontrado un escollo antipático. Los ultranacionalistas de Euskadi, sencillamente, estarán en su salsa. Quizá hallen en Managua el sentido a unas acciones que nunca se podrían justificar en las calles de Bilbao. Quizá.

Una pareja ametrallada

Octubre 1983

Una moza de León, Felisa de la Varga, estaba a sus 19 años bien plantados con su novio el camionero José Luis Otero, a las tres de la madrugada del sábado en el cielorrasso de un caminillo rural en las afueras de León, término de Valdeobispo, que es lugar de frío y de silencio.

Se abandonaban los dos leoneses, en la alta hora, a los arrumacos, a las palabras instantáneamente eternas y a las caricias tan necesarias que conforman el lenguaje amoroso, que es diálogo de cuerpos y de mentes. Eran felices en la impune soledad de las estrellas los dos ciudadanos de esta historia. Cumplían con los hechos el derecho a la intimidad, que es derecho constitucional. No tenían, seguramente, una cama posible donde acudir. Eran solteros y sus amigos estaban en sus casas, no olvidemos que era sábado. También es posible que Felisa de la Varga prefiriera el escarceo afectivo en el pequeño y conocido Seat 127 de su novio que otros escenarios más tópicos y evidentes.

Mientras permanecía en la oscuridad inofensiva el cochecillo de José Luis, un cuadrado automóvil de la Benemérita que rondaba por las cercanías lanzó la luz larga por el entorno campestre. Había detectado un vehículo blanco de matrícula bilbaína entre las zarzas. Automáticamente se pusieron en funcionamiento, en la cabeza de los guardias, las más increíbles maquinaciones. ¿Quiénes serían los malditos que se movían dentro del coche de la matrícula vasca?

Dado lo avanzado de la hora, no podía tratarse de gente de orden. Acaso cohabitaban bajo el techo del Seat dos peligrosos etarras que preparaban la voladura de un gobernador o de un arcipreste. Acaso lo que se movían pausadamente bajo la noche eran dos agentes del KGB lanzando información desde la antena del coche hasta el centro de inteligencia en Moscú. Acaso fueran dos ladrones de alta escuela preparando, sin riesgos, su próximo golpe en cualquier gran banco de Niza. Acaso fueran, simplemente, un par de inadmisibles libidinosos, una pareja que se toca y que sólo por ello merece un escarmiento, un gran susto nocturno.

Por uno u otro motivo, los guardias se acercaron de sopetón sobre el coche blanco proyectando con gran potencia las luces largas y una enorme

linterna. José Luis Otero, el novio y conductor del BI-9345-E manifestó que el vehículo de orden público no llevaba encendidas las luces que, reglamentariamente, lo identifican. Por eso, apabullados los mozos por las inquietantes ráfagas y conscientes de su indefensión en paraje tan descampado, decidieron ponerse a salvo de los linternazos. Entonces fueron ametrallados de inmediato, y Felisa de la Varga, de resultas de tan heroico proceder, ha quedado parcialmente paralítica. Así acabó la sabatina aventura de una anónima pareja de la cuenca del Duero. Con sangre imprevista.

Todos los libros de sexualidad suelen referir, entre los casos patológicos relacionados con el voyeurismo, el de aquellos enfermos que persiguen a quienes se solazan por rincones solitarios. Lejos de mí el incluir en tal desviación a los miembros de la Benemérita que protagonizaron el desgraciado accidente de León. Se trata, simplemente, de unos funcionarios armados que han actuado con notoria incompetencia y que participan de una idea que es moneda común en algunos medios policiales, la que dispone que todos los ciudadanos somos sospechosos. Que tenemos que demostrar, a cada paso, nuestra inocencia.

Una frase del viejo canciller

Octubre 1983

El viejo canciller de Cervelló, el honorable José Tarradellas hizo un viaje la semana pasada por las tierras de Castilla y León, arribando a la ciudad de Valladolid. Allí tuvo ocasión de pronunciar una frase descabellada. Algo así como que ustedes, los castellanos, no sé para qué quieren la autonomía si llevan mandando quinientos años en España.

Luego, el que fuera cabeza visible de San Jorge en Barcelona, salió a las tierras llanas de las orillas del curso medio del Pisuerga, paseó por entre chopos y castillos y, como quien no entiende nada, huyó con rapidez hacia su pequeña patria del Nordeste.

No es la primera vez que don José lanza sus invectivas contra las comunidades autónomas que no se llaman Euskadi o Cataluña. Al hombre providencial que llegó de Francia en 1977 no le gusta que el curioso modelo autonómico se desarrolle por todas las tierras de España en unas condiciones más o menos similares. A don José le hubiera hecho feliz un mapa peninsular formado por tres colores: uno, minúsculo recinto, para cubrir el País Vasco; otro, más grande para rellenar las cuatro provincias catalanas. Y una inmensa balsa blanquecina donde nadarían todas las gentes y parajes no vascos ni catalanes. A este entorno deslavazado le llamarían Castilla.

Hay que reconocer, sin embargo, cierta dosis de raciocinio en estos planteamientos geopolíticos. Resulta bastante grotesco que una provincia de Castilla –Santander– se haya fugado de su región de origen buscando su nombre –Cantabria– nada menos que en las épocas prerromanas. Algo tan absurdo como si los sorianos decidieran abandonar el barco meseteño para crear una comunidad autónoma que se llamaría Arevacia. O como si las gentes de Huelva se desvincularan de Andalucía para inventar la comunidad autonómica de Tartessos.

Tampoco es manco el ejemplo logroñés. Otra provincia esencialmente castellana decide establecerse por su cuenta. Elige su bandera por concurso, y cogiendo la parte por el todo se autodenomina La Rioja, que es una comarca y un célebre vino de la provincia de Logroño. La sierra de cameros también es, ahora, Rioja. Y de este modo, los apenas doscientos cincuenta mil logroñeses tienen su gobierno, su parlamento y su tribunal superior. Ya sólo les falta

solicitar un primado a Roma y darse de alta, como federación independiente, en la UEFA: El caso de la Rioja es exactamente igual que si la provincia de Castellón decidiera desengancharse de la Comunidad Valenciana, poner piso propio y denominarse Maestrazgo. Así, la Plana también sería el Maestrazgo, con lo que Castellón tendría la primera sierra del mundo al nivel del mar.

Pero dejemos estos avatares cantonalistas, bien denunciados por don José Tarradellas. Pensemos, estadísticas en mano, que Castilla y León tenían en 1591 dos millones de habitantes y que cuatro siglos después son dos millones seiscientos mil los habitantes del Principado y en la actualidad superan los seis millones, lo que supone un crecimiento de casi el 1.700 por ciento. Sobran comentarios ante el lenguaje de los números.

Si la mayor riqueza de un país son sus hombres, queda claro que Castilla, la gran opresora de don José, se ha quedado sin castellanos: gentes que han emigrado a Madrid, Cataluña y País Vasco para contribuir al desarrollo de regiones que no son las suyas. Por su parte el gobierno opresor de Madrid (o sea, Castilla, para el viejo canciller) ha obligado durante el largo franquismo a que las cajas de ahorro de Castilla financien no industrias castellanas, sino la deuda pública de diputaciones y ayuntamientos vascos y catalanes. Tampoco deja de ser anecdótico que en la primera región de España productora de energía eléctrica –Castilla y León– el kilovatio sea más caro que en Bilbao o en Barcelona. Y dramático es que en tierras donde sobra dicha energía se instalen centrales nucleares, con el solidario apoyo de las regiones receptoras de una energía que ni producen ni quieren producir.

Pero para don José, Castilla y León continúan mandando en España. Por eso las provincias vascas y catalanas están aupadas a los primeros lugares de la renta per cápita del estado mientras varias provincias del Duero (Zamora, Salamanca, Ávila) se encajan en la cola. El franquismo contempló impunemente la última gran ruina de Castilla y León y favoreció –por los motivos que fuera y de modo torticero–, el desarrollo de vascos, catalanes y asturianos. Demasiado drama como para que ahora venga un burgués de la periferia a despreciar a una tierra devastada y olvidada. Que no confunda don José a ciertos oligarcas madrileños (tan amigos de otros oligarcas periféricos) con el impresionante caudal humano, histórico, popular y cultural de Castilla y de León, solar frío y recio donde habita gente noble y comedida que a lo largo de mil años ha sabido siempre y en cada momento de la historia mirar más allá de la nariz y del bolsillo.

El otoño del Sátrapa

Octubre 1983

Cuando terminó el mundial de fútbol del pasado año, grandes masas de ciudadanos españoles más o menos aficionados al balompié se rasgaron con buen criterio las vestiduras ante el bochorno escandaloso que habían protagonizado aquellos cerriles trotones que portaban la elástica nacional por los campos de Mestalla y Chamartín. Aquellos muchachos salieron como flanes en casa frente al potentísimo cuadro de Honduras, y quedó claro que para las superfiguras españolas era imposible doblegar a los mozos que sobaban el cuero en los estadios de lata de los arrabales de Tegucigalpa. El fracaso fue tan monstruoso que ningún anfitrión en ningún mundial precedente hizo mayor ridículo. Millones de españoles se sonrojaban ante el televisor y pronto se encontró un culpable en la persona del inepto Santamaría, el entrenador de la vergüenza.

Pero el técnico huyó de la quema a uña de caballo a las pocas horas de consumarse el desaguisado. Cobró sus honorarios, se metió en casa, dicen que lloró bastante y jamás se volvió a saber de aquel desventurado. El odio del aficionado se dirigió, entonces, al hombre que ha resultado ser el dirigente público más incombustible desde la muerte del general Franco, el letrado catalán Pablo Porta, antiguo dialéctico de los puños en la postguerra barcelonesa, maniobrero excelso y acaso el amante más cualificado del poder conseguido tras mucho bregar por federaciones, clubes, comités y comitivas.

En las elecciones del 28 de octubre de 1982. Y aunque resulte grotesco recordarlo, fueron muchos los españoles que, cabreados por la escandalera futbolística protagonizada por Alesanco y los suyos, votaron al PSOE con la honesta esperanza de ver caer de su poltrona al veterano caudillo del balón. La gente quería venganza y ningún blanco mejor para la ira del burlado forofó que la oronda estampa continuista del presidente federativo.

Pero en España es más sencillo preparar una asonada que destronar a Porta. El partido en el gobierno no ha sabido desmontar el entramado inadmisibles que funciona en la cúpula del fútbol. Una maraña de favores y contrafavores, de ocultismos, mordazas, golpes bajos y miedo envuelve a los responsables de este popular deporte y quien se mueve con maestría los hilos

de la gran juerga federativa no es otro que don Pablo, hábil otorgador de dádivas que cobra con la fidelidad a quemarropa.

Se han publicado dossiers increíbles, las auditorías hablan de millones y millones de duros sin justificar, se relacionan nóminas donde gerentes de la pelota se llevan unos honorarios anuales muy por encima de los que percibe el presidente del gobierno, se chantajea con el tema de las quinielas y se pretende la aportación de dinero público para pagar fichajes de petardos extranjeros pagados a precio de oro. Se recuerdan tiempos mejores y don Pablo sigue cabalgando.

Sin embargo, la última intervención del ministro de Cultura, Javier Solana, parece anunciar un cambio en el comportamiento de la Administración para con los desafueros futbolísticos. Se va a poner coto a casi todas las irregularidades que son vox pópuli. La tarea de demolición de Porta, abandonada pro el blando Romá Cuyás, es objetivo plausible del ministro de las célebres bufandas. Pese a la frivolidad del asunto, el PSOE mantendrá así a muchos votantes indignados. Ya que no se pueden cumplir las promesas escritas importantes (los ochocientos mil puestos de trabajo, el referéndum de la OTAN...) hay que afrontar los compromisos tácitos y populistas.

El apoyo táctico a los misiles

Noviembre 1983

Hace unos días hablaba yo en estas páginas de la liberación popular del dirigente granadino del Caribe Mister Bishop, que fue salvado de las garras de unos ultras del a izquierda que se lo querían merendar como consecuencia de una torpe lucha por el poder protagonizada por oscuros funcionarios que querían, como es lógico, mandar más. Mandar ellos.

Lo triste es que el infeliz Bishop fue muerto pocas horas después de las operaciones cruentas de sus hasta entonces compañeros en la dirección del pequeño país americano. Tan pequeño y con tan poco personal que entre los barrios valencianos de Malvarrosa, Cabañal y Grao se juntan más habitantes que en el estado del Caribe.

Y por cierto que tan reducidas dimensiones fueron, a la postre, las que motivaron al otro Reagan para ordenar la invasión de la isla. Apenas dos mil marines bastaron para machacar la débil, aunque voluntariosa, defensa local. En el mismo momento en que fue asesinado Bishop y sustituido por un elemento más radical, estaba la sentencia echada. No se puede provocar gratuitamente al Tio Sam cuando el que desafía es tan insignificante. Ya tenemos un pequeño Afganistán en el Mare Nostrum de USA.

La reacción internacional ha sido la esperada en el bloque del Este: rasgamiento de vestiduras, loor y dolor y aguerrida denuncia de la última tropelía de uno de los dos colosos. Sin embargo, en el sector occidental y dejando aparte a ese estado número 51 de la Unión que es Gran Bretaña, país apéndice del partido Republicano de USA desde que en él hay una señora de gran carácter para doblarse a las palinodias de Washington; digo que aparte de Inglaterra y de algún otro despistado lugar, los aliados de los gringos en Europa han reaccionado con la energía que debían manifestar y que nadie esperaba dado el marchamo doméstico de sus dirigentes. La República Federal de Alemania, con su gobierno derechista, no tuvo reparo en descalificar severamente la salvajada y Francia, con su super armamentista presidente Mitterrand al frente, también desaprobó el holocausto de Granada.

Sin embargo, la España que todavía no ha entrado en el dispositivo militar de Occidente, la España del gobierno socialdemócrata y liberal, la España

que hace pinitos —cada vez menos— en la reunión de Contadora, no ha tenido reparo en apoyar tácitamente la bárbara acción del Pentágono. Unas palabras manidas y huecas y el deseo (no creo que se lo plantearan como una orden) de que los marines se larguen de Granada es toda la contribución del gobierno al debate político internacional desatado por este crimen. Tan lamentable comportamiento, tan evidente temor a enfadar a Reagan y a sus amigos, deja estupefactos a buena parte de los votantes de la pretendida izquierda. ¿Son éstos los señores que apoyaban al Polisario hace un par de años?

Por su parte, Manuel Fraga, político que desborda por la derecha al mismísimo Herr Strauss de Baviera, incapaz de ver más allá de la rigurosa disciplina a las tesis de Weimberger, apoyó expresamente la invasión. La defendió y la aplaudió. No creo que exista político occidental, de mínimo relieve, que llegue tan lejos como el de Villalba de Lugo. El mismo caballero que aullaba cuando la invasión —igualmente criminal— de Afganistán por los tanques moscovitas. Creo que el sarcasmo de sus palabras supera su incapacidad para ganar las elecciones del 86. Conformémonos, pues, con la tenue dialéctica de Morán el irresoluto, de Yáñez el craso nulo y de otros adláteres que saben obedecer, pero que acaso sean incapaces de localizar en el mapa a la pobre isla de Granada.

El alcalde apaleado

Diciembre 1983

Tipos de mucho vino y poco libro en número de cincuenta, decidieron asaltar, y asaltaron, el piso donde estaba el alcalde de Rentería, la sede socialista de la también llamada ciudad de Orereta.

Los individuos de la porra libérrima y la frente obstruida, acudieron con palos, cadenas y cilicios y le dieron una espaciosa zurra al infeliz presidente del municipio, José María Gurruchaga, quien tuvo que ser evacuado al hospital de la Cruz Roja donostiarra. Gentes patriotas de la ciudad quedaron impasibles ante la sarta de patadones trabuicares. También así se construye un país.

Parece que a los sectores en retirada de la sociedad vasca que militan en el seno tortuoso de los planteamientos ultracarlistas no les gusta que en la ciudad tabernáculo del batasunismo (Rentería) haya un alcalde socialista, un hombre sensato y, por lo visto, valiente. Tampoco les gusta que Felipe González se entrevistase con Mitterrand. Por eso aporrean a un inocente ciudadano. ¡Viva el nacionalismo!

Resulta curioso comprobar cómo, desde hace cinco o seis años, ha ido degenerando en una jauría desmelenada el colectivo que en Euskadi propugna la independencia de aquellos siete mil kilómetros cuadrados. Gentes que olvidan a la mayoría que dijo sí al Estatuto, y gentes que olvidan que cientos de ex etarras vuelven a casa repudiando el callejón sin salida del crimen para afrontar pacíficamente la construcción de una comunidad acosada por los cafres sin senda ni razón. El germen mortal de todo nacionalismo ha cubierto en las calles vascas su progresión inesquivable: desde el romanticismo nostálgico de clérigos aburridos y tenderos soñadores hasta el alcaloide nazi de estos muchachos de las piedras y las bombas.

Después de cada zarpazo lelo de los fascistas cantábricos, crece, ancho y prometedor, el estatuto de Guernica.

Idígoras y Pinedo

Diciembre 1983

Heri Batasuna está empezando a sospechar que puede sufrir un cierto revolcón en las elecciones autonómicas de la próxima primavera vasca. Las gentes ya se cansan de tanta bomba y de tanta miseria ideológica y ya son menos los que suscriben el lenguaje jomeinista de estos clérigos apremiados que cambiaron el altar por el bullicio lelo del racismo. Ya quedan pocos que comulguen todos los días con piedras de molino con la cabeza de Sabino Arana esculpida. ¡Ya hay más gente que lee en Euskadi!

Por eso, porque el porvenir aparece preñado de descalabros, los popes del independentismo tratan de organizar algún golpe de efecto que provoque más que el apoyo, la compasión del pueblo vasco, y así ir tirando en el mercado implacable de las urnas. HB pegó un cierto patinazo en las elecciones municipales, y podría ser peligroso para su supervivencia y cohesión futuras un correctivo en los comicios regionales.

Pensando en estos temas arduos, los dirigentes decidieron larga r una soflama tan escandalosa como matemáticamente calculada, que provocara indignación, griterío, bizantinismo nacionalista y, sobre todo, que reportara a los instigadores, señores Pinedo e Idígoras, unos mesecillos de calabozo que coincidieran con los días electorales. Así las gentes vascas podrían ser sensibilizadas con una nueva tiranía meseteña.

Fácil les resultó al dúo Pinedo/Idígoras promover la actuación de la fiscalía. Bastó con un apoyo a los crímenes etarras para que ya se preparen gestoras, banderías y escándalos en el País Vasco pidiendo la liberación de los dos nuevos y viejos mártires del cantonalismo cantábrico, hermoso arcaísmo abarrotado de cirios, boinas y homilías.

¿Qué hacer ante esta provocación? La respuesta es obvia. No hay que nacer hada. Hay que dejar que don Idígoras y don Pinedo digan lo que les venga en gana, aunque rebasen —como resbasan de hecho— los amplios márgenes de la libertad de expresión en España. La mejor forma de desmitificar la carpintería teatral de ambos alborotadores —españolísimos, por otra parte, en su modo de producirse— es la indiferencia. El aburrimiento como réplica del dicterio anormal.

Que sigan los dos señores esgrimiendo cromosomas, ultrajes y destinos. Las carcajadas de los extremeños, de los biólogos y de las gentes de paz ahogarán el grillerío embarrancado que proponen Jon e Iñaki. Estos individuos, ¿alguna vez habrán pensado en serio adónde van? ¿Cómo será el asunto que hasta Letamendía, aquel gordito que aullaba en el Congreso y que huyó a París para librarse del procesamiento, anda diciendo por ahí que el camino de ETA militar sólo conduce a la destrucción del pueblo vasco. A la catástrofe de la historia de Euskadi. Nosotros somos menos trágicos. Pensamos que Heri Batasuna no lleva a nadie a ningún caos. Simplemente está estancada en el desván de los tiempos que corren.

Ponga un premio en su vida

Enero 1984

En todos los finales de año, diferentes asociaciones privadas entregan sus premios a los personales populares del ejercicio que finiquita. Grupos editoriales, holdings prepotentes, cofradías ideologizadísimas y sindicatos distinguidos reparten una montaña de estatuas de oro chapado con cintas de colores. Nubes de fotografías acompañan los ceremoniales. También suele haber diplomas enmarcados bellamente que acreditan a las figuras del momento.

Como el país nuestro no da para más, siempre son los mismos populares los que año tras año asisten, entre tediosos y agradecidos, a la liturgia de los galardones de plástico. Gentes sufridas como Ana Belén, Plácido Domingo, Seve Ballesteros, Angel Nieto, Nuria Espert, Camilo José Cela o José María García acuden a un sitio, sonríen, recogen el papelín y se van a casa a trabajar o a descansar. Algunos todavía tienen unos centímetros cuadrados libres en el despacho para ubicar al nuevo mini Nobel.

Últimamente, sin embargo, algunas novedades se aprecian en este tráfico incesante de no noticias. Y a no son sólo los periódicos ni las agencias de publicidad ni las confederaciones religiosas y empresariales quienes ejercitan la función de los mecenas de juguete. Este año, sobre todo, hemos asistido a la proliferación de los premiadores ínfimos, que son aquellas entidades desconocidas que buscan la publicada precisamente concediendo laureles a una persona auténticamente popular. Un truco viejísimo que renace con fuerza.

Así, a José María García, el periodista del escándalo futbolero, le han concedido, entre otros, el premio de un pub de Alcobendas. Se desconoce si el galardón consistió en un gin-tonic con almendras. Otras víctimas del favor colectivo tuvieron que soportar, animosamente, los premios que desde 1983 han decidido otorgar peleterías orensanas, parroquias del Alto Ampurdán, mantequerías conquenses o clubs deportivos de tercera regional, pasando por minúsculas agrupaciones antiabortistas o partidos anecdóticos de la extrema ultraizquierda.

De seguir así las cosas, no sería nada extraño que el próximo diciembre cualquier tienda española de ornamentos litúrgicos concediera el premio de la popularidad 1984 al mismísimo Juan Pablo II. El asunto es vender.

El gozo y la ceniza

Marzo 1984

La ciudad bulle de fiesta, de aire de fiesta, de luz cenital de fiesta mayor. En el marco incomparable de las calles de Valencia, urbe rica y alegre, bullanguera y mediterránea, española siempre, surca el cielo un pájaro de la felicidad brincando de campanario en campanario, convocando a todos, locales y visitantes, en la ceremonia anual de la primavera que brota entre el chisporroteo fecundo de la traca.

La ciudad, engalanada con sus mejores atavíos, cubiertas sus plazas y jardines de banderas, cohetería y entusiasmo sin límites, espera el momento grato de los desfiles de las distintas fallas, que provenientes de sus barrios, con los anhelos a flor de piel, desgranán su variopinta belleza coloreada de mil tonos. He ahí a las falleras, tan alegres, imaginativas y bellas y su contraste con el más adusto ademán, propio de la hombría de bien, que manifiestan los falleros. Todos juntos, ellos y ellas, son los verdaderos protagonistas, los artífices generosos de una tradición secular y universal que se renueva año tras año para, a la postre, ser el mismo intento solidario de decir a todo el mundo que son falleros y valencianos.

¿Y qué decir de la música? De esos centenares de bandas uniformadas que alegran vivamente el devenir mágico de la ciudad, siguiendo con sus melodías de la tierra, de la huerta luminosa, a los hombres y mujeres que van a postrarse ante la Madre de Dios ofreciendo el fruto simbólico de la felicidad, de la ternura y de la promesa de futuro: esas flores eternas que, por sí solas, perfuman la ciudad creando el propicio ambiente, entre oriental y cristiano, donde nacen los amores, las pasiones, el respeto y la conciencia de pertenecer a una región exuberante, legítimamente envidiada.

Al fondo que da la Nit del Foc, el espasmo colosal de lo cromático y lo purificador. En la Nit del Foc toda se felicidad se torna, obligadamente, inenarrable. Gozo y ceniza: la vida misma.

Matar por matar

Abril 1984

Cuando se mata por matar, cuando la muerte es el trofeo para alimentar al grupo iluminado, cuando matar es ser más que nunca nosotros mismos, cuando suceden esas cosas negras por la mente, es claro que la locura se ha instalado entre nosotros,. Asuntos como el de Pamplona, cuando un par de policías nacionales anónimos, iguales a cualquier otro de los sesenta mil que hay en España, son despedazados por las bravas, acreditan por desgracia que el Ulster también está aquí.

Sabido es que en otros tiempos los mozos que andan a la greña con la ciudadanía, elegían a sus víctimas en virtud de una decisión que quería ser justiciera. Los encapuchados colocaban en el punto del disparadero a algún funcionario gubernativo que torturaba o a algún político presuntamente responsable de ciertos atropellos sociales. En fin, que sabían algo de los que iban a morir, lo que no deja de ser un dato anecdótico de esa máquina bien engrasada de fusilar a caballeros y señoras que es la ETA interminable.

Tiempos hubo después en los que ya no se liquidaba a la gente por supuestas venganzas populares, sino que se mandaba al otro mundo a la gente por la mera significación pública de los eliminados: las muertes de Araluce Villar, del general Quintana y de tantos otros militares de alta graduación, así como la del ingeniero Ryan y de su sucesor se ubican en esta suerte de crímenes selectivos, y su último episodio fue la muerte del senador socialista Enrique Casas.

Queda, claro, ese escalón final de la matanza indiscriminada. La postrera nota de indignidad en la que caen, sin remedio, todos los trabajadores de la bomba batiente. Así, creen ellos, se edifica una patria.

Valdecaballeros

Abril 1984

La Siberia extremeña es un país inmenso, deprimido y olvidado pues por allí nunca hubo casi nadie. De vez en cuando llevaban a algunos desterrados y de vez en cuando señores importantes organizaban cacerías por esas tierras que se columpian en los linderos de Extremadura con Castilla-La Mancha. De vez en cuando alguien con inclinaciones eremíticas descubría en el mapa este paraíso incontaminado de las orillas del Guadiana, la patria del silencio donde pululan pueblos como Pelоче, Bohonal o Anchuras, nombres que parecen extraídos de la toponimia criolla.

Por aquel entorno también coincide el sitio de Valdecaballeros, municipio ignoto que alcanzó gran fama nacional cuando unos caballeros decidieron ubicar en ese valle una hermosa central nuclear. La misma que, tras varios años de ímprobos trabajos, ha decidido cancelar el gobierno, lo que constituye una feliz noticia para los ecologistas en general, y una feroz nueva para los trabajadores propios e inducidos por la gran tarea suprimida. ¿Qué pensar de este cruce de intereses?

La primera conclusión no pude ser otra que felicitar muy efusivamente al río Guadiana que, por el momento, queda a salvo de un peligro cierto y letal, del que también huyen todas las ciudades ribereñas del curso fluvial acosado por el invento energético. La segunda conclusión es exigir el desmantelamiento del a central. Así se cumplirían dos objetivos: eliminar cualquier intentona de proseguir el cometido nuclear en el futuro, y, también, conseguir que los trabajadores sigan cobrando nóminas en las tareas de desarbolamiento. He aquí, pues, un sistema pintoresco para contentar a un tiempo, a ecologistas, obreros y patronos: a los primeros porque se evita el caos contaminante, a los segundos porque eluden temporalmente el paro y al empresariado eléctrico porque luego viene el bondadoso Estado indemnizando las inútiles inversiones.

USA y URSS

Abril 1984

La Unión Soviética no irá a la Olimpiada de Los Ángeles. Los Estados Unidos de América no fueron a la Olimpiada de Moscú y se espera que los países del telón de acero hacia allá secunden la determinación de los rusos y rechacen el tartán de California, tal y como hicieron muchos países satélites de Washington en el verano de 1980. Mientras, los aficionados a los deportes olímpicos tendrán que esperar a que el circo del cuatrienio recale en alguna plaza menor –Barcelona, por ejemplo- para que ambas escuadras poderosísimas choquen bajo la canasta, sobre el agua y antes las cámaras de millones de televisores. En la implacable lógica alternativa que cocinan gringos y vodkólfios no podía haber otra respuesta del Kremlin, con la legitimación burocrática, eso sí, de la unánime agrupación de federaciones deportivas soviéticas. Al fondo suenan las flautas de Afganistán, la salsa de la isla y estado de Granada, las minas de los puertos nicaragüenses, los apoyos bélicos a Siria, la palabrería de Napoleón Duarte y la demencia de Gadaffi.

Pero no se crea que no hay juego entre uno y otro verdugo de la Europa unida y democrática. Chernenko y Reagan continúan jugando su partida férrea por encima de los chandales multicolores. El podium está dispuesto desde Yalta, lo que ocurre es que ninguno de los dos consigue colocar contra las cuerdas al rival porque, en última instancia, el miedo guarda la viña y además los arrieros, como es sabido, en el camino se suelen encontrar.

USA y URSS son dos gigantes con jugadores de ping-pong que golpean, con sus peleas cósmicas, a un grupito de bolas más o menos obedientes. Una bola se llama la India, otra Europa Occidental, otra Oriente Medio... ¡Hagan juego, señores!

Stroessner

Abril 1984

A fines del siglo pasado un comerciante alemán decidió abandonar el viejo continente a la busca y captura de una vida mejor en las orillas del Río de la Plata. Dicen que estuvo en Buenos Aires en la primera década del siglo y es probable que algún día coincidiera paseando por la calle de Corrientes con el abuelo materno del que esto escribe, un asturiano occidental que no consiguió hacerse rico en la ciudad porteña.

Pero así como mi abuelo Higinio López Campo retornó a las praderas cantábricas, el comerciante alemán, más aguerrido, se subió a un barco fluvial y remontando las aguas del Paraná, fue a dar con sus huesos en la ciudad paraguaya de Encarnación. Allí prosperó y allí nació su hijo Alfredo Stroessner, un militar altote, de orgullo ario que desde 1954 es el dictador más oscuro y acaparador del Cono Sur. Una suerte de señorón corrompido que se atreve a llamar gobierno comunista al gabinete de Felipe González. Un zampón que abraza al arzobispo de Asunción a la par que tiene hijos con varias rabizas del Chaco Boreal. Un caballero del honor que mantiene en presidio a inocentes ciudadanos que cumplieron con creces sus condenas por delitos inexistentes en cualquier estado cívico. Un botarate que bautiza ciudades con su apellido. Un hospedero de Tachito Somoza. Un vendepatrias que firmó un contrato leonino con Brasil para la explotación de la energía de la presa de Itaipú. Una joya como quien dice.

Un patriarca, en suma, en pleno otoño, casi rozando la nieve del fin del imperio, atado a su incalificable recurso del método. Un Yo el supremo por derecho propio que hizo humilde el comportamiento de Tirano Banderas. Ya están García Márquez, Alejo Carpentier, Valle-Inclán, Roa Bastos y sobre todo el pueblo guaraní esperando la final explosión de tan deleznable generalazo.

Jerzy Popieluszko

Octubre 1984

Cuando escribo estas líneas parece que han matado al sacerdote polaco Jerzy Popieluszko. No lo han confirmado pero es cierto que el propio gobierno popular socialista ha difundido la noticia de que un capitán de la policía, un tal Piotrowsky ha apiolado, con sus propias manos, al clérigo amigo de Walesa. Tenemos, pues, otra vez encima de la mesa el escabroso asunto de Polonia. Un problema, hoy, que no parece tener remedio.

Ya sabemos donde empiezan los hechos del crimen de Popieluszko: en la propia identidad siempre en peligro del país eslavo y en aquellos días de 1980 cuando el sindicato Solidarnosc alcanzaba los diez millones de afiliados. La gran crisis económica que vivía —y vive— el país de Chopin había mandado a las masas obreras a iniciar un calculado y poderoso ataque frontal contra el poder comunista. Contra un statu quo que ya dura casi ocho lustros. Jugando hábilmente con el descontento de la ciudadanía, guiñando los ojos al Vaticano, reivindicando las libertades occidentales y revolviendo en la nostalgia de los mas de diez millones de norteamericanos de origen polaco, lo cierto es que entre Walesa, Kuron y sus amigos organizaron un movimiento sociopolítico que, a la postre, sólo podía tener como colofón la aparición de los tanques, esta vez autóctonos, pero movidos desde el Kremlin, agotado el viejo Leónidas Breznev en su escasa paciencia imperialista. El caos se consumó y todos habían llevado al estado a un callejón sin salida. Donde sigue ahora también el pueblo polaco sin que tenga apenas importancia la nueva política más flexible del general Jaruzelski, un hombre que fue, ciertamente, muy flexible hasta que se cortó la cuerda con Moscú.

La herida del golpe de estado de diciembre de 1981 está ahí. Incluso ha roto por dentro al monolítico partido comunista de Polonia. El asesinato de Popieluszko es un episodio entre los duros del régimen, responsables del crimen, y los hombres de Jaruzelski, que intentan reconducir lo menos dolorosamente posible estos desastres nacionales. La Iglesia oficial de Polonia, con el cardenal Glemp a su cabeza, también propugna una actitud de moderación y cierta convergencia con el poder. Sin embargo, el sacerdote Popieluszko había hecho caso omiso a estos requerimientos a la moderación. El cura asesinado dedicaba sus homilías desde su parroquia de un suburbio de Varsovia a

denunciar implacablemente el sistema comunista de Polonia. También parece probado que este sacerdote se excedía en su magisterio pues no tenía otro sitio desde donde ejercitar su libertad de expresión.

Se puede pensar, pues, que si los asesinos de Popieluzsko son esas gentes que desbordaron por, digamos, la izquierda al gobierno de Polonia, el propio sacerdote desbordó por, digamos, la derecha a la Curia católica de su país. Enconaron los ánimos, pero no ha de confundirse a Popieluzsko con sus asesinos. El cura decía o que pensaba aunque incitara (si es que incitaba) al levantamiento. Estaba en su derecho. Por contrario, los policías que lo mataron, lo hicieron con una infamia absolutamente criminal.

Benjamín Mancebo

Octubre 1984

Un señor de Palencia que se llama Benjamín Mancebo tuvo a bien dedicar unos días de su vida por le verano último a conocer el Magreb, ese mundo tan cercano de nosotros como quizá lejanísimo de nuestra cultura, digan lo que digan algunos papones de Andalucía que sueñan con ver a Jomeini bañarse en el Guadalquivir siempre y cuando ese saludable ejercicio no se considere pecaminoso.

El caso es que Benjamín Mancebo quería circular por la Berbería. Quería el mozo gótico trasegar zocos, divisar ojos de moras silenciosas, comer dátiles a pie de palma, recibir solicitudes de miles de mercaderes callejeros y reconocer, acaso, los pasos de Miguel de Cervantes durante su cautiverio célebre, largo y cabileno.

Benjamín debió de ser feliz bajo la luna de la Medialuna. Seguro que supo de arenas y turbantes, de pollinos cargados de paquetes y de almúedanos poniendo un toque medieval por las plazas circuladas por vehículos de la policía militar. Yo nunca estuve en Argelia pero confieso que después de leer a Camus me cuento entre quienes, como Benjamín Mancebo, están bien decididos a ir a conocer esas costas situadas al sur de Cartagena donde tantos compatriotas huyeron con ocasión de nuestras habituales guerras civiles.

Pero sigamos con el chico de Palencia. Benjamín, como tantos castellanos, tuvo que emigrar a Bilbao si quería tener algún futuro entre los mortales. Dejó los yermos de Tierra de Campos, surcó los chopos de la transición precantábrica y se metió a sus tareas en el humo húmedo del Bocho vizcaíno. También, como tantos otros palentinos, llegó a integrarse plenamente entre el pueblo vasco y en sus costumbres solidarias, antiguas y serias. Es decir, costumbres muy parecidas a las que imperan entre las gentes de la Castilla del Duero de donde llegó Benjamín-

Y desde su domicilio bilbaíno hizo Benjamín el viaje hasta Argelia y pro eso fue detenido, el pobre, confundido con un etarra cualquiera. Y pro eso fue a prisión y por eso pasó allí un mes de desconcierto protagonizando a su pesar unas muy extrañas vacaciones. Menos mal que no le dieron tormento.

Ahora Benjamín ha sido puesto en libertad. Todo era un error, pero el palentino de Bilbao ha regresado a su ciudad totalmente atribulado. Como quien vuelve del expreso de medianoche. Y es que viajar desde Bilbao, ir sólo, ser varón, joven y hablar con acento del Arenal ya no sólo es sospechosos cuando se transita por España. También juegan a estas sorpresas al otro lado del Mediterráneo, y es que la ETA, sobre todo hace unos cuantos años, era muy conocida en algunos despachos de la argelina Berbería.

Pinochet huye hacia delante

Noviembre 1984

He sido uno de los escasos españoles que tuvo la desgracia de permanecer a un par de metros de Augusto Pinochet en vivo y en directo. Fue en la Carrera de San Jerónimo de Madrid durante la jura del Rey Juan Carlos. Iba el chileno con una capa blanca sobre su patricio uniforme azul y sonreía. Parecía feliz. Le vi saludar a Rainiero de Mónaco. Hacía frío y cuatro mujeres cincuentonas con atavío de biempensantes (si es que alguna vez pensaron en su vida) gritaron compulsivamente: ¡Viva Chile!, ¡Viva Chile!

Se cumplen ahora nueve años desde que estuve en el entorno del general andino. Hacia entonces dos años que había mandado asesinar –aquel caballero– al presidente Salvador Allende. Hacía dos años que habían cortado las manos de Víctor Jara antes de matarle por cantar cosas que no le gustaban al patricio. Hacía dos años que treinta mil chilenos habían pasado a mejor vida en virtud de los trabajos del generalito que pisaba con brío la plaza de las Cortes rodeado de cuatro o cinco escoltas renegridos y seguro que analfabetos.

Ahora ya han pasado once años desde que apareció su fotografía funesta –aquel bigote, aquellas gafas negras, aquellas comisuras inquietantes– por los periódicos. Tiempo suficiente para destrozar al pueblo chileno que cantaran Violeta parra y Pablo Neruda. Para mandar a la miseria a masas de nacionales, para generar un producto interior bruto dos veces inferior al de 1970 y para constatar una vez más la espantosa incuria de los generalitos que golpean por el Cono Sur. Es un tema manido, antiguo, apestoso e inmoral. El estado descarrila, el envilecimiento de unos pocos se multiplica, los palos de la policía –y sus balas– se llevan a decenas de paisanos pro delante y al fondo de la historia el fulano de la espada primero amaga y luego sacude con un estado de sitio a la maltrecha población que lo soporta desgraciadamente.

Pinochet quiere seguir y sigue. Quiere volver a golpear y golpea. Prometió el orden y trajo el caos. Prometió la paz y sirve a diario la violencia por las mismas cales en las que acude gran parte de la población a comer en las ollas gratuitas que reparten conventos y asociaciones benéficas. Ese es el Chile para todos del militar Augusto, un hombre que se queda sin apoyo civil, solitario en su represión cósmica, pero con lo más elocuente a su disposición: los tanque s enemigos de la razón y la cultura, del diálogo y de la esperanza.

Caminantes de Lérida

Diciembre 1984

Hace unos días pasaron por Valencia dos hombres de Lérida que dejaron para siempre –dicen- sus trabajos hosteleros, donde se aburrían como locos en el trajín inane de las copas. Y decidieron los muchachos salirse de sus vidas de tedio y sin futuro –acaso como las de todos- y encontraron un procedimiento barato, serio, largo, creativo, aventurero y racional: recorrer a pie ocho mil kilómetros a través de la Península Ibérica. Por cierto que no sé si incluían al bendito país lusitano entre sus planes, pero eso importa poco.

La gira por la atormentada orografía nacional se inició hace un par de meses a las orillas del Segre. Piensan volver a sus casas –y quizá para retornar su periplo- a fines de agosto de 1986, es decir, una vez que haya concluido el campeonato Mundial de fútbol de México, que es un evento que seguramente poco ha de importar al dúo de andarines de la Cataluña citerior.

Convengamos en que a primera vista una decisión de tamaño calibre viajero puede resultar un episodio adolescente de un par de visionarios que se tomaron demasiado en serio un spot publicitario sobre cualquier pantalón tejaño de los que resisten carros y carretas. Una especie de alucinación mística y huidiza. Pero no es ese el caso de los ilderdenses peripatéticos. Estos señores ya llevan casi cien días en el empeño y a tenor de lo que manifestaron por la radio, a medida que van conociendo villas, aldeas, ciudades, campos, bosques (los pocos que quedan), ríos, costas, montañas y paisanos, se van ratificando en lo acertado de su decisión. Cada día que pasa tienen menos ganas de colocarse otra vez detrás de la barra de la cafetería soñando con un fin de semana de discoteca y plástico. Ahora ya van por el buen camino y no hay quien los detenga.

Yo por mi parte les envidio. Sé que puede hacer eso que ellos ahora hacen y no lo hice por culpa de unos y otros paños calientes. Disfruto, sin embargo, sabiendo cosas de estos transeúntes que se devanan por todo el estado con una cantimplora, unos pocos miles de duros, mucha ilusión y una mente bien amueblada en la que nos e cierran, deliberadamente, las puertas a un enriquecimiento sociocultural y sobre todo personal, tan factible como insólito. Me imagino cómo gozarán trasegando la ruta de don Quijote, meditando ante un crepúsculo en el acantilado de Sagres, cenando en una tasca arrantzale de

Lequeitio, dialogando en la braña con algún vaqueiro de alzada de Asturias y quien sabe si enamorándose de alguna maestra rural del valle del Jerte. Y además todo sin prisas ni programas. Sé que lo describo muy idílicamente, pero es que casi lo es.

Los escasos dineros de Sandino

Diciembre 1984

El gobierno español, la Generalitat Valenciana y algún otro organismo público del estado, han decidido en las últimas semanas enviar diversas cantidades a título simbólico para nutrir muy modestamente las paupérrimas arcas del país de Nicaragua, célebre patria del general Sandino y territorio desgraciado por los siglos de los siglos.

Pese a la cuantía –meramente anecdótica- del apoyo oficial español, se han ido levantando por ahí diversas voces, de orden se supone, que se rasgan las vestiduras y se cubren la cabeza con una bíblica losa espolvoreando con ceniza el vestido que portan. El asunto es así: ¿cómo es posible –dicen los escandalizados- que el gobierno envíe quinientas mil pesetas para los sandinistas habiendo aquí tanto paro y tanta familia necesitada?

Y rematan así el razonamiento estos neopatriotas:

A mí también me hace falta el dinero, y por eso el gobierno no me va a entregar un cheque de medio millón de pesetas.

No dejemos aparte el dato de que las mismas personas que tanto se quejan del giro a Managua del gobierno, se sentirían bastante felices si el ejecutivo centuplicara la humilde ayuda al país centroamericano y la remitiera por conducto de la Banca Ambrosiana a monseñor Marcinkus, que anda muy atareado en cuadrar la contabilidad vaticana.

La realidad es que Nicaragua es un país en guerra. Víctima de una agresión exterior orquestada en el Pentágono. Imaginemos los millones de córdobas (la moneda oficial de este miniestado) que se gastará la Junta Sandinista para detener esa amenaza calzada de cañones que les hostiga por el norte. Un dinero que se escapa de los huecos a donde debería acudir: alimentación, cultura, viviendas...

He ahí un destino coherente para esos pocos caudales. Y es claro que ante las tremendas privaciones que padece el pueblo paisano de Rubén Darío, resulta casi una ligereza exhibir los problemas de los pobres nacionales como baldón insolidario. Pobres los hay a millones hasta en Estados Unidos de América, y también se dejan ver por Alemania Federal, Dinamarca o Canadá.

SI los estados argumentan con sus clases menesterosas para eludir los pagos que han comprometido con instituciones como la Cruz Roja, la UNESCO o la FAO es claro que ni una brizna de compasión existiría para acudir en ayuda de las gentes que padecen la hambruna en Etiopía o Mali, los terremotos en Turquía o la agresión en Nicaragua.

Sí, y a se sabe que toda ayuda exterior implica una dosis de sometimiento del estado receptor con relación al donante. No siempre es así, por otra parte, pero aún admitiéndolo, es mejor que se ayude y se pase factura luego en situaciones tan desesperadas como la de los sandinistas o la de los campesinos hambrientos del Cuerno de África. Lo que, en general, fastidia a algunos no es que se lancen unas monedas sobre el barrizal bélico de Centroamérica a su paso por Managua. Lo que no se admite por esas gentes es que Nicaragua no posea el máximo grado de sumisión occidental. EL mismo que genera lluvias de millones de dólares para comprar armas en el vecino estado salvadoreño. España hace bien en ayudar simbólicamente a Nicaragua. Haría mejor si el apoyo fuera real a la difícil aventura de quienes destronaron a Somoza. Por que a fin de cuentas, señores, ¿no es España eso que ustedes llaman la madre Patria de Nicaragua?

El ejemplo Quebec

Febrero 1985

En política internacional nada es extrapolable pero todo es comparable. Hablo por eso de Quebec, el inmenso estado canadiense de cultura francesa poblado por casi siete millones de habitantes que comparten el vastísimo país del norte americano con sus más numerosos compatriotas de cultura anglosajona. En Quebec ha ido desapareciendo el nacionalismo.

Pensemos en 1967. Montreal. Un día de julio. La comunidad francófona de Canadá recibe la visita del general De Gaulle. El viejo militar presidencialista lanzó un grito imprevisible: ¡Viva Québec libre! Toda una declaración de independencia. La ancha minoría de cultura gala vivió de emoción. Pronto nacería el Partido Quebecois. Como casi todo nacionalismo occidental, el partido de Quebec asumió una ideología centrista, de vocación interclasista. Faltaba un líder, y pronto lo tuvieron, René Levesque.

Luego vinieron los resultados electorales. Desde 1976 el Partido Quebecois gobierna en el estado de su razón y tuvo que abordar cuestiones absolutamente insoslayables. La primera de ellas, decretar la oficialidad del idioma francés. El electorado estaba contento pero el referéndum de 1980, planteado para fundamentar algo así como la independencia de Quebec, supuso un contratiempo imprevisible: los franceses de Canadá eran ante todo canadienses. Perdió Levesque y su proyecto autóctono. A los franceses del Canadá les sucede lo mismo que a la mayoría de los vascos del sur de Francia y que se consideran más miembros del todo que de la parte. Antes franceses (o canadienses) que vascos (o de un Quebec libre). Puede que las cosas no se presenten igual en Euskadi Sur, pero lo cierto es que aquellas minorías que poseen un nivel de vida inferior al de las mayorías que comparten un mismo territorio (caso de los franco-canadienses o de los vasco-franceses) suelen preferir la continuidad del estado marco al que pertenecen antes que embarcarse en un proyecto independentista. Sólo cuando las minorías entienden que su nivel de vida es superior al de la mayoría opresora, florece el interés emancipador. Por eso los biafreños querían separarse de Nigeria. Por eso hay bolsas territoriales con negros pobres dentro bajo la forma de países oficialmente independientes en Suráfrica, tal y como sucede en el caso de Leshoto, de Basutolandia o de Trasnkei.

Sigamos con Quebec y su partido Quebecois. Las últimas noticias indican que el apoyo popular de Levesque entra en una seria crisis. Que sólo un 23 por ciento de la población del ingente estado federado está conforme con la oferta política nacionalista, otrora poderosa y absorbente. Y como siempre que un partido cae en el baremo de la aceptación popular, surgen amenazas de disidencia. Los que quieren acentuar aún más la ortodoxia independentista afilan sus argumentos antes de ser barridos del todo por las urnas y los que quieren seguir con los mismos planteamientos de 1976 tal vez no puedan hacer otra cosa que resignarse a languidecer, víctimas del caudal de la doctrina nacionalista, que suele ser bastante hueco.

Curioso es que ahora, cinco años después del histórico referéndum que perdieron por un 40/60 por ciento los nacionalistas, éstos se hayan diezmado y apenas representen el cuatro por ciento de los votantes. Si a ello añadimos que de los trescientos mil afiliados que abarcaba en 1976 el PQ, se ha pasado a apenas cien mil es evidente que podemos diseñar casi por completo como ha sido la irresistible ascensión y la irresistible decadencia del nacionalismo –ilustre juguete de la clase media- en las frondas de Quebec.

Pero no olvidemos que si se ha vaciado el contenido del partido francófono no es, precisamente, por el aburrimiento inoperante de sus dirigentes en la oposición. En absoluto. La experiencia de Levesque, su paulatino descrédito, ha sobrevenido desde el poder. ¿Qué significa esto? Primeramente, que es muy positivo que un partido nacionalista con verdadero arraigo popular –y el PQ lo era- gane las elecciones. Una vez en el poder regional se solucionan las injusticias padecidas por los nacionalistas: oficialidad de su lengua, eliminación de toda discriminación étnica, promoción privilegiada –que no es ningún privilegio- de la cultura relegada, etc. Menesteres justos, necesarios y engrandecedores de todo estado.

Claro que una vez afrontados esos compromisos, viene la segunda parte, la de que la política no se llena sólo con apelaciones al nacionalismo ni menos aún con violencia.

El cura cardenal y el obispo Cantero

Febrero 1985

Allá por 1975, año de paz y ejecuciones, tiempo untuoso del tedio nacional, momento de tortura y vozarrón, año en el que España era la novia del franquismo, había un cura castellano que gobernaba la archidiócesis de Zaragoza y que por lo tanto tenía el honor de arzobispo, que sabido es que una archidiócesis es una cosa muy seria que suena a asuntos divinos y prestigiosos. Suena a archimandrita, a gran parada militar, a rebullir de palatinos y a esa metafísica colosal que camina entre el fru-frú de las sotanas.

Este señor de Dios, sabio palentino y rezador, llamábase cantero y Cuadrado. Era gran patriarca de Aragón y a la par, de Trento. Triunfador merecido en su carrera cristiana y sobre todo católica, es recordado con infinito amor por sus antiguos feligreses. El cardenal Cantero fue un gran hombre de España. Comprable a Balmes, a Donoso Cortés, a la monja Alférez, a Pizarro, a Marcelino Menéndez y Pelayo, a San Isidoro de Sevilla, a San Fernando, al cardenal Cisneros, al padre Claret e incluso al padre Astete. Y era el buen monseñor de apellidos castizos. Cantero por parte de padre, palabra que evoca el pedernal, la roca, los principios, la autoridad y lo señero. Cuadrado por parte de madre, voz que recuerda lo perfecto, lo tomista, lo geométrico. ¡Con esos apellidos ya se puede conquistar el mundo!

El padre Cantero y Cuadrado sintió una doble vocación. Quizá pro cantero, por hombre de piedra, y recordando la frase de Nuestro Señor Jesucristo Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, se metió en un seminario de la meseta. Quizá por Cuadrado, cuando ya era príncipe de la Iglesia, cuando ya tantos españoles le queríamos mucho por ser hombre bueno y pastor entregado a los demás, como lo era sin duda, quizá por eso y buscando conocer la entraña de la cuadratura del círculo, Cuadrado aceptó comparecer en las Cortes franquistas. Fue procurador y comprometido obispo del régimen. Alcanzó la púrpura blanca del Consejo del Reino y aún del de Regencia y mezcló sabiamente el devenir de Cristo con el devenir de la mundana política. Todo un ejemplo para niños y grandes.

Muy diferente es el caso del padre Ernesto Cardenal, jesuita expulsado de facto de su compañía loyolarra y ministro de Educación de ese paisito centroamericano que tiene una población un poco superior a la de Vallecas y que se llama Nicaragua. Una patria acosada por doquier, un bosque pobretón donde resuenan las metralletas de los Contras, una laguna en el centro, abarrotada de fantasmas de Somoza, un pueblo abrasado hasta en la sopa –los que la tengan- por las galeradas occidentales y cristianas que reparte Él desde el Norte, y un gobierno plagado de curas que leyeron el Evangelio de manera diferente a monseñor Cantero, a monseñor Marcinkus y a monseñor Escrivá de Balguer y Albas, marqués de Peralta, don Josemaría. Claro que todo texto religioso es susceptible de ser interpretado como a cada uno le dé su leal saber y entender, Y ahí viene la conclusión vaticana: se entiende justo y necesario y hay que dar gracias en nombre de Dios a hijos litúrgicos como el padre Cantero y Cuadrado, que compaginaron admirablemente las cuestiones de la religión católica y los avatares del 18 de julio, y se considera abiertamente anticanónico, errático, lelo y provocador el comportamiento solidario con su grey del padre Ernesto Cardenal, que sólo pretende dar pan y dignidad a los suyos con permiso de las bombas del Norte. Un padre Ernesto Cardenal al que queremos no por ser cristiano y menos aún por ser político, sino por ser poeta en la tierra.

El año que huye

Febrero 1985

Hacia el verano de 1977, cuando la época Suárez cumplía su primer año, escuché del sabio economista vallisoletano entonces ministro, Enrique Fuentes Quintana, una frase que los tiempos han convertido en burlesco retintín televisivo y permanente calenda griega. Decía el bienintencionado profesor tributario algo así como que la crisis económica perduraría a lo más año o año y medio pero que a fines del curso siguiente —entonces sería el otoño de 1978— ya se empezarían a notar los efectos de la recuperación.

Hacia la primavera de 1985, sólo ocho años después, cuando el gobierno socialista afronta su tercer año completo en el poder, escucho a Miguel Boyer, otro ministro económico, decir que lo peor del angustioso reajuste inevitable ya ha pasado. Y que también dentro de un año o de año y medio se comprobará por la ciudadanía que los problemas empresariales públicos y privados habrán superado sus más serias dificultades y que un futuro mejor nos aguarda para finales de 1986.

Debemos, por tanto, sentirnos bastante felices. La pérdida de poder adquisitivo de los salarios, el sistemático incremento de la tasa de paro y otras menuencias tales como el recorte de las pensiones y haberes pasivos poco han de importarnos si continúa descendiendo el porcentaje inflacionario, cabal éxito del señor ministro de Hacienda que ha de verse inexorablemente empañado cuando se inicie la aplicación del muy europeizado impuesto sobre el valor añadido.

Pero suceda lo que suceda, admitiendo como admitimos los modestos éxitos económicos del gobierno, nadie nos liberará de que hacia el año 1993 y cumplido un nuevo ciclo voluntarista de ocho años, otro señor ministro del ramo —llámese Boyer, llámese Matutes o llámese Fuentes Quintana— salga por la televisión a decirnos que los esfuerzos asumidos por algunos son admirables y ya casi suficientes como para que el año siguiente, a finales de 1994, se vea o se intuya la salida del túnel por el que fuimos a caer casi todos veinte años antes, empujados por la OPEP y por las letras de cambio de favor. Entonces, sólo entonces, empezaremos a pensar —como nuestros paisanos medievales— en la mágica esperanza de que un cambio de milenio .que es algo que no se ve todos los días— nos transporte al mejor de los mundos posibles; es decir, al modo de vida de una familia media de Estocolmo en 1965.

El llanto de Retamero

Abril 1985

Retamero, el presidente del Betis Balompié, Lloraba. Retamero, el compañero de facultad de Felipe González en la Sevilla de los años sesenta gemía a moco batiente por los pasillos e la Rosaleda, el estadio malacitano. Y siguió llorando y tomando pastillas para los nervios Retamero cuando abrazó ante las cámaras a su amigo y colega Gascón, el otro abogado andaluz presidente de otro equipo de fútbol andaluz, el Club Deportivo Málaga. El mismo equipo que caía impensablemente al foso de la segunda división. A ese lugar indigno donde hay que mantener tratos deportivos con modestas entidades cartageneras, lorquinas y hasta puede que albaceteñas si el club manchego, y como es probable, asciende a la categoría del tedio, también llamada división de plata por los optimistas.

Gerardo Retamero lloraba porque se sentía culpable. Antes del partido habían hecho cuentas él y su amigo Gascón. El Betis con un punto se salvaba del descenso. El Málaga con un punto casi lo mismo porque tendrían que vencer el Valladolid en Sevilla y el Hércules en Madrid para que los blanquiazules del sur se fueran al pozo, y si bien era probable que el Sevilla perdiera con el Valladolid pro si contribuía a meter en segunda a su eterno rival verdi blanco, el Betis, muy raro sería que el andrajoso conjunto alicantino, ese club donde juega un tal Puncho, fuera capaz de golpear en la barriga de la afición imperial del Bernabéu. El Real Madrid había perdido en casa con equipos de fuste: el Barcelona, el Atlético de Hugo Sánchez.... pero era inimaginable que con entrenador nuevo para más Inri y con deseos de agradar a la parroquia se les fuera a escapar el partido a los muchachos de Molowny. Por eso reían Retamero y Gascón antes del partido. Hablaron del empate y para hacerlo menos bochornoso igualaron a un gol mediando cinco minutos entre ambas ceremonias. Todo marchaba y, por si fuera poco, a base de trampas (perder tiempo sacando fotos, cambiándose el portero de jersey, etc) habían conseguido también aplazar diez minutos el inicio del partido. Así si por ejemplo el Hércules lograba un empate en el Bernabéu había tiempo suficiente para que el Betis perdiera en los últimos minutos del choque para salvar al Málaga, club que podría bajar empatando a puntos con vallisoletanos y herculanos. Todo, pues, era un dechado de farsa y control. De manipulación y sana alegría. Nos salvamos, hombre, nos salvamos.

Pero he aquí que un argentino flaco, Sanabria, un morenito pampino que juega en el Hércules acertó a meter la bola en el arco de Miguel Ángel. Se produjo en la tarde dominguera la invasión de lo fantástico que decía Cortázar. La llegada de lo mágico en forma de cuero blanco besando las mallas del centralismo. Eso significaba que los mozos de Alicante se mantenían en primera evitando la catástrofe que padecían desde una semana antes sus vecinos ilicitanos. Eso significaba que el Málaga, el convidado de piedra de la jornada, seducido y abandonado por Retamero, se iba camino de la perdición por escuchar cantos de inusitadas sirenas blanquiverdes de las orillas del Guadalquivir. Y el pobre Retamero, cual rey moro pesaroso, seguía llorando y calculando.

Matar el bosque

Mayo 1985

Consiguieron asesinar todos los bosques valencianos. Ni los más pequeños y emblemáticos se salvaron de la impenitente quema. Esto es una guerra fragosa y larga, una lucha contra la comunidad que se inició con armas y bagages en el verano de 1979, cuando el 30 por ciento de la masa forestal valenciana se convirtió en pura yesca del infierno.

Desde aquellas fechas hubo un trajín constante de latas de gasolina al anochecer, de compras hamponas de pinos ennegrecidos, de navajeo montañés y de niños y grandes evacuados de casas de campo que estaban —entonces— ubicadas en umbríos parajes mediterráneos. Ahora ya no queda nada. O casi nada. Sólo un baile de intereses palurdos disparando con un soplete sobre la ciudadanía. Son las cosas de los asesinos que ni siquiera respetan la floresta maravillosa del Desierto de las Palmas, esa atalaya de paz que cuelga sobre Benicàssim como una ingente ola verde esculpida pro el tráfico de los milenios. Son los asuntos de unos asesinos que merecen negra mazmorra de por vida.

El ejército de la razón cívica se bate en retirada por el oriente del estado. Los anuncios institucionales que nos advierten de que no es de hombres honrados arrasar el bosque son muy útiles como clarinazo de ataque para los pirómanos letales: ¡Ahora empezamos! Gritan los desalmados desde sus pocilgas de incultura, vinazo y fajos de billetes espurios. Y surge entonces el retozar de las cerillas por las enramadas.

Pronto al centella se comerá la montaña, el valle, los pastos, los chalets, la ciudad y la historia. Y frente a estos estrictos fascistas, patético viene a resultar el espectáculo de los sufridos y escasos avioncillos que llevan el agua donde pueden, reclamados desde mil fogatas. Triste el sino de los soldados que encuentran la muerte por las frondas chamuscadas. Y el de los guardias monteses cincuentones que rezan y lloran mientras ciervos, pájaros y jumentos perecen en el llamerío. Es la ceremonia del fin del mundo de cada verano en la Comunidad Valenciana. Un atributo turístico al revés. Una suerte de Disneylandia del horror que lacera la cabeza sana de un pueblo pacífico que se queda sin árboles, aturdido de pena y hollín. Ahora habrá que ir a Cuenca

Este o a Teruel Oeste o a Soria Norte para disfrutar de la paz del bosque. Cada vez más lejos. Mien5tras tanto, todavía hay gentes ingenuas que creen que estos atentados calculadísimos son desgraciadas consecuencias de rayos y tormentas veraniegas. ¡Pobrecillos!

¿Qué hacer para que esto no se repita? Muy poco, desde luego. No en vano son muy escasos los pinos que aún sobreviven entre las inmensas manchas cenicientas. Y aunque fueran todavía muchos y extensos los bosques por arder, tampoco se podría hacer nada, pues los asesinos del follaje siempre encuentran una hora tonta, un dinero fácil, una antorcha lista, un guiño inmobiliario y una ente, la suya, de piedra pómez. Es su profesión; su costumbre impune. El problema es de cultura, de sensibilidad. También de vigilantes, de hidroaviones y de Código Penal, pero sobre todo de cultura. ¿Por qué no se queman, sino, los bosques en Suecia?

Lluvia española

Mayo 1985

Esta primavera es tiempo de lluvias. Después de cinco años ardorosamente secos, tristemente tórridos desde marzo incluso hasta el otoño, ha recuperado España la felicidad húmeda, el gozoso desvarío de las nubes. Es un festín que abarrota los pantanos, que limpia las ciudades y los campos y que tapa un poco la monda estepa central y los desiertos del sureste.

Los Pirineos y la lluvia nos separan de Europa. Tras el acuerdo de adhesión al Mercado Común era previsible la llegada de las aguas. La Europa verde es hija de las inclemencias lluviosas, aunque ellos padecen una humedad excesiva. Nosotros con menos nos conformamos. Por ejemplo, con un par de meses al año encapotados. Es lo que necesitamos aunque en la cornisa tienen mucho más. Pero en el resto de la península los últimos tiempos fueron de sequía pertinaz, que la sequía siempre es pertinaz y hasta parece como si lo pertinaz sólo fuera unido a la idea de sequía.

Pero sigamos bajo la lluvia con el paraguas abierto o mejor cerrado, para recibir las gotas en la cabeza. Pasear así por el barrio viejo de cualquier ciudad es hermoso. Quien no lo crea ya es muy viejo. Por alguna rendija de su cerebro se ha colado el tedio.

Claro que no debemos pedir demasiada lluvia. Entonces perderíamos el sol, que es una seña de identidad de este estado tan pasional y hostelero. ¿Qué sería de los toros y de los turistas? ¿Qué sería de las tertulias en la vía pública las noches del verano? ¿Qué sería de los celos? ¿Qué sería de nuestros pintores formidables? No nos olvide, pues, el sol.

Y mientras viene, que vendrá, volvamos a disfrutar de la lluvia. Pensemos en esas costumbres civilizadas de los pueblos verdes y brumosos. En sus casas acomodadas bien repletas de libros, de discos y de silencio. Una forma de estar con uno mismo que, intuitivo, muchos connacionales nunca han tenido la ocasión de ejercitar, y no siempre por culpa del sol, que el sol siempre es bueno y culto, y no siempre por culpa del dinero sino más bien por ignorancia, por gregarismo o por siempre miedo a estar en soledad, sin ruidos.

La lluvia también, pues, ayuda a humanizarnos. A vivir más hacia dentro en un país donde se vive excesivamente hacia fuera. Donde no se compra libros sino lomos de libros, donde se dialoga poco y se atropella mucho todavía. Un país ocre que desde el avión parece un tormento donde ciertos asesinos matan a los árboles y donde ciertos energúmenos confunden el nacionalismo con la creación intelectual.

Una cura de lluvia cada año como la que afrontamos estos días, aunque perjudique los intereses de algunos empresarios es beneficiosa para el país. Propone suavemente otros modos de ocupar el tiempo libre, casi nos obliga a la reflexión y también lógicamente al escepticismo, que es quizá la más sabia de las actitudes en los tiempos que vivimos, tan lejos de la metafísica y tan cerca de Estados Unidos.

Las letras doradas

Mayo 1985

España congela los créditos a la exportación a Nicaragua y una vez más se viene a demostrar que la sombra del ciprés de la casa Blanca es alargada y que cubre, con su frescor, el cuerpo ardoroso de los lejanos amigos obedientes que gobiernan en provincias.

Pero en USA también hay muchas otras coas. Allí, por ejemplo, una querrela contra Teledéum nunca hubiera merecido otro destino que su inmediato traslado al archivo de las causas perdidas.

Si Jesucristo volviera a ser vecino físico de la Tierra, seguro que sería amigo de Albert Boadella. Y el director catalán y muchos más amigos de Cristo cogerían otra vez los látigos.

Yo amo los látigos de Cristo y desprecio los latiguillos oficinescos.

Dejemos a los dioses y pasemos a los semidioses. Volvamos a Reagan y a su síndrome Sandino. Pensemos en Nicaragua y también Turquía, que es país de la OTAN y, por lo tanto, comprometido oficialmente con la libertad.

En Turquía un generalísimo preparó una dictadura y cerró los partidos políticos. Luego inventó otros nuevos y éstos fueron los únicos que pudieron concurrir a una farsa electoral. Mientras, hasta el carca Demirel estaba en la cárcel. Reagan no protestó. No enseñó los látigos. Ni siquiera sus latiguillos. Sin embargo, cuando enseñó los dientes, quemó los depósitos de petróleo y bombardeó los puertos comerciales de Nicaragua, estado que no pertenece a la OTGAN. Y todo porque Daniel Ortega y sus ministros decidieron que un partidillo reaccionario, el de Reagan, no pudiera concurrir a las urnas.

Rubén Darío era poeta y nicaragüense. Si viviera ahora escribiría un poema largo y rotundo, denso y terrible que sería una bomba pacífica en manos del pueblo latinoamericano. Sería la última trinchera del sandinismo.

La penúltima era Contadora, y Contadora ya murió.

Claro que siempre quedan los látigos de Cristo.

Espiar al poder

Junio 1985

No es delito espiar a los partidos políticos,. Lo afirma sin remilgos el famoso Auto del juez Honrubia, quien, a su vez, lo deduce de la superioridad, del mismísimo tribunal Supremo. Y ahora recuerdo aquel día de junio cuando el magistrado de la Sala Segunda Sr. Vega afirmaba pro televisión que no existían indicios racionales de criminalidad para procesar al vicepresidente Guerra y a otros egregios socialdemócratas duchos en cometidos que al juez Honrubia inicialmente le parecieron delictivos. No lo eran, y el Tribunal Supremo fue inusualmente rápido para desmontar el planteamiento inculpatario del juez de Instrucción. En toda esta historia preveraniega bien poco importa, o mejor nada, que el Sr. Vega fuera promovido muy pronto al Consejo General del Poder Judicial. Repito: meras coincidencias. Quien piense de otro modo –yo no- ese sí que está a punto de ser procesado por indicios criminosos. Ahora bien, si lo piensa y no lo dice, no puede ser condenado por nada, que hasta el duro franquismo decía que uno en su fuero interno, de noche, junto a la almohada, sin chistar, sin hablar y sin hacer reseñas, podía pensar lo que le viniera en gana. Sobre todo lo decía el régimen anterior porque era imposible espiar la mente prudente de la ciudadanía enmudecida.

Pero también no está permitida otra labor de higiene pública. Según el Tribunal Supremo y según el juez Honrubia –éste último, con resignación, intuitivo- no hay delito alguno en meter las narices en los asuntos internos de los partidos políticos. Consecuentemente, propongo que espiemos a los partidos y, claro de espiar que espiemos al partidos que nos gobierna por que espiar a quien no nos gobierna carece de sentido, salvo para el citado partido que nos gobierna a lo que se ve. O a lo que vio el Sr. Honrubia.

Yo ya tengo mis espías perfectamente incrustados en la maquinaria felipista. ¿Sus nombres? No los diría ni al mismísimo señor Honrubia, a quien tanto estimo por otra parte. Tampoco se los diría al Sr. Vega. Ni a Alfonso Guerra. A nadie. Prefiero el martirio: En cualquier caso, les aseguro que ya están trabajando a pleno rendimiento. Además, trabajan gratis. Sin dinero partidario. Sin dinero oficial. No son mis espías funcionarios pagados por el contribuyente. Tampoco burócratas que conocieron un sueldo gracias a Herr Flick. No son más que entusiastas amigos no detectados por los efluvios del

mucho y Bien que laboran agazapados por provincias y municipios. Gente que sabe todo lo que se cuece . Donde y por qué. Sus informes ya empiezan a llegar a mi mesa de trabajo. Pronto tendré en mi poder un dossier absolutamente sustanciosos y además legal.

Antes de las nuevas elecciones prometo organizar el despliegue de estos datos tremendos. Invito a mis lectores a que también ellos espíen al poder sobre todo cuando éste, gracias a D'Hont y a Calviño amaga con instalarse a la usanza mexicana.

Una obediente política exterior

Octubre 1985

Dice Vázquez Montalbán, y no le falta razón al más lúcido de nuestros periodistas de opinión, que la política exterior del gobierno González se parece cada día más a un robot que tiene don Kaspar Weimberger en el sótano del Pentágono. Todos los datos contrastables de los últimos cuatro meses avalan el planteamiento del ilustre columnista barcelonés. El gobierno González, el gobierno del gran gato castrado y satisfecho en frase feliz de otro escritor –Rafael Sánchez Ferlosio–, lleva toda la marcha atlántica que cabe en sus motores y cual Titánic de pragmatismo gatuno quede muy bien naufragar en las costas del Sur de Terranova si es que choca –como parece– con el iceberg de Occidente.

No nos merecíamos esto. Sin embargo, hay gentes ingenuas que todavía creen en la celebración del referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN. Yo, desde luego que no. ¡Ojalá me equivoque! Mucho me temo que asistimos a la gran confabulación del dólar y Tel Aviv, pasando por Cuca Solana, Lady España, Barrionuevo y el SIDA, todos ellos empeñados en llevar a la nación por las estrictas sendas que marcan los bárbaros del norte. Mucho precio por ser europeos me parece que pagamos, y además, nunca seremos europeos. Por más que lo deseen los muchachos gerenciales del neocapitalismo gatuno. Los Pirineos son muchas coass sin remedio. Por fortuna a veces, y a veces por desgracia. No llevo a deplorar nuestra inserción en la Europa del Tédio –como hizo con saña Sánchez Dragó– pero desde luego que miro con absoluta reticencia el invento germano-parisino que va a maltratar más si cabe nuestros bolsillos a partir del día D, ese primero de enero de 1986. La fecha en la que alguien creará que está en Europa mientras vive en los cascos de su barriada suburbial.

José Saramago –y que perdone el lector un artículo con tantas citas–, que es lisboeta y narrador, bien claro lo tiene: España y Portugal no son Europa. Son otra cosa. Acaso un híbrido atlántico-africano y sobre todo ibérico. Acaso una excrecencia ascendiente de Washington. Acaso la inminente plaza de la borrachera planificada. El precio de entrar en Estrasburgo es ofrecer el cuerpo noble del territorio nuestro tan querido para que sobre su horizonte de bosques recién chamuscados por los inciviles florezcan los euromisiles de Dios, que siempre se supo que Dios era europeo y occidental.

Dejemos ya el marco metafísico y bajemos al albero miserable donde se debaten nuestros políticos. Tengamos, eso sí, un detalle de conmiseración para con ellos. A excepción del gran gato los demás están atados a la doble obediencia: de una parte a Reagan, de otra al propio gran gato que calificó Ferlosio. Obediencia es silencio puro y duro porque sino funciona lo de que quien se mueve no sale en la foto, que es frase feliz de un flaquísimo vicegato vigilante. La otra obediencia es la que ahora mas me importa; la que impone el vaquerazo.

Los ejemplos son de a tonelada. Hablemos del reciente maltrato del gobierno a los polisarios. Sabido es que nuestros vecinos Francia y Portugal ametrallaron a en su momento barcos españoles y mataron a personas de la marinería de altura. Nada pasó. Quejas, eso sí. Lo civilizado, vamos. Pero para los de la RASD el valiente ejecutivo, como quien se enfrenta a un poderosos enemigo, respondió con fiereza propia de nuestras naves en Lepanto. ¡Fuera esos moracos seudomauritanos! Lo peor es que el diario gubernamental aplaudió la noticia, y a la gente de la calle esto le importa mucho menos que el glorioso 2 a 1 contra la poderosa escuadra islandesa. Expulsar a Bujari y sus oficinistas es mucho peor que una expulsión: es un error. Los hechos futuros puede que pronto lo demuestren.

La otra noticia de la semana que avala el progresivo desarme mental de los ecos de Pablo Iglesias en las mentes contables y gatunas que nos gobiernan a golpe de OTAN es el bombardeo asesino de Israel sobre la sede provisional palestina en Túnez. También Simon Peres quiere propiciar la muerte ajena. Para un socialdemócrata eso debería ser demasiado. Lo que sí es más normal es que el vaquerazo aplauda el mini genocidio: está en su papel tan cristianísimo. ¿Cómo reaccionó el gobierno minino? Pues diciendo que era un retroceso para las cantadas relaciones hispano-israelíes. Tan grande que incluso puede retrasar hasta veinticuatro horas la fecha de la firma de nuestros vínculos con el joven estado mediterráneo, que por otro lado es un estado demócrata y bastante majo de no ser por su patético maridaje histórico con los árabes que lidera Yasser Arafat, ratón insigne que vuelve a salvarse de los zarpazos rabinos.

Sin embargo Su Majestad el Rey, que tiene unos excelentes reflejos, no ha tardado un minuto en mostrar su inequívoca solidaridad con las víctimas de la penúltima (seguro que ya hay otra en marcha) perrería del ejército israelí. De este modo vemos como un gobierno denominado de izquierda es

sobrepasado no sólo por la izquierda sino por la derecha, el fondo, la forma y el futuro por quien sabe estar en su sitio con prudencia.

Convendría, pues, que el PSOE moderara un poco su entusiasmo reaganiano. Que no siguiera descubriendo la pólvora con tanta asiduidad. Que mirara más hacia dentro por si puede encontrar en su inmensa panza de los sueldos alguna brizna de mensaje, de doctrina, de solidez y de firmeza. Que se desengañen ya: la fusión con AP técnicamente es imposible y no sólo por la anecdótica existencia del ratón Roca y del ratón Suárez.

Reconozco que con ejemplos tan tristes como el de Miterrand-Fabius-Hjernu han confitado para laminar al Raimbow-Warior es difícil encontrar el norte progresista, pero hay que intentarlo sin pedir tampoco consejo a Soares. Quien sabe si preguntándole por el coraje y la dignidad al viejo y entrañable Sandro Pertini.

Las enseñanzas de Lisboa

Octubre 1985

Las elecciones del domingo en Portugal sugieren algunas conclusiones que cabe enumerar.

1. Eanes tenía razón: el pueblo no quiere mayorías dictatoriales, desconfía de los rodillos. Huye de los nuevos o viejos ricos de los votos tan generosos como a la postre inútiles.

2. En Portugal no quieren parlamentos amordazados, calviñadas, copo de magistraturas, promoción de los obedientes inanes, presiones sobre quien garantiza la constitucionalidad de normas y actos, espionajes oficiales sobre los partidos de oposición ni dineros de Flick ni dineros de Flock, que son las consecuencias palpables de los hemiciclos acallados.

3. Mala cosa la regla D'Hont. En Portugal tienen un sistema más transparente y equitativo. Justo lo que quería el PSOE cuando estaba en la oposición. Cuando no quería beatificar el bipartidismo.

4. El pragmatismo derechista suscrito por un partido que se reclama de izquierdas acarrea la miseria de las urnas. Peligrosa es la ética del gato blanco y la ética del gato negro. Al final te pueden dejar como a un gallo portugués de Barcelos, pero sin plumas y cacareando.

5. En las barriadas más pobres de Portugal, el partido socialista fue la formación menos votada. Incluso por debajo de los democristianos del CDS.

6. A RTVE no le gustó –desde su independencia apartidaria- el fracaso estrepitoso de Soares. Si hubiera ganado don Mario, seguro que quintuplican la información.

7. Curioso: tanto eanistas como socialdemócratas denunciaron constantemente a lo largo de la victoriosa campaña un par de costumbres muy arraigadas en todos los partidos socialistas europeos occidentales. El clientelismo y el enchufismo.

Para mí que en Portugal ganaron Roca y Suárez.

Un triunfo de la telefonía

Noviembre 1985

La Compañía Telefónica Nacional de España es una empresa ejemplar que según tengo entendido a punto está de alcanzar el centro mundial y trilateral de la tecnología en punta. La Compañía Telefónica Nacional de España está muy cerca de Dios, muy cerca de los Estados Unidos y se parapeta con soltura entre el tintineo de las matildes y el prestigio marbellí de cuca Solana, Lady España, y de su esposo. La Compañía Telefónica Nacional de España está invadida de futuros brillantes y de chips diminutos y eficientes que comunicaban, bailan, cobran, aúllan, controlan y hasta cantan, si fuera necesario, el texto de la Internacional con música hawaiana. De ahí que poco extrañe que tan egregia entidad haya coronado con éxito, después de casi ocho meses de improbables esfuerzos, una aventura que a primera vista resultaba imposible, cosa de titanes: cómo trasladar el teléfono de un abonado residente en la plaza de Honduras de Valencia hasta su nuevo domicilio ubicado en la avenida de Burjasot de la misma ciudad mediterránea.

La tarea era muy difícil, pues hubo que afrontar no menos de tres mil metros de vía pública, que saltar por encima de las alcantarillas, que sortear a veinte mendigos —con niño— portugueses y que vencer a treinta o cuarenta centenares de ratas acanalladas que ponían barricadas al trote de los cables. Hubo, en fin, que contar con la ayuda de varias concejalías de cultura de la comarca (no se sabe muy bien por qué) y hasta fue necesaria la fortuna en dosis no menor que la que acompañó a los alpinistas catalanes que recientemente alcanzaron la cumbre del Everest.

Poco importan otras menudencias que han ido sucediendo a la par de la singladura tecnológica: que si se solicita el traslado el 11 de febrero de 1985, que si te informan que el teléfono estará en marzo, que si hay que esperar a que haya más solicitantes, que si unos apliques, que si el verano, que si espere un momento, que si ahora sí o que es que o se pudo. Palabrería de perdedores que no empaña un ápice el grandioso logro del traslado del aparato. ¡Siempre habrá envidiosos!

Solo me queda decir que he pecado levemente de triunfalismo. Que la realidad palmaria es que aún no está el teléfono en mi nuevo domicilio, pero es que falta tan poco, tan poco para que lo instalen que ya me anticipo a mentar la gloria invencible de nuestra gran empresa nacional y supercalifragilística.

Puerto Príncipe

Enero 1986

Señor Reagan, quien le escribe es un anónimo ciudadano de un pequeño país mediano del mundo libre y latino, o sea, meridional y católico, decente y español. Es un mundo de poca fama por los domicilio norteamericanos, pero se trata de un estado digno que depende mucho y cordialmente de usted, una vez que han sido derrotados definitivamente los numantinos que quedaban por aquí. Pues bien, señor Reagan, cierto es que usted es un señor poco grato para bastantes ciudadanos de esta provincia. Sin embargo no dudamos de su buena voluntad, claro, ni tampoco de sus portaaviones. Sabemos que es muy bueno con su esposa, sabemos que ha levantado con energía un horrendo cáncer que, ya ve usted, por estas riberas del sol, se levó para adelante a nuestro político más entrañable y complicado. Sí, aquel profesor que le mandó a freír misiles el año pasado cuando vino usted por este arrabal de Los Angeles Lakers que se llama Madrid. Es una ciudad neonata, es decir, recién convertida, con entusiasmo incluso, a la Nato.

Sé que debo ser muy sensato si quiero que me tenga en cuenta. Esta carta es para recordarle lo mal que me parece que usted ande asfixiando con sargentos gordos y con bombas gordísimas a los atribulados hermanos nicaragüenses. Sí, son hermanos nuestros. Son latinos, morenajos, enanillos... Gentes que viven al pánico por su culpa. Así es, señor presidente. Sí, le admito que su democracia no es perfecta y que hay mucho sandinista suelto por ahí desvirtuando los principios —puro sentido común— del propio César Augusto Sandino, pero no me podrá negar que para perfección absoluta, la de Pinocho de los Andes que está a punto de ser elegido el Dictador 10, o sea, como Bo Dereck sólo que en sapos y torturas. ¿Por qué, pues, don Ronaldo, machaca tanto a Saníel Ortega y a sus clérigos ministros y por qué se calla tantísimo cuando conoce las bufonadas del chileno? Ya sé que como buen demócrata que es le repugna la trayectoria del que mandó matar a Salvador Allende después de reiterarle su fidelidad. Sé que no hace mucho también denunció la aberración política que subyace en Paraguay al mando de un agalonado que se apellida Strosssner. Si usted no fuera bueno no le apoyaría el 70 por ciento de su pueblo, esos muchachos que llenan las canchas de béisbol y comen lechuga con aerobio. Por eso, porque usted es bueno, le voy a pedir un favor y pienso que ahora mi carta se suma a varios millones de rogativas que ya le es-

tán llegando. Me gustaría que el abuelo de Occidente diera la orden de invadir con sus marines y cañones las calles de Puerto Príncipe, la capital del estado más patético de América. Le hablo de Haití, ese lugarapestado por la historia obscena de un padre y un hijo que durante treinta años han desencadenado la infamia. El padre era un flaco sangriento, papa Doc, que se autoeligió presidente vitalicio de aquel país de negros paupérrimos y que nombró a su hijo, entonces de 19 años, sucesor a título de dictador supremo y de por vida. Y ya son 14 los años que lleva Baby Doc reprimiendo en seguimiento exacto de las hazañas de su progenitor. El pueblo ha ido aguantándolo desde su incuria, analfabetismo, indefensión, magias, vudú y otras lacras. Mientras hubo pan se soportó al pistolero pícnico de palacio pero ahora, cuando ya hay niños por las calles de Haití imitando con sus cuerpos raídos por el hambre a sus hermanos de raza etíopes, la gente se ha tirado a la calle. Van a por todas pero los matan como a conejos, don Ronaldo. Sólo la Iglesia Católica es capaz de plantarle cara a esa cuba de ron con metrallas, pero la cordura de los sacerdotes y sus fieles se estrella contra la policía sanguinaria y contra ese cuerpo llamado los Tonton-macuttes. Me pregunta usted, señor Reagan, por los Tonton-macuttes y prefiero no explicárselo. Bastará con una visión. Imagine qué pasaría si de entre todas las cárceles de América eligiéramos a los presos más violentos y analfabetos, se les suministrara ancha dosis de ginebra, se les metiera cien dólares en el bolsillo, se les diera fusil y munición y se les dijera que por cada revolucionario que liquidaran –por ejemplo, un sacristán, por ejemplo un niño esquelético de diez años. Se les daría otros cien dólares. Y ame entiende, don Ronaldo, ¿a qué sí? Por eso no nos puede defraudar a los ochocientos millones de hombres y mujeres que nos amparamos en la civilización occidental. Tiene que intervenir, señor Reagan. Liquide la dictadura de Baby Doc, ofrézcale un galpón desangelado en las islas Galápagos para su retiro, meta a los Tontones a trabajar por los cañaverales y ponga en Puerto Príncipe a un hombre digno. A un Belisario Betancur, a un Alfonsín, a un Alan García o a un Sanguinetti. Si así lo hiciere, yo desde luego, la próxima vez pienso votar al partido republicano.

Fin anunciado de Marcos

Marzo 1986

Es obligado felicitar al gobierno en su decisión valiente de llamar a consultas a nuestro embajador en Manila. Actitud de repudio al tirano de la guayabera transparente. Y es que Fernando Marcos, el asesino oficioso de Benigno Aquino, está decidido a liquidar como sea la victoria en las urnas de la viuda de su víctima de 1983, y por lo que parece, lo va consiguiendo el infame individuo entre malandanzas y ametrallamientos.

Sin embargo, sólo dos estados europeos, la República Federal Alemana y España, han dado un paso testimonial en la misma dirección en que lo vienen haciendo los millones de filipinos estafados una vez más por el cavernícola de Malacañang. ¿Para qué recordar ahora los crímenes electorales del admirador del generalísimo? ¿Para pensar en sus manipulaciones, en sus prebendas, en sus centuriones, en las urnas llenas de agujeros? Pensemos en la Iglesia filipina que denuncia al tramposo, pensemos en las palabras de Schultz que no duda de la delincuencia de su amigo en Luzón, pensemos en las masas hambrientas que insultan al Sha del Pacífico, al Papa Doc de Mindanao. Es un cóctel peligroso pero el fulano palaciego ahora va a perder.

Los dictadores no pueden con las urnas. La primera vez ganan siempre alegando patrioterías, sugiriendo garrotes y ofreciendo chocolatinas. La segunda vez, o no existe nunca o, si existe, conlleva el final de la aventura personalista. Marcos está en ese trance. Por diferentes caminos, pero con una misma sustancia, el presidente del archipiélago anda en las últimas. Sólo nos queda desear que prorrumpe pronto sobre el cieno el caballero de las pistolas y que venga corazón Aquino con su propuesta moderada que, hoy por hoy, es la única opción digna viable en el estado mejor dotado del mundo en bases norteamericanas. Subic Bay es la mayor base naval USA. Clark Field la mayor base aérea USA: Son los dos argumentos más patéticos para Marcos el de Imelda. Reagan no quiere bromas en Filipinas. Si Corazón Aquino sigue presionando en la calle desde la legítima desobediencia civil, el fantasma de Malacañang se viene abajo. Hay que apretar muy duro ahora. Hay que sacar el dinero de los bandos, hay que quemar la prensa de Fernando, hay que negarse a pagar impuestos, hay que ampararse en las parroquias, hay que obligar a Reagan a que le dé por fin el puntapié necesario al falso héroe de la

guerra mundial. Por cierto que no conviene olvidar el apoyo de la URSS al asesino de Ninoy Aquino, noticia que no sorprende mucho si se piensa que el Kremlin fue muy amigo de la horrenda Argentina de Videla, Viola y Galtieri.

La mejor noticia de los años setenta fue el fin de los fascismos de Grecia, Portugal y España. En los años ochenta Filipinas, Chile y Paraguay son los países elegidos por Dios. Falta que Reagan sea el profeta porque el pueblo ya está dispuesto y harto.

La guinda ética

Abril 1986

La idea la apuntó Fernando Savater durante la clausura del Tercer Encuentro de Escritores del Mediterráneo: la ética no puede ser la guinda adorable que culmina el pastel, a menudo sombrío, de los políticos. La ética no puede ser considerada como el reclamo de un partido en el supermercado de los votos. Nada menos ético. Dejad, pues, a la ética en paz, señores del poder.

En la madurez pública a ningún político se le valorará por su nivel ético. Sólo por haber sido o no un buen gestor. Pero los políticos tienen a veces mala conciencia. Obligados a manipular, a sancionar y a amenazar con oficio, se encuentran necesitados de volver a mirarse a sí mismos con otros ojos. Mahler no es suficiente. Se buscan los ojos -¿nuevos?- de la ética. Pero el pueblo no desea el arrepentimiento de los políticos. Nada más inútil que los descargos de conciencia y sus pompas librescas. Los mineros, que se sepa, nunca pretendieron salir del tajo con la piel de su rostro inmaculada. Hasta los púberes saben que el poder corrompe, y en cuanto lo descubren se lo dicen a sus hermanos más pequeños.

Aun así, existen políticos que no pueden soportar, por ellos o por su imagen, que alguien ponga su honorabilidad en entredicho. Se empeñan los pobrecillos en aparecer como pastores protestantes compelidos por alguien a continuar en el oficio del poder y dicen que ellos, en el fondo, se quieren retirar. Nadie les cree, obviamente. Tendrían mejor imagen si dijeran que han nacido para el poder. Que les encanta el servicio público de mandar y que aguantan con disciplina el cometido piramidal de rendir cuentas a sus superiores jerárquicos.

Hay que reivindicar la reinstauración de los valores políticos. De los valores que son propios al ejercicio del poder. Son pocos, pero existen. La política, que esgrima sus presentes: el realismo, la eficacia, la prudencia, la rapidez en detectar los problemas de los ciudadanos y en resolverlos. Quizá sea en el escenario municipal donde mejor se puedan constatar, cuando funcionan, los valores políticos. La ética queda para otros territorios. Sin mitificaciones Sin nieblas emocionales. La ética, sobre todo, para quien la trabaja. Con dignidad y casi siempre con independencia. Es difícil de otro modo.

El asomao y el escondido

Abril 1986

Un viaje por Asturias, aunque sea en Semana Santa y con profusión de vehículos con matrículas bilbaínas o madrileñas, siempre es una delicia necesaria. Sobre todo para quienes venimos de allí, dicho sea esto sin brizna de nauseabundo nacionalismo retroprovincial. Asturias sigue oliendo a peña y a manzana, a minería y a Spórting de Gijón, a ironía y a calles limpias por la lluvia. Asturias es una mezcla sabia de parados, desfiladeros y cantinas. Pregunté allí por la política regional y en seguida me hablaron del Asomao.

¿Quién es el Asomao?, tuve que inquirir.

El Asomao es el corresponsal del poder en Oviedo. Un buen chico. Le dicen Asomao porque como tiene la barba sólo por el cuello parece que la cara se asoma por entre una ventana de pelo; el suyo por cierto.

Fácil fue llegarme del Asomao al Escondido. Los asesores de imagen decidieron que había que emboscarlo. Al Escondido. AL Empecinado de Torrespaña. Ya estaba bien de salir por televisión todos los días. No me extraña que Vázquez Montalbán lo confundiera con un locutor infiltrado. El Escondido ya está guardado de las inclementes cámaras. Inclementes y dóciles a un tiempo. El Escondido trabaja en silencio, o descansa en silencio. Dicen que lee animado las encuestas sobre las tendencias de voto que han cocinado en el CIS para él con condimento de triunfalismo contenido. Así podrá entretenerse el Escondido por los playones batidos de la isla de Alborán o por los pinarcillos onubenses. Literatura de supervivencia.

Y mientras el Escondido recoge fuerzas para la temible campaña calviña de junio en Andalucía, el país real languidece, viaja, come y lee muy poco. Así nos luce el pelo (como al Asomao). Mientras la gente siga sin leer un poco más, los asesores de imagen son felices en las afueras de Madrid Noroeste. Cumplen bien sus objetivos. Justifican su sueldo ministrable. El Escondido también sabe obedecer.

Nunca se pensó que la fábula china del gato negro y del gato blanco fuera mejor aprovechada. Tras los bandazos ideológicos, tras el pragmatismo tecnocrático, tras el enchufismo endémico y tras el crepúsculo de los mensajes todavía quedaba un rasgo del minino utilizable: su capacidad para escabullirse. Aunque sea dejando algunos pelos –no los del Asomao– en la gatera.

Ciudad de espaldas al deporte

Abril 1986

De vez en cuando, infeliz de mí, acudo al pequeño polideportivo municipal que cae por el parque de Benicalap. Rara es la tarde en que no se me presentan obstáculos para la tarea que intento desempeñar y que no es otra que jugar al baloncesto con tres o cuatro amigos, o ir a solas a lanzar unas canastas y a perfeccionar mis modestísimos movimientos bajo el aro. Unas veces se me dice que una persona en solitario no puede entrar a la cancha alegando extraños estatutos, y otras veces se me indica que pague los quince duros de rigor y que pase, pero haciéndose constar que si me dejan es casi por compasión. Otras veces se me informa que no puedo jugar, llanamente. Los motivos: que si ahora van a arreglar las redes, que si van a venir a jugar al fútbol sala, que si esto, que si lo otro, y tampoco puedo desentumecer los músculos. He de volver a casa desilusionado, cavilando en la mala suerte que tengo de vivir en una ciudad donde el deporte —para las autoridades competentes— no pasa de ser una actividad marginal y, consiguientemente, desatendida en unos presupuestos tan generosos para otro tipo de menesteres elitistas y carísimos.

Que no me vengan con documentos inanes. He vivido en San Sebastián y se lo que es un Ayuntamiento y una Diputación interesadas en el deporte. Sí, reconozco que se han hecho algunas inversiones absolutamente insuficientes, unas por sus dimensiones pintorescas —Benicalap—, otras por su emplazamiento exótico —el Saler—, pero lo cierto es que no se gestiona ayuda alguna para quien quiere poner coto a su sedentarismo. Da la impresión de que las autoridades delegan tácitamente esta atribución esencial en las sociedades y organismos privados. Que invente ellos.

Muy diferente sería el trato recibido por quienes propusieran a los actuales municipios otro tipo de actividad social. Imaginémonos a una compañía de teatrillo menor procedente de cualquier aldeón del Estado bien arropada —la compañía— de arribistas y de practicones espabilados. En seguida obtendría los caudales subvencionales de las Corporaciones valencianas. Incluso se vería dignificada —la pedestre compañía de turno— con al entusiasta asistencia al estreno de las autoridades locales. Las mismas que, ni siquiera por aparentar un apoyo civil, nunca o casi nunca, que es lo mismo, dan en asistir a los estadios y pabellones de la ciudad, rompiendo lo que es tradición en habitual en Sevilla, Madrid, Barcelona o Bilbao. Aquí somos diferentes.

Tan diferentes que pese a contar con el tercer potencial humano del país, no se puede sostener un equipo en primera división ni en fútbol, ni en baloncesto, ni en hockey, voleibol y parece que ni tampoco en balonmano. Sí, ya sé que el descenso del Valencia Club de Fútbol no es achacable a nadie más que a la directiva, jugadores y técnicos, pero este descenso se produce en un contexto social de pasotismo ciudadano y de absoluta indiferencia por parte de unos responsables de los dineros públicos que no saben o no quieren favorecer el deporte. Una función que es asignatura básica en cualquier país desarrollado.

Televisión privada

Septiembre 1986

Lqas dos regiones españolas menos aficionadas a la lectura -Extremadura y Andalucía- son aquellas donde más porcentaje de votos obtiene el PSOE. A la última estadística oficial me remito: la publicada con motivo de la exposición Liber 86. Los datos descubren que en las provincias extremeñas declaran no leer nunca un libro (ni tener gran intención de hacerlo, me imagino) un 53 por ciento de sus habitantes. En Andalucía, un 51 por ciento. Casi coincide el porcentaje de votos socialistas en las elecciones generales de junio pasado con el de los enemigos de la lectura. No digo que sean las mismas personas, desde luego, pero es un síntoma.

El otro síntoma es definitivo: donde no se lee es donde más se mira el televisor. Y el televisor, en España, es un asunto muy serio del partido gobernante. Quizá el más serio de todos porque a la televisión va ligado el poder y su estela de trescientos mil sueldos. El referéndum OTAN nos abrió los ojos a quienes dudábamos todavía -levemente ya- del imperialismo del medio electrónico. La terrible astracanada que desencadenó el felipismo para ganar una consulta inútil -¿no estaban de acuerdo AP y el PSOE en la cuestión?- hizo que muchos nos apartáramos para siempre de 'El y de sus telediaris. No se lo perdonaremos nunca. Todo fue lamentable. El giro de 180 grados, las amenazas a los parados (que estarían todavía más parados fuera de Occidente), la saturación general del miedo, etc... Una pesadilla que puso brutal punto y aparte al ilusionado evento del 82. Ahora ya sabemos que todos los políticos son iguales. La verdad es revolucionaria y cuando menos se piensa salta un tahúr del Mississipi.

El felipismo no tiene memoria. En la primavera de 1984 decía el presidente del ejecutivo que habría televisión privada en la legislatura aquella, la que finó hace medio año. Iniciada la nueva legislatura, el gobierno manifiesta ahora que no habrá televisión ajena a las órdenes monclovitas hasta que pasen años y años. ¿Por qué? ¿Por dificultades técnicas, económicas, jurídicas...? Nada de eso. La causa es demasiado aparente como para pasar desapercibida: el felipismo quiere ganar las elecciones municipales y autonómicas de 1987. Ya ha comenzado la larga cabalgada de la manipulación calviña. Ahí tienen a los trece lendakaris socialistas apareciendo a toda hora y programa por la

antena comentando sus éxitos administrativos. Si el asunto está así a nueve meses vista de las urnas, imagínense como será la lluvia informativa –deformativa- cuando llegue el mes de mayo.

Un solo rasgo positivo veo en este nuevo episodio cantado de la burla del gobierno para con los contribuyentes. Me refiero a algunos medios escritos que colaboraron mucho y bien con el felipismo en aras de su reválida en las elecciones generales. Fueron comandos de apoyo subliminal a la infantería tosca de Torrespaña y esperaban, pobrecillos, un premio: la concesión de una cadena de televisión privada. Ahora, al parecer, están muy entristecidos y decepcionados con las palabras de Javier Solana que aparcen el acaramelo inútil del cese de Calviño. Olvidaron lo que decía don Quijote: que hacer bien a villanos es echar agua al mar.

Valencia, la tercera vía

Septiembre 1986

Valencia está a la misma distancia de Madrid y de Barcelona. El dato, claro, no es sólo geográfico. Madrid y Barcelona han sido -no sé en qué medida todavía lo son- los puntos de mira de la sociedad valenciana, aunque durante muchos años la única referencia apuntada allende la Mancha. Se decía entonces que Valencia era la ciudad española más parecida a Madrid, título que según cuentan ha sido traspasado al sur de esta comunidad.

Años después de la devoción centralista, quienes tenían a su cargo profundizar sobre la identidad valenciana pensaron en Barcelona. Coquetearon con la capital catalana, que en 1976 era sin duda la ciudad más progresista de España, el faro del que venían todas las propuestas democratizadoras, europeístas, disidentes... Valencia era entonces una satisfecha agrociudad en la que comenzaban a fructificar las costumbres industriales y pronto también las posindustriales. Fue cuando Cataluña se sometió voluntariamente al pujolismo y el modelo del norte se hundió para casi todos. El ascenso nacionalista supuso un empobrecimiento general de miras y la Generalidad Catalana se gastaba el dinero en recuperar productos culturales autóctonos justamente olvidados. Habían confundido la cultura con el rastreo en el desván de la abuelita. Todo esto supuso lo que nadie se podría imaginar: la estampida generar de artistas, periodistas, escritores e intelectuales hacia Madrid, ciudad que ahora más que nunca, y quizá de rebote periférico, es capital de España con un casi unánime reconocimiento.

Pero estábamos hablando de Valencia. De una ciudad que mira cada vez menos a sus hipotéticos tutores y que está luchando por abrirse un hueco en el inalcanzable escalón de Madrid/Barcelona. Abandonadas las imitaciones, valencia tiene delante de sí un reto histórico. Configurar-se como la efectiva tercera capital cultural del estado. No es un cometido imposible. Florencia y Bolonia, en Italia, han roto en parte la cerrada dualidad de Milán y Roma. Toulouse y Burdeos en Francia flanquean a su modo las duras puertas de París y Lyon. De momento, potencial demográfico no falta, que casi son un millón trescientos mil los habitantes de Valencia y de su inminente hinterland.

La lucha por potenciar el modelo valenciano pasa obligatoriamente por la actuación pública, y sería de ciegos no apreciar el esfuerzo institucional

que trabaja por dotar a Valencia de los instrumentos culturales indispensables para configurarse como auténtica tercera vía. Sin embargo, es el entorno privado el único protagonista convincente para llevar a buen puerto la tentativa valenciana, que ha de buscar ofrecer aquello que ni Madrid ni Barcelona ofrecen. Aquí cada uno puede poner lo que quiera, pero yo, modestamente, diría que Valencia sobre todo puede ofertar un liberalismo mediterráneo, el de una gran ciudad latina, abierta, en la que nunca se pronunció la palabra charnego ni ninguna otra de similar significado. Valencia ha de dar a conocer su natural entusiasmo por Epicuro y su gozosa animadversión a la metafísica, su temperamento antigregario y su capacidad excepcional para las artes plásticas y su aplicación. No hablaré de la luz y del clima por no caer en tópicos, pero pienso que ha llegado la hora de Valencia y es importante no desaprovechar la ocasión. Y mucho más conveniente, desde luego, es tratar de incorporarse, cada cual a su modo, en este barco que está naciendo. Fletar una ciudad es obligación de todos.

Barreiro

Septiembre 1987

Cuando vi a Barreiro en una foto del 81, insertado entre caballeros fraguistas, todo barba y progreso, no pude creer que se tratara de un hombre de la derecha tradicional. Entonces el político gallego tenía un cierto aire de alcalde Herri Batasuna vestido con chaqueta vergonzante para recibir al señor obispo. Luego me enteré de que Barreiro, el hombre fuerte de Galicia durante el último sexenio, era licenciado en Políticas, antiguo miembro de la ultraizquierda y tan ex seminarista como lo fue el mismo José Stalin. Dios los cría.

Barreiro era vicepresidente de la Xunta de Galicia. Era la mano derecha del médico Albor, hombre al parecer tan eficaz con sus pacientes como incapacitado para la gobernación de la tierra de Rosalía. Cuando Barreiro pensó que ya estaba bien de aguantar a un jefe inútil y pelmazo le preparó en octubre de 1986 un golpe de Estado de salón ofreciéndole en un consejo de ministros autonómico un papelito que debería firmar de inmediato. El papel era su dimisión y todos los conselleiros de su partido estaban de acuerdo en que lo firmara. Albor, entonces, sobrecogido y lloroso, como César en las Idus de Marzo, decía a cada uno de sus hombres de confianza:

Tú también, cuervo mío.

Pero Albor no firmó.

Los valientes conspiradores perdieron el poder en Galicia. Jugaron muy fuerte y cayeron a la ría. Por poco tiempo, claro está, porque Barreiro y los suyos se integraron en un extraño partido del noroeste, coagas o algo así, y están dispuestos a entregar sus votos al PSOE para que González Laxe sea el nuevo presidente de la comunidad gallega. De este modo los votos de AP –los que dieron el escaño a Barreiro y a su panda– se volverán contra AP. Maravilloso, ¿no? Barreiro, vicepresidente con AP, será ahora vicepresidente con el partido socialista. Por estas menudencias al egregio estadista algunos le llaman traidor, pero decir traidor en política es como llamar asesino al defensa central del equipo contrario cuando lesiona a nuestro mejor delantero. Gajes del oficio. Yo, por mi parte, hago una apuesta: antes de tres años Barreiro es diputado por el PSOE.

De viajes y de viajes literarios

Octubre 1988

Los viajes han muerto en la penúltima década del siglo, y las cadenas de hamburgueserías ocupan las esquinas céntricas de todas las ciudades del mundo, incluida la capital de Papúa-Nueva Guinea. Todos nos hemos convertido en azafatas. El viaje al uso, ese que nos ofrecen los anuncios, ya es sólo una apacible e inevitable liturgia para jubilados que coleccionan postales de piedra. Las agencias de viajes no son otra cosa que sofisticadas taquillas de bonobús. Todo esta demasiado cerca y el mapamundi se ha convertido en un solar en las afueras de la aldea flobal que predicara MacLuhan. Curiosamente ya son muchos los ciudadanos que llegan a plantearse que el mejor viaje es no viajar y que las mejores vacaciones consisten en quedarse en casa examinando viejas cartografías a la luz de la música y la cerveza mientras los otros dedican el verano a comparar asfaltos y túnicas.

Sin embargo, todavía subsisten varias alternativas para continuar aspirando a la magia de los viajes. Una de ellas es el periplo hacia el pasado. Hacia nuestro pasado todavía vivo y que es el único que podemos comprender.

Es un pretérito que coincide en el tiempo y en el espacio con la España de los parques tecnológicos, de las autopistas y del tétrico turismo de masas. Resulta pintoresco pensar que España, un país que ya tuvo fábricas de automóviles en los años veinte, todavía cuente con un montón de aldeas en su noroeste que carecen de carreteras. E incluso con un grupo más reducido de poblados y caseríos que no conocen la energía eléctrica. No es ningún desatino, pues, decir que sin salirnos de las fronteras nacionales tenemos ocasión de conocer, sin apenas cambios, cómo era la España rural de 1800 y que es la única que conocen esos ancianos campesinos que jamás salieron de su aldea incomunicada de la cordillera cantábrica.

Otro viaje mágico pensable es el que nos lleva hacia los escenarios de nuestra infancia. En este caso no buscamos el pasado comunitario sino el soporte de nuestros recuerdos primigenios. Es un recorrido en el que suelen jugar un decisivo papel aquellos lugares que conocimos en la niñez y que, por distintas razones, no hemos vuelto a contemplar. A veces el único motivo de esa negativa a revisitar el olvidado pueblo costero de Galicia donde veraneamos hace tantos años es, precisamente, de carácter cautelar. Lo hacemos para

no destrozar con nuestra presencia crítica aquellos signos bien aprendidos de un paisaje que es sólo nuestro. Ni siquiera de sus reales habitantes.

Un tercer viaje, ilimitado y sugerente, viene ofrecido por la historia de literatura. Consiste en recorrer los pueblos y ciudades donde vivieron los escritores que más estimamos y donde vivieron, sobre todo, los personajes de sus obras. Baste decir que es infinitamente más fácil seguir el rastro de don Quijote en los campos de Puerto Lápice que el de Miguel de Cervantes por las viejas rúas con soportales de Alcalá de Henares.

El reciente incendio del barrio del Chiado lisboeta es irreparable porque la ruina de aquellas casas modestas y mercantiles es la ruina de los perseguidores de recuerdos literarios. Podrán reconstruir fielmente los arquitectos las tres o cuatro calles quemadas en agosto, pero será imposible la restitución del ambiente espiritual por el que caminaba Fernando Pessoa y con él, infinitos e invisibles, sus decenas de heterónimos. Pessoa era tanto un escritor como un personaje literario y la capital portuguesa es impensable sin la memoria de aquel tímido contable que inventaba poetas y ensayistas y que polemizaba con ellos desde las páginas de los periódicos.

España también cuenta con una amplísima oferta de oportunidades para la singladura literaria. En las tierras duras de Soria, Guadalajara y Burgos se pueden encontrar los albores de nuestra épica medieval. En Salamanca siempre nos espera fray Luis de León y Miguel de Unamuno recién llegado de una correría por las Hurdes. En las colinas de Orihuela Miguel Hernández pastorea y sueña después de muerto, y en los alrededores de Córdoba todavía permanece la pequeña finca donde Luis de Góngora escribiera la Fábula de Polifemo y Galatea. Por el interior de Lugo uno se cruza con cientos de personajes de los cuentos de Álvaro Cunqueiro y en la Torre de Juan Abad, Francisco de Quevedo continúa cultivando su odio y su talento inigualables.

Malabo no es Malibú

Octubre 1988

A mi este hombre nunca me gustó. Menos aún cuando le tuve muy cerca, en los aledaños de Barajas. Él venía de su país imposible y yo iba hacia Valencia. Yo perdí el avión y él ya había perdido los papeles.

El caso es que Teodoro Obiang no empezó mal, pues tuvo el valor de prepararle un juicio en un cine con goteras de Malabo a su funesto predecesor, Macías, antes de confiarlo a un pelotón de fusilamiento. Más pronto se torció el líder fang. Llenóse su mente su faltriquera de mentiras y de chantajes de truhán incipiente y, como buen mediocre, pronto tuvo miedo de todo y de todos.

Se vio obligado a buscar salidas para justificarse y no halló donde poner la vista que no fuera recuerdo de Francia. Decidió el guineano que su futuro, el de su país insignificante, era meterse en la zona del franco galo y unir su destino contable al de Gabón y al de otras viejas colinas de nuestros vecinos del norte. ¿Sacó algo de esos devaneos el pintoresco militar? Seguramente que sí, nos dirían algunos ciudadanos de Suiza si no hubieran hecho voto de silencio y discreción.

Ahora vuelve este lejano pariente de Macías a las páginas de sucesos, únicas que ocupa con propiedad. Desmelenado ya en su desatino, el dictador-zuelo de Río Muni ha asesinado a dos funcionarios mediante proceso sumarísimo y ha enviado a la cárcel a varios líderes políticos que han cometido el delito de no pensar como él. Mas propiamente: de no mugir como él.

Entiendo que España no debería callar ante estas sangrientas astracanas. Tenemos que procurar la normalización democrática para Guinea Ecuatorial. No basta con tirar al río unos miles de millones de pesetas y luego tapar las narices y prometer no volver a Malabo. Allí hay trescientos mil hombres y mujeres a oscuras bajo la bota de un insensato que no tiene empacho en convertir las aguas jurisdiccionales de su país en el mayor estercolero nuclear del planeta a cambio de lo que todos sabemos. Hay que echar a Teodoro del poder y luego adjudicarle un estanco en la isleta de Corisco a título de consolación, porque los buenos demócratas casi siempre son magnánimos.

Podiofobia

Octubre 1988

De las ochocientas medallas a repartir en Corea del Sur en estas semanas de fasto y Coca Cola nos deberían tocar algo así como sesenta a los vecinos de España y de esos veintitantos países bien sazonados de dictaduras que ayudamos inventar en el nuevo mundo: veinte de oro, veinte de plata y veinte de bronce.

Pues bien, cuando concluya ese inmenso concilio ecuménico en calzón corto que se desarrolla en las orillas del río Han comprobaremos que los deportistas celtíberos apañan dos o tres metales en vela/remo/tiro, que México recoge a lo sumo otra en ese trote lelo de la marcha atlética y que a los estados del Cono Sur y del pacto andino sus buenos sudores les habrá costado arrancar, entre todos, un par de bronce en colombolfilia y billar a tres bandas. No hay más cera que la pierde y es que ni Dios ni Colón ni Felipe nos quisieron atletas.

Más, ¿por qué perdemos siempre en la cancha y casi siempre en el amor? ¿Por qué siempre vamos a aprender y no aprendemos nunca? ¿Por qué nuestros dirigentes deportivos siguen poniendo paños clientes para justificar las derrotas en paños menores? Ahí están países de nula relevancia, como Somalia, Kenia o Etiopía, que nos superan en galardones olimpiada tras olimpiada. Ahí están los estados del este europeo, barriéndonos inmisericordes y los estados del oeste europeo poniéndonos a la altura del betún de Coubertin. ¡Si hasta Portugal nos humilla en atletismo! ¡Y qué decir de Marruecos, que tiene a Auita!

Me imagino que nuestras autoridades deportivas harán algo para que este desastre no se reproduzca tan crudamente en la Olimpiada de Barcelona, cuando juguemos de locales. Existen varias posibilidades para arañar medallas: declarar por sorpresa deportes olímpicos a la lucha canaria, la lucha leonesa, la pelota a la zamorana y la pilota valenciana; corromper a los subjetivos jueces de palanca, trampolín, gimnasia y lucha grecorromana para que nos den siempre la mejor nota proteste quien proteste, introducir bebidas alcohólicas en la villa olímpica en momentos oportunos, etc.

Finalmente, si estos procedimientos no fueran eficaces para que el pedestal español rebasare las treinta medallas que por nuestra contribución a la

defensa de occidente nos corresponden, no tendríamos más remedio que poner en marcha la última y un pelín vergonzosa estrategia: declarar a los toros especialidad olímpica. Sería la panacea: diez oros en picadores, diez oros en banderillas, diez oros y en estoque y no menos de treinta bronce en toreo de salón.

La huida

Octubre 1988

Lo tenían todo calculado pero al final no pudo ser. La culpa la tuvieron unos señores de leyes que arriesgaron su carrera y que ya no saldrán en las fotos del poder pero sí en las fotografías de la democracia. Debo explicarme mejor aunque no mucho mejor para evitar problemas. Por delante, eso sí, que vaya la noticia: iban a fugarse. Ellos dos iban a huir y la estampida la tenían bien preparada otros, los jefes de los presos. No los jefes de la cárcel, no, sino otros jefes más importantes y brumosos. Los mismos que hace unos años les dijeron:

Muchachos, tenemos un hermoso trabajo para vosotros.

Ellos, sin embargo, no ejecutaron el oficio de Caín. Pero acaso fuera posible que decidieran o incluso que les obligaran a buscar a unos hampones que llevarían a cabo el trabajo sucio que mandaba el mando. Ellos, los hampones, lo hicieron con toda la suciedad. ¿Con toda o con alguna menos que los del otro lado, los de la enfermedad terminal del teonacionalismo? Será cosa de consultárselo a la cuñada.

Cuñada, ¿ves que sucio lo hacen los míos?

¡Pues anda que los míos bien poco tienen de limpios...¡

Mira que fue pena lo de los hombres de leyes. ¡Con lo apañado que había quedado el guión! Lo relato brevemente: al salir de la mazmorra, ni hablar de fugas. Harían vida casi normal. Entrevistas, desmentidos, toros, fiestas con los compañeros, bailes en capitania... Cuando les llamaran de la justicia irían puntualmente, con sus trajes de Christian Pavor impecables. ¿Veis como todo eran patrañas? ¿Veis como el honor de Alguien es irreprochable? ¿Lo veis o no lo veis?

Luego, como dentro de dos meses, cuando ni los periódicos ni los tele-diarios hablasen del asunto, que este pueblo es muy olvidadizo, se desarrollaría la segunda parte del proyecto-cloaca. Vayamos a Puebla de Sanabria. Allí un coche negro en negra noche entra en Portugal. Unan fonda en Braganza. Duchas y un café con leche para los héroes. Después, a perderse por la quinta que en Espinho tiene un viejo amigo que fue jefe de la policía salazarista en un distrito cercano.

Y a partir de ahí el escándalo peninsular, las primeras páginas, las moderadas protestas de la oposición reaccionaria, el griterío de las demás fuerzas políticas.

¿Cómo, que se han fugado? ¡No es posible!

¡Que sí, hombre, que sí, que te lo digo yo!

Tras la huida palmaria, las comparecencias en el parlamento: a soportar la tormenta con la pachorra de quien acude a la oficina. Mientras, en la zona teonacionalista, las masas se enfurecen. En París callan. Y los muchachos de la quinta de Espinho suben a un avión regular y cómplice de la línea Oporto-Rio de Janeiro. En Brasil se ponen en manos de uno de los mejores especialistas en cirugía plástica de Latinoamérica. Semanas después, se suben a un Mercedes Benz de matrícula paraguaya. Al día siguiente están en una pequeña ciudad de la república donde alguien les ha montado un negocio por cuenta de los fondos de reptiles. Restaurante el Desagüe. La vida de los fugados será feliz y unas lindas guaraníes serán sus solícitas esposas. Con ellas irán a remar a las aguas del Icaparaí. ¿Verdad que sí, alma, corazón y vida?

Durante esos meses en la vieja metrópoli, una gran alegría surca los corazones de los jefes difusos de los responsables intermedios que dieron las órdenes confusas a los huidos no confesos. Sí, el rasgamiento de vestiduras de la sociedad civil es mucho más digerible para Ellos, que tener a los presos en la cárcel esperando el proceso penal más sombrío para el poder de los últimos cincuenta años. Por lo menos lo de Casas Viejas, en tiempos de Azaña, fue a calzón quitado.

Pero los héroes de momento, continúan en chirona. Hay que hacer algo. Y no les quepa la menor duda: lo harán.

Jordi en el barranco

Julio 1989

Hace unos días vi por televisión a Jordi Pujol. Era una entrevista. El presidente de Cataluña hablaba desde un bellissimo rincón boscoso del Principado, pura estética de la Selva Negra. Pujol estaba en una terraza y abajo, al fondo terrible del barranco, veíanse praderas y cabañas, bosques y paz. Pocos lugares más oportunos que un despeñadero para que el hombre se encuentre a si mismo.

El presidente sobre el precipicio refería que durante las vacaciones acostumbra a ordenar sus ideas, a reflexionar sobre los hechos pasados y a definir los programas futuros. En esa meditación Jordi Pujol reconocía que a lo largo del curso político ya terminado, había cedido demasiado a las urgencias de todos los días —a veces tan insignificantes— en detrimento de lo que realmente importa y trasciende.

Hacemos lo urgente y nos olvidamos de lo importante, vino a decir el político nacionalista mientras una salmodia conventual inundaba de gozo y quietud el alto valle prepirenaico.

A mi me gustó lo que dijo Jordi. Creo que a Miquel Roca también. Por mi parte, apliqué luego la sabia tesis a mi vida diaria y laboral. Saqué fructíferas y sinceras conclusiones. Me di cuenta entonces de que a uno, en su pequeña escala personal, le sucedió lo mismo que a Pujol durante el pasado curso político. Que uno lleva varios años centrado en cometidos apremiantes y anodinos, administrativos y barulleros, robando su precioso tiempo a otros afanes más interesantes.

Gracias a Jordi, y no es broma, caí en la cuenta de que hay un trabajo cotidiano que me engulle y que no me deja salir al otro lado. Que no me deja saber que hay algo más que dejar la piel de uno en la oficina.

Y dicho lo que queda, ya iba a terminar el artículo en el breve párrafo anterior, pero justo cuando andaba a punto de cerrar el sobre, leí el periódico de la mañana del sábado. Daba cuenta de una incivil algarada que protagonizó en el estadio de Montjuic un grupo de jóvenes pujolistas de esos que confunden al Real Madrid con Felipe V. Al parecer, el dirigente juvenil de Convergencia

Oriol Martínez i Fernández era uno de los que más berreaba contra el palco. Y en el palco estaba el Rey. Y Pujol con él.

Arreció la bronca de los alevines convergentes. Acaso estaban obediendo con excesivo encomio la consigna. El Rey, entonces, viendo nervioso al pequeño Pujol, tal vez le dijo lo mismo que le dijera ocho años atrás, en la infausta noche del 23 de febrero:

Tranquilo, Jordi, tranquilo.

Y dicen que entonces la calma embargó al presidente aunque no alcanzó a sus cachorros batasunos, que continuaron aullando en el barranco curvo de la gradería.

Recordé entonces la filosofía del presidente catalán. Volví al inmenso barranco y a los montes selvinegros que rodeaban el monacal retiro de Pujol. Rememoré sus reflexiones acerca de lo urgente y de lo importante. Lo urgente –pensé en términos prácticos- será tal vez aplacar a los que insultan al Rey en nombre de la independencia y lo importante, cumplimentarle y disculpar a los que aúllan.

Claro que, bien mirado, también podría ser al revés: que lo urgente fuese disculparse ante quien es hijo del Conde de Barcelona y lo importante mantener álgido el nivel de victimismo, que es el alimento poético-político de todo nacionalismo que se precie.

En medio de la confusión y de la duda, decidí escuchar la televisión valenciana.

El mitin de la sangre

Mayo 1993

En 1976, durante los carnavales de Tolosa, escuché decir a un cura de la zona que no era bueno que las mujeres vascas se casar con los forasteros. Que aunque todos éramos hijos de Dios, había que rechazar la mezcla de la sangre abertzale con las demás. Hace unos días, Xabier Arzallus volvió a recurrir al tema de la sangre, y aunque cuarenta y ocho horas después matizó sus afirmaciones e incluso culpó a la prensa de diversas maledicencias, lo cierto es que mantuvo el argumento hematológico. En este caso, no como campana independentista, sino como mera referencia racial. Es decir, que si los vascos quieren independizarse de España, no es porque tengan una sangre diferente de España, no es porque tengan una sangre diferente del resto de los españoles, sino porque quieren tener su Lituania cantábrica. Lo de la sangre es una guinda. Las réplicas, claro, no se hicieron esperar. Y tal vez la más significativa de todas sea la de Herri Batasuna, tibiamente contraria a la argumentación de la sangre. La explicación es muy sencilla: así como en el PNV hay pocos militantes emigrados , y menos dirigentes, en la formación extrema abundan quienes, hijos de forasteros, se llaman tal que Koldo Peláez, Argurtxane Plasencia o Kepa Ferreiro. Unas gentes que, pese a haber defendido con patriótica tenacidad los asesinatos etarras, podrían ser excluidos de la soñada Albania euskalduna. Arrojados a las tinieblas burgalesas una vez se constatará que su sangre no era igual que la de los amigos de Xavier Arzallus.

Árbol caído

Noviembre 1993

Días atrás el viento sacudió la ciudad ay las acacias que plantaron hace tres años en la calle donde vivo parecían cabelleras de mujeres flacas danzando compulsivas. Salí entonces a la ventana y miré un buen rato el revuelo de las ramas. Su ir y venir a ningún sitio. Miré las horas desprendidas.

Luego di la espalda a los árboles y a la mañana y busqué un libro. Me puse a leer unos relatos de Augusto Monterroso. Por broma, cuando me topé con eses cuento suyo considerado el más breve del mundo, quise interrumpir ahí la lectura. Ese relato se llama El dinosaurio y su título es ajeno a la moda jurásica que nos invade. Había leído solamente este tramo de la frase/cuento: Cuando despertó... Ahí paré. Salí de nuevo a la ventana. El pequeño vendaval seguía batiendo sus armas de aire incesante y molesto.

Fue cuando vi un árbol tronchado por la mitad de su tallo joven. El tronco se había venido abajo y su empaque de hojas y ramas menores tapaba –casi sin rozarlo–. Un pequeño coche rojo. Salvada del desastre, una rama permanecía cimbreante y menesterosa. Pensé que tal vez podría salvarse, tener algún futuro en la avenida.

Estaba en estas cábalas dolientes cuando apareció un camión muy pulcro y municipal, amarillo y con todos su potentes indicadores en marcha,. Aparcó delante del árbol malherido y descendieron tres hombres, bien armados con sierras mecánicas. Estuvieron un rato mirando el destrozo del vendaval y acordaron talar por completo la acacia. La rama que resistía tuvo que ser condenada por imperativo de los hechos. Fue triste verla caer sobre la acera.

Los hombres cargaron en el camión la copa desprendida y la rama huérfana. En la acera quedó un muñón que parece un túmulo pequeño. Un amigo del barrio, un árbol pariente que ya había comenzado a dar sombra y paz en el largo y último verano de Valencia, había muerto.

Melancólico, volví al libro de Monterroso. El cuento más breve de la historia de la literatura española se había convertido en un extenso relato. Y eso que sólo me quedaba leer la segunda parte que lo integra: el dinosaurio todavía estaba allí.

El sureste, la magia seca

Febrero 1995

La magia en literatura y también en la común opinión, parece que es asunto del norte. De la lluvia, de los bosques, de la niebla, de los montes solitarios y frondosos. Allí viven las brujas, en sus cuevas, rodeadas de lobos y musgo. Visitadas en ocasiones por etnólogos y narradores. Las brujas son del norte. Navarras unas, como las célebres de Zugarramurdi; vascas las otras. Y ambas con gran predicamento entre la población rural, sobre todo la vieja. Brujas compatibles, en la devoción del pueblo, con la ortodoxia católica. También con el carlismo. Por su parte, los nacionalistas radicales creen en la aplicación de la magia a la política. Porque mágico ha de ser el proceso que ellos alientan y en virtud del cual está tan próxima la independencia del País Vasco. Otras brujas célebres son las gallegas, origen de un refrán que abruma. Brugas y hechizos que jalonan la mitología de un pueblo; también su espléndida literatura.

Pero no sólo la magia es húmeda. No sólo la magia es borrosa, barrosa, montañesa. No sólo la magia es fruto de las fuentes remotas, de las formidables robledas, de los desfiladeros de piedra y agua de Asturias o de Cantabria. La magia también puede ser seca y solar; magia de espejismo si se quiere. Magia del desierto, y ahí surge un trozo de la Comunidad Valenciana que la vive así. Magia aérea y candente. Magia de los paisajes polvorientos y agresivos del centro-sur alicantino, de sus comarcas más pedregosas. Una misma magia que continúa región de Murcia adelante y que culmina con los prodigios ásperos de Almería.

He pasado estas fechas por las tres provincias y he aprendido que la magia seca existe. Magia alucinatoria, colorido sangrante y bello. La magia seca puede ser un eslogan algo cínico, pero cabal para vender turísticamente las tierras interiores del Sureste.

Dobles

Marzo 1996

Vi a Luis Escobar en la esquina de Paz y Comedias. Luis Escobar el pasado viernes. Con una visera de ganadero y un gabán azul marino. Le miré como quien mira a un resucitado; a un monumento que vuela. ¿No había muerto hace años Luis Escobar, el gran actor, el director que era marqués de las Marismas? Se dio cuenta de mi mirada y tuve que marcharme. No le dejan resucitar a uno en paz, debió de mascullar. Unos metros después volví mi cabeza, como la mujer de Lot, y le vi perderse entre el dulce tráfigo de la plaza de los Patos.

Descarté que Luis Escobar tuviera un gemelo. De modo que aquel hombre era un doble suyo. Un doble perfecto. El pasado otoño me sucedió algo parecido. Un amigo de Hacienda, donde trabajé hace muchos años, me dijo que había muerto un antiguo compañero. Yo se lo dije a otro viejo colega, al que vi casualmente, y éste, como yo, también difundió la noticia.

Un mes más tarde encontré al muerto caminando por la Alameda, cerca de ese quiosco que tiene el curioso nombre de Gran Ciudad. Me crucé con él y me miró con gesto de fastidio al ver mi rostro espantado. Se ve que ya eran varios los que, cuando lo tropezaban por la calle, lo contemplaban como a un alma en pena. Todo el equívoco lo había formado mi primer comunicante, que confundió el nombre del fallecido. Y ahora pienso que quien sabe si esa historia le proporciona una vida más larga y venturosa al jubilado. Un estar alerta que nunca sobra.

Los idus de marzo

Marzo 1996

Cometió errores, yo creo que pocos, pero fue tratado con el rigor más desinteresado y cínico. Se le echó en cara que había gastado quince millones en producir Bodas de sangre (recaudó doce) y lo dijeron los mismos que callaron que el anterior equipo directivo de Teatros colocó setenta millones en una ópera veraniega que malamente recuperó por taquilla la décima parte. Fue apaleado en los medios por adecentar un minúsculo cuarto de aseo, y quienes le apalearon sabían -y nunca lo denunciaron- que la jerarquía precedente dedicó más de cuarenta millones en realizar un vídeo. Su contrato fue impugnado inquisitorialmente por quienes conocían que esa relación jurídica era la misma que la de otros colaboradores de la casa que también son profesionales de la enseñanza en activo. Sin embargo, sólo apuntaron contra él. ¿La diferencia? Que el anterior equipo rector cuidaba suntuosamente sus relaciones con el grupo de presión que ha derrocado a Conejero. Con el viejo sanedrín adocenado que quiere convertir la información cultural de esta ciudad en un estricto avatar de navajas. En una bellaquería trufada de limosnas.

Su yerro imperdonable fue hacer lo que creyó que debía hacer e ignorar, con estridencia, a sus enemigos. Olvidar que los enemigos lo aceptan casi todo -dinero, sonrisas, falacias-, a cambio de un pacto. Todo menos la luz de gas.

Conejero es la anécdota y un insidioso y triunfante colectivo local de mercaderes de la cultura, la categoría. Hay que reconocer que son hábiles y que siempre encuentran o fabrican un arredrado con el que apañarse. Además, juegan con una ventaja: que a la gente realmente interesada por la cultura, ni le va ni le viene la vesanía de esas plumas atormentadas. A quien le gusta el teatro, ése compra entradas y pasa de trastiendas y ejecuciones. A Conejero, a quien no veo desde hace tres meses, le deseo un feliz tiempo nuevo. Seguro que lo va a tener.

La política del olvido

Agosto 1996

Muy pocas horas después de que José María Aznar formara su primer gobierno ya se intuía la negativa del nuevo ejecutivo a desclasificar los documentos del GAL solicitados por la Justicia. La decisión, polémica y agostea, (como mandan los cánones) ya se barruntaba en el leve temblor de la dicción de Alvarez Cascos cuando le preguntaron por el asunto a primeros de marzo. También, seguramente, en un muy profundo y disimulado incomodo del ministro de defensa Eduardo Serra, un viejo colaborador de Felipe González.

Secretas componendas, comprensibles pero inaceptables presiones y tal vez el ominoso precedente argentino condimentan un acuerdo gubernamental que antepone la falsa ponderación a la verdad y el escapismo a la transparencia. El corolario de esta decisión -decir que hay que mirar al futuro y no al pasado- resulta particularmente contradictorio en quienes miraban día a día al pasado (y bien que hacían) cuando denunciaban el terrorismo de estado hace apenas cinco meses. ¿Cómo es posible que 1983 sea el presente en enero de 1996 y sea el pasado en agosto de 1996?

Supongo que el gobierno habrá valorado que como espera que mejore la situación económica de aquí a un par de años, los españoles se olvidarán de estas tenebrosidades y cuando el bolsillo aprecie el cambio, que ojalá sea así, a nadie le importará qué diablos fue el GAL porque, a fin de cuentas, también la Francia de Mitterrand bombardeó el buque ecologista de Green Peace y la Alemania de Willy Brandt hizo el milagro del suicidio colectivo de los miembros de la banda Baader-Meinhof. Curiosamente, dos gobiernos parientes del de Felipe González protagonizaron similares barbaries a la del GAL.

Pero la aplicación, por los populares, de la doctrina Menem al infame caso cae en el mismo error de apreciación en que incurrió Felipe González al creer que podía darle la vuelta a los sondeos del pasado otoño parapetado en su éxito en la presidencia semestral europea y en el repunte económico del último curso. Uno y otro presidentes parten del insensible convencimiento de que lo que a la gente le importa es que baje la gasolina y que lo malo del GAL, tal vez, fue que se ejecutó sin pericia.

Un diario madrileño que fue gubernamental hasta el mes de mayo ha aplaudido la decisión de no desclasificar los documentos del CESID, que es lo mismo que apoyar el vaciamiento de las actuaciones penales en marcha. Puede que ahí, en esa valoración espuria, se encuentre la pista buena para entender por qué se cierra en falso tan gravísimo asunto: para evitar el posible procesamiento de Felipe González. En todo caso lo que parece cierto es que en aras de una presunta prosperidad económica en marcha, que no moral, se ha dado un golpe bajo a la verdad y a la justicia cuando un gobierno democrático no puede temer nunca ni a la verdad ni a la justicia. Como todos los graves errores de perspectiva histórica, este escamoteo probatorio reaparecerá en el futuro igual que acaban apareciendo los cadáveres de tantas víctimas sepultadas de prisa y corriendo.

Saramago

Septiembre 1996

El escritor portugués José Saramago pasó por Gandía y pronunció una conferencia en la que ha recordado algo que nos gusta poco reconocer: que en Europa, desde hace tres o cuatro siglos, mandan franceses y anglosajones y que al resto nos tienen por pintoresca periferia condenada a fenecer en el gran caldo uniformador que zurce el eje París/Bonn-Berlín.

El novelista luso nos ha prevenido, una vez más, contra el grave peligro de perder o degradar nuestra cultura, lo único que nos puede salvar como individuos y como pueblo. José Saramago es uno de nuestros grandes pensadores. Sí, también de España, porque todo portugués atento y consciente fácilmente se siente español igual que a la recíproca. Evoquemos, en ese punto, a la figura de Miguel de Unamuno, que sigue siendo la cumbre del pensamiento español del presente siglo, y que fue reconocido iberista y lusófilo. Porque es muy difícil para un español descubrir Portugal y no admirarlo lealmente, no apreciarlo desde nuestra compartida condición ibérica.

Por encima de las volátiles diferencias políticas, permanece siempre la imaginación y la clarividencia de los hombres que nos ayudan a mantener nuestras señas de identidad. No las señas de identidad retorcidas y replegadas que asolan algunos territorios de España, sino las señas de identidad de los grandes y viejos países que han configurado buena parte del mundo actual. Cerca de seiscientos millones de seres humanos hablan en castellano o en portugués. La cifra es de vértigo y el espacio de comunicación y cultura que posibilita no debe ser preterido por la obsesión europeísta. Una cosa es el proyecto económico y jurídico de la Unión Europea y otra la cultura de los países peninsulares y su proyección en todo el mundo, particularmente en Iberoamérica.

Algunos vecinos de determinadas regiones de España, sin embargo, ya han renunciado a considerarse españoles. Mas cuando estas gentes y sus mentores políticos y metafísicos hayan desaparecido de la historia y del recuerdo, las palabras de Miguel de Unamuno o de José Saramago -y las de tantos otros iberistas olvidados, de una y otra parte de la frontera- seguirán vivas. Los hijos más valiosos de Iberia nos alientan en nuestra obligación moral de ser algo más que gentes concejiles, el término que acuñó otro gran vasco y

español llamado Julio Caro Baroja. Nos convocan a un proyecto de cultura y convivencia equidistante de la genuflexión californiana y de la adoración europeísta. Nos advierten que si perdemos la cultura española y la portuguesa, la gran cultura peninsular, estaremos derrotados del todo. Porque las señas de identidad regional no nos van a salvar en esa guerra de la comunicación, en ese compromiso ineludible.

Una estatalidad

Diciembre 1996

Tres eran tres las nacionalidades históricas: Euskadi, Cataluña y Galicia. Ahora hay dos más -Aragón y Canarias- con lo que ya son cinco los territorios que militan en esa misteriosa primera división autonómica. En segunda compiten las otras doce comunidades y tal vez en tercera los casos singulares de las plazas africanas de Ceuta y Melilla.

Imagino que pronto Valencia jugará la promoción de ascenso (somos tan históricos como Cataluña y Aragón, ¿o no?), y con Valencia puede que se incorporen al invento Baleares, por parecidas causas, y Asturias, que posee un dialecto muy digno y arcaico. Las otras comunidades lo tienen más difícil, pero no es descartable que Navarra -con su panteón real por argumento- y las dos Castillas -por muy medievales y bélicas razones- intenten el ascenso. Por motivos demográficos Andalucía también puede ser recibida públicamente de nacionalidad, y quien sabe si el dialecto panocho de Murcia y el castúo de Extremadura son el argumento definitivo para que una y otra región puedan mejorar de grado. ¿Quiénes faltan? Pues sólo las tres regiones de laboratorio: Cantabria, la Rioja (dos extrañas amputaciones de Castilla) y Madrid, claro.

Llegados a este punto las cosas, y en habiendo catorce nacionalidades y tres comunidades, lo más práctico será que también asciendan las tres descolgadas, por conveniente igualación técnica, y que todas alcancen ese privilegio metafísico llamado nacionalidad. Una vez que esto suceda, y ya se ve venir, Jordi Pujol, que está molestísimo porque Cataluña no es una instancia superior al resto de las tierras de España, tendrá que imaginar un nuevo estamento para huir del parangón cántabro, de la similitud riojana o de la incómoda equiparación murciana. Apunten éste nombre: la estatalidad. Cataluña será una estatalidad cuando todas las autonomías sean nacionalidades. ¿Y qué será una estatalidad? Pues un estado sin serlo, aunque casi a punto de serlo. En expectativa de destino.

El otro día murió Bokassa, aquel dictador con delirios de grandeza que cambió el nombre de su pobre y remoto país por la cómica epifanía de Imperio Centrafricano. Jordi Pujol todavía no se atreve a proponer la eclosión del Imperio Catalán, pero como le empujen los extremeños y los murcianos cualquier día patenta el invento, con carácter preventivo, en el Registro de Marcas de la Unión Europea, que por cierto, tiene su sede en Alicante.

La pegada

Diciembre 1996

En los últimos días arrecian las críticas desde todas partes contra el nuevo gobierno del estado. Ante el cúmulo de quejas, laceraciones, quebrantos y empellones, el señor Aznar ofrece el sosiego como norma, la serenidad como actitud y la condición fajadora como recurso histórico. Bien está la receta, desde luego, pero parece corta para oponerse a la marea de reclamaciones y tramas en curso.

En el viento frío de este otoño ya vuela la impresión de que habrá tormenta fuerte en primavera. Una borrasca desde el litoral de Cataluña que puede anegar en aguafuertes el proyecto popular, ese objetivo tan apurado de escaños.

Hay más contundencia en una frase falaz de González que en veinte tesis impecables de Mariano Rajoy. Hace más daño una sorna ladina de José Borrell en las Cortes que cien evidencias contables de Rodrigo Rato desde el estrado. Hay más premonición en una sonrisa cubana del César sevillano que en mil fotografías dialogantes del ministro Arenas. Aquí manda la pegada y el PP no la tiene por ahora. Mientras tanto, Eduardo Serra toma nota.

De poco valen las razones en el ring, las quejas, las herencias y las componendas. Entre las cuerdas se habla a puñetazos porque la política, por muy versallesca que se disfraze, siempre es un andar a mandobles. El que no sabe darlos, pierde, queda en nada. Con el libro de las razones entre las manos, con la victoria moral nimbando el ojo a la virulé, despellejado de páginas y tiempos, liquidado. Felipe González es un gran boxeador, quien lo duda. Y está fuerte otra vez. Se ve que le anima mucho saber el nombre del nuevo presidente de la sala segunda del Supremo, el último regalo que le hizo su profundo cómplice Jordi Pujol.

El que quiere comprar paz acaba comprando la derrota. Los ejemplos de que al PP le sobran los remilgos o que se esconde tras ellos, abruma. Baste citar la negativa a desclasificar los papeles del Cesid. Mientras esto pasa, el gran campeón de la ética de 1982 afila los dientes y sueña que reconquista la Moncloa seguido por un ejército de gatos blancos y de gatos negros, todos válidos para cazar ratones.

Mafia rusa

Enero 1997

Rusia no es un estado de derecho, sino un estado de mafia. Por eso los viajeros que recorren el gran país regresan alarmados de la corrupción, miseria y matonismo que impera en el inmenso territorio. Hablan de aduaneros que se quedan con las compras de los turistas, de revisores de tren que venden vodka de garrafa por los vagones desvencijados, de cambalaches y estampidas en plena calle y de policías a sueldo de granujas de todas las dimensiones y pelajes.

Los que no hemos ido a Rusia pero leemos los periódicos sabemos que allí no hay democracia real, que las elecciones bordean el concepto de farsa, que gozan de predicamento locos nazicomunistas -como Yirinovski- y que el único proyecto viable es el que encarna el equívoco y borrachín Boris Yeltsin. Un penoso mapa civil.

Rusia es hoy una jauría de muy variopintas prostituciones y no deja de ser curioso que los jefes principales de ese despiezamiento de hombres, empresas, ciudades e ilusiones esté protagonizado por los antiguos miembros de la siniestra policía soviética: justo la que tenía la misión de velar por el mantenimiento de los valores ensalzados por el sistema liquidado: el heroísmo, la honradez, el internacionalismo proletario, etc.

Algunos de estos negociantes arramblan con sus opacas fortunas y ponen casa y perro bravío por el Mediterráneo, cobijados entre otros emigrantes rusos que vienen a ganarse el pan con honradez lejos del frío y los recuerdos dolorosos. Éstos últimos, que son la gran mayoría, trabajan duro, se integran bien, y se ganan a pulso el respeto ajeno y la prosperidad que van alcanzando con mucho sacrificio. Los otros andan por ahí como muñecos oscuros, abotargados de joyas y champanes, revueltos de coches largos y armas cortas.

Probablemente los industriales y honrados eslavos que luchan y viven entre nosotros debieron de gozar de pocos privilegios en sus largos años al otro lado del telón de acero. Los otros, los que se beneficiaron de la gran almoneda estatal de los últimos tiempos, pertenecían a los escalones intermedios y altos de la policía política, del partido justiciero, del aparato propagandístico. Vivían mejor que la gran mayoría de los rusos entonces, y ahora también. Las mafias tienen cualquier cosa menos ideología.

Milosevic

Enero 1997

Es el principal responsable de cientos de miles de yugoslavos muertos en los últimos tiempos. Fue el jefe espiritual de los asesinos Karadjic y Mladić, las fuerzas apocalípticas que urdieron y ejecutaron la limpieza de sangre en las tierras bosnias de mayoría étnica serbia. En sus espaldas recae la destrucción de Vukovar, la aniquilación de decenas de aldeas y ciudades bosnias, el bombardeo criminal de Dubrovnik, las matanzas de albaneses en la provincia serbia de Kossovo.

Este hombre se llama Milosevic. Le apoyaron siempre los rusos y también los franceses porque los franceses apoyan siempre a los “progresistas”, qué risa. El progresismo de Milosevic debe radicar en su novedoso programa de exterminio de los musulmanes. En la violación sistemática de los derechos humanos y en el incumplimiento de la Convención de Ginebra. Y todo sin mover un dedo.

Milosevic enardeció a las masas serbias hace seis años. Aquellas manifestaciones crepusculares y terroríficas, rebozadas en sangre futura, soliviantaron a los militares serbobosnios y les dieron el aliento necesario -y los tanques precisos- para poner en marcha el incendio fratricida. Sin el mensaje panserbio y enajenado de Milosevic, no habría habido guerra en Bosnia. Cuando la muerte que él llamó campaba por los Balkanes se atrevió a decir que los serbios, y él a la cabeza, eran los defensores de la civilización occidental sobre las ruinas de Sarajevo.

Durante años, demasiados años, el pueblo inconsciente, enardecido y manipulado, le apoyó. Le votó en unas elecciones presidenciales cuando a tiempo se estaba todavía de evitar la peor parte de la masacre. El pueblo, a veces se equivoca, hay que reconocerlo. Con Milosevic erró totalmente y su error fue el estallido violento y estéril a la par de la vieja Yugoslavia: aquellas bombas que reventaban en los mercados, aquellos niños aplastados en los camiones que huían de Gorazde, aquellos miles de hombres asesinados como alimañas cuando escapaban del infierno de Srebrenica, aquellas decenas de miles de mujeres musulmanas violadas.

Ahora a Milosevic lo contestan por las calles los mismos que lo apoyaron antes del holocausto. La reacción llega demasiado tarde, tal vez empujada por la penuria económica que sobrevino a la guerra como único castigo internacional. Nadie devolverá sus muertos a Bosnia, nadie restañará el dolor de una república abrasada. Pero el fin de Milosevic, urgentísima tarea, está al caer.

Pisos

Enero 1997

Andan los jueces citando a Vera, a Colorado y a Corcuera. Les preguntan por los pisos que tienen, bastantes pisos que compraron con ahorros de los ochenta, mira que bien administraron el sueldo del Estado.

Circulan por los estrados las escrituras de las propiedades de verano de Vera, esos apartamentos en Miami, ciudad barata. Y también el chalet de Colorado, que compró en el 83, menos de un año después de llegar al cargo, que eso sí que es hacer economías. Pasan los documentos notariales de las mansiones de San Cristóbal, pasan las viviendas de Corcuera o Corcuense, pasan por los tribunales las cisternas de oro y los desagües de diamante.

Al fondo del todo, por los canelones de la trasera, los fluidos residuales de un régimen conducen la basura vieja sobre las alcantarillas del GAL. Mientras se depuran aguas y responsabilidades, Nicolás Redondo Terreros, el ambicioso líder vizcaíno, ese que tan bien discrepa de su padre, tiene que disertar sobre unas propiedades suyas situadas en la hermosa costa cántabra.

Qué pasión por los pisos la de los jefes antiguos del ministerio del Interior, la de sus lacayos escondidos y la de otras gentes de progreso. Qué pasión patrimonial, tan propia de los ricos de siempre, de los nuevos ricos de todos los tiempos. El partido de los trabajadores (pronúnciese con acento sevillano), el partido de la justicia y de la firmeza, el partido de la ética, de la honradez, de la sobriedad, de la cultura y la democracia; el partido de la solidaridad internacional, de las libertades públicas, de la fraternidad nicaragüense, de la independencia de la justicia, de la nueva y vieja trova habanera; el partido de los compañeros polisarios, de la bodeguilla que era una liturgia popular, de la vida nueva; el partido de la televisión plural, de la reforma de la función pública, del juego limpio, de los presos chilenos, de los curas obreros, de las mujeres redimidas, de los niños no competitivos, de los juguetes unisex, de la empresa pública y de los cantautores a sueldo resulta que se está convirtiendo, para los restos de la historia, en el partido de los pisos, el partido de los constructores y también al revés: el partido de los destructores de la moral ciudadana, el partido de la creciente desconfianza en los dirigentes políticos, el partido del todo vale, el partido del cemento. En la cara y en el piso.

Y a todo ésto González continúa de líder más valorado en las encuestas. A Perón también lo querían mucho. Y al padrecito Stalin lo lloraron hasta las monjas de Crimea. Felipe, queremos un piso tuyo.

La ertzaintza

Febrero 1997

Los nazis atacaron la librería Lagun, de San Sebastián. Lo hicieron de noche. Derribaron las puertas, estallaron los cristales, quemaron libros y atacaron con barras de hierro a los pocos transeúntes que se atrevieron a impedir el aquelarre. La librería Lagun, uno de los símbolos del antifranquismo en Euskadi, fue arrasada e incendiada por quienes hace ya tiempo que ganaron, sobradamente, la partida de la calle; la partida del terror.

Un ataque de este tipo suele ser rápido. Pero también es cierto que mientras se inicia la algarada, se rompen los primeros vidrios, se pone en marcha el rociado de gasolina y se golpean las espaldas de los paseantes transcurren unos minutos, pocos. En una ciudad como San Sebastián, que tiene la población de Elche, y en la que las distancias son bastante pequeñas, la policía puede tardar a lo sumo diez minutos en aparecer. La noche de los libros incendiados tardó cinco horas.

No hace falta ser muy sutil para entrever que en esa demora hay gato encerrado. Un gato calculador, uniformado y político, que mira para otro lado cuando las ratas campan a sus anchas, dispuestas a comerse todo el festín de la libertad. Un gato viejo, también, porque las denuncias de la pasividad de la Ertzaintza no son nuevas. Socialistas y populares han recordado que en el zoo de la política policial no existe ave más extraña que la espontaneidad.

La Ertzaintza, desde sus inicios, obedece a un reparto de poder, a un bochornoso sistema de cuotas. Al igual que los socialistas vascos trasvasaron levass enteras de militantes a la nómina pública del sistema sanitario euskaldún filtrándoles previamente los exámenes, los peneuvistas exigieron como coto privado de caza a la policía autónoma. Desde los tiempos del consejero del interior Retolaza -aquel venerable fullero que espizó a Garaicoechea- el PNV controla férreamente la institución armada. Vigila las incorporaciones, pide informes de los desconocidos y procura que los batzokis controlen las mesnadas. Hasta ahí, todo bien lamentable desde luego, aunque coherente con la política de ocupación y reparto de instituciones. El problema viene después, cuando también chocan en la cúpula de la Ertzaintza las dos sensibilidades del PNV :la que está contra HB y su entorno y la que, oponiéndose,

“les comprende” en cierto sentido. Las unidades que mandan los que tienen a HB por hermanos descarriados, pero hermanos en el fondo, son las que más tardan en acudir a apagar los fuegos que sus primos “equivocados” encienden.

El partido

Febrero 1997

La llegada del nuevo AÑO tiene sus consecuencias psicológicas para los políticos valencianos. La más importante, tal vez, sea la sensación de que nos encontramos a mitad de legislatura y de que ya sólo faltan dos años para las nuevas elecciones autonómicas y municipales. Bajo la presión del bienio que viene, bienio largo, se posiciona el poder y se posiciona su alternativa.

1995 fue de triunfo e improvisación para el PP, y de consternación y parálisis para los socialistas. 1996 fue de sosiego, labor y un cierto continuismo para los populares, y de limbo general para el PSOE. 1997, ya casi contra reloj, suena a impulsos y novedades para el partido en el gobierno y de algunas albricias remotas, acunadas en encuestas, para la oposición, que ya quiere desperezarse. Está comenzando la segunda parte del encuentro: la de los goles decisivos y los fallos imperdonables.

Durante 1995 y la primera mitad de 1996 el PP estuvo muy aguado y educado, paciente y sonriente. Muy cauteloso. No era cosa de revolver las aguas de la gran quietud lermista, aquel océano de espionaje, mando y peronismo. Dos motivos justificaban, tal vez, el presunto repliegue. De una parte, el deseo, europeizante y normalizador, de que no se notara demasiado que había otro partido al frente de la Administración autonómica. De otra parte, la espera a que las elecciones generales anticipadas marcaran el nuevo rumbo a seguir. La estrechez de la victoria popular el tres de marzo acabaría lastrando el despegue. Entre tanto vino el verano, y tras el verano, de nuevo la quietud, el camino rumoroso. Los pactos de Aznar con Pujol, la prudencia en los cambios mínimos, las dificultades presupuestarias, la sobriedad ejemplarificadora y otros muy sesudos argumentos, de estado tal vez, abonaron la senda pacífica, el día a día sin duelos ni quebrantos.

Ahora vienen tiempos distintos. Inevitablemente. Aunque no los desearan muchos de los nuevos dirigentes porque son tiempos que emplazan. Que piden cosas para llenarlos. El calendario de Madrid y el de la Comunidad Valenciana comienzan a tener pulsos diferentes.

El ejecutivo autonómico tiene que espabilar si pretende romper el empate a cero. Juega en casa y está obligado a arriesgar. Además, existe un aliciente

nuevo en la victoria: su logro supondría la defenestración del entrenador del once adversario, la liquidación del viejo equipo que todavía aspira a ganar la copa del 1999. Un conjunto veterano, avezado en marrullerías. A partir de ahora, cada minuto del partido será de gran final. Zaplana frente al catenaccio felipista. Lerma ya comienza a dar los primeros gritos desde el banquillo. El electorado abarrota el graderío.

UV

Febrero 1997

Lizondismo sin Lizondo. Aproximación, sin votantes, a UPV. Misterioso coqueteo con el PSOE. Desinterés sobrevenido por la presidencia de las Cortes a cambio de desgajar consellerías y así poder duplicar cargos y acomodos. Poder valenciano y nervios universales. Una leve confusión parece recorrer la UV.

Se diría que no saben bien lo que quieren. O, tal vez, que lo saben muy bien pero que no se atreven a plantearlo. Parece, eso sí, que el objetivo es sacar más beneficios (eso de los beneficios lo dice mucho Pujol, para quien la política es un asunto de beneficios). Sacar beneficios luego del maleficio de la triste muerte de González Lizondo. Beneficios legítimos, sin duda. Beneficios, se supone, que tienen como destinatario al pueblo valenciano que vota, paga, espera y mira.

Complicados se antojan los tiempos futuros para la UV. Tras la defenestración y muerte de González Lizondo un cierto frío recorre las bancadas de los militantes, los textos de la doctrina, las expectativas electorales. Un cierto sentimiento de haber ido demasiado lejos se cruza con la ambición de algunos y con las dudas de muchos. De momento, personas válidas, buenos gestores cuando les tocó demostrarlo, huyen del partido, no quieren seguir en la senda de Héctor Villalba. Unidos a los centenares de seguidores expulsados, dibujan un panorama de desazón en el que tampoco faltan quienes estarían dispuestos a pasarse al PP a poco que les garantizaran una mínima presencia en el futuro de la política autonómica.

UV se la juega en los próximos dos años y lo sabe. Se la juega como proyecto, una amenaza que no afecta al PSOE ni al PP, que seguirán siendo referentes seguros para el electorado. Una UV sin Lizondo es un envite muy dificultoso. Por eso sus seguidores y luego apartadores intentan amueblar la UV con otras cosas para mantener votos y posibilidades. La UV era Lizondo y ahora está vacante. El problema es con qué amueblar el partido. Si los actuales dirigentes aciertan en el empeño, podrán, incluso, captar más votos de los que agrupó Lizondo, tener otras posibilidades. Pero si no aciertan, tendrán muchas menos. Lo que ya no será posible es el continuismo que garantizaba el fallecido presidente de las Cortes.

UV siente el vértigo de los partidos personalistas cuando ha desaparecido el fundador. Sus dudas y pretensiones son el rostro de ese vértigo.

El país navarro

Febrero 1997

El PNV es un partido muy teatral y litúrgico. Organiza con gran sabiduría sus puestas de escena, cuida mucho el papel de cada uno de sus actores principales y recorre sin fisuras ni sorpresas el previsible calendario de su temporada política. Varias festividades lo adornan, siempre las mismas, siempre santificadas con puntualidad y dominio de la situación.

Una de las fiestas de este santoral nacionalista es la invocación al diálogo con ETA. Dos veces al año, una en el invierno brumoso del norte y otra en el agosto adocenado de toda España, se pone sobre la mesa el asunto. Con ello se aviva el disgusto en el resto de los partidos firmantes del Pacto de Ajuria Enea, se coloca en el precipicio de la definición a Carlos Garaicoechea, se rasgan algunas vestiduras ciudadanas, se suscitan sonrisas envalentonadas en HB y luego vuelve la lluvia y es como si se diluyera todo, aunque nada se diluya. Un sermón conciliador de Arzallus parece poner las cosas en su sitio. Después vendrá la primavera, decorada con las esculturas de ruina de los jarrai, puro arte cruel de la calle: esos autobuses calcinados, esos hombres apedreados, esas mujeres que corren por las aceras mientras el penacho de la humareda de la patria lo cierra todo.

Otra de las celebraciones habituales es la novena de Navarra, ceremonia de la confusión en la que el PNV reivindica la condición vasca del viejísimo reino subpirenaico. Amparándose en que en el norte de Navarra se habla euskera, los caudillos peneuvistas y sus coadjutores pamplonicos reclaman la adhesión de los navarros porque sí. Es como si los catalanes hicieran lo propio con la llamada franja de Aragón, que también habla el idioma catalán normalizado. Por cierto, que ese catalán normalizado no se hablaba en las tierras oscenses de Fraga, sino el fragatino, un dialecto de dicho idioma que desaparecerá para mayor gloria de la normalización que buscan Pujol y sus Peresteves.

El PNV es menos sutil que Convergencia i Unió, y le gustaría normalizar Navarra zampándosela puramente. Una vez Navarra normalizada, la arcaica y territorial quimera de Sabino Arana tendría una extensión de 18.000 kilómetros cuadrados, un tamaño desde el que se puede soñar con la independencia. El único fallo del juego es que el futuro de Navarra depende de los navarros.

Sectas

Marzo 1997

La gente, a veces, se siente mal y está en su derecho. Mira a su alrededor o se mira a sí mismo, y lo que ve no le gusta. Acaban poniéndose tristes. Unos porque están solos, otros porque no tienen el dinero suficiente para hacer lo que quieren, otros más porque se ven poco agraciados, otros porque les dejó la novia o el novio, otros porque se quedaron viudos de repente, otros porque no tienen con quien hablar mucho, tardes enteras de cháchara y café.

Entonces la gente que no está a gusto y que tampoco ve la manera de salir adelante por sí misma o a través del regalo divino de la amistad, -regalo que nunca es improvisado-, tira por la calle del medio y se mete en una secta. Se pone a las órdenes de algún gurú de esos de tres al cuarto que tienen consulta abierta en la ciudad, y ahí está comenzando la tragedia, a veces tragicomedia, que viven los que optan por salvarse recurriendo a las opacidades y abusos que laten en esos mundos tan cerrados como estúpidos, tan interesados como fraudulentos: las sectas. Esas sectas que nunca se llaman sectas. Que tienen otros nombres y que enarbolan otros objetivos. Pero que por detrás de su parafernalia sanadora y difusamente altruista, no pueden ocultar el telón de fondo fúnebre del delito y la trampa.

Hay sectas para todo. O, mejor, comportamientos sectarios para todo. Desde las sectas seudorreligiosas y financieras que venimos importando de los Estados Unidos en los últimos tiempos hasta las parasectas de quienes organizan ventas piramidales o de quienes se agrupan para adelgazar juntos, que cualquier motivo es bueno con tal de creer que alguien nos aprecia, que tenemos amigos comprados a tanto al mes.

El invento tiene su atractivo. Los que se dejan captar encuentran un extraño calor enseguida, un afecto de pega y hasta un trato visionario que acaba seduciendo a los más pobres de espíritu. Mientras tanto, en la trastienda del burdo santuario, el gurú de turno hace cuentas y se frota las manos.

Otras veces, sin embargo, el gurú no sólo busca dinero, sino también el poder puro y duro. El sometimiento logrado con técnicas siniestras y oscurantistas. En este caso el infeliz que se deja llevar por sus hechiceros acaba convertido en un guñapo, en una especie de cliente de negocio sadomasoquista sin saberlo.

Bandas de sectarios andan estos días por las puertas de los colegios y de los institutos de bachillerato de Valencia ofreciendo su catálogo de necesidades y manipulaciones. El asunto es de extrema gravedad y son necesarios policías, cada vez más, para que erradiquen a esos majaderos con tarifa de los accesos de las aulas.

Josep Plá

Marzo 1997

Una misión del escritor es hacer de su comarca el universo. Pocos lo logran. Unos, los más, porque no lo intentan. Prefieren escribir manidos textos cosmopolitas, rebozados de aeropuertos y de mitos cinematográficos. Otros recurren al caudal histórico. En ese caso el procedimiento tiene la ventaja de que el escenario, los personajes y las pasiones están servidas y ya es cosa de cocinarlas como mejor se pueda.

Entre los escritores que intentan hacer de su comarca el observatorio del universo, unos lo consiguen y otros no. Los que fracasan, muchas veces es por pretender incorporar al espacio narrativo elegido cosas que en él nunca estuvieron.

Por último están los escritores que consiguen convertir su pequeño territorio biográfico, casi siempre unido al tiempo de su infancia, en una parábola del mundo. Unos lo alcanzan con la ayuda celestial de la imaginación. Este el caso de Gabriel García Márquez y su Macondo inagotable, o el de la aldea mexicana de Comala que inventó para sus libros Juan Rulfo.

Otros escritores que logran que el mundo se llame como su ciudad natal, como su valle nutricio, recurren más a la observación que a la imaginación. De este camino literario, Josep Plá es un paradigma. Josep Plá hizo del Ampurdán Petit, el que tiene su eje en las poblaciones gerundenses de La Bisbal, Palamós y Palafrugell, el centro del mundo. Quienes hemos tenido la fortuna de leer a Plá sin prisas, queremos vivir en ese territorio. Queremos a Plá. Le estamos infinitamente agradecidos y poco nos importan sus miserias. Nos acordamos de él cada vez que vamos al Ampurdán Petit. Y casi vamos allí, sobre todo, por estar donde Josep Plá estuvo, por volver a ver los paisajes que describió en su Diario Gris, quizá el libro más portentoso de la narrativa peninsular del siglo XX.

Josep Plá tocó el cielo de la literatura sin mover sus pies de ese pequeño territorio en el que nació y en el que vivió sus últimos cincuenta años. Plá es el escritor catalán más importante desde el Renacimiento, el mejor paisajista español de todos los tiempos. Sin embargo, fue ninguneado cicateramente por los nacionalistas de su país. Hasta le negaron en vida el Premio de las

Letras Catalanas. A él debía importarle poco ese olvido, seguramente, pero es justo recordar la infamia con la que fue tratado por los popes del hecho diferencial catalán. Ahora se arrepienten, quien sabe. En cualquier caso, ellos son la anécdota porque la categoría es del sabio Plá, el mejor dibujante del Mediterráneo. Del hombre y de la mujer que se asoman a sus orillas. Plá es el ejemplo de que el único nacionalismo trascendente, es el de la cultura. El de la mirada. El otro nacionalismo, el de la burocracia y el fasto, el de la xenofobia y el sectarismo, es poco más que un negocio tribal.

Roig

Marzo 1997

Hay cosas que un presidente de un club de fútbol no puede hacer. La primera de ellas, despreciar la historia de ese club. Francisco Roig lo hizo el otro día, negándose a que los jugadores del Valencia saltaran al campo de Mestalla con brazaletes negros en memoria de Sócrates Belenguer, un viejo defensa de la tierra (los mejores defensas siempre son de la tierra), campeón de Copa en 1954; un hombre humilde de la comarca de Liria que había sido albañil antes que futbolista.

Recuerdo que cuando era niño mi mayor tesoro lo constituía mi colección de cromos de futbolistas y uno de los nombres que se me quedó de aquel álbum cuajado de Kubalas y Di Stefanos fue el de Sócrates, un nombre raro. Poco tiempo después, cuando supe en clase que Sócrates había sido un filósofo griego, me dije: mira qué casualidad; éste filósofo se llama como un defensa del Valencia.

A Francisco Roig poco le importa Sócrates. Deben importarle más, probablemente, los casi cincuenta millones que cobra del club por su trabajo. Unidos a los tal vez veinticinco que debe percibir su cuñado Jesús Martínez, ese viajero impenitente y confuso, la familia percibe un grandísimo estipendio de la sociedad. Demasiado dinero, entiendo, para quien tanta prisa y tan extrañas artes empleó en defenestrar a Arturo Tuzón, que trabajaba gratis y bien contento. Porque sabía que ser presidente del Valencia es cosa grande y la gente que está en esa poltrona, con serlo ya tiene bastante, y gratis total, como es debido.

Por otra parte, y según se dice, tampoco este Roig de corazón de hielo debe andar de pobre en su vida extradeportiva. Se cuenta que tiene arrendados inmuebles enteros a la administración de Justicia, y eso debe dar un pico con el que uno puede pagar el pan y la limusina. Y hasta el pase de tribuna, puestos a querer al Valencia que tanto quiere. O que dice que quiere.

Roig entró de mala manera en el cargo, y ese es el preludio de su próxima y mala salida. Jaleado por periodistas de la progresía -qué sarcasmo-, aventado desde las bancadas por hinchas inconscientes y desmemoriados, ahora se come la temporada con sus derrotas y millones, persiguiendo la sombra de Luis Aragonés, declarado culpable por correspondencia.

Hay algo de corte florentina en esta directiva fracasada. Hay demasiada ambición, mucha velocidad y poca cordura. Parece que agotaron su plazo, pero no por ello van a dejar de encastillarse. Roig está dispuesto a derribar las columnas de Mestalla con todos sus filisteos antes de abandonar el cargo.

Médicos con fronteras

Mayo 1997

Uno de los litigios más difíciles que tiene Aznar con su tuteado y tutelante socio Jordi Pujol es el ingreso de los sesenta mil millones que faltan en la caja de Cataluña para financiar la sanidad. Sesenta mil millones que cada día recuerda Joaquín Molins en el Congreso como si fueran una deuda histórica, un pago aplazado o una multa colosal, cuando no son ni una cosa ni las otras, sino uno de los precios en pesetas del apoyo convergente al gobierno de Madrid. Sesenta mil millones que la Hacienda Pública no debe a Cataluña, pero que tiene que pagar para que los diputados pujolistas continúen votando al unísono con las huestes populares.

Esa es la democracia, sin duda. Votos por monedas, apoyos por obras públicas. La política es el arte de lo posible, ya lo dijo hace más de cien años Cánovas, y la política posible para el señor Aznar pasa por dejar en Barcelona un óbolo de sesenta mil millones de pesetas el año próximo y otros muchos óbolos que andan por ahí, volando raudos hacia las líneas del presupuesto de 1998, cuyo primer borrador debe estar cerrándose en estas fechas.

¿Tan mal está la sanidad pública de Cataluña como para precisar tan seria inyección de millones? Todo lo contrario, me dicen los que allí viven y se benefician de lo bien que funcionan los hospitales en el Principat. El dinero no es para atender a comarcas olvidadas, para pagar a médicos mal remunerados o para eliminar las operaciones de campaña. El dinero es para mantener el altísimo -y carísimo- nivel de la gestión sanitaria en Cataluña y para mejorarlo incluso, que es muy loable intento, sin duda, y una buena cancha de votos para las futuras, quien sabe si inminentes elecciones regionales.

Los defensores de la actitud de Pujol y los suyos, aparte de recordar, machaconamente, que el pacto tiene un precio, cosa de la que nadie duda, dicen también que en el cómputo general del trasvase de dinero público entre el Estado Central y Cataluña existe un superávit a favor de Madrid de cerca de un billón de pesetas y que lo que se pide ahora no deja de ser una pequeña parte de la rapiña centralista.

El pudiera parecer inatacable, pero si se aplicara de un modo automático en todas las comunidades de España daría lugar a una espiral de desigualdades

que colocaría, en apenas unos años, a la sanidad extremeña en el nivel de la peruana y a la vastísima red de carreteras de Castilla y León en los umbrales de la situación viaria albanesa. La máxima solidaria que establece de cada uno según su capacidad a cada uno según sus necesidades también, y sobre todo, es predicable de las distintas tierras que configuran España. Si ese principio quiebra, la unidad nacional desaparecería como azucarillo en la boca de Maciá Alavedra, el orondo conseller de finanzas de Pujol.

El hecho diferencial

Junio 1997

El hecho diferencial, como concepto y como praxis es un agujero negro del intelecto. Una caverna de la posmodernidad. Una vía de agua en la cordura y una reminiscencia de la tribu: de una remota tribu que siempre fue confusa y poco diferenciada de las tribus vecinas.

El hecho diferencial es un frenesí de cenobio. El fruto del tedio de los monjes más tibiamente cristianos, porque eran los menos universales de la cofradía. El hecho diferencial es una gratuita fuente de desencuentros entre viejos vecinos, entre familias, barrios y sentires. Y no sirve de nada.

El hecho diferencial, su insistencia de lupa enferma, descalifica a los políticos que hacen de esta broma cruel el ideario de su partido y despeña la credibilidad de los intelectuales que se prestan a legitimar este discurso como nueva palanca del sectarismo.

El hecho diferencial es mentira porque no existen diferencias palpables entre españoles. Porque los distintos idiomas de España no son pomposos hechos diferenciales: son idiomas distintos nada más, y no necesitan, para seguir su camino en la historia y la cultura, de ninguna metafísica de tendero de ultramarinos descontento con su suerte de vinos modestos y quesos semicurados. Porque nada necesitan los idiomas hispanos de la bulla intolerante y resabiada de quienes buscan galardones e imperios -ridículos- allende la filología. Los idiomas lo que quieren es que los dejen en paz. Y que los usen. Que los hablen mucho porque las palabras son las que terminarán poniendo la paz entre las gentes.

El hecho diferencial es un negocio, una afrenta y un bochorno. Un disparate de conjurados que ha tenido una suerte inconcebible en el mercado de las míseras ideas del fin de siglo en una España de Padania y pandereta.

El hecho diferencial es el nombre presuntuoso que revisten actitudes tales como el desprecio al inmigrado, el latrocinio -legal- de los parientes de los altos cargos nacionalistas, el ninguneo deliberado -e inútil, y, en todo caso, nimio- del idioma común de los españoles y de otros cuatrocientos millones de hispanos. El hecho diferencial, dibujo de moda en el nutrido álbum de la falacia con amo, no es un peldaño hacia la liberación sino unbarco bobo rumbo a una isla estéril.

El nacionalismo

Junio 1997

El nacionalismo casi siempre es una enfermedad del sentimiento. El móvil de la discordia muchas más veces que el acicate para la convivencia. Allí donde florece el nacionalismo, la gente se divide, se enfrenta, se encenaga en lágrimas de cocodrilo territorial y particularista. El nacionalismo es el miedo al otro, el miedo al forastero, el miedo a las demás tierras y a las otras creencias e increencias. El nacionalismo está muy cerca de la violencia ideológica, y de esa violencia brota a veces, como fruto acorde, la brutalidad física, el denuesto, el atentado y hasta la sinrazón colectiva.

El nacionalismo sirve para poco más que para calentar los cerebros, los corazones fáciles y las pistolas de cañones recortados. También para alegrar algunos bolsillos. El nacionalismo es una deformación agobiante y concienzuda, escolar, deportiva y sacristanesca de la historia de un pueblo y, a la vez, de todos los pueblos.

El nacionalismo es la vertiente temerosa y ceñuda de la nostalgia que sentimos de cuando éramos pequeños y nuestros padres eran jóvenes, y todo era feliz, y había cañaverales cerca de casa, y los novios iban de la mano por la calle mayor, y los abuelos nos compraban chicles a la salida de misa de doce.

El nacionalismo es un tajo de insania hueca que parte en dos los cerebros de los hombres inteligentes, de las mujeres sabias, de los adolescentes sensibles, de los ancianos aburridos. Para los caballeros maduros el nacionalismo es un pensamiento crepuscular, y para sus esposas dignas y dispuestas, el nacionalismo es lo mismo pero también la locura casi senil del marido quejoso con su vida de no demasiadas satisfacciones, aunque los éxitos mercantiles o universitarios estén por ahí, prendidos en los diplomas, en la posición social y en el teatro de los días.

El nacionalismo es pecado, cabría decir, como decían los curas carcas de hace cien años hablando del liberalismo. Se equivocaban los pastores. El pecado estaba en otra parte. El liberalismo no es sectario y el nacionalismo sí; el liberalismo no es territorial y el nacionalismo sí; el liberalismo abomina de los tentáculos estatales y el nacionalismo aspira a acrecentarlos y a teñirlos totalmente de sus labores asfixiantes. Al lado del pérfido nacionalismo, el

liberalismo casi es el adalid de la santidad civil. De una santidad incompleta, claro está, porque llevado a su extremo también puede ser pecado.

El nacionalismo, sin embargo siempre es pecado, desde el más moderado de todos, aunque entonces sea pecado venial. El nacionalismo es un disfraz de la división, de la intolerancia y del regreso a ninguna parte.

Candidato Maragall

Agosto 1997

Pascual Maragall es el único catalán que puede desalojar del palacio de Sant Jaume a Jordi Pujol. La noticia de su probable candidatura a las próximas elecciones autonómicas es un hecho de gran calado y seguro que ya estará provocando más de un escalofrío en la sociedad de mercaderes moderadamente mesiánicos que configuran el presidente del Principat y su adjunto, el ilustre aragonés Durán i Lleida.

Sólo Maragall puede poner término a la eternización en el poder de este dúo de independentistas civilizados que planean segundo a segundo la eclosión de una república catalana libre, esencialista, seccionada de España, veleidosa de un quimérico imperio valenciano-balear, hija del ombligo de Prat de la Riba y de los libros de historia para niños y niñas escritos desde la minuciosa falsificación del pasado peninsular.

Pascual Maragall es catalán viejo en su sangre, no en vano descende del poeta Joan Maragall, aquel hombre pequeño que vivía retirado y lúcido en el entonces pueblecito de Sant Gervasi de Cassoles. Aquel poeta nacional que escribió una Oda a Espanya. Joan Maragall es un símbolo de Cataluña y Pascual Maragall ya es un símbolo de Barcelona. Con él la ciudad ha experimentado una gran transformación que se revela particularmente ambiciosa en la recuperación de su fachada marítima. Barcelona es un puerto de tolerancia, de civismo, de trabajo, de creatividad y convivencia. Barcelona, según algunos, se ha provincianizado a lo largo de estos dieciocho años de autonomía, pero no se ven datos que lo confirmen sino todo lo contrario. Baste recordar que el cachazudo y alicorto nacionalismo de Jordi Pujol no ha logrado nunca derribar el bastión de Barcelona, gravísima falla en un partido que aspira a hegemonizar el poder catalán. Las cinco elecciones municipales de la democracia se han saldado con cinco derrotas sin paliativos. Barcelona resiste porque Barcelona no es, ni será nunca, un remedo urbano de la Cataluña profunda de sus obispos de montaña, o la quimera residual que aparentan suscribir el señor Colom o la señora Rahola.

Maragall, si gana, será más catalán que Pujol. Catalán porque nadie puede discutirle esa condición y catalán porque no hará menos que Pujol por la

sociedad y la cultura de su comunidad. Pero, sobre todo, más cabalmente catalán porque no nos lo imaginamos ni cicatero ni confuso con el resto de España. Pascual Maragall milita en un partido estatal y sabe que no hay modo mejor de ser catalán que desde la doble y complementaria fidelidad a Cataluña y a España. Una fidelidad sin fisuras que Pujol no siente.

Otro nueve de octubre, el mismo

Octubre 1997

A Valencia viene uno de fuera y le aceptan. Igual da que el emigrante sea el arzobispo que un obrero de la construcción extremeño, que un funcionario del norte que cayó por casualidad en las riberas del Miguelete. En Valencia los que vienen de otras regiones son uno más así que se instalan, y el forastero hasta puede llegar a ser presidente de la Generalitat sin que a nadie le sorprenda el dato quitando a cuatro fundamentalistas que, en el fondo, también son más tolerantes de lo que ellos quisieran. La tolerancia, en Valencia, es un asunto de cultura.

Por eso los que vinimos de lejos a montar un negocio, a ganar un sueldo, a descubrir el Mediterráneo y a vivir gozosamente en sus orillas -de las que tan duro es alejarse-, también hemos aprendido a celebrar el nueve de octubre, una fiesta que es la nuestra. La misma que viven los valencianos de nacimiento y de largo arraigo en esta tierra santa y civil. La misma, pese a que cuando el rey don Jaime reconquistaba este litoral de privilegio, los reyes de nuestras regiones de origen fueran otros, aquellos severos y montaraces reyes de León, de Castilla o de Navarra, monarcas de las tierras frías que también acabaron descubriendo la luz de Al-Andalus, las dulces riberas portuguesas, la bravía cornisa cantábrica, el misterio de las costas gallegas.

Hay muchas Españas, pero sobre todo, dos: las que juntaron los Reyes Católicos. De un lado lo castellano, en amplio sentido considerado. Castellano es Córdoba, Oviedo, Murcia, Madrid o Euskadi, que es la bisabuela peninsular. De otro lado, el Mediterráneo, los gloriosos reinos del mar latino, las tierras donde la vida es más venturosa. Pues bien, esos dos mundos donde mejor confluyen es en Valencia. El reino de Valencia es el más hispánico de los tres territorios ibéricos orientales (los otros dos son, claro, Cataluña y Baleares). El más hispánico porque es el que mejor ha sabido fusionarse con el resto de la península sin perder por ello un ápice de su personalidad, de su carácter.

Y es la misma personalidad y el mismo carácter la que corre por las tres provincias, al margen de algunas diferencias internas; al margen de la lengua que se hable. Tan valenciano es un valencianoparlante de Alcoi como un castellanoparlante de Segorbe. La condición de valenciano trasciende el idioma.

Por eso es muy antiguo ser valenciano, y harto manifiesto y respetable. Los que venimos de fuera lo apreciamos nada más llegar. Y poco a poco también vamos aprendiendo a sentirnos valencianos. No es difícil. Lo somos sin dejar de ser lo que también somos: de otras tierras. De otras raíces que cuidamos y cuidaremos siempre.

El nueve de octubre es nuestra fiesta, de corazón, porque en Valencia podemos ser valencianos sin dejar de ser lo que también somos.

Carmen Alborch

Diciembre 1997

Carmen Alborch de teja y mantilla en la procesión de su pueblo, Castellón de Rugat. Carmen Alborch, valenciana españolísima, toda devoción y puntilla negra, hoy piadosa de la Safor y mañana de lagarterana del posmodernismo, y pasado mañana de feminista de espinas dulces, y luego, a media tarde, cabal visitadora de los niños enfermos, y a media noche, whisky y revolución pendiente, y a las cinco de la mañana canciones de Chavela Vargas y a las siete menos cuarto gritos de Camarón de la Isla en la alta mañana gélida entre Madrid y Valencia, por la nieve de Saelices, en el ir y venir de los camiones y los amigos volanderos.

Carmen Alborch de oro y naranja, de canchal helado y de consejera de Gadafi. Carmen Alborch de consoladora de los artistas afligidos y de mamá grande de los gays garañones; siempre la mejor sonrisa para sus enemigos. Carmen Alborch, que dio clase de Mercantil con minifalda de Mary Quant y que no quiere volver nunca jamás a la facultad, los alumnos, las clases y los exámenes. De todo ello la rescató Cipriano Ciscar, prendado de su pegada ante las cámaras, de su ruido más que otra cosa.

Ahora Carmen Alborch anda en labios de alcaldía, en empellones de candidata a la presidencia de la Generalitat. Dicen que es la mejor porque no hay nada como una sonrisa permanente para sacar votos en estos tiempos de ideologías muertas, de caminos únicos, de guiños sindicales y patronales, de ambiciones de los viernes, de conformismos repintados de todos los colores. Ahora las cosas son así, y Carmen Alborch es la musa de estos tiempos de plástico y de lúdica resignación.

Se lo gana a pulso. No cesa. La invitan a la inauguración de un casino de jubilados en una aldea del Maestrazgo, y ella va, aunque tenga que caminar entre la ventisca. La invitan a la botadura de un yate en un remoto pantano de Jaén, y allí que aparece, la sonrisa por bandera. Es la disciplina de Carmen Alborch, su senda propia hacia el poder. Ir a todas partes, salir en todas las fiestas, estar siempre en la boca del fotógrafo. Las ideas, los proyectos, eso no es cosa suya. Otros, si pueden, le apuntarán el texto y ella lo cogerá al vuelo. El PSOE moribundo de Valencia, atascado de puñaladas que ya parecen

de goma por inocuas y presentidas, mira hacia Carmen Alborch como quien mira a un talismán dentífrico. Nunca el socialismo tuvo un rostro más light, más de dibujos animados, pero dicen que no encuentran otro. Tony Blair, en Valencia, se llama Carmen Alborch. De teja y mantilla.

La tienda de Emilio Attard

Diciembre 1997

Fue un día del invierno pasado, sobre las ocho de la tarde. Yo estaba en la calle de Sagunto, dentro del coche, muy cerca del tendido del tranvía, esperando a un familiar. Enseguida apareció un Mercedes grande, azul marino. Dobló a la derecha por un acceso de tierra, y se detuvo en un ajado aparcamiento de camiones. El chófer salió rauda, abrió la puerta derecha trasera y lentamente fue descendiendo del vehículo don Emilio Attard, envuelto en un abrigo oscuro, tocado de bufanda blanca.

Caminó por la acera desvencijada, salió a la calle de Sagunto y entró en uno de esos negocios de ocasión que abundan por la zona, dedicados a la compraventa de muebles usados. Don Emilio avanzó por el local, muy pobremente iluminado, esquivó cómodas y roperos, camas y taquillones y pronto salieron de la penumbra una mujer, un hombre, algún muchacho y creo que también niños. Todos saludaron a don Emilio con gran afecto y complicidad. Como sólo se saluda a quien es un pariente muy querido o tal vez un viejo amigo de la casa.

Luego se sentó Emilio Attard en uno de los sillones en almoneda, rodeado de toda la familia de mercaderes. Charlaban con mucha alegría, y allí se quedaron, al otro lado de los cristales, cuando me marché. Fue la última vez que vi a Emilio Attard. La primera, hace muchos años, cuando era presidente de la comisión Constitucional. También viajaba en Mercedes y se detuvo a comprar una montaña de periódicos en un quiosco de la Gran Vía Fernando el Católico.

Entre una escena y la otra pasaron veinte años y cambió España radicalmente. Y lo que más cambió a España, como es lógico, fue la Constitución de 1978, que supuso la recuperación de las libertades públicas y el novedoso despliegue autonómico, entonces una simple quimera, que ha reconocido a España como las Españas, lo que siempre fue.

Emilio Attard tuvo mucho que ver con esa creadora reparación histórica, cuyo calado todavía hoy no sabemos valorar. El siglo XX de España será el siglo de la guerra civil, sin duda, pero también el siglo de la enorme descentralización del estado; un proceso valiente y pionero en la Europa Occidental.

Emilio Attard fue un padre de la nueva patria porque presidió, con gran solvencia y habilidad, la comisión parlamentaria que fraguó el nuevo texto constitucional. Fue un gran abogado; un hombre ganado por la curiosa pasión jurídica. Pero también era un hombre que sabía dedicar las tardes a charlar por los comercios de poca monta, con sus parientes y amigos, como un sabio fraterno.

Cartagena

Enero 1998

Luis Fernando Cartagena es un político brillante. Tiene buena planta, su trabajo cuentan que es eficiente, se trata de un demócrata manifiesto y ha sido respetuosísimo con el personal dedolegido por los socialistas que se encontró en su Conselleria. Por todo ello, es un hombre seguramente llamado a mayores funciones y responsabilidades, tal vez algún futuro ministerio en Madrid, o una secretaría de Estado.

Luis Fernando Cartagena tengo entendido que procede de una familia de avezados políticos de Orihuela, gente de prestigio y de hombría de bien desde luengos años. Eso no está en duda. Sin embargo, héte aquí que un extraño suceso bancario lo tiene en la picota judicial, y uno tiene la sensación de que debe ser una minucia lo que, en el peor de los casos, pudiera haber cometido el señor Cartagena. Lo digo porque supe en su día, cuando se hizo público el barullo ese de las primas únicas, que personas tan absolutamente irreprochables como el escritor Miguel Delibes, a quien tanto admiramos muchísimos, también apareció en aquella lista.

En una palabra, y aunque bien cierto es que la ignorancia de la ley no excusa de su cumplimiento, da la impresión que algunos delitos son tan alambicados y coyunturales, tan atrabiliarios en su formulación legal, tan escapadizos y caprichosos, que es relativamente fácil caer en ellos sin tener la más mínima noción de su presunta punibilidad, lo que no sucede con el resto de los comportamientos delictivos. No es lo mismo meter la mano en la caja que firmar un documento con membrete que el propio banco te propone diciéndote que es una buena operación, en absoluto ilícita, que es más o menos lo que vino a decir el Miguel Delibes cuando se vio incluido en la relación de presuntos defraudadores.

De modo que hay que andar con pies de plomo en el caso Cartagena, como bien nos recuerdan -por otra parte- sus muchos periodistas de cámara, quienes, por lo demás, no son de cámara ni nada: ellos mismos se apuntan al cometido con sus remilgos y advertencias. El único infortunio de Luis Fernando Cartagena radica en que milita en un partido que ha hecho bandera de la lucha contra la corrupción, no en vano ese asunto ha sido el mayor fiasco

de los socialistas durante sus muchos años de gobierno. Fiasco que están pagando y que seguirán pagando, probablemente, hasta que renueven el ideario y la cúpula.

Lo que no se le puede negar a Cartagena es la serenidad y la elegancia con la que está viviendo su particular calvario. Bien cierto es que los hombres se prueban en la adversidad.

El gurú de Romero

Febrero 1998

A Joan Lerma debe parecerle cosa de risa la última decisión de Joan Romero, la de contratar un asesor de imagen. Pero a Romero le importa muchísimo el asunto, que por algo ha ido a buscar al gran gurú del ramo, un catalán apellidado Chías, que es un verdadero mito del márketing cultural y político.

Dicen que Chías tiene mucho que ver con la popularidad y prestigio de Pascual Maragall. Con su aroma de hombre eficaz y progresista, moderno y creativo, tan catalán y español a un tiempo. El manchego Joan Romero quiere ser el Pascual Maragall del socialismo valenciano, y ha ido a beber a las fuentes de ese misterio que tanto persigue y que no ha logrado descifrar hasta la fecha.

Romero ha ido muy mal de imagen en los últimos seis meses, que es el tiempo que dura su condición de secretario general. Romero no atina mucho en sus comparecencias públicas. Le salen muy desgañitadas y antipáticas, con un aire de misa laica concelebrada que a la gente le convence poco. Romero va de demócrata interno, quien sabe si a la fuerza, pero así su discurso se diluye en un revuelo de subalternos que hablan mucho, miran de reojo, le apoyan y a la vez sonríen demasiado a Lerma. No saben si sonreír más a Lerma que a Ciscar, no saben si sonreír más a Ciscar que a Romero, que es su jefe; y en este baile de sonrisas y sillas de los que se fueron a Sevilla (o a Madrid), en este vals de las mariposas, Romero ha decidido llamar a Chías para que ponga orden en las fotos y en las ceremonias.

Lo primero que le ha dicho Chías a Romero es que se terminaron las misas concelebradas. Que él debe aparecer diferenciado del colectivo, hablando en singular y mirando a la cámara con ojos de Pascual Maragall. Fiables, mercantiles, vagamente literarios. Y que use un tono más convincente, más profundo, más cautivador. A ser posible, con una cierta cadencia de prestigio gangoso, con un levísimo rictus, casi imperceptible, propio de quien se ha bebido un par de Riojas en una recepción al cuerpo consular.

Romero quiere ser un Maragall del sur, más cercano al ciudadano de la calle que a su impronta de catedrático resabido y un pelín ingenuo, que tanto le perjudica. Romero quiere ser popular, irónico, divertido y hasta nieto del

poeta Joan Maragall, como su modelo. Mientras Joan Romero lucha por ser Maragall, Joan Lerma lucha por ser Joan Lerma nuevamente. Tiene más fácil el empeño porque no necesita travestirse para alcanzarlo.

Vukovic

Febrero 1998

El baloncesto yugoslavo es un prodigio. Cuando el país estaba unido no tenían rivales en Europa. Ganaban de calle a rusos e italianos, a españoles y griegos. Su superioridad era tan insultante que cuando el difunto y genial Drazen Petrovic sacaba la lengua después de colocar un triple -otro más- desde siete metros largos, los forofos del equipo perdedor cambiaban de canal y se olvidaban del curso del partido. La derrota era segura y mejor digerirla al día siguiente, en frío, en el trabajo, cuando las obligaciones cotidianas nos protegían del disgusto.

Los yugoslavos nacieron para jugar al baloncesto. Lo dominan en todas sus armas. En la táctica, en la técnica individual y no digamos en el plano psicológico. Maravillosamente crueles, son un espectáculo siempre, incluso cuando pierden. Y pocas veces pierden, pese a que ahora Yugoslavia son cinco repúblicas independientes, cinco selecciones nacionales. Es muy difícil ganar a Eslovenia, Macedonia o Bosnia, poco menos que imposible doblegar a Croacia y prácticamente un sueño hacer morder el polvo a Serbia y Montenegro, que van juntas por el mundo bajo el viejo y nuevo nombre de Yugoslavia.

En el Pamesa Valencia hace tres años tomaron una excelente decisión: elegir un entrenador yugoslavo. Llamaron a un hombre de mérito y sin relieve en los medios, un luchador poco menos que secreto pese a sus grandes triunfos en el basquet femenino. Era un tipo llamado Vukovic que se pasó media vida entrenando por cuatro pesetas a humildes equipos de Tuzla, esa ciudad que a todos nos suena porque es una de las capitales bosnias que estuvo en jaque mate durante cuatro años bajo la amenaza fatídica de Radovan Karadjic y su banda de carniceros fundamentalistas.

Vukovic se aferró al Pamesa como un marroquí a la patera. Hizo de un club que estaba en la liga EBA -algo así como la morgue del baloncesto- un campeón de la Copa del Rey. Con americanos del montón y con un grupo de nacionales aguerridos, ambiciosos, moralmente férreos y muy conscientes de sus armas modestas, le dio la vuelta a todos los pronósticos y armó una escuadra coriácea, algo así como aquel Valencia Club de Fútbol que inventó de la nada Di Stefano para ganar el último título de liga, ya en 1971.

Honradez, convicción, aspereza, orgullo, sentido de la oportunidad. Todas estas cosas y el instinto ganador –a veces despiadado- de todo buen balcánico amasaron una victoria sensacional, meritoria y ejemplar.

Vukovic es un tipo duro y trallado que sabe desconcertar totalmente a sus rivales. Uno aclama a estos aventureros del deporte que en el momento de la verdad, cuando pocos creen en ellos, es justo cuando nunca fallan.

Ven y cuéntalo

Marzo 1998

Fui a Bilbao a ver el museo Guggenheim y volví como quien regresa de la más profunda de las fiestas. El Guggenheim se tragó a Bilbao en el buen sentido. Su destello es tan intenso que casi no deja ver la ciudad, su bosque de fábricas y grúas, o los cerros coronados de inmensos armarios de cemento. La fuerza del Guggenheim se apoderó de la ría, casi le robó el significado.

Este edificio es un sol plateado, líquido y cerámico, metálico y prodigioso. Enorme barco de escamas, la gente es feliz a su alrededor y también dentro porque es falso que el interior desmerezca. Todo lo contrario. El interior es una catedral del siglo XXI llena de audacias, de aventuras, de sueños. Además, y por si fuera poco, hay una sala atiborrada de Picassos, Chagalls, Mirós, Modiglianis, Mondrians, etc. para saciar al visitante más escéptico. El Guggenheim bien vale una visita a Bilbao; yo diría que la exige.

La exige por el propio edificio, pero también, y quizá sobre todo, porque es una gran llamarada de normalidad en el epicentro de la más ridícula, obcecada y sangrienta de las enfermedades sociales, la del nacionalismo exasperado. Parece como si el museo fuera capaz, él sólo, desde su vigor antiviolento, de acabar con todas las amenazas que sobrevuelan, día tras día, la libertad de un pueblo; la libertad individual de cada ciudadano vasco.

El pueblo de Euskadi, más que sus políticos (sobre todo que algunos de sus políticos), está haciendo grandísimos esfuerzos por lograr la paz. La inmensa mayoría de sus habitantes la desea profundamente. Más que nadie, como es lógico. Y la van a conseguir, eso también se vislumbra, aunque sea al fondo de una terrible escultura moderna compuesta por una hilera de ataúdes con sangre real debajo de la tapa. La paz algún día se va a alcanzar, y el Guggenheim ya es un símbolo de esa normalidad tan anhelada, fruto de la razón y de la imaginación. Fruto de la lucha tenaz del pueblo contra la barbarie.

Buena verdad es la del lema turístico de Euskadi: Ven y cuéntalo. Uno ha ido muchas veces a Euskadi, incluso vivió allí algún tiempo, pero nunca volvió con más ganas de regresar que ahora, con el Guggenheim de gran flautista de Hamelin. Ir a Euskadi, estar con quienes desbordaron sus calles en los días fundacionales del Espíritu de Ermua, también es una forma de

solidaridad con ese 86 por ciento de los vascos que le plantan cara al fascismo cada día.

El Guggenheim es una carga de universalismo y de magia contra el terror. Nunca un museo, en España, pudo tener una mayor utilidad pública.

Diálogo y audacia

Marzo 1998

Dice Fernando Savater que dialogar con el terror es lo mismo que dialogar con una acacia. El terror sabe que dialogar significa ceder y los del terror no pueden ceder nunca. Desaparecían por el camino. Romperían su unidad monolítica de la secta. Para el terror dialogar es imponer sus deseos, sus caprichos, sus delitos, y que la otra parte se calle y lo acepte.

No piensa así el prelado de San Sebastián. Para monseñor Setién el diálogo es hoy más necesario que nunca entre los representantes del terror y el gobierno de España. El diálogo, sin duda, es una de esas medidas audaces, que el señor obispo reclamaba hace varias semanas. ¿Cuáles serán las otras medidas audaces? ¿Tal vez la concesión de la independencia a las tres provincias? ¿Acaso la canonización masiva de todos los terroristas muertos? Habrá que permanecer atentos a las hojas parroquiales.

En la idea del diálogo también cree el lendakari Ardanza y, por supuesto, su dilecto jefe Xavier Arzallus. Uno y otro dicen –igual que los profetas mas visionarios- que han notado una mayor receptividad al diálogo en la nueva regencia del fundamentalismo. Que hay gente algo más moderada en ella, sugieren. Que no son, en fin, tan implacables como los de la vieja cúpula encarcelada.

Es posible que esta dirección bis sea algo menos dogmática que la anterior. A fin de cuentas Arzallus sabe muchas cosas del entorno del terror y no hay por qué minusvalorar sus informaciones, acaso previamente contrastadas por el comprensivo Joseba Egibar. Pero aun siendo cierta esa hipotética “apertura” del terror, ¿de qué hay que dialogar?

¿De los presos? Imaginémonos que, sin diálogo o con él, todos los presos regresan a Euskadi, planteamiento humanitario muy respetable, sin duda. ¿Se contentaría siquiera un poco el terror con esa noticia? Probablemente se envalentonaría más. Los atentados serían todavía más duros para que los presos salieran de las cárceles.

Hace días leí en la prensa vasca un artículo de Mikel Azurmendi, etarra de la primera hornada que pronto rompió con la organización, y que ya en

1971 –está escrito- predijo una guerra civil entre vascos si ETA persistía en su línea –entonces incipiente- de la lucha armada. Dice Azurmendi, que es uno de los integrantes del Foro Ermua, que el terror no quiere dialogar. Que lo que pretende es atemorizar a los demás vascos y, de rebote, a los demás españoles. Que el objetivo es mantener la llama de ese infame placer que consiste en amenazar, en sostener el alto nivel de sumisión, de pánico, de envilecimiento.

En Euskadi la única audacia es la que ejerce el pueblo enfrentándose al terror.

La línea curva

Marzo 1998

Socialistas y populares han rechazado la propuesta del gobierno vasco para dialogar con el terror. El hecho, en sí, no es muy original, pero los acontecimientos que se han sucedido en Euskadi en los últimos meses le otorgan un particular relieve.

Hace un año, por ejemplo, una noticia como esta no dejaría de ser un desencuentro más entre el mundo del nacionalismo vasco y los partidos de implantación estatal. Sin embargo, y tras los días fundacionales del Espíritu de Ermua, jornadas cada vez más cargadas de significado, la nación entera empezó a tomar conciencia de un dato que sólo conocían con exactitud los ciudadanos no nacionalistas que viven en Euskadi: la convicción de que los dirigentes de los partidos PNV y Eusko Alkartasuna están mucho más próximos de lo que se creía al ideario del nacionalismo radical, violencia al margen.

Los nacionalistas moderados persiguen lo mismo que los nacionalistas de la caverna: la independencia, y más que la independencia, el control creciente de la ciudadanía, la falaz reescritura de la historia de un pueblo que lleva unido más de seis siglos a la corona de España, la integración a la brava de los maketos o su olvido, y el enrarecimiento de la convivencia desde el ejercicio de un fuerte aparato de autoritarismos y desconfianzas que resultan inconcebibles en una sociedad moderna y democrática, antifundamentalista en su mayoría.

La línea está trazada con nitidez, lo que no sucedía antes, cuando pensábamos que sólo había una raya, la que cruzaba entre el nacionalismo montaraz y los demócratas de la Mesa de Ajuria Enea. Cuando entendíamos que de una parte estaban los pacíficos, fueran nacionalistas o no, y de otra los violentos.

Y aunque es cierto que esa línea entre violentos y no violentos continúa en vigor, la frontera que más progresa en este mapa de dolor y sinrazón es la que divide a los nacionalistas de los no nacionalistas. Ya es más fuerte, tal vez, y desde determinado enfoque, la línea que separa a los nacionalistas de los no nacionalistas que la que divide a los violentos y a los no violentos.

Los nacionalistas vascos tienen mucha afición a hablar de razas, de esencias patrias, de purezas de sangre y de espesas y tremebundas idiosincrasias incompatibles, mas nadie en el resto del estado habla hoy de la raza española, de un supuesto carácter nacional o de otras imbecilidades que solían decorar la ridícula retórica de los noticiarios franquistas. España hoy es un país abierto, fecundo, trabajador, solidario, imaginativo. Un país libre en el que rige una Constitución apoyada por la abrumadora mayoría de sus ciudadanos. Constitución que, justo es recordarlo, establece en su artículo segundo la indisoluble unidad de la Nación española, patria común e indivisible de todos los españoles.

El honor de la justicia

Abril 1998

La justicia es un cachondeo, dijo el eterno alcalde de Jerez, Pedro Pacheco, y no tenía razón el hombre en esa frase. No tenía razón, que ahí está Mario Conde en la trena, y Roldán haciéndose viejo y melancólico (y más rico todavía) en ella, y Carlos Navarro y Luis Oliveró, los alegres muchachos de Filesa, regresando a los grilletes, y el ex misionero Urralburu en puertas, y su bella esposa Olivia de Balda lo mismo, y un tal Aragón, compinche de Roldán, y otro que tal Esparza, y Mariano Rubio en libertad condicional, y no se cuantos más ciudadanos también, y muchos amigos de Felipe González, gente de su confianza.

No, la justicia no es un cachondeo, pero también es verdad que a veces lo parece. El ejemplo que mejor ilustra este apartado es el famoso barullo de los juicios del GAL, que están al caer. El asunto es de tal envergadura que a lo largo de su lentísimo preámbulo hemos asistido a la mayor constelación de presiones externas de que hay noticia en España. Mucho se tienen que jugar los que andan en el banquillo y sus superiores en la sombra. Mucho porque si no a ver quien comprende ese recital de recusaciones judiciales con el que nos amenizaron los letrados de Vera y compañía en estos años idos. Yo recuso a este juez, y luego recuso al juez que tiene que valorar la recusación, y después recuso al juez sustituto del otro que tiene que valorar la primera recusación, y más tarde recuso a la sala que tiene que conocer de las dos recusaciones iniciales, y por último estoy dispuesto a recusar al Tribunal Supremo en pleno, y al Constitucional, y al Universo, y a lo que sea con tal de no ir a la cárcel. Eso no es serio y la gente monta en cólera cuando le hablan de recusaciones y filibusterismos.

La otra presión –brutal- que ha sufrido la justicia ha sido la mediática. La de los medios próximos al PSOE para concretar más. ¿Se acuerdan del escándalo que armaron cuando nombraron a Fungairiño? Pues bien, el Tribunal Supremo ha dictaminado que fue un nombramiento legal. ¿Dónde, ahora, los grandes lamentos de los fiscales justicieros, los fiscales que nada dijeron cuando se nombró ilegalmente a Eligio Hernández? ¿Dónde, ahora, los grandes rasgamientos de vestiduras de la prensa que se dice progresista?

La justicia ha perdido pulso entre la ciudadanía española. Es la institución más desacreditada de todas las principales, justo al revés que sucedía hace veinte años, monarquía al margen. ¿Qué ha pasado? Pues algo tan sencillo como esto: su politización deliberada durante los últimos tres lustros. Todas las leyes propuestas por el PSOE en la materia han ido en esa dirección: matizar la independencia del tercer poder del estado. ¿Soluciones? Obviamente, modificar esas normas y nada más, porque la propia Justicia es la primera interesada en recuperar el prestigio perdido.

Pol Pot

Abril 1998

Pol Pot, comunista, asesinó a dos millones de camboyanos. La masacre no sucedió en tiempos remotos, sino hace veinte años. Pol Pot, visionario de la revolución sangrienta, murió estos días, enfermo y escondido en su selva fronteriza. Murió como un anciano más, consumido y enfermo. Pero Pol Pot era el mayor asesino vivo. El tercer asesino del siglo. Los otros dos que van por delante fueron otro comunista –Stalin– y un nacionalista extremista –Hitler. Es posible que me olvide de algún otro.

¿Y para qué mató a tantos camboyanos Pol Pot? Según él, era el precio a pagar para que su pueblo estuviera más cerca del paraíso comunista en la tierra. La realidad, sin embargo, fue que los supervivientes tuvieron que apañárselas bajo un régimen cruel y arbitrario, tejido de hambre y de barbarie. El paraíso terrenal del comunista Pol Pot era un erial de dolor; un territorio diabólico en el que no existían ni la dignidad ni la libertad humanas.

Pol Pot fue un criminal espantoso, casi inconcebible, pero a los intelectuales de occidente lo que realmente les indignaba en tiempos de sus carnicerías era la corrupción electoral de Nixon, atrapado en el caso Watergate, o la concesión del premio Nobel de la paz al norteamericano Kissinger. Para la progresía española de hace veinte años era mucho más abominable Kissinger que Pol Pot. Así de atroz era el criterio. Y es que Pol Pot en el fondo era un comunista, aunque se antojara algo equivocado en sus métodos.

Fue justo a partir de los tiempos de Pol Pot, de su derrota en los años setenta, cuando comenzó a declinar para siempre la estrella de las dictaduras teóricamente liberadoras del pueblo. En la década siguiente el modelo comunista acabó muriendo del todo, arrumbado por las masas hastiadas de tanta pobreza, de tanta retórica, de tanto terror. En los noventa el comunismo es una calavera que cambia de nombre en Europa, que cambia radicalmente de discurso y de todo en China (lo suyo es capitalismo puro y duro) y que resiste en dos países desventurados: en Cuba y en Corea del Norte, famélica legión de niños desnutridos compatible con monstruosos congresos de militantes que aplauden al primer dirigente comunista, quien a su vez es hijo y heredero del anterior jefe del partido. En Corea del Norte hay una monarquía marxista y veinte millones de flacos a la fuerza.

El comunismo ha fracasado. Al menos el comunismo real. El irreal, no lo sé. Y ahora el nuevo peligro, al menos en occidente, viene prendido en las fauces del nacionalismo. No olvidemos que el otro gran asesino del siglo fue un nacionalista.

El mito periférico

Abril 1998

En los años setenta el virus de la diferencia y de los orígenes, con toda su gran miseria doctrinal de fondo se adentró como el hombre invisible en las cúpulas de la izquierda española. Fácil había sido la gran victoria de los nuevos nacionalistas periféricos. Pronto habían convencido a sus rivales en las urnas de que progreso y raíces eran lo mismo. En el agostado territorio ideológico de la izquierda española, fueron situados en lugares de privilegio las tesis nacionalistas, una ensalada de delirios inventados por una liga de visionarios de pueblo, de solterones rodeados de libracos, de curas descontentos con su suerte y de profesores de barba etíope y sandalias de Palestina.

Aquella broma tragicómica creció mucho, más de lo que se pensaba, y en esas estamos: debatiéndonos en una colosal estupidez que amenaza con malograr la convivencia nacional. La paz interna de la única nación que existe en España, dicho sea con todo el respeto para la discrepancia. Una nación que tiene regiones de gran personalidad, indudablemente. Regiones (o, mejor, comunidades autónomas). Aquí el problema empezó a complicarse cuando las regiones decidieron que eran naciones.

Pasados unos cuantos años de este juego, ya se puede aventurar que el progreso no está en la disgregación en marcha ni en la adoración del becerro diferencial de quienes, por otra parte, siguen el mismo culebrón televisivo, se interesan por los mismos cotilleos revisteriles, usan del mismo modo el tiempo libre, escuchan la misma música peninsular, hacen parecidas cuentas, sueñan con idénticas vacaciones, organizan del mismo modo la boda del hijo o la franquicia de la hija. Todo igual en Donostia que en Cádiz, en Vigo que en Girona, en Tenerife que en Burgos. Fatalmente idéntico.

Ahora sabemos que el mérito de nuestros antepasados, crueldades y abusos aparte, estuvo en mantener unido territorio tan vasto y desparejo de climas y montes, de costas y de algunos tramos históricos. Ahora sabemos que lo progresista fue la unidad territorial, y también sabemos que Franco, extenuándola, ridiculizándola de tanto ensalzarla entre clarinazos y palabrerías del No-Do, fue su principal enemigo.

España es el fruto de muchas generaciones que la hicieron muriendo por el camino. El sueño incompleto que inventó una geografía bien delimitada. Olvidar esta senda es lo mismo que negarnos a nosotros mismos, que decir que no sabemos quiénes somos. Y esa es la labor que hacen, cada día más envalentonados, muchos pedagogos de Arzallus y de Pujol.

El impostor

Julio 1998

Hace cosa de quince años, cuando este columnista era abogado de oficio, le tocó estar presente en la declaración de un detenido que gozaba de cierta popularidad entre los bajos fondos de los Poblados Marítimos. Era un ciudadano rechoncho, primitivo, calvo y precipitado, al que acusaban de un sinfín de robos en establecimientos de electrodomésticos de la periferia. El delincuente solía proceder siempre del mismo modo: solo o en compañía de otros, aparecía a altas horas de la madrugada delante del escaparate elegido, y haciendo uso contundente de un ladrillo o de una piedra de cierto tamaño —ni siquiera con una barra de hierro— arremetía contra el negocio victimario.

Derribado el cristal, muy sereno en medio del estruendo y las sirenas de las alarmas, solía sobrarle tiempo para arramblar con dos o tres equipos de video —entonces muy caros— que ocultaba en una desvencijada furgoneta. Al día siguiente vendía por muy poco dinero el material robado a un perista de Burjasot o de Paterna, ya no recuerdo bien.

Aquella noche el delincuente estaba de buen humor, y fue aceptando muy sosegadamente casi todos los robos que fueron desfilando delante de sus ojos como un contumaz carrusel de tropelías y vidrios rotos. Alguno, sin embargo, lo negó, y todos le creímos. Lo más divertido de su declaración, que duró horas y horas, casi hasta el amanecer, es que cuando los policías le preguntaban por el destino de los dineros cobrados por la venta de sus robos, el detenido, relamiéndose, decía, indefectiblemente lo mismo: que había ido con sus amigos a dar cuenta de una grandiosa mariscada en Gandía o que se habían regalado un banquete huertano en Ribarroja, sin que tampoco faltase una memorable y muy ensalzada juerga con mozas en una borrascosa pensión del extrarradio.

Aquel hombre era un ladrón para la gula y, ocasionalmente, para la lascivia. Y resultaba muy gracioso escucharle recordar, con desparpajo y muy fina memoria, lo buenos que estaban los centollos, los percebes, las langostas y bogavantes que había tenido la oportunidad de frecuentar gracias a sus trasiegos nocturnos y penales.

Estos días hemos conocido la noticia de un individuo que se hizo pasar por el popular periodista deportivo Julio Insa para transitar una gran noche en un hotel costero de Valencia, con banquete incluido, todo por la módica cantidad de 59.653 pesetas. No es que disculpemos a tan literario ratero, desde luego, pero hay que reconocer que en estos tiempos tan dominados por la información de tribunales, con toda su faramalla del GAL, de Mario Conde, de Filesa, de Mariano Rubio y de tantos otros acusados de monumentales crímenes, abusos y estafas, la noticia del impostor de Julio Insa causa hilaridad más que otra cosa.

El concilio de Barcelona

Julio 1998

Han celebrado concilio en Barcelona, y no precisamente ecuménico, sino más bien económico, los señores Arzallus, Pujol y el pintoresco Beiras de Galicia. Una reunión al más alto nivel de los tres popes de la diferencia, los tres cardenales de la distinción (Beiras también en el vestir), los tres abades periféricos, cada uno bien aprovisionado con su cívico santoral.

Acudió a Barcelona Arzallus respaldado con los textos truculentos de Sabino Arana, con los catecismos de la caritativa comprensión hacia los que matan y extorsionan, con las indulgencias plenarias para quien esconde a un etarra pordiosero en su alacena y con la benevolencia franciscana de los ertzainas que miran para otro lado mientras los angelitos nazis, que también los quiere Dios, queman autobuses, apedrean ciudadanos, amenazan a comerciantes y apuntan en las paredes los nombres de los concejales populares que pronto subirán al cielo.

De Santiago de Compostela salió Beiras con su peregrino cargamento de marxismos populistas, cosa loca que solo es posible en las bellas tierras de Rosalía de Castro, a quien, por cierto, han convertido, más allá de los versos, en la inmortal Pasionaria de la región. Beiras fue a Barcelona con su empanada gallega y doctrinal que fusiona el caldo de berza con el celtismo, la ropa de diseño con la brujería y los textos más radicales y leninistas de Castelao con el pulpo a feira.

En Barcelona aguardaba a los dos norteños el incombustible Pujol, maestro de ceremonias de esta logia de intereses, sonrisas, peculiaridades y modelos. Reunidos los tres mitrados, cantaron la gran misa solemne de la etnia, pidieron cambiar la Constitución –que les parece demasiado timorata, claramente centralista- y lo celebraron todo con una gran escalivada de lenguas y fuegos, de vinos y patrias.

Lo demás no trascendió. Fue secreto de sumario. Las reuniones más escondidas, los últimos deseos y los planes más graduales quedaron embalsamados por las estancias del Palau de la Generalitat, y así permanecieron breves horas hasta que llegó Manuel Chaves y mandó parar.

El presidente de Andalucía resumió con sencillez y solvencia la reunión de los tres grandes patriarcas territoriales: quieren privilegios para sus regiones, dijo Chaves, eso es todo. Quieren una España en la que se acentúen todavía más las diferencias económicas y culturales, esas que van viento en popa, amparadas en la minoría popular en el Congreso de los Diputados. Los tres líderes del Concilio de Barcelona quieren una España paulatinamente vaciada de contenidos generales, sin unidad de caja en la Seguridad Social y con selecciones deportivas propias y bien nacionalistas. Las regiones que se predicán históricas quieren desentenderse un poco más de la historia colectiva de los pueblos de España. Para eso están, a fin de cuentas, los partidos nacionalistas.

Retrato de familia

Agosto 1998

Los líderes carismáticos son para los pueblos pobres, para las repúblicas bananeras, para las selvas centroafricanas o para las fanáticas teocracias de Oriente Medio. Transitoriamente. En Europa los líderes carismáticos se cotizan a la baja. Nadie sabe nunca quien es el presidente de Suiza, nadie sabe como se llama el primer ministro de Noruega o el de Finlandia y no hace falta ir tan lejos: seguro que el noventa y cinco por ciento de los españoles adultos ignoran como se apellida el jefe del gobierno de Portugal, y eso que somos vecinos y que está la Expo por el medio.

Los países más felices son aquellos que no tienen líderes carismáticos, y a España se le está pasando, muy lentamente, el tiempo de los carismas. Desde luego José María Aznar López no tiene ninguno. Durante muchos años fue su gran problema mediático, pero ahora puede que empiece a ser uno de sus méritos, sin haberlo buscado expresamente. Aznar es hombre de aspecto modesto y sencillo, y si esa impresión causa en la televisión, de traje y con las armas rendidas en el cemento de los aeropuertos, a saber qué parece en calzón corto por la concha de les Platgetes, con las sandalias de goma en la mano derecha. El anticarisma, se lo aseguro.

Él no tiene gancho pero desde que alcanzó, con terribles hipotecas, la jefatura del gobierno, no está haciendo las cosas mal. La economía –primera obligación de todo gobernante– así lo dice. Sí, la economía es la primera obligación de todo gobernante en un país democrático, con libertades constitucionales; entre ellas la de huelga, obviamente. Y es que si la moneda pierde valor, todo se va a freír espárragos más pronto o más tarde, con carisma y sin él. Aznar no tiene carisma, pero acierta con los números.

Aznar no tiene carisma y tampoco tiene Corte de verano. Eso que se cuenta de que hay cortesanos en les Platgetes, pues, ¿qué quiere que les diga? Yo no los he visto nunca. Lo que hay son amigos de la familia, pero todas las familias de les Platgetes y del mundo en general, suelen tener amigos. Y lo que también hay, desde luego, en Platgetes y en todas partes, es gente de adulación, arribistas, pero de esa peste no se libran ni los que gestionan impresos en los camposantos.

Varias veces lo vi en la playa. Iba sin carisma, claro. Pasó por la orilla saludando al personal y mirando el reloj, que es recurso que utiliza mucho el presidente; un recurso de tímido. Iba sin carisma porque no lo tiene, sin labia también, sin risa floja, pero con las cuentas cuadradas que es lo que al personal le importa. Sobre todo al personal moderno, al de la España de hoy, no al de la España de los tiempos del primer Lute. Al personal le preocupan los números, el tipo de interés de los plazos de la vivienda, el índice de paro, y esas cosas que tanto desdeñaban los intelectuales orgánicos de Felipe González.

El presidente sin carisma arregla las cuentas, y respeta la presencia del sector público en la sanidad, la educación y las infraestructuras, como es su obligación constitucional. Lo otro, las cuestiones personales, las novias y los novios, la música y la lectura, los viajes y las costumbres, las creencias y las increencias, las películas y las noticias del traje impregnado de Mónica Lewinski, eso son cosas de cada cual, y en ellas el gobierno no tiene por qué opinar. España es un país libre y tiene un presidente sin carisma que se baña en la provincia de Castellón.

ANA BOTELLA

Ciento veinticinco kilómetros ha caminado sobre la arena, como poco, Ana Botella este mes de agosto. Ciento veinticinco kilómetros repartidos en veinticinco sesiones vespertinas, al caer el sol y un poco después, para que coincidieran la penumbra previa a la noche y el baño largo de cada fecha: el baño que pone final a cada caminata. Ana Botella es paseante. Quince paseos hacia el sur y quince paseos hacia el norte. A razón de doscientos metros por tirada, salen unos seis kilómetros a la tarde y los cumple en poco más de una hora.

Este año Ana Botella paseaba con pareo blanco aunque alguna vez lo dejaba aparcado. Y no paseaba sola, precisamente, que le acompañaban siempre cuatro amigas. Dos a cada lado y ella en el centro, marcando el ritmo, que suele ser asfixiante. Tanto es así que cuando una de las cuatro adjuntas se despista y queda algo descolgada, tiene que echar a correr como una posesa para alcanzar al grupo batallador y dueño de la orilla. Cuando Ana Botella y su cuarteto pasean por la playa, el personal, que ya es muy escaso a esas horas, o se baña o mira desde la arena. Pero no se decide a pasear por el borde más que nada por no ser arrollado por la tenaz comitiva de marchadoras.

JOSÉ MARÍA AZNAR BOTELLA

El primogénito es invisible. De toda la familia, sin duda es el miembro que menos días pasa en Platgetes y sale poco o, seguramente, sale a horas en las que el cronista está en casa leyendo los libros de viajes por África de Javier Reverte y por eso no lo divisa. José María Aznar Botella creo que se ha dejado de ver en el Festival Internacional de Benicàssim, ese gran evento de música rock dicen que independiente. ¿Independiente de qué o de quién?, me pregunto. Pues bien, el festival de Benicàssim es un gran acontecimiento, una verdadera invasión de treinta mil mozos y mozas de incierta impronta kosovar, sobre todo cuando uno les veía moverse por el bosquecillo estilo ONG habilitado para que acamparan con sus tiendas o a cielo raso. José María Aznar Botella obviamente no durmió con el saco bajo las ardillas, pero fue a escuchar la música eléctrica. El resto del tiempo en les Platgetes lo dedicó a la lectura probablemente, a la piscina intramuros, acaso a hablar con su padre de Miguel Ángel Rodríguez, que antes era como de la familia.

Yo vi a los dos José Marías en la zona sur de la playa. Venían de dar una vuelta en la barca de la Guardia Civil, y pasaron por el arenal como un solo hombre. Acaso por eso digo que el primogénito del presidente es invisible. Y si cuento que eran un solo hombre es porque los dos Aznares, son exactamente iguales de tipo, peso, talla, mirada y timidez. Dentro de algunos años Aznar padre podrá mandar al hijo de doble a esas tediosas y retóricas ceremonias de traspaso de poderes en las repúblicas fraternas del cono sur y del Caribe y nadie se dará cuenta del cambio.

ANA AZNAR BOTELLA

Su hermano va de invisible, pero ella va de enamorada, y bien visible en su amor, que crece hora a hora. Si Ana Aznar Botella estaba enamorada el día uno de agosto, a finales de mes está enamoradísima y eso es fácil de saberlo. Basta alzar la vista del periódico en la playa y buscar a los novios. Tampoco es difícil encontrarlos. Primero uno busca a un escolta con bermudas y enseguida localiza a la pareja acaramelada, que suele estar a unos diez metros de distancia. Así pasó el verano Ana Aznar Botella. Entre besos adolescentes en el mar y en la arena. Besos bajo el control involuntario de los anteojos de los escoltas, que ya están curados de espantos. A fin de cuentas, ellos también

fueron adolescentes y también vivieron el amor hermoso. Y si no lo vivieron, ellos se lo perdieron porque ese amor primero es bueno y necesario, vivifica el cuerpo y el alma y aunque acabe terminando mal, cosa que no le deseo a Ana Aznar Botella, que le quiten lo bailao en el verano del 98.

ALONSO AZNAR BOTELLA

Uno de los destinos profesionales más curiosos de las fuerzas de orden público y anejos debe ser el de ciclista acompañante del benjamín del jefe de gobierno. Alonso Aznar Botella es un gran ciclista pequeño, y suele tropezárselo uno todas las tardes, a veces ya al anochecer, irrumpiendo como un poseso por las pequeñas calles bordeadas de seto. A veces Alonso Aznar Botella va acompañado de algunos amigos y unas niñas rubitas muy monas, pero otras veces va por libre. En todo caso, detrás de él, siempre le sigue un ciclista grande, con su teléfono móvil y las piernas castigadas por las continuas y discontinuas carreras de Alonso Aznar el ciclista. He observado que esta compañía ha ido desembocando en una evidente camaradería, en amistad franca. Amistad de un niño de nueve o diez años y su escolta de unos treinta. Charlan los dos por los caminos, semejan un remedo insólito de don Quijote y Sancho Panza. El niño hace preguntas y el policía responde. ¿Cómo se llama ese árbol? ¿Cómo se llama ese pájaro? Y así pasa la tarde y por el medio un bocadillo de chorizo de Castilla y León, acaso un obsequio del presidente Juan José Lucas, que está a punto de suceder a Álvarez Cascos en la jefatura partidaria.

Alonso Aznar Botella, sin el menor género de dudas, es el más carismático de la familia del presidente. Casi siempre va con la bicicleta, pero cuando está sin ella, va con un perrito marrón claro, muy bien peinada la cabeza. Un perrito de la Moncloa.

Limpieza étnica

Agosto 1998

Hace siete años que todo el mundo sabe que el presidente serbio, Slobodan Milosevic, es un criminal de guerra. Elegido por su belicoso pueblo, desde luego, pero criminal. También Hitler ganó las elecciones. Milosevic es un criminal de guerra porque mandó invadir el nordeste de Croacia y destruir la ciudad de Vukovar, sabiendo que la acción iba a causar miles de muertos. Milosevic es un criminal de guerra porque alentó, favoreció y se implicó directamente en la infame guerra de Bosnia, donde perdieron la vida más de cien mil personas.

Todos recordamos los inclementes bombardeos de Sarajevo: los rasca-cielos agujereados, el mercado en llamas o la cola del pan que atacaban impunemente los guerrilleros fascistas de Radovan Karadkic, el gran protegido de Milosevic. Todos recordamos aquellos niños aplastados, amoratados y muertos en las cajas de los camiones de refugiados que huían de Zepa o de Gora-dze. Todos sabemos que los serbobosnios armados por Milosevic fusilaron a decenas de miles de bosnios, ciudades enteras como Srebrenica. Lo sabemos bien y, lo que es peor, lo sabíamos antes de que sucediera.

Recuerdo perfectamente cuando la televisión informaba de Srebrenica. Todavía no habían muerto sus habitantes, pero la noticia refería que los soldados de Karadkic y de su sanguinario lugarteniente Selez se dirigían hacia Srebrenica. Esta inevitabilidad del holocausto causa espanto.

Cuatro años después del final de la guerra de Bosnia, Milosevic está decidido a generar otro holocausto, esta vez en Kosovo, dentro de los propios límites de Serbia. Ocurre que en Kosovo el noventa por ciento de la población no es serbia ni quiere serlo, de modo que la limpieza étnica —última razón de ser de todo nacionalista— significa que o bien humillan y exterminan al millón ochocientos mil de kosovares no serbios o bien los supervivientes abandonan Kosovo y se instalan, como ya están haciendo, en la paupérrima y vecina Albania donde se juntan el hambre con las ganas de comer.

¿Y qué hará la OTAN esta vez? ¿Cruzarse de brazos como antaño? Esperemos que no, aunque la respuesta ya tenía que estar no en fase de discusión, sino en marcha. Decidida a actuar ya, con razón y fuerza, contra el ejército

genocida de Milosevic. Se trata, sin duda, de una intervención muy difícil y arriesgada, pero no deja de ser un gran escándalo que, sabiendo como se sabía, que Milosevic iba a arrasarse a los kosovares, la OTAN todavía estuviera haciendo cábalas. Los políticos criminales de guerra no cambian jamás.

Colegas de interior

Agosto 1998

Con lo dura y cruel que es en España la batalla política entre partidos y héte aquí lo bien que se llevan siempre los dirigentes de Interior de esta formación o de la otra, de la UCD o del aquel PSOE. ¿Por qué será? ¿Por mera solidaridad entre políticos que se responsabilizaron de una gestión muy difícil? Posiblemente. Pero quien sabe si también porque unos y otros saben demasiadas cosas y prefieren callarlas entre todos. Aun así, lo más probable es que se trate de un sentimiento de compasión mal ejercitado, porque cuando hay muertos por el medio lo que procede es la justicia y no la compasión.

Habrà que ir por partes. Y decir que, efectivamente, la labor es muy dura. Pero también que es voluntaria, pues a ningún político se le obliga a ser ministro del Interior. Pero hay más: seguro que en España hay miles de políticos estatales, regionales, provinciales y municipales dispuestos a ser ministros del Interior, Secretarios o Directores Generales de Seguridad. Encantadísimos.

Se trata, además, de un oficio lucrativo en muchas ocasiones. Y no me refiero al caso de Luis Roldán, que se hizo rico del modo más celtibérico y atroz. Me refiero a muchos altos cargos que percibieron generosísimos estipendios fuera de su nómina oficial. Dineros públicos dudosamente merecidos que regaron los bolsillos de los sacrificados responsables del ministerio del Interior.

De modo que el argumento del sacrificio y de la incomprensión, y de la dureza del cargo es poco menos que una falacia. Y, por supuesto, nunca justifica la incursión en la delincuencia. Si la justificara, entonces cabría decir que el estado de derecho sería, sencillamente, el estado del revés. Si los funcionarios más obligados al cumplimiento de la legalidad son quienes más gravemente se la saltan, todo el edificio jurídico-público se viene abajo por muchos amigos felones o sofistas que tenga Felipe González en los medios de comunicación o en las reticentes cloacas de Interior.

Ello nos lleva a otro argumento siniestro que esgrimen estos días quienes quieren indultar a Barrionuevo y compañía antes de que pisen la prisión, batiendo así todos los records de benevolencia carcelaria. El ardid es éste: decir que en el régimen anterior, tras el asesinato del almirante Carrero Blanco,

también se cometieron asesinatos desde el ministerio entonces llamado de la Gobernación. Querer justificar los crímenes de un gobierno en democracia con los crímenes de una dictadura es la mejor manera de demostrar que quienes secuestraron, asesinaron y cobraron por ello están dispuestos a todo, ellos y sus amigos y antiguos jefes, con tal de escamotear a la ciudadanía española el esclarecimiento del más negro episodio político de los últimos veinte años.

Kabila

Agosto 1998

Laurent Kabila tiene imagen de bárbaro y la imagen, tantas veces, lo dice todo y aún más. Laurent Kabila defenestró en 1997 al gran sátrapa del Zaire, Mobutu Sese Seko, pero él enseguida comenzó a hacer la misma política de delincuente que su derrotado. Las elecciones y el saneamiento de la vida pública que por entonces prometió eran, obviamente, palabras. Y un cambio de palabras, por cierto, ha sido el único que ha experimentado el país con Kabila: ahora el Zaire se llama Congo, que es como se llamaba antes de que Mobutu le pusiera Zaire.

Kabila es un tirano más. No solo un tirano más del Zaire (o del Congo), sino un tirano más de África, que los ha padecido de todos los colores a partir de 1960, el año mágico de la descolonización. Desde entonces, casi cuatro décadas, en África se han producido casi todas las carnicerías humanas del último medio siglo. La barbarie soviética pasó el testigo a los crueldades del continente negro.

En África se han producido matanzas atroces, ninguna tan espantosa como la que llevó a la tumba, en los últimos años, a más de un millón de ciudadanos de Ruanda y de Burundi. En África se han desplegado guerras civiles inclementes, como la que sostuvo el gobierno de Nigeria contra la discolpa provincia de Biafra o como la que ha sembrado de minas y de muñones los campos y las gentes de Angola. En África se violan los derechos humanos todos los días: en Somalia, en Nigeria, en Sudán, en Argelia, en Sierra Leona, y no digamos en Guinea Ecuatorial, la primaria dictadura donde la gente habla español. En África hay muchos Kabilas y van a perseverar.

Uno piensa entonces algo bastante disparatado: que si África continuase bajo la colonización de los franceses, los ingleses, los alemanes o los portugueses probablemente su nivel de vida no sería inferior al de la actualidad y muy probablemente no habrían muerto un millón de tutsis y hutus en las orillas del lago Kivu. Tampoco se habría producido la cínica e interminable guerra civil en Angola.

¿Quiere ello decir que hay que estar en contra de la descolonización? En absoluto. Pero sí recordar que la velocidad con la que se llevó a cabo la

emancipación de treinta o cuarenta estados carentes de infraestructuras, desprovistos de cuadros medios y con la población semianalfabeta era más que un presagio de lo que viene sucediendo en los cuatro últimos decenios.

¿Qué hacer cuando está casi todo pendiente? ¿Cuando ya no se pueden revisar las ficticias fronteras que impusieron las antiguas metrópolis, acen-
tuando el infortunio de las viejas sociedades tribales? No se trata, desde luego, de que todos nos enrolemos en una ONG y aparezcamos en los campos de refugiados de Goma o entre las barricadas de Kisangani. Pero tal vez, al menos, deberíamos preocuparnos por saber algo más de África. De su historia y de sus gentes. Tomar conciencia.

Mientras tanto, comienza la liga de las estrellas.

Rusia

Agosto 1998

El comunismo fue tan inoperante y visionario, tan arcaico y monolítico, que no sólo propinó setenta años de estrechez y violencia a los rusos, no sólo aniquiló la libertad, no sólo asesinó a cuarenta millones de compatriotas no sólo produjo el mayor número de deportados de la historia y no solo abrasó a decenas de países en la Europa del Este, en el Caribe, en África y Asia, sino que, por si fuera poco, arruinó póstumamente a una generación completa de rusos: la que tenía que gobernar la transición del sistema fallido a la economía de mercado. Rusia llevaba ocho años al borde del abismo y ahora está cayendo por él; viajando en picado no se sabe donde. Tal vez rumbo a un nuevo e inquietante autoritarismo.

Es posible que si Rusia nunca hubiera sido comunista ahora sería un país moderadamente desarrollado y con expectativas de futuro. Un gran país sin peso específico en el mundo, una especie de Brasil del frío. Pero Rusia es otra cosa, aparte del caos. Rusia fue el corazón de un imperio tiránico y desalmado, un imperio cierto y verdadero. El comunismo hizo de Rusia la cara B del capitalismo americano. Ahora que el país se desmorona, late en la población anonadada un inevitable sentimiento de nostalgia. Con el comunismo, Rusia era pobre, pero poderosa en lo militar. Era un país temido y respetado. Y el comunismo tenía entonces tal prestigio y capacidad de convicción que el más célebre intelectual europeo –Jean Paul Sartre– no tuvo empacho en defender públicamente y por escrito al más célebre asesino del siglo: José Stalin.

Ahora Rusia es un caos insondable, un paisaje de mafias, regido por la indisciplina, el desánimo y la estulticia. Rusia está partida por el eje y resulta insólito que un país inmenso, riquísimo, al que le sobra petróleo, hierro, carbón y muchos otros minerales sea incapaz de salir adelante cuando su población es similar a la de estados como Paquistán, Indonesia o Bangladesh y cuando dispone del espacio territorial de media Europa y media Asia? ¿Cómo es posible este marasmo cuando la población rusa tiene una alta cualificación profesional, que ese aspecto sí lo garantizaba el comunismo?

La respuesta es política pero sobre todo psicológica. Rusia no cree en sí misma. Los rusos no creen en Rusia. Al país le pasa como a esos equipos

de fútbol de gran presupuesto y relumbrón, de gran estadio, muchos socios, fichajes y trayectoria, que acaban descendiendo a segunda división, faltos de fe, de orden, de esfuerzo. Rusia desciende a los infiernos mientras otros equipos infinitamente más modestos, corajudos y pobres juegan la promoción de ascenso. Por ejemplo, Eslovenia o Hungría, que también fueron comunistas.

A Rusia la destruyó el comunismo, y la sigue destrozando después de muerto. Hizo del pueblo ruso un ingente mendigo que lo esperaba todo del estado. Pero el estado ahora son ellos: los que esperan. Los que no se fían ni del estado ni de sí mismos.

El chico de la ría

Septiembre 1998

Clemente Lázaro, el seguidor de Xavier Arzallus de la margen izquierda de la ría, no sabe ganar a Chipre. Clemente Lázaro, abertzale de origen zamorano que cobra un montón de millones al año de la Federación Española de Fútbol, no sabe ganar a once electricistas, estudiantes y panaderos de un país con una población similar a la de la provincia de Castellón. Lo que sí sabe, sin embargo, es defender su puesto de entrenador con uñas y dientes. Y con muchos exabruptos del todo inaceptables.

Clemente Lázaro se hundió el día de la derrota contra Nigeria. Ahí se acabó su contribución como seleccionador. Pocas veces un encuentro fue más decisivo. Clemente Lázaro dejó el cargo, virtualmente, cuando Zubizarreta se metió un gol él solo. Zubizarreta es un gran portero, formidable portero, como bien sabemos todos, pero ese día falló con estrépito y los otros diez jugadores fueron incapaces de enmendar el yerro.

Zubi se metió un gol y ese gol, ese 2-2 absurdo, nos echó del Mundial. Quedaban más minutos de ese partido, quedaban más partidos de ese Mundial, pero ya estábamos fuera. Y para demostrarlo vino el 3-2 de Nigeria, vino la catarata de improperios del chico de la ría y vino la impotencia de los futbolistas frente a Paraguay. Cuatro días después, la victoria amarga frente a Bulgaria ya tenía todo el sabor de la necrológica.

Y en ese sabor perseveramos, como bien se ha demostrado el otro día en Nicosia, la modestísima capital de un país que está en una isla pequeña, y que ni siquiera la ocupa enteramente, pues al sur de Chipre hay otro estado todavía más humilde, solo reconocido por Turquía: el de los turcochipriotas. España perdió, pues, no contra Chipre, que ya es grave, sino solo contra los griegos de Chipre, que todavía es peor. Caímos frente a tres cuartas de Chipre, aunque eso, en el fondo, a Clemente le importa tres cuartas partes de un rábano. Es decir, nada.

Clemente Lázaro sabe que continuará en el machito, cobrando los millones, apoyado en una patética camarilla federativa que tiembla ante la posibilidad de perder sus prebendas y lujos. Apoyado, también, en un grupo de jugadores que lo siguen como a un ídolo de barro. Jugadores de calidad, sin

duda, pero que siempre fracasan en los momentos decisivos cuando defienden la camiseta de la selección española. Siempre.

En los últimos treinta años, el combinado nacional solo ha tenido un éxito: llegar a la final de la Eurocopa en 1984. Nos llevó allí un entrenador castizo, relajado, divertido, inteligente y sabio: Miguel Muñoz. Todo lo contrario que el espeso, malencarado, tosco, temeroso y frailuno Clemente Lázaro. Hay que buscar a otro Miguel Muñoz. Evidentemente, Camacho no da esa imagen. En España en los últimos años el fútbol se ha convertido en algo demasiado serio. Demasiado agrio. A lo mejor Valdano es la solución. Él, por lo menos, sabe perder con ironía y verbo, con educación y simpatía. Que no es poco.

El sino de Ibarreche

Enero 1999

Diecisiete presidentes autonómicos tiene España, todos varones por cierto, que debe ser cargo de mucho machismo. Diecisiete presidentes y cada uno con su carácter, con sus manías, con sus votos y expectativas. Unos son desconocidos —el de Cantabria, por ejemplo, el de la Rioja—; otros dan la imagen del macizo de la raza —caso del extremeño Ibarra—; algunos no se conforman con la dimensión regional de sus puestos —José Bono o Ruiz Gallardón, el insólito leguinista madrileño. Otros mandan muchísimo y tienen alto pavor en no seguir mandando muchísimo hasta las riberas de la ancianidad, como Jordi Pujol. Los hay que son parte de la historia de España del último medio siglo, con todas sus luces y sus sombras, como Manuel Fraga, y no faltan los que son íntimos del presidente del gobierno —como el castellano-leonés Juan José Lucas—, los que son estrellas en ascenso en su partido —como el valenciano Eduardo Zaplana—, y los que son asteroides en descenso, como el batallador Sergio Marqués de Asturias. También hay que resaltar a quienes representan el más recio clientelismo populista, como el andaluz Manolo Chaves.

De todos ellos el que menos decide, y con gran diferencia, es el lendakari Ibarreche. Este muchacho delgado y ciclista, con aspecto de hombre de bien, que eso nadie se lo discute, no deja de ser un criado de Arnaldo Otegui, y casi ni siquiera eso, pues Arnaldo Otegui no le da las órdenes directamente. Se las transmite a través de su chambelán Arzallus, quien, por cierto, está encantado en su nueva labor de puente entre la ETA y el PNV, una actividad que siempre le gustó mucho: desde los albores de la transición acaso.

Lo peor, sin embargo, no es que Ibarreche mande poco, que no manda nada. Lo peor es que se le nota demasiado. Porque podía disimular el hombre, y hasta hacer un papel más que digno en el afrentoso teatro de la mayordomía política. Ibarreche podía aprenderse el guión por las noches y surgir a la mañana siguiente disfrazado de actor mediocre, haciendo como que improvisaba las consignas que le pasa Otegui a través de Arzallus o besando niños abertzales con solvencia de extrovertido. Ibarreche podía limar su imagen de oficinista del independentismo abrazando madres de etarras encarcelados pero también rostros de niños hijos de los guardias civiles. Ibarreche podía decir un día que había leído el libro de Jon Juaristi titulado “El Bucle Melancólico”, y

que, estando en desacuerdo totalmente con su contenido, reconocía el derecho de Juaristi a interpretar la historia del nacionalismo vasco como lo estimara oportuno.

Pero Ibarreche no sabe o no quiere, o le han dicho que tiene que aparecer siempre como un evidente empleado. Tan evidente que, por lo menos, hay cien vascos que mandan más que él: el cenital Arnaldo Otegi, Arzallus, Garaikoetxea, Egibar el comprensivo, Jon Idígoras, Iñaki de Rentería, Koldo Celestino, Santi Potros, Josu Ternera, otro que llaman el Paticorto, etc.

El mapa de Durán

Febrero 1999

Dice el aragonés Durán i Lleida que es un gran problema situar a Cataluña en España. No resulta fácil, sin embargo, entender tan categórico enunciado. Uno mira el mapa de España y lo encuentra muy normal. Plenamente compacto. España tiene una personalidad cartográfica abrumadora. Compartida con Portugal, es bien cierto que los dos estados configuran una unidad geohistórica manifiesta. Los ibéricos nos integramos en un territorio nítido. Rodeado por tres mares, un estrecho y una formidable barrera de montañas. Pocos mundos en la tierra tendrán tan bien delimitadas sus fronteras naturales.

El gran escritor portugués José Saramago, último premio Nobel, buceó con ironía y gracia, con imaginación y sabiduría en esta realidad incuestionable. Tanto es así que no dudó en fabular a los dos países paulatinamente separados de la Europa continental, convertidos en una gigantesca balsa de piedra dispuesta a encontrarse a sí misma justo en medio del Atlántico, en un punto tal vez equidistante entre la Unión Europea y sus burócratas bruselenses y los quinientos millones de americanos y africanos que hablan el castellano y el portugués, las dos lenguas ibéricas con mayor número de asociados. José Saramago lo contó en *La Balsa de Piedra*, una más de sus muchas novelas barrocas, potentes, imaginativas y solidarias.

Cataluña queda muy bien en el mapa peninsular. Es su hogar natural y no hace falta ser un especialista en geografía para deducirlo. Cataluña linda con Aragón y con Valencia, y está recorrida en buena parte por el río que da nombre a la península, el Ebro que cruza y une tierras de Cantabria, de Euskadi, de la Rioja, de Navarra y del Aragón natal del señor independentista Durán i Lleida. El líder democristiano ha nacido en la cuenca del Ebro, en la península Ibérica, en la Balsa de Piedra y le da por decir que Cataluña es una pequeña Balsa de Pujol y de Durán y Lérida rumbo al Mediterráneo, dispuesta a atracar en el puerto del Alguer, gobernada la secesionista nave por almirantes de Cataluña, marineros del Rosellón, cocineros de Mallorca y acaso galeotes de Valencia. Cualquiera sabe.

Durán y Lérida y Pujol y Soley llevan muchos años, sobre todo los últimos, mareando la perdiz de la Constitución, agitando hasta el delirio y el

tedio el victimismo catalán, su insaciable sentimiento de identidad; su hambre eterna de mapas desgajados. Se trata, a lo que se ve, de una dolencia infatigable. La única cura, cuentan, sería la independencia. De ahí que, curiosamente, cuanto más autonomía abarca Cataluña, cuantas más competencias se le asignan, más crece la sensación de dolor de sus dos atribulados copríncipes. Quien sabe si el remedio para sus males vendrá de la mano del confuso y carismático Pascual Maragall, así pasen los comicios de octubre.

Andaluces de Valencia

Marzo 1999

Los andaluces de Valencia, que no son nada altivos, todo lo contrario, laboriosos y conviventes, gente de bien desde los tiempos de Tartessos y aun antes, han celebrado su fiesta de cada año. En la plaza de toros y por derecho. Los andaluces de Valencia, varios cientos de miles de ciudadanos valencianos, llegaron a esta tierra hace cosa de veinte, de treinta años, de cuarenta y se quedaron.

Venían apaleados por la postguerra, el hambre o el servilismo. Víctimas de las injusticias territoriales de un régimen que favorecía la inversión pública en Asturias, el País Vasco, Madrid o Cataluña en detrimento de extremeños y sureños. Llegaban en trenes inmundos, con la casa auestas. Imágenes tremendas y tragicómicas que todos hemos visto de niños en las estaciones ferroviarias y en las películas neorrealistas: padres de familia con colchones al hombro, niños mal vestidos cuando no descalzos, señoras cautelosas, muchachos de cejas oscuras, ancianos cadavéricos, y todo el andén con la zozobra en la mirada. Con la esperanza y el temor que amasan el sueño y la derrota que viven en cada emigrante.

Los andaluces afrontaron los empleos peor remunerados, los trabajos más duros. Habitaron las viviendas más humildes, los barrios más apartados. Se buscaron la vida y lo hicieron con dignidad, con sacrificio y con mesura.

Hace más de veinte años que cesó la emigración. Nacieron, entre tanto, decenas de miles de hijos de los andaluces que encontraron un futuro en la Comunidad Valenciana. Esos hijos, hoy jóvenes, son valencianos de nacencia y vecindad, de vocación y sentimiento, pero también son andaluces y eso que solo conocen Andalucía durante los veranos, cuando la familia regresa a los lares antiguos de las serranías cordobesas, los altos valles granadinos o los desiertos almerienses.

Estos jóvenes son valencianos andaluces y sus padres son andaluces valencianos. Unos nacieron fuera y se integraron aquí; otros nacieron aquí pero desde pequeños fueron bien educados por sus padres en ese amor intenso que vincula a las personas con la tierra de sus ancestros. Un amor abierto al mundo y no situado frente a él, como acostumbran otros sentimientos patrió-

ticos de ámbito regional que vienen lacerando la convivencia entre españoles desde hace bastantes años.

Los andaluces valencianos no han perdido un ápice de su condición andaluza aunque lleven cuarenta años en Valencia. Se sienten valencianos siendo, a la vez, irreductiblemente andaluces. Demuestran, con profunda sabiduría y con naturalidad, que sería un disparate obligarles a escoger entre sus dos identidades. Ellos quieren ser andaluces, lo que son, pero no quieren dejar de ser valencianos, lo que también son.

Jacques Santer

Marzo 1999

Existe la costumbre de situar a un hombre modesto al frente de una organización internacional. Como los países poderosos que forman parte de esos clubs nunca o casi nunca se ponen de acuerdo para elegir el presidente, echan mano del primer maltés o andorrano que pasa por la puerta del salón de actos donde se produjo el desencuentro. Por eso sucede que personajes grises como Jacques Santer llegan a lo más alto de la política europea. El desarrollo es siempre el mismo: Francia veta a un presidente alemán, Alemania a uno francés, Inglaterra se veta a si misma, Italia y España cuentan menos, los otros todavía menos aún, y la solución es mirar a Luxemburgo.

Es un país muy simpático. Tiene menos habitantes que la provincia de Castellón, un nivel de vida de ensueño, bosquecillos, praderas, un gran aeropuerto y una capital que es algo así como un Jaén de superlujo. Y también tienen a un funcionario que se llama Jacques Santer.

Por lo general, estos dirigentes de compromiso suelen ser dóciles, blanditos, poca cosa. Ejercen un papel parecido al que protagoniza Javier Solana en la OTAN. Es un buen muchacho que se fía de Milosevic, que cree en el mito del buen salvaje, que cree que el diálogo todo lo arregla, que no hay que precipitarse Y que todo se andará. Mientras tanto lo que andan –y vuelan, sobre todo- son las balas y las bombas que acaban con la vida de los kosovares.

La Unión Europea se equivocó eligiendo a Jacques Santer. Y ahora se da cuenta y se entera de un modo duro y peligroso: asumiendo que la falta de fuerza política y personal de este señor ha perjudicado la imagen de la Comisión Europea. Y aunque al parecer, está fuera de duda que Santer y sus comisarios se hayan lucrado desde sus altos cargos, ello no les exculpa de otros cargos más bajos que van en detrimento del gran proyecto continental. No han estado a la altura de las circunstancias.

Las instituciones europeas, al menos en España, tienen todavía muy escaso prestigio por muchos esfuerzos que al respecto se hagan. Pasaron unas cuantas elecciones europeas y, sin embargo, los políticos de relumbrón reniegan de ir en esas listas. Felipe González no quiere ni oír hablar de Estrasburgo y la propia Carmen Alborch también ha declinado el ofrecimiento. Lo de ser

parlamentario en Europa es para gente menor por lo que se ve; para gente que más que nada busca el sueldo mayor que pagan en las orillas del Rin.

Es necesario un gran político al frente de la Unión Europea. Un proyecto tan ejemplar y prometedor, de grandísimo calado histórico, una idea esbozada por Adenauer, Schumann y De Gasperi, entre otros, no puede estar en manos de un burócrata de medio pelo. ¿Por qué no se anima Helmut Kohl?

Tres mundos

Abril 1999

Los policías serbios acaban de romper la puerta a culatazos. Ya están en el zaguán aunque hace una hora que los escuchábamos por las casas vecinas. Sentimos gritos, también algún disparo. Por la rendija de la persiana, entre la niebla nocturna, vimos a varios hombres detenidos. Ahora los policías serbios ya llegaron al pasillo, preguntan por mi padre. Pero mi padre ha huido hace tres días, debe vagar por el monte, tal vez lo mataron en alguna emboscada, tal vez logró llegar a los campos de refugiados de Albania. Los policías serbios están hablando con mi madre. Más que hablar, gritan, dan órdenes. Mi madre les dice que no sabe donde está mi padre. Cuando acaba la discusión nos dicen que tenemos tres minutos para abandonar la casa.

Los policías serbios están en el portal, esperando. Fuman y ríen. Recorro con mi madre la casa. No sabemos como empezar y ya ha pasado un minuto. Pero el siguiente lo aprovechamos bien. Ella recoge los documentos que tiene en un cajón, bien ordenados, y vacía el humilde joyero en un bolso. Yo mientras tanto, retiro del comedor lo que ella me dice: el álbum de fotos de la familia, el Corán, un cenicero de plata y el marco de latón de la foto de la boda de los abuelos, realizada en un estudio de Pristina en 1912, cuando aún no existía Yugoslavia. Mi madre también guardó tres mantas y toda la ropa que pudo en las dos únicas maletas que tenemos. Siempre hemos viajado poco. Vivimos modestamente. Mi padre trabajaba en una tienda de telas que los serbios quemaron la semana pasada.

El tercer minuto, bajo la oleada de gritos y de insultos de los policías serbios fue el peor. El minuto de la mirada. Con mi madre recorro la pequeña vivienda. Contemplo por última vez la casa en la que hemos vivido siempre, la casa que fue de los abuelos. Miro los viejos muebles, las cortinas blancas, los cuadros que siempre miré. Cuadros de paisajes lejanos y ese marco pequeño, ahora tan absurdo, del camarada Tito encima del televisor. Si Tito no hubiese muerto, Yugoslavia continuaría existiendo con sus seis repúblicas, y no habría habido guerras en estos años. Pero decir ahora eso no sirve de nada.

Miramos mi madre y yo la cocina. Los últimos segundos son para la cocina. Ahí vivíamos. De repente, en treinta segundos, como dicen que los

moribundos recorren vertiginosamente su vida, recorreremos nosotros dos, en silencio, todos los años que pasamos en esta casa. Con mi padre, con mis abuelos cuando vivían, con mis tíos que venían a contarnos cosas del monte, de Albania y del mar.

Los policías serbios están volviendo por el pasillo. Nos insultan con fuerza, empujan a mi madre; le dicen que tiene que dejar una de las dos maletas en casa. Yo aprieto contra mi pecho la bolsa en la que llevo las fotos de la familia.

Espinosa

Abril 1999

Luis Espinosa pertenece a la olímpica y selecta categoría de los valencianos florentinos. Es un grupo de cabezas siempre distinguidas, siempre condecoradas con cargos de relieve cuando con leyendas (no siempre reales) acerca de sus muchos méritos escondidos e implacables. Los valencianos florentinos son hombres cordiales, de mucho avión y comedimiento, con imagen de gran eficacia y por lo general, muy volcados en sus menesteres profesionales. Tal vez por ello propenden a la soltería, como, por ejemplo, don Antoni Asunción, que pasa por ser un florentino valenciano de la política aunque últimamente ha protagonizado unas intervenciones públicas muy poco florentinas; más bien propias de carretero.

Los florentinos valencianos tienen gran prestigio en nuestra ciudad, siempre lo tuvieron, al menos en ciertos entornos, y muchos jóvenes que andan por ahí, por las calles, tan bien vestidos y sonrientes, tan determinados y ambiciosos, sueñan con ser de mayores, de más mayores quiero decir, como Antoni Asunción o como Luis Espinosa. Para vivir en un éxito permanente, y siempre con un eco arabizante en la sonrisa. Los florentinos valencianos presumen de saber estar, de saber mirar, de saber ocultarse y de saber decir en el momento oportuno la frase más acerada y bella al mismo tiempo. Con todo, no siempre lo consiguen.

Pero vayamos al grano. Cuentan los medios, y no paran, de que tal vez don Luis Espinosa puede tener alguna información relevante acerca de los velados criterios que acabaron tejiendo una gran confusión contable de decenas y decenas de millones de pesetas en la cúpula empresarial valenciana. Dineros procedentes de la Fundación para la Formación Continua que han acabado muy embarullados, y delante del juez.

El asunto trae de calle a los antiguos líderes de la patronal, señores Jiménez de la Iglesia y Cesáreo Fernández, que andan los pobres de juzgado en juzgado, explicando a magistrados y público en general que las cuestiones económicas y administrativas de la confederación eran responsabilidad del que fue su célebre secretario, Luis Espinosa, quien se ha parapetado en Madrid, donde trabaja a las órdenes de otro ilustre florentino valenciano, don Fernando Villalonga, ex conseller de Cultura.

Luis Espinosa ha pedido prórroga larga al juez, y se la han concedido, de dos meses nada menos, porque el ex secretario de la CEV anda muy ocupado con sus tareas al frente de la Agencia Española de Cooperación Internacional, no en vano ese organismo coordina la ayuda de España a los refugiados kosovares. De modo que tenemos que esperar a que termine la contienda balcánica, que se barrunta larga y terrible, para conocer las novedades que el señor Espinosa puede aportar para contribuir al esclarecimiento contable de los fondos bajo muy ruidosa sospecha.

Catalanes meridionales

Mayo 1999

Hace veinte años un amigo mío viajó por Suecia con varios compañeros de trabajo. Una de las cosas que más le sorprendió de aquel periplo fue que por las noches las gasolineras suecas permanecían abiertas, sin operario alguno al tanto de los surtidores. El viajero que necesitaba combustible de madrugada, se lo servía directamente y dejaba el importe en una caja al efecto.

Una noche, mientras repostaba, mi amigo coincidió con otro usuario. Era un hombre amable que, como la inmensa mayoría de los suecos, hablaba un inglés casi perfecto. El viajero español trabó charla con él, y lo hizo para manifestarle su gran sorpresa por el régimen nocturno de las estaciones de servicio de aquel país. ¿Ninguno roba?, se atrevió a preguntar, tal vez yendo demasiado lejos. El sueco de la noche le miró con extrañeza. Luego trató de recordar y finalmente dijo: Sí, algún meridional roba.

Meridional. He ahí la palabra. El sueco del relato no quiso concretar más. Y aunque es cierto que su respuesta era un pelín xenófoba, es probable que también fuese bastante verídica.

Similar displicencia prosperó en Cataluña en estos últimos años de corrupción generalizada en el resto de España. Durante la repugnante marea de noticias de robos, abusos, enriquecimientos ilícitos y un sinfín de tropelías que todos conocemos y que no por ello dejan de escandalizarnos, en Cataluña, al parecer, todo era escrúpulo, rigor, legalidad, ética civil y ética nacionalista.

No había desfalcos ni cohechos en la tierra de Pujol. La corrupción era un asunto de los meridionales de España, es decir de los españoles no catalanes. La idea, muy vendible, llegó a calar en el electorado de Pujol, que la esgrimía veladamente como prueba de dignidad, europeísmo y diferencia. El hecho diferencial catalán, en el fondo era ése: en el Principat los políticos y sus cohortes privadas o públicas no trincaban fondos ajenos.

Tan solemne convicción, sin embargo, ha saltado por los aires en las últimas semanas, que es cuando se ha sabido que en la Cataluña de estos años una ancha leva de políticos patriotas se ha dejado sobornar muy provechosamente por los grandes tiburones financieros de la zona. Hasta los proyectos respon-

sables tributarios de aquellos tiempos de dureza fiscal de José Borrell han caído bajo el peso de la ley, y se pasan ahora la vida entrando y saliendo de los juzgados, con la misma naturalidad con la que hasta hace poco entraban y salían del palco del Barça, donde tantos amigos tienen.

El nacionalismo catalán ya cuenta con sus próceres bajo sospecha, con sus simpatizantes ladrones. Es un nacionalismo plenamente meridional. Puro instrumento, porque antes que la patria, está y estará siempre la bolsa. Ahora se comprende por qué Pujol nunca quiso hacer “sangre” con los escándalos dinerarios que han estallado en los últimos años en el resto de la nación.

Almunia está contento

Mayo 1999

En todas las organizaciones, empresas, clubs de fútbol, casinos de pueblo, partidos políticos, asociaciones de antiguos alumnos, collas ecologistas, sindicatos, ligas de excombatientes, consejos presbiterales, agrupaciones de comerciantes, cofradías de nazarenos o de pescadores, colegios profesionales, juntas generales, parlamentos y confederaciones varias hay un hombre, o muchos, como Joaquín Almunia.

Un hombre oscuro y aspirante. Un hombre que esconde su ambición día a día, año a año, a la sombra del que manda con mayor o menor carisma, pero siempre con algo de carisma, lo que al hombre oscuro le falta plenamente. En todas las agrupaciones hay un Joaquín Almunia que calcula y sueña.

Algunas veces, muy pocas, este hombre opaco y voluntarioso tiene su oportunidad. Le pasa como a esos entrenadores de fútbol que se dedican a los equipos menores del club y que un día tienen que sustituir provisionalmente al entrenador célebre y cesado. En principio le llaman para que trabaje quince o veinte días al frente del primer equipo, mientras se encuentra otro entrenador nuevo de prestigio. Ahora bien, si el equipo gana tres partidos seguidos, el entrenador sustituto pronto empieza a afianzarse, a ser alguien en el club y en la afición, y ya no lo quieren cambiar. Al menos, hasta el final de la temporada.

A Joaquín Almunia le nombró la directiva entrenador hasta el final de la temporada. El final de la temporada, en este caso, era la fecha del solemne regreso del entrenador principal, Felipe González. Así las cosas, Joaquín Almunia se dispuso a disfrutar de su oportunidad. Pronto, sin embargo, le visitó el infortunio. Las bases del club, los aficionados, prefirieron a otro entrenador provisional. El clamor del estadio obligó a poner en el foso del césped a José Borrell y mandó a la grada al candidato del presidente. Joaquín Almunia se resignó –muy mal- a su suerte subsidiaria. Sería el secretario técnico del club, un cargo en la trastienda. Mas no siempre se resignó a su suerte: a veces invadía las competencias del entrenador y hasta se atrevió a criticar públicamente sus decisiones.

Y es ahora cuando se ha producido la sorpresa. Una racha de resultados desastrosos, dentro y fuera de casa, han obligado a José Borrell a dimitir. El cargo de entrenador ha quedado de nuevo vacante y esta segunda oportunidad no la va a dejar escapar Joaquín Almunia. Es su turno. Por eso está tan contento el hombre, tan radiante junto al micrófono y los colegas de la ejecutiva. Ahora sí. Ahora el derrotado de la afición podrá ser el entrenador victorioso en los despachos. Ahora nadie le quitará el puesto perdido en el veredicto de la hinchada. Ahora podrá hacer realidad su modesta pretensión: ser el entrenador titular durante un año. Con eso le sobra y le basta. Bien sabe él que al final de la temporada será relevado. Pero ese año de gloria no se lo quita nadie.

Santones

Mayo 1999

Estar a favor de la paz es muy sencillo, ecológico y razonable. Estar a favor de la paz es muy ético, progresista y natural. Estar a favor de la paz es una maravilla, oye, y no sé por qué no estamos todos a favor de la paz, todo el mundo, toda Europa, todo Kosovo también. Si en Kosovo estuvieran todos los albano-kosovares a favor de la paz no habría refugiados en Macedonia ni en Bosnia ni en Albania. No habría muertos en Serbia, ni la destrucción de sus fábricas, cuarteles, ministerios y refinerías. Si los albano-kosovares estuvieran a favor de la paz, esperarían en sus casas tranquilamente a que los paramilitares serbios vinieran a ejercer la limpieza étnica. Morirían los hombres, pero tal vez, a cambio de su colaboración, los ancianos, las mujeres y los niños quedarían vivos. Y sus casas y haciendas permanecerían intactas. Libres los rebaños en los campos, bellos los cisnes en los estanques, armoniosas las plazas de las viejas aldeas sin varones. Kosovo sería un vergel y Serbia entera lo que venía siendo hasta marzo: un país mediano, con sus carreteras asfaltadas, sus factorías en marcha, sus bailes regionales, sus popes radiantes y su represión en perfecto estado de revista. Si los albano-kosovares aceptaran sin rechistar su sacrificio, la paz sería reina y señora de los Balcanes. No habría vuelos de castigo ni errores espantosos de la OTAN en sus bombardeos.

Es fácil ser santón de la paz. Muy fácil. Basta decir: yo quiero la paz. Yo quiero el cese de las acciones de la OTAN. Pero tal vez sea más coherente la postura de quienes apoyan a Milosevic que la de quienes imploran la paz al universo. Julio Anguita, por ejemplo, apoya a Milosevic. Cree que es de los suyos porque el sátrapa de Belgrado alguna vez fue comunista. Cree que le atacan —lo ha dicho el propio Anguita— porque es comunista. El escritor alemán Handke también apoya expresamente a Milosevic. Uno y otro ejercen su opción. Y aunque ambos, obviamente, están en contra de la limpieza étnica, de facto, lo quieran o no, ayudan al responsable máximo de la tragedia kosovar.

Ante un acontecimiento como el de Kosovo no cabe la neutralidad. Y de poco vale decir, angelicalmente, que uno está por la paz y en contra de Milosevic y de la OTAN por igual. Todos queremos la paz. Milosevic quiere la paz de los cementerios y la OTAN quiere la paz de un Kosovo protegido internacionalmente al que puedan regresar los refugiados. Pero la paz, tantas veces,

no se consigue pronunciando la palabra paz. En Kosovo la paz solo llegará cuando se produzca la invasión terrestre de la desdichada provincia por parte de las tropas de la OTAN. ¿O es que todavía no conocemos a Milosevic, a sus diez años de odio, engaño y barbarie? ¿Acaso nos hemos olvidado de los doscientos mil cadáveres de Bosnia y de Croacia en el haber del racismo serbio?

ETA juega al palé

Junio 1999

ETA se divierte con el Palé, ese veterano juego de mesa que ahora se llama Monopoly. Los etarras se han acomodado en el salón-estar de Arnaldo Otegi y han pedido vino de la Rioja para acompañar la partida. Otegi y su ayudante Joseba Egibar, vestidos los dos de camareros patriotas, atienden a los invitados.

ETA juega al Palé con Euskal Herria. El cartón del juego tiene forma pentagonal y cada lado es una región del Estado Vasco. Una banda para Guipúzcoa, otra para Vizcaya, otra para Álava, otra para Navarra y la última para el País Vasco Francés. En cada banda están indicadas las ciudades principales de cada territorio, las grandes factorías, los seminarios, los parlamentos, los cuarteles de la Ertzaintza y los pisos francos.

Arnaldo Otegi escancia el vino mientras Egibar sigue con gran interés las bazas. El juego es creativo, rompe los moldes. Los etarras proponen que cada banda del Palé sea una Junta de Pueblos. Y que todas las Juntas de Pueblos, unidas por las buenas o por las malas, sean una gran Asamblea para la independencia. Los etarras se emocionan con el invento. Se les ve muy lanzados y animosos. Tal vez el vino que ofrece Otegi tiene la culpa de tanta alegría.

Los etarras deciden, dibujan, mandan, interpretan. Los etarras establecen como han de ser las Vascongadas en el año 2000. Y han decidido que serán un estado soberano constituido por los cinco lados del Palé. Un estado que se llamará Euskal Herria, con capital en Estella. Luego debaten en qué ciudad radicará el Tribunal Supremo Vasco. La cosa está entre Bayona y Biarritz. Entonces le piden consejo a Otegi, quien se decide por Biarritz. Es más bonita, arguye. Estimulado, Joseba Egibar propone de crear una universidad nueva totalmente abertzale. ¿En Vitoria?, propone con cierta ligereza. No, en Vitoria no; mejor en Rentería, dice Josu Ternera, acodado en el tapiz.

¿Y donde estará el Patriarcado de Euskadi, la sede cardenalicia? La cuestión no es fácil de responder. Cada uno de los cinco etarras representa un territorio vasco y todos quieren esa capitalidad. Tras mucho debatir se la adjudican a Pamplona. En cuanto a las cárceles para los enemigos de la independencia, no hay debate: en cada territorio habrá una.

Arnaldo Otegi vuelve a ofrecer vino de la Rioja mientras se concretan los colores de los trajes de los ejércitos y los programas políticos de las ikastolas. Al final, cuando le toca al fútbol, las broncas son monumentales porque los etarras tardan mucho en ponerse de acuerdo para elegir los veinte clubs de primera división. A regañadientes, aceptan que Pello el Viejo incluya al Atlético Hernani en la liga de las estrellas étnicas.

Mientras tanto, en la calle, el millón largo de vascos que se manifestaron contra el asesinato de Miguel Ángel Blanco aguardan a que se haga el silencio de los jugadores para poder irse a la cama a descansar. Saben que el futuro de Euskadi, el que sea, es suyo y no el de los pistoleros.

El Espai d'Art de Castellón

Junio 1999

Los entrenadores de baloncesto suelen insistir mucho en esta minucia: es muy importante meter la primera canasta del partido. Posee un gran valor psicológico. Tanto es así que las estadísticas muestran que el equipo que consigue la primera canasta tiene bastantes más posibilidades de ganar el encuentro que el que la sufre.

Algo parecido sucede con los centros culturales y artísticos. Si fallan en la primera exposición, en el primer concierto o en la primera función de teatro, muy dificultosamente se quitarán de encima ese lastre. No es que no se puedan redimir del error inicial, desde luego, pero ello les obligará a redoblar esfuerzos para lavar la imagen y recuperar la confianza.

El Espai d'Art Contemporani de Castelló ha empezado con buen pie su andadura, que será larga, rompiente y provechosa. Castellón andaba un poco oscurecida en el juego de las ciudades valencianas. Castellón, al norte, la urbe más pequeña de las cuatro grandes –las tres capitales más Elche– tiene proyectos y realidades en asuntos económicos y no digamos inmobiliarios, pero andaba coja en lo cultural, muy por debajo de las otras ciudades valencianas. Y aunque es manifiesto que sus centros universitarios han ayudado mucho a la ciudad, la están transformando profundamente, quedaba inédita la apuesta propia, la mirada que los castellonenses querían aportar al resto del estado en el ámbito de la creación artística.

Y resulta que Castellón ha acertado en este reto. Escogió para ello una exposición muy atrevida y provocadora. Una exposición conjunta de tres artistas: el fotógrafo Jeff Wall, el escultor andaluz Espaliu y el brillante creador castellonense. Carles Santos es uno de los hombres más originales y libres que hay en España. Bien reconocido en el extranjero. Lo recuerdo en 1990, en el festival de Kampnagel, en Hamburgo, al que tuve la oportunidad de ir. Carles Santos dirigía al Coro de Valencia en su delirante, ingeniosa y divertidísima obra coral y teatral “Tramuntana Tremens”. Recuerdo a los dos millares de hamburgueses, alcalde incluido, aplaudiendo frenéticamente aquel producto cultural, enteramente valenciano, hijo de la única época brillante de Teatros de la Generalitat Valenciana, la que protagonizaron Antonio Díaz Zamora

al principio y Ricardo Muñoz Suay después. Carles Santos y el Coro de Valencia iluminaron con su alegría y su transgresión el escenario hanseático, un antiguo e inmenso galpón industrial de los tiempos hitlerianos.

La exposición del Espai d'Art es provocadora, pero eso resulta irrelevante comparado con el GAL o con Luis Roldán, que esos sí que eran provocadores de verdad. El que sea más o menos atrevida eso importa muy poco. Lo que vale es que sea imaginativa, y lo es plenamente. Una propuesta que sacude telarañas y que pone a Castellón en el mapa de la vanguardia.

Kosovares de Valencia

Junio 1999

Dos presencias kosovares habitan en Valencia. Una es la de los kosovares de Kosovo, refugiados de guerra, que se alojan en los pabellones de Cheste, donde son atendidos y reconfortados, en la medida de lo posible, de sus inmensos dolores y melancolías. La otra es la de los kosovares de la calle. La de los kosovares que no son de Kosovo precisamente, pero que son extranjeros y pobres. Unas veces son refugiados y otras, las más, son hombres y mujeres de este mundo que tratan de ejercer un derecho que las leyes, tal vez inexorablemente, entorpecen: el derecho de buscarse la vida. El derecho a tener un trabajo, una casa, una familia allí donde el deseo o las circunstancias les conducen. Es el mismo derecho ejercido por tantos valencianos desde hace cientos de años. El derecho brutalmente conculcado a nuestros antepasados judíos o musulmanes, quienes, por cierto, eran tan españoles y amaban no menos a Iberia que los que les quitaron la casa, la hacienda y la memoria.

Los kosovares de Kosovo/Chesto duermen a cubierto, conviven y recuerdan. Y se asean y son alimentados con cargo a la ciudadanía, como es natural y justo. Dentro de algún tiempo regresarán a sus castigadas aldeas y ciudades balcánicas. A sus cementerios profanados, a sus calles convertidas en escoria, a sus casas incendiadas. Un largo camino por recorrer les queda, y lo harán con esfuerzo y desolación, también con esperanza.

Los kosovares de cada día, los kosovares de Valencia, no tienen previsto regresar a sus tierras. No son víctimas de la limpieza étnica, pero sí de la pobreza y el infortunio, cuando no del acoso político. Cuatro extranjeros cada día arriban a la ciudad de Valencia con intención de permanecer aquí. La estadística nos dice que uno de estos valencianos nuevos es africano, otro de Latinoamérica y dos de los países más pobres de la Europa del Este.

Estos kosovares de cada día, este flujo de transterrados, viene con lo puesto y duerme con lo puesto en el cauce del río, en solares y tendejones. No encuentran otro lugar, una vez se terminan sus estancias, obligadamente cortas, en los albergues públicos o privados. Hacen vida de indigentes y eso que nunca fueron mendigos. En sus países de origen estos hombres y mujeres tenían un techo, un trabajo tal vez; algunos, incluso, un título universitario.

¿Qué hacer? Es cierto que Valencia no puede convertirse en un inmenso internado donde alojar a los más de mil ciudadanos que cada año aquí deciden instalarse. Pero entre esa situación y la que aboca a los inmigrados a dormir en la calle, sin duda deben ensayarse otras intermedias. Por ejemplo ésta: garantizar un techo y comida por un tiempo determinado. Tres meses, cuatro, seis... Para que quienes acuden a buscar un trabajo, para que quienes intentan ser valencianos a su modo, tengan más margen de maniobra para lograrlo.

Piel de cordero

Junio 1999

Se pusieron la piel de cordero después de contemplar los resultados de las elecciones municipales. Se la pusieron los lobos y se la pusieron, despistados, algunos gatos monteses. Los lobos comenzaron a sonreír. Los lobos son los partidos que andan a las órdenes de la ETA. Por manadas, se repartieron el trabajo. Los lobos más fieros, los más radicales, concedieron que los votos nacionalistas, el 51 por ciento, eran insuficientes para poner en marcha la independencia de Euskal Herria. Los otros lobos, los que pasaban por moderados, dijeron que había que pactar con los socialistas vascos, como siempre se hizo, que la política da muchas vueltas y que todos somos hermanos.

Lo malo es que estas ofertas calaron en algún gato montés, o montañés, del PSOE. En dirigentes tan obsesionados por desalojar al PP de los gobiernos municipales, que llegaron a propugnar pactos con los amigos de la ETA días después de que dejaran de arder las sedes socialistas de la margen izquierda de la ría del Nervión.

Los árboles de la animadversión al partido de Miguel Ángel Blanco no les dejaban ver el bosque negro del independentismo violento y de sus criados. Hubo momentos en que parecía que el PSOE iba a pactar con la ETA. Ni más ni menos. Y digo la ETA porque a ver quien establece ahora diferencias políticas de fondo entre los terroristas en tregua y sus partidos acólitos. Unos y otros firmaron el pacto de Estella. Unos y otros quieren la independencia. Unos y otros minimizaron los delitos de la “kale borroka”. Unos y otros plantearon acosar a las fuerzas no nacionalistas. Unos y otros quieren una Euskal Herria anticonstitucional, con progresiva paranoia étnica. Unos y otros quieren el sometimiento de Navarra. Unos y otros, en fin, creen en esa invención llamada Pueblo, con mayúsculas. Unos y otros entienden que el Pueblo tiene alma, ojos, manos, sentimientos. Unos y otros combaten el avance primero de la Revolución Francesa, que ya cumplió los 210 años de edad: el hombre soberano, la individualidad. Entre el hombre y la muerte, la libertad. Ellos, los nacionalistas, ponen al Pueblo de por medio.

Las cosas, sin embargo, parece que vuelven a su cauce. En Navarra, comunidad en el ojo del huracán, los socialistas no han dudado en prestar su

apoyo a la UPN. Les separan muchas cosas, eso afirman, pero están de acuerdo ambas formaciones en lo principal: en apoyar el deseo mayoritario de la ciudadanía navarra, que rechaza entrar en el túnel de las identidades y las exclusiones. Ahora queda rematar la faena en Euskadi. Democráticamente: que gobierne la lista más votada. Sin cambalaches. La alcaldía de San Sebastián, para el PSOE; la de Vitoria y la Diputación de Álava, para el PP. Conculcar esta orden del electorado sería un burdo atentado contra la democracia. Uno más, en Euskadi.

Marbella

Agosto 1999

El panorama es preocupante, aunque solo se trata de suposiciones y fantasmagorías. Nada probado, hasta ahora, por lo que hay que extremar las cautelas. Con todo, el mero enunciado de los síntomas abrumba: a) un alcalde llamado Jesús Gil, hombre de mucho tránsito por los pasillos judiciales, campeón de querellas y sofamas que ganó su primera condena (con cárcel) en el lejano 1969, cuando medio centenar de comensales murieron bajo el cemento en San Rafael, (Segovia) en una luctuosa boda celebrada en un edificio construido por él; b) una juez rodeada de parientes muy cercanos que ejercen la abogacía en una ciudad más bien pequeña y de inmensa pujanza urbanística; c) conspicuos y previsibles miembros de la mafia siciliana y calabresa; d) burda retórica consistorial; e) ex-policías rusos de sueldo paupérrimo hace un lustro en Moscú que ahora son propietarios de grandes mansiones costeñas; f) compleja y carísima publicidad deportiva con cargo al erario público; h) sensación general de que hay tomate.

Todo esto se agita en la coctelera de la suspicacia y el néctar resultante es difícil de digerir en términos de transparencia informativa. En términos de independencia judicial. En términos de estado de derecho. En términos de libertad. Es una nebulosa que atenaza el buen nombre de la ciudad malagueña y que acentúa la sensación de que, tal vez, un inquietante episodio puede estar a punto de desentrañarse si los poderes públicos actúan con firmeza, resolución y valentía democráticas.

Ahora bien, si al final de las investigaciones en curso se demuestra que la labor de la juez Ramírez fue en todo momento intachable, de una independencia y un rigor ejemplares, habrá que resaltar su buen nombre e incluso ponerla como ejemplo de sobriedad y estoicismo para sobrellevar tantas informaciones tendenciosas y tantos avatares disciplinarios. Y si al final también se infiere que el alcalde de Marbella es no solo un cuidadoso gestor municipal sino también un gran campeón del orden, la limpieza y la seguridad ciudadanas, habrá que reconocerlo públicamente y proponerlo como modelo a seguir para todos los alcaldes de España, no solo para quienes han sido elegidos a través de las siglas del GIL. Asimismo, si como resultado de tantas comprobaciones y sutilezas queda relevantemente acreditado que los supuestos miembros de

la Cosa Nostra no son otra cosa que muy eficaces y afortunados inversores, también será obligado airearlo.

Lo importante, en el caso de Marbella, es llegar al fondo del asunto. Lo más al fondo posible, cabría matizar. Lo que no es asumible es que horrendas sospechas que configuran una situación incompatible de facto con la normalidad democrática continúe salpicando vecinos y mercaderes, políticos, profesionales de la justicia y españoles en general. Queremos conocer la verdad de Marbella. Para admirarla fervientemente o tal vez para escandalizarnos y ponerle coto. Hagan apuestas.

Boris Yeltsin

Agosto 1999

Hace ahora ocho agostos, Boris Yeltsin se subió a un tanque en Moscú, detuvo un golpe de estado, ganó el estatuto de héroe, y a partir de ahí comenzó a cometer errores. Gravísimos. Tantos errores que es probable que para el ciudadano medio la Rusia de hoy sea más incómoda e invivible que la Unión Soviética de 1989.

Aquel régimen tosco y totalitario también era riguroso y ordenado. Espartano de puertas adentro, pero poderosísimo en imagen externa, en fuerza militar, en su acoso imperialista. Era un estado paupérrimo, desde luego, pero allí la vida, salvo que fueras disidente, tenía un valor. No era fácil que te mataran, y si lo hacían, el asesino pagaba su delito. En la Rusia de hoy mandan las mafias y no se garantizan, realmente, los derechos constitucionales. La ciudadanía cree en la democracia, pero el poder real lo dominan horribles multimillonarios rodeados de guardaespaldas. Estos hombres, que hace apenas diez años eran míseros burócratas, ahora compran y venden voluntades a punta de pistola, obtienen bárbaras prebendas y roban al fisco por sistema.

Mejor hambre con orden que hambre sin orden, parecen sugerir decenas de millones de rusos indefensos. De ahí el auge que, todavía, mantienen los partidos neocomunistas, cuyos dirigentes contemplan con desolación el hundimiento del gigantesco estado euroasiático, hoy diezmado de lo que antaño fueron sus mejores territorios: las ricas Ucrania, Georgia y Azerbaiyán; los estados bálticos: el enorme Kazastán.

Rusia lleva en almoneda ocho años y Boris Yeltsin ha sido incapaz de poner un mínimo de rigor en este largo período. El empeño no era fácil, desde luego, y se daba por inevitable una fase de desbarajuste interno, de floración de aprovechados y de incremento de la delincuencia. Pero las cosas no debieron ir tan lejos tanto tiempo. Y ahí está la responsabilidad de Yeltsin. Baste comparar el caos ruso con el decoroso avance que las otras repúblicas del antiguo Pacto de Varsovia van consolidando desde que cayera el muro de Berlín: Polonia, Chequia, Eslovenia o Hungría, países que ya están a las puertas de la Unión Europea. Incluso las más pobres Bulgaria, Moldavia y Eslovaquia progresan claramente.

Por si fueran pocas las desgracias que asolan a Rusia y que Yeltsin no sabe atajar, ahí tenemos de nuevo el rebrote secesionista en el Cáucaso. Tras la inconcebible derrota del ejército ruso frente a los partisanos de Chechenia, un país de apenas un millón de habitantes, ahora estalla la discordia en Dagestán, animados sus cabecillas por el caos general de la Madre Rusia. Ante estado de cosas, Yeltsin hace lo de siempre: cesar a su primer ministro. Ahora le toca a Stepashin, como antes le tocó a Primakov, a Chernomirdin, a Gaidar, etc. Boris Yeltsin, enfermo, caprichoso, maleducado y dicen que borrachín, hace ya mucho tiempo que agotó su crédito. En Rusia y fuera de Rusia.

Pujol andaluz

Agosto 1999

Pujol, un tanto a la desesperada, se ha hecho andaluz. Es un catalán andaluz estos días, pero no un charnego, eso jamás. Pujol se ha hecho sevillano de la escuela de los políticos socialistas andaluces, la contumaz y jacarandosa nómina que lleva más de veinte años mandando en las ocho provincias de soberanía antaño guerrista, y hoy felipista porque no hay nadie que sea “almunista”.

Pujol se ha hecho andaluz y cabalga ufano por la feria de Jerez con un vago aspecto de picador de corrida de toros. Cabalga y saluda, y sujeta la puya, y eso que él abomina de los toros porque son tan poco catalanes, tan poco de Carlomagno, tan impropios de los mensajes patrióticos del obispo de Solsona. Pero Pujol ahora es banderillero por necesidad, y el toro que campea es Maragall. Pujol es matador y el toro, un mihura de Barcelona. Pujol, también, es un torero repetido al que se le conocen los trucos y las carencias. El volapié del hecho diferencial; las manoletinas de la soberanía compartida; las banderillas negras de la ley de uso del idioma catalán. Pujol está muy visto y por eso busca la fuente de la vida, la fuente de los votos y la inspiración en la tierra de María Santísima.

Pujol viajó a Andalucía sin viajar, con la imaginación, que es como mejor se recorre el mundo. Alcanzó Sevilla desde el Palacio de la Generalitat o desde la cumbre del pico Aneto. Fue cosa de segundos y ya Jordi Pujol estaba en el Palacio de San Telmo, donde Chaves habita. Recorrió con su memoria implacable las estancias andaluzas, entró en el despacho de Chaves y se detuvo en una carpeta que ponía: “Pensiones”, un tocho que había visto en uno de sus viajes a Sevilla, y se quedó con la copla del rótulo.

Pensiones son votos, concluyó el líder convergente, que Chaves bien lo sabe y lo disfruta. Pensiones son votos, y como no hay tiempo que perder, Jordi Pujol dio el golpe de este agosto de calor y Gil: anunció al mismo tiempo, el mismo día, ¡olé!, la convocatoria de las elecciones catalanas y el suplemento de las pensiones por cuenta de la Generalitat, rompiendo así la unidad del sistema nacional de la Seguridad Social. Tal vez fue eso lo que más le gustó: que con su insurgencia sevillana ayudaba al gran objetivo que mueve sus pasos: la anhelada liberación nacional de Cataluña.

Pujol andaluz recurre a los viejos trucos de los tahúres del Guadalquivir. Son eficaces, desde luego. A Pujol, como a Chaves, no le importa tanto que las pensiones suban o no suban. Mucho menos aún le interesa esperar a un acuerdo nacional para subirlas. Lo que le importa es que suban más en Cataluña que en Madrid, que le den votos, que sean pensiones diferenciales y que rompan la unidad de caja. Y todo con él de tesorero, que a fin de cuentas, banquero fue Pujol en la vida civil.

Pujol se disfraza de Chaves, de político sureño. A fin de cuentas, Cataluña también está en el sur de Europa, por muchos lazos carolingios que le ponga el presidente. Y la gente de Barcelona va a los toros, qué se le va a hacer.

Nuevo valencianismo

Agosto 1999

El valencianismo no comunista, o se une pronto, o se queda en muy poco. En casi nada a efectos de poder real, de cargos, de capacidad de influir en instituciones y programas. El valencianismo político existe. Es un discurso muy meritorio y respetable, seguramente necesario aunque solo sea por enriquecer el debate público, lo que nunca viene mal.

El valencianismo no comunista tiene dos brazos, hasta la fecha poco reconciliables. De un lado, digamos que desde una relativa izquierda, el valencianismo del Bloc aporta un cualificado plantel de gentes y miradas: profesores universitarios con raíces, sindicalistas patriotas, maestros ecologistas, defensores de las empresas públicas, libreros de las ciudades medias, ex clérigos bondadosos, profesionales concienciados, etc.

El otro brazo del valencianismo político, el que gira en torno a UV tiene un pulso distinto. Es un valencianismo más urbano, más próximo a la clase media mercantil que a la docente; acaso más emocional en la vivencia de los símbolos territoriales. Este valencianismo cambió mucho en sus líderes y mensajes en los últimos tiempos, pero no lo hizo apenas en el opinar y sentir de su base. La base era la de siempre, no podía ser otra, y no haberlo entendido originó el prematuro y aparatoso final político de Héctor Villalba y sus amigos.

Pues bien, estos dos valencianismos, que se proclaman nacionalistas y que no están en la órbita de la izquierda calenturienta del Bloc de Progrés ni bajo las prédicas “abertzales” de los seguidores de Anguita en Valencia, intentan en estos días del “ferragosto” un difícil acercamiento; tal vez una inevitable exploración. Y es que las cosas han cambiado lo suyo desde los comicios de junio. Tanto que, de no mediar una suerte de coalición, convenio, pacto o lo que fuese menester entre las dos únicas fuerzas valencianas expresamente nacionalistas, es más que probable que ambos partidos pasen a una vida política todavía más inhóspita de la que actualmente disfrutan.

UV y el Bloc tienen sus diferencias, y no pequeñas, pero tal vez ha llegado el tiempo de fijarse más en lo que les une que en lo que les distancia. Les une el sentimiento nacionalista valenciano, y la soldadura de surgir, a fin de cuentas, de un mismo pueblo. Les separan criterios estéticos y un litigio

lingüístico que, esperemos, quedará definitivamente zanjado a través de la Academia Valenciana de la Lengua.

Bloc y UV si van cada uno en solitario a las elecciones generales, pueden sumar cero diputados. De coaligarse, decisión arriesgada, pero tal vez inevitable, pueden bordear una minoría parlamentaria en el Congreso de los Diputados. Tienen, pues, que elegir los militantes de ambas formaciones, y de ambas culturas políticas, entre el cero o el infinito de unos pocos escaños. Dos actas de diputado es el infinito, tres la gloria.

Última ETA

Agosto 1999

La palabra ETA tiene sabor de delirio, de extorsión, de intolerancia. También de fétetro, de minusvalía, de secuestro. ETA son niños que perdieron piernas, policías que perdieron la razón, mujeres que perdieron esposos, padres que perdieron hijos. ¿Y para qué? Para nada. Los que mataron durante treinta años no consiguieran absolutamente nada. Ni la independencia ni la excarcelación de los criminales. Nada.

En los últimos tiempos dos tropezones muy severos han tenido ETA y sus socios. El primero, el cruel asesinato de Miguel Ángel Blanco. A partir de esa tarde lúgubre de Lasarte, tarde que nunca olvidaremos, ETA se quedó sin el poco futuro que le quedaba. Los guerrilleros étnicos jugaron muy fuerte y perdieron. Tuvieron, sin embargo, la lucidez de aceptarlo. Miguel Ángel Blanco fue el climax de un largo deleite sangriento. El placer racista derivó en suicidio. Consumado el delito, el violador satisfecho y monstruoso, se precipitó por el barranco de la historia.

La otra derrota de este mundo necio y pavoroso del nacionalismo radical se produjo el 13 de Junio de este año. Era la fecha del primer día de la liberación nacional para los desalmados y también para sus tácitos o expresos cómplices. Sin embargo, fue la fecha de la primera derrota política de la nueva era. Derrota porque no fue la victoria que ellos esperaban. Si el 13-J los resultados hubieran sido otros, este verano que fenece habría sido una orgía de algardas y provocaciones, como aquella insurrección representada en un teatro de Pamplona para poner de largo la inconstitucional asamblea de municipios vascos. Pero sin San Sebastián ni Vitoria, amén de Pamplona, Navarra y la Diputación de Álava no es posible ese camino secesionista. No se puede crear una Euskadi de futuro contra las ciudades vascas, esos burgos donde, por lo general, la gente es menos manipulable, más viajera, menos confesional.

ETA, como Milosevic en Kosovo, sabe que está perdiendo la guerra, y sabe que no puede volver a las armas. Guste o no a los “gudaris”, es el tiempo de la avenencia, de la cordura, de la paz. El gobierno será generoso, qué remedio le queda, aunque eso tanto nos subleve, y no digamos al propio Aznar que se jugó la vida en el envite.

Que llegue la paz a Euskadi. Pronto y sin retrocesos. Y luego, que cada uno plantee lo que le parezca. Y si la enorme mayoría de los vascos, pongamos un 75 por ciento, renuncian o relegan al castellano, se euskaldunizan hasta las cachas, repudian la historia común con España (un acto ridículo pero respetable), aceran diferencias o las inventan o las roban, pues bien, entonces habrá que pensar en que aquellas tres provincias se pueden ir a su paraíso de Sabino Arana, previa modificación del texto constitucional. En cualquier caso, mucho tendría que cambiar el escenario histórico porque la mundialización económica, la permeabilidad cultural, el internet, los grandes artistas vascos, la imaginación y tantas otras cosas van justo en la dirección contraria de ese sueño agrio, comarcal y vacío.

Borges

Agosto 1999

Celebramos estos días el centenario del nacimiento de Jorge Luis Borges. Para muchos, Borges es el escritor más brillante en lengua española de los últimos sesenta años. Borges fue un poeta excelso y seguramente el más prodigioso prosista en castellano de este siglo que termina. Y es posible que Azorín, un valenciano, fuera quien más le influyó en la forja de esa prosa suya tan contenida, limpia, original y tensa.

Un día de abril de 1980 vi a Borges. Yo estaba en la “mili” y sabía que aquella mañana le iban a entregar el premio Cervantes en la universidad de Alcalá de Henares. Le pedí permiso a mi coronel, que por fortuna era el hermano de Miguel Delibes, y llegué a tiempo de apostarme entre el escueto grupo de curiosos situado al borde de la ancha acera que separa el asfalto del acceso al paraninfo.

Allí apareció el maestro argentino. Pasaron antes y después que él decenas de celebridades de la política y la cultura, pero no me fijé en ninguno. Solo en Borges, lento, delgado y majestuoso, del brazo de María Kodama. Sabía que nunca más lo volvería a ver y que siempre recordaría esa imagen. Tantos años después, reconozco que he perdido datos, recortes de aquella estampa, pero continúa indeleble la emoción que sentí. Aquel hombre era Borges y yo lo miraba, y él, claro, ciego, no veía a nadie. Sonreía. Ninguno de los presentes, o casi ninguno, lo identificó. La gente, por lo que observé, venía a ver al Rey, a Adolfo Suárez; también a Cela, que fue jaleado. Pero a Borges solo lo vimos unos pocos.

Nada hay que decir de Borges, todo está escrito. Ni de su biografía, que tantos recrearon, ni de sus textos admirables, que siguen deslumbrando a los lectores. Pero hay que citar de nuevo su amor por el idioma castellano, su amor a Cervantes, su amor por sus antepasados, por su patria, por su Buenos Aires. Para morir, sin embargo, prefirió la Ginebra de su adolescencia, que bien cierta es la frase que dice que uno es de la ciudad donde cursó el bachillerato.

Borges, modesto, viviendo con poco dinero, en un apartamento pequeño toda su vida, empleado pobre tantos años, clase media argentina venida a menos. Borges valiente frente al burdo peronismo, esa mafia de sindicalistas con

pistola, de militares de guiñol, de analfabetos llorones. Borges atacado por la izquierda cuando era delito no estar a las órdenes de Moscú. Borges, también, provocador, a veces muy equivocadamente, como cuando aceptó un galardón del tirano Pinochet; un mal paso que le costó el Nobel.

Borges, uno de los grandes regalos del arte. Borges y su lucidez, su levedad, su audacia, su multiplicidad, su calor. Pero por ahí siguen los rojos de siempre, gente mayor ya, con su odio al gran maestro porteño. Todavía ayer, qué penoso, un poeta estalinista uruguayo lo atacó rencorosamente. Pero Borges, aquel hombre digno y tímido, vagamente anarquista, era la literatura. Leer a Borges es entrar en el más grande templo de la libertad, de la imaginación, de la inteligencia y de la fantasía. Ninguno como él desde Cervantes.

Turquía

Agosto 1999

Turquía solo es noticia cuando la recorre la tragedia. Cuando padece guerras en el Kurdistán; cuando se avivan sus hostilidades con Grecia; cuando es asolada por un terremoto. El último, tal vez el más cruel de todos. Turquía, unida siempre a los periódicos y los telediarios por el infortunio. Solo algunas veces, muy pocas, las bellezas descomunales de Estambul rompen este silencio que parece una conspiración.

Europa desconoce Turquía. Europa es muy occidental, muy cristiana, muy rica y democrática y Turquía ni es occidental, ni es cristiana, ni es rica ni democrática. Eso se piensa erróneamente porque Turquía nunca podrá ser despachada con cuatro convencionalismos. Turquía es una gran nación, dueña de uno de los pasados más influyentes y subyugadores, poblada por sesenta millones de habitantes. No se trata de un pequeño país irrelevante como tantos que Europa integra. Como algunos que todavía luchan por independizarse.

Turquía es oriental, pero también es occidental. Tanto, que hasta un trozo de Turquía, incluyendo la prodigiosa Estambul, pertenece a nuestro continente. Turquía es musulmana, no es un país oscurantista. Ni de la línea de las añejas monarquías de la península arábiga, ni de la línea de las nuevas y escalofrantes revoluciones islámicas, que han teñido de intolerancia y muerte a Irán, a Argelia o Afganistán. En Turquía los radicales islámicos están muy vigilados por el Ejército, que no consiente, y bien que hace, ninguna broma al respecto.

Turquía sí es una democracia. Con sus imperfecciones, como todas. En Turquía hay elecciones libres y actualmente un viejo socialdemócrata que fue perseguido por los golpistas que manejaron el país en los primeros años ochenta, es su legítimo jefe de gobierno.

Turquía no es un país rico pero tampoco es un país pobre. La imagen de sus ciudades, de sus puertos, de sus carreteras, no es, ni mucho menos, la de un estado tercermundista.

Turquía es asiática, europea y musulmana. Tan europea y musulmana como lo son Bosnia o Albania. Y también laica y abierta al mundo. El cambio

operado durante este siglo ha sido admirable. Turquía hace noventa años era un país despótico y atrasadísimo. Kemal Atatürk la convirtió en un estado moderno. Ahora está a las puertas de Europa, y Europa se las cierra siempre que puede. Uno de los procedimientos que utiliza para ello, acaso el más bochornoso, consiste en hostigar a los cinco millones de emigrantes otomanos que viven en Alemania. Otro, negarle cualquier esperanza de entrar en la Unión Europea; remilgos que Occidente no tuvo para incorporarla a la OTAN.

Turquía es mucho más que Turquía. Su influencia cultural no solo es intensísima en Grecia o en los Balcanes, sino también en todas las orillas del Mar Caspio, incluso en el Asia Central. Europa tiene que integrar mejor a Turquía, no solo mandarle dinero y equipos de rescate cuando la desgracia se ceba en aquella gran península.

Timor Este

Septiembre 1999

Hace veinticinco años Timor Este era una apacible y alejada provincia del imperio portugués. La mitad occidental de la isla pertenecía a Indonesia, un estado gigantesco, hoy de 250 millones de habitantes.

En 1975 la vieja metrópoli desmanteló su imperio. Lo hizo con rapidez, sin previsión ni cordura, en unas fechas muy angustiosas para Portugal, cada vez más conturbado por los comunistas que dominaban el ejército y los medios de comunicación. En aquel entorno enrarecido, Timor fue abandonado a su suerte. La gravísima dejación portuguesa fue fatal para Timor Este. La ex colonia no pudo alcanzar la independencia a la que tenían derecho, como sí lo hicieron las demás colonias lusitanas: Angola, Mozambique, Cabo Verde, etc. Apenas se arrió la bandera colonial, Timor Este fue invadido por Indonesia y así ha continuado hasta ahora, sojuzgado por la dictadura de Yakarta, que ha perpetrado cerca de doscientos mil asesinatos de timorenses orientales a lo largo de este cuarto de siglo, sin contar las bárbaras deportaciones ni las esterilizaciones masivas.

El año pasado cayó el tirano indonesio, Suharto, y se reabrió la legítima pretensión de Timor Este de alcanzar la independencia que Portugal no fue capaz de garantizar. Con una rapidez desconcertante, los nuevos dirigentes indonesios accedieron a celebrar la oportuna consulta electoral. Una vez escrutadas las urnas y verificado lo que todo el mundo imaginaba —el deseo de independencia de los timorenses orientales—, Indonesia ha procedido a la matanza al estilo serbio en Bosnia y en Kosovo. En Timor Este asesinan al pueblo. Lo asesinan las hordas paramilitares impunemente porque los soldados y los policías indonesios —que se bastarían para aplastarlos— hacen la vista gorda cuando no colaboran, expresamente, en el genocidio.

Pocas veces habremos tenido noticia de barbarie más aviesa y atroz. Los ochocientos mil timorenses orientales (la población de la ciudad de Valencia, más o menos) están totalmente indefensos y son acibillados por los militares, por los paramilitares y por los policías indonesios. Parece una locura, pero no lo es. Se trata de una política perfectamente prevista, al menos por los militares indonesios que no están dispuestos a perder una parte de un territorio que no era suyo.

¿Qué hacer? Por lo menos indignarnos, tener el problema del pueblo de Timor Este como algo que nos importa. Que nos afecta. Los timorenses están muy lejos, pero están en la tierra, en nuestro planeta. Los timorenses son cristianos, hablan el portugués, han sido culturalizados por nuestros vecinos peninsulares. Tampoco, pues, nos son tan ajenos. Los timorenses están siendo masacrados y es necesario que la ONU intervenga, no es fácil saber de qué modo, ciertamente. Los timorenses son nuestros hermanos en el confín de Asia.

El protectorado que nunca existió

Septiembre 1999

Por oscuros y extraños motivos, más hijos de la psicología social que de la historia y la economía, hace años en Valencia acaparaba el discurso político un colectivo de profesores y dirigentes tenazmente acomplejado. El insólito motivo de este complejo era el no haber nacido en Cataluña. No compartir patria chica con Jordi Pujol o con el guitarrista Pescaílla, el viudo de Lola Flores, que fue el inventor de la rumba catalana. Y fue este desarreglo el que disparó su esquizofrenia. El que alentó su desatino de querer convertir la Comunidad Valenciana en un remedo de su vecino del norte, tal vez como paso previo a una independencia futura de ambas regiones, puestos a jugar fuerte en el delirio.

Hace días, circulando en bicicleta por Villarreal me topé con una gran pintada que profería: “¡Som cataláns!” Es un episódico rastro de aquellos tiempos de inferioridad beligerante. ¿Se imaginan pintadas en Cataluña indicando “¡Som valencians!” en aras de la hermandad que predicán los independentistas –escasos- del arco mediterráneo? Es imposible. El complejo solo lo tienen esos valencianos, y es evidente que quien tiene complejo de inferioridad respecto de alguien, fomenta que ese alguien lo tenga de superioridad. Un masoquista siempre busca un sádico. Un esclavo siempre busca un amo.

Tanto tiempo después, todavía rebrotan los anacrónicos “tics” colonialistas en determinados catalanes. La pulsión de una tutela que ni la ley, ni la razón, ni la historia, ni la soberanía del pueblo valenciano ni la Constitución amparan. El último fleco de esta satrapía, o el penúltimo, viene de la palabra de Pascual Maragall, que anda el hombre a la desesperada buscando apoyos políticos por todas partes y que se permite dar consejos, desde el púlpito ético, a los valencianos.

Valencia no es un protectorado de Cataluña. Entre otras cosas, porque nunca lo fue. En Valencia se admira a Cataluña y a Barcelona especialmente, y es una admiración natural, convivente, compartida por casi todos. Tal vez también en Barcelona y en Cataluña comienzan a ver de otra manera lo que

antaoño algunos quisieron que fuese su patio trasero. En Barcelona, por ejemplo, ya saben que el puerto de Valencia les come el terreno. Por hablar de asuntos tangibles, de poca metafísica.

La paz y la armonía entre Cataluña y Valencia es necesaria para ambas comunidades y también para España. Pero en términos de igualdad, de respeto mutuo. Desde Valencia ni se dan consejos ni se imparten consignas a Cataluña. Recíprocamente, serán los valencianos quienes han de resolver sus problemas internos. Queremos el AVE, queremos el respeto a la secular identidad valenciana y queremos que no haya trescientos mil valencianos que viven por debajo del umbral de la pobreza. Entre otros muchos retos. Y con Cataluña, queremos toda la fraternidad, por supuesto. El máximo y recíproco respeto.

Franquismo

Septiembre 1999

Los dos grandes partidos valencianos andan a la greña computando los franquistas que tienen en sus filas. Los socialistas asumen con desparpajo su antifranquismo mientras que los populares, por voz de su presidente, afirman que existen más franquistas en las filas del PSOE que en las del PP.

Franco, por su parte, el inventor del franquismo, murió hace un cuarto de siglo, que ya es un tiempo largo. Es cierto, sin embargo, que tras la muerte del general, su sombra permaneció algunos años durante la transición política a la democracia. Incluso después de promulgada la Constitución, el franquismo existía, oscuro y desorientado. Recordemos aquellas soflamas viejas de Girón o los declinantes protagonismos del notario y político toledano Blas Piñar. Pero esta reminiscencia fue saldada por el pueblo español en el primer lustro de los años ochenta. El fracaso de la intentona de Tejero, la gran victoria socialista, la emocionante defensa ciudadana de la Constitución y el ingreso de España en la Unión Europea dejaron al franquismo encima de la mesa de los historiadores y también en la incesante memoria de quienes vivieron bajo aquel régimen.

El franquismo desapareció pero quedó su rescoldo. Quienes tienen más de cuarenta años saben bien de qué iba aquel régimen antidemocrático y acechante. El franquismo es el agujero negro de la historia de España de los últimos dos siglos, pero no es bueno que tantos años después los políticos anden elucidando cuál partido de los dos es más franquista que el otro. En realidad, ninguno de los dos partidos son franquistas. Para empezar, el franquismo prohibió los partidos, y tanto el PP como el PSOE se fundaron, o se refundaron, después de la desaparición del militar gallego. Y aunque es cierto que el PP tiene dirigentes que fueron franquistas —el más evidente, Manuel Fraga—, se da el caso curioso de que también hubo socialistas que alcanzaron responsabilidades durante el franquismo. El fallecido ministro socialista de Asuntos Exteriores, Fernández Ordóñez, por ejemplo, fue un altísimo cargo del régimen nacido tras la guerra civil. Tampoco está de más recordar que el propio Rey de España fue propuesto como sucesor a la Jefatura del Estado por el propio Franco. ¿Quién se atrevería a afirmar que, debido a ello, nuestro monarca es un franquista?

No sabemos si hay más ex-franquistas en el PSOE que en el PP, o viceversa; tampoco importa mucho averigüarlo. Lo que sí está probado es que el PSOE apenas existió en la lucha antifranquista. Entonces la oposición era comunista, sindical o cristiana de base. Hay que mirar al presente y al futuro y, ahora, por fortuna, lo que separa al PP del PSOE, imágenes y demagogias aparte, es un punto o dos por ciento, como mucho, en las cifras del déficit público. Y en ese asunto, ciertamente, Franco pinta muy poco.

Los comicios de la etnia

Octubre 1999

Cada vez que un político nacionalista vasco habla de autodeterminación, el auditorio pone cara de escepticismo. Nadie alberga esperanzas en una hipotética consulta electoral. Y no porque ésta nunca se celebre, no. El escepticismo nace del general convencimiento de que nunca los votos a favor de la independencia superarían a los votos que están a favor de la legítima situación actual, fruto de la Constitución, del Estatuto de Guernica, del autogobierno y del respeto por las manifestaciones culturales de pueblo tan viejo y admirable. Nadie se cree que los amigos de la ETA, amigos de ahora y de siempre, fueran a ganar, en democracia, a los amigos de la Constitución. De modo que con referendun o sin él, una Euskadi independiente no pasa de ser una desalentadora quimera. Sencillamente, no hay votos para el empeño. Menos aún, si cabe, para el proyecto del pacto de Estella: esa Euskal Herria habitada por vascos, galos y navarros. Ciertamente, nunca ganaría el “sí” en Navarra, jamás en el País Vasco francés. Es una broma geopolítica imaginarnos a navarros y vascos formando un estado soberano. Un delirio en el que solo cree el 25 por ciento los vascos como mucho. Y el 10 por ciento de los navarros tal vez. Y acaso el 5 por ciento de los vasco-franceses. Un caudal muy pobre para fertilizar la eclosión del estado dieciséis de la Unión Europea.

Pero héte aquí que ha irrumpido la ETA para alzar los corazones, remozar los sueños y esmaltar la cartografía étnica. Para apadrinar una nueva fórmula de democracia orgánica, mucho más burda que la del generalísimo. Dice ETA que en ese referéndun solo podrían votar los nacionalistas. Por ejemplificar la ruda propuesta, en Navarra solo podría votar la quinta parte del censo electoral, unos ochenta mil ciudadanos frente a los trescientos veinte mil que serían vetados en las urnas. Ochenta mil navarros decidirían la incorporación del viejo territorio foral a la Euskal Herria de Josu Ternera y de Patikorto. A la Euskal Herria patriótica de Belén González y Cipriano Fernández, los dos últimos terroristas apresados, y cuyos apellidos, por cierto, tienen un metafísico entronque con las raíces de la vasquidad más inapelable y telúrica. ETA ha encontrado la solución para ganar el referéndun. Sin embargo, y por esta vez, no parece probable que Xavier Arzallus esté dispuesto a prestarle la rutinaria y correspondiente cobertura por mucho que se lo pida el cuerpo.

La degradación del discurso abertzale no conoce límites. Es una barbarie doctrinal que nos coloca en un punto intermedio entre la indignación y la risa boba. Mientras tanto, Euskadi sigue, la Constitución sigue, la democracia amenazada resiste, los concejales perseguidos sufren y aguantan. El pueblo, en definitiva, gana, y pierden minuto a minuto –por eso deliran- los que ya no matan y sus socios. Tan atrevidos como dolorosamente minoritarios.

Guante blanco

Octubre 1999

La campaña electoral catalana, al menos hasta ahora, se está desarrollando como una intensa y apacible fiesta de la democracia, sin estridencias ni descalificaciones. Tanto esa así que hasta parecen muy mesuradas las inevitables apelaciones clientelares. Los políticos hacen su trabajo con rigor y profesionalidad. También con un plus de imaginación que se agradece. En Cataluña, pues, parece que ya llegó el siglo XXI en lo que a lidia electoral se refiere, y solo cabe esperar que el ejemplo cunda España adelante.

Existen, sin embargo, circunstancias muy concretas que favorecen lo suyo a que este clima de respeto y concordia fructifique. El buen tono advertido entre populares y nacionalistas tiene una lectura fácil: unos y otros están llamados, salvo grandes sorpresas, a gobernar juntos. Si no en coalición, algo que nunca podría aceptar Jordi Pujol, sí con el apoyo externo o con la neutralidad del PP.

El otro ten con ten, el más complejo, es el que sostienen Pujol y Maragall. Son los grandes pesos pesados de la política catalana de los últimos veinte años, tras el ejemplar papel jugado por Josep Tarradellas en la transición democrática. Pujol y Maragall se conocen bien: desde los tiempos de la oposición al régimen anterior. Y se conocen muchísimo más de observarse desde uno y otro lado de la plaza de San Jaime, al trasluz de las cortinas institucionales, cada uno en su feudo: la Generalitat o el Ayuntamiento. Muchos años de verse, de vigilarse. De tomar nota del mínimo rasgo facial; de interpretar en clave política cualquier detalle: una luz que se enciende a las diez de la noche, una comitiva que llega, un sindicalista que sale, un líder nacionalista que no se sabe si entra o si sale.

Dicen que Pujol y Maragall se estiman como consecuencia de tantos días limítrofes. Probablemente es cierto. También lo es que son muchas más cosas las que los unen que las que los separan. Seguro que Jordi Pujol tiene un ávido respeto por el electorado de Maragall. La misma comprensible codicia con la que Maragall ha de mirar al electorado de su rival entrañable.

Los demás partidos también se producen con cordura. La misma ERC, que tenía reflejos propios de las formaciones extraparlamentarias cuando la

dirigía el pintoresco Colom, ahora parece una civilizadísima opción escandinava. No es descartable que esta moderación responda a que ERC puede ser la clave del gobierno autonómico.

Al fondo de estos lances casi versallescos, queda, sin embargo, la gran pregunta: si gana Pujol y necesita apoyos, ¿qué preferirá? ¿El acuerdo tácito y florentino con el PP, o el pacto con los independentistas cautelosos de la ERC? Se pueden hacer apuestas. Pero con educación siempre, con sosiego. Y si gana Maragall, cosa que sería muy natural y como de justicia histórica, ¿también pactaría con la ERC?

Monarquía federal

Octubre 1999

Coinciden muchos especialistas en derecho público en afirmar que España, es, de hecho, un estado federal. O que está muy cerca de serlo. Uno de los que suscriben este cualificado criterio es Jordi Solé Tura, diputado socialista y uno de los padres de nuestra Constitución, que es la piedra angular de la nación española. De los derechos de sus ciudadanos y de la organización de sus poderes políticos.

Federalismo. Concepto atractivo, sin duda. Particularmente en España, que es uno de los estados federales “de libro”. Aunque tampoco hay que emocionarse demasiado. Pongamos un ejemplo bien fácil: tan “federable” es España como Francia. Dos países de tamaño semejante, de demografía no demasiado despareja y de una similar composición regional. En España hay vascos, en Francia también. En España hay catalanes, en Francia también (o roselloneses). En España hay gallegos y en Francia hay bretones. En España hay canarios y en Francia, corsos. En España no hay germánicos alsacianos, y en Francia sí los hay. De modo que ante una muy parecida situación, digamos “étnica”, pueden darse dos respuestas legítimamente opuestas. En Francia la vía es unitaria porque la ciudadanía siente muchísimo más su pertenencia estatal que su adscripción regional. En España no sucede lo mismo, en buena parte como precio que seguimos pagando todos a los cuarenta años del régimen anterior.

Hay que tantear la solución federal. ¿Qué ventajas tendría? La más importante sería cerrar en verdadero –y no en falso– el interminable debate entre el poder central y las reivindicaciones nacionalistas, tensión que comienza a resultar insufrible y sin salida. Un estado federal cerraría esa confusión, previo pacto de lealtad a la nueva Constitución reformada. Si tan agotados están los modelos estatutarios, lo que denuncian diariamente Pujol y los nacionalistas vascos, habrá que encontrar una nueva plataforma de reconocimiento mutuo, en la que también estén presentes los intereses y principios de los vascos y catalanes no nacionalistas, por supuesto. Un nuevo pacto democrático que sirva, al menos, para otro cuarto de siglo.

Una España Federal sería, también, probablemente, un cerrojo poderoso contra el independentismo delirante y criptoclerical que tanto nos atormenta y aburre. En 1978 los españoles protagonizaron una admirable revolución pacífica. Labrada con imaginación, memoria, generosidad y esperanza. Al filo del año 2000 tal vez haya que dar otro gran paso. Aunque resulte vertiginoso decirlo, una España Federal bien puede ser el futuro de España. Ello, curiosamente, reforzaría, el papel de la institución monárquica que sería, más que nunca, el símbolo de la unidad estatal. Habría que saber que piensa Otegui de la propuesta. Pujol y el PNV es probable que la aceptasen. También los vascos y catalanes que rechazan –sabiamente- el reduccionismo étnico y el provincianismo nacionalista.

Cáncer y nacionalismo

Octubre 1999

Ha fallecido un etarra a causa de un cáncer y los jarrais han salido a la calle a destrozar farolas, a romper cabinas telefónicas, a incendiar autobuses. Ha muerto en su casa un hombre enfermo de cruel dolencia, ajena a los avatares de la política y de la acción de la policía, y las mesnadas “abertzales”, convenientemente aleccionadas, han aprovechado la oportunidad para poner un toque irracional y violento en la calle, un toque más de tantos que sabemos.

Ante hechos como estos, el comentario se vuelve obvio. La condena de las tropelías, ritual. Bien hasta ahí. Pero por el medio de este suceso y del anterior, muchos ciudadanos hemos leído un libro titulado “Sacra Némesis”; de Jon Juaristi, y en el rescoldo de esa lectura conveniente, enfocamos ahora la nueva barbarie con una misteriosa serenidad. No se trata de resignación, ni reduce esta actitud un ápice la necesaria y repetida condena. Sucede, sencillamente, que hemos aprendido que la violencia es un valor en el nacionalismo extremista. Una señal de identidad. Creíamos que era consecuencia, ahora sabemos que es esencia.

Jon Juaristi, poeta y catedrático bilbaíno, que fue etarra en sus años mozos, recorre los tres nacionalismos vascos de este siglo. El primero, el nacionalismo folklorizante de Sabino Arana, extinguido hace largos años. El segundo, el nacionalismo revolucionario de cuando ETA se volvió comunista, tesis abandonada tras la caída del Muro de Berlín. El tercero, el nacionalismo del Estatuto, el nacionalismo del PNV y EA. Para los radicales vascos ese cauce nunca sirvió; para los moderados acaso el marco esté agotado. Es lo que dice Arzallus.

Pero queda el cuarto nacionalismo, el irreductible; el que también se encontraba, escondido, en los otros tres, y que ahora emerge con altanería. Es el nacionalismo étnico. El nacionalismo de la diferencia que sueña con un país (que nunca existió) integrado exclusivamente por los que creen pertenecer a una misma raza. Es el nacionalismo de tantos pueblos balcánicos enmarañados en la limpieza de sangre.

El ideólogo de este nacionalismo radical, étnico es un ex franciscano del monasterio de Aránzazu. Un hombre que afirma que así como era legítima la

violencia contra la monarquía absolutista, o contra el fascismo, también lo es, y gratuitamente, contra quienes impiden la recomposición étnica de un pueblo “agredido”. Violencia pura, gratuita y regeneradora.

Esta barbarie, que está escrita, es la que alienta, en definitiva, la fiereza y el numantinismo del mundo radical “abertzale” y sus riberas del PNV. La violencia como última frontera, donde la razón, la convivencia y la ley sucumben. Mientras subsista ese aura de delirio y nostalgia, y de odio feroz a la diferencia, la paz en Euskadi siempre tendrá una fuerte dosis de anomalía, de enfermedad. De cáncer político.

El silencio de Teatres

Octubre 1999

Hace seis años que fue liquidado el Centro Dramático de la Generalitat Valenciana. El nombre subsiste, sí, pero está fuera de la circulación. También los objetivos de aquel proyecto, la saludable doctrina que lo inspiró. El Centro Dramático era una gran fábrica de teatro, la primera de toda la Comunidad Valenciana. Fruto de este período, fueron varias producciones teatrales que tuvieron gran éxito en Valencia, que viajaron luego a Madrid, a Barcelona; también a Francia, Holanda y Alemania. Valencia comenzó a sonar en el espacio escénico español. También en el continental. Entonces era Ricardo Muñoz Suay el director del IVAECM, instituto al que pertenecía el Centro Dramático.

Pero Ricardo Muñoz Suay tenía muchos enemigos. Era un hombre de pocas componendas –de ninguna-, y no se avenía a las infinitas presiones de tantos paniaguados y mediocres que le visitaban día a día buscando una limosna, a veces esgrimiendo amenazas de difamación. Ricardo continuó impasible. Los frecuentes éxitos se fueron sucediendo: Don Juan, La Señorita de Trevélez, Tramuntana Tremens, etc. Un buen día, sin embargo, los raspoutines de la culturilla lograron convencer a los políticos de turno de que era bueno (¿para quién?) acabar con el invento.

Derribaron el templo para eliminar a Muñoz Suay. Lo curioso es que el templo cayó, pero Ricardo se mantuvo, aunque maltrecho, en una Filmoteca degradada al nivel de un servicio administrativo.

Al Centro Dramático se lo cargaron convirtiéndolo en un artefacto insufrible llamado Teatres de la Generalitat Valenciana. Para que el lector profano lo entienda bien, es como si al Valencia Club de Fútbol le asignaran todas las funciones y tareas propias de la Federación Valenciana de Fútbol: organizar competiciones, nombrar árbitros, impartir la justicia deportiva, inspeccionar instalaciones, etc. El Centro Dramático, que era la gran apuesta teatral pública valenciana, se convirtió en un cajón de sastre en el que se ventilan infinidad de cometidos estrictamente administrativos, ajenos al ente. En Teatres se reparten subvenciones, se gestionan circuitos de salas comarcales y se organizan enormes empanadas mentales. La producción, verdadero fundamento del organismo, se convirtió en una tómbola para menesterosos. A veces, ni eso.

Así fue como Valencia desapareció de la circulación en el mundo del teatro público español. Se optó por el silencio cómplice de los nuevos panaguados en detrimento del teatro, del talento, del riesgo. En ese escenario enmohecido es bien lógico que Adolfo Marsillach haya declinado ser su nuevo director. Mientras no se recupere el espíritu –y la norma- del Centro Dramático, Teatres será un barco sin rumbo.

En Teatres lo que más prima es el silencio. Que no hablen de uno. Teatres es el silencio y el teatro es la palabra.

Antonio Guterres

Noviembre 1999

Cada vez viajamos más a Portugal, prácticamente lo invadimos en los veranos y las empresas españolas lo aturden de tantas inversiones. Sin embargo, el personal sabe poquísimo del país vecino al margen de sus costas, sus vinos o sus toallas. En España lo desconocemos casi todo de la historia de Portugal y de su cultura, tal vez con la excepción de la obra del escritor José Saramago y la de algunos músicos recientes. En España ni siquiera alcanzamos a cubrir la mitad del modesto pero creciente interés de los portugueses por nuestro país. Ignoramos a Portugal, y no es cosa que sorprenda demasiado si tenemos en cuenta que la propia historia nacional española anda poco menos que sojuzgada o escondida en los planes educativos vigentes, que son los que urdieron los tecnológicos y vagarosos ministros de González en combinación con los profesores más nacionalistas de las tierras periféricas.

Y si de la historia de Portugal sabemos poquísimo, de su política contemporánea andamos profundamente despistados. ¿Qué porcentaje de españoles conoce el nombre del actual presidente de la República portuguesa? En lo tocante a Antonio Guterres, hace cuatro largos años que es el jefe del Gobierno de Portugal, pero para nosotros no pasa de ser un rostro discreto y fugaz en una cumbre comunitaria.

Antonio Guterres acaba de ser elegido presidente de la Internacional Socialista, un cargo vistoso, atractivo y de reconocimiento personal. Se supone que a partir de ahora, ganará algo de publicidad en esta España nuestra tan europea que a veces olvida que también es ibérica. Una Iberia de cincuenta millones de habitantes en la que nació y habita Antonio Guterres, nuevo líder del socialismo internacional.

Se trata de un hombre honesto y capacitado. Desde muy joven ocupó importantes cargos en el Partido Socialista Portugués y también en la Administración del país vecino. Guterres es un ingeniero electrónico que habla varios idiomas, entre ellos un estupendo castellano, y que conoce muy bien la historia de Portugal y la de España. Guterres es un político sensato, honesto y realista, partidario de la economía de mercado y del papel regulador del Estado. En el amplio espectro del socialismo europeo, Guterres está a la izquierda

de Tony Blair pero también a la derecha de Lionel Jospin. Su socialismo tiene un toque liberal y humanista.

Antonio Guterres es un ambicioso humilde si cabe esa catalogación. Un socialista católico; un cristiano progresista. Un hombre de principios; un viudo sentimental. Viudo que vive solo, con sus hijos, en una casa de Lisboa, la misma que habitaba antes de ser el jefe del gobierno. Antonio Guterres no tiene segunda residencia y pasa todas las horas que puede en su hogar uniparental, no pocas veces resolviendo las dudas de sus hijos con los deberes. Ahora tendrá que viajar más.

El tiempo de Almunia

Noviembre 1999

Hace años el entonces ministro Belloch tuvo varios enfrentamientos con su subordinado Baltasar Garzón, en aquel tiempo, juez pasado a la política, lo mismo que su jefe. Garzón se desesperaba de su condición de ilustre florero y trataba de ser útil para aquello que le había prometido González cuando le convenció y le llevó en su lista electoral. Garzón estaba para combatir las prácticas corruptas, pero no le dejaban trabajar. En uno de los últimos encontronazos entre Garzón y Belloch, éste le dijo zanjando todo diálogo: “Ahora es mi tiempo político”. Garzón dimitió a los pocos días y regresó a su tiempo judicial, con grandes éxitos como es bien sabido.

Belloch no quería perder su tiempo político, tal vez porque lo intuía corto, amenazado, fugaz. A Joaquín Almunia le sucede lo mismo en estos meses, no en vano su tiempo político nació con un gran déficit de liderazgo. Su imagen era un cóctel de obediencia y fugacidad. Un líder de compromiso apadrinado por González como pantalla transitoria mientras se iban saldando judicialmente los escándalos de sus gobiernos. Almunia era un remedio menor y quien primero lo confirmó fue la militancia socialista, que le dio un grandísimo disgusto prefiriendo a José Borrell con ocasión de las malhadadas elecciones primarias. Almunia tenía el aparato del partido de su parte y, pese a ello, perdió estrepitosamente.

Era entonces Almunia, para casi todos, un político saldado. Pero no para él, que es lo que importa. El profesional bilbaíno no se amilanó. Convencido de que su tiempo político no había hecho más que empezar, arrinconó todo lo que pudo al intruso Borrell (¿dónde está Borrell?) y así fue preparando el camino del regreso. Cuando Borrell tuvo que retirarse, empujado por las súbitas riquezas de dos de sus principales colaboradores –Huguet y Aguiar-, Almunia volvió, dispuesto a todo.

Joaquín Almunia empieza a ser el dueño y señor de su tiempo político. No por ello dejan de darle algún que otro disgusto, por ejemplo cuando coincide con González en mítines y actos, lo que le empequeñece notablemente. Pero él no cede. Encaja, trama y sigue. Está dispuesto a pactar con el diablo con tal de engrosar sus expectativas. Si tras las elecciones autonómicas de

junio no tuvo empacho en arreglarse con el regionalismo reaccionario balear y, a la vez, con el nacionalismo radical gallego, ahora tienta la incorporación de los últimos comunistas a sus listas electorales sin dejar por ello de hacer guiños a los líderes étnicos de Euskadi.

Almunia va tejiendo una gran macedonia de acuerdos con quien sea menester. Su tiempo político es el de los remiendos doctrinales, el de las rentables tragaderas. Almunia está en vísperas de su primera y única oportunidad y todo vale. Las urnas, en última instancia, serán las que sancionen la oportunidad de estas confusas mezcolanzas.

El senado

Noviembre 1999

“El senado no sirve para nada”, acaban de reconocer públicamente en Barcelona dos padres de la patria, dos ilustres políticos catalanes, tan catalanes como españoles, dos dirigentes que echamos de menos: Jordi Solé Tura y Miquel Roca Junyent. El Senado no sirve para nada y solo podría servir para algo, o para mucho, si retocáramos la Constitución, tarea ésta que no parece demasiado pertinente hoy por hoy, pero que llegará de aquí a pocos años. La Constitución, nuestro mayor acicate contra la violencia y el desencanto, contra la insolidaridad y el mesianismo, goza de buena salud.

Pocos errores se cometieron hace más de veinte años, cuando se dibujó, con una intuición y equilibrio que todavía admiran, el nuevo cuerpo del estado. Sobre los rescoldos de la dictadura, amenazados por aquel “bunker” adocenado y postinero, los primeros parlamentarios de la libertad, atinaron muchísimo. Y sorprendieron a la inmensa mayoría de los españoles con su propuesta innovadora y necesaria del estado de las autonomías.

Podemos sentirnos orgullosos de aquella lucidez superadora de tantos desencuentros, de tantas cicaterías, de tanta negación histórica de la realidad plural de España. El discurso imperial, oscurantista y acomplejado que había padecido la nación durante larguísimas décadas comenzó a naufragar el día en que el pueblo refrendó la nueva y anhelada Carta Magna. Aquellos siete improvisados padres de la patria, todos vivos felizmente, acertaron en el momento en que más falta hacía.

Es cierto, sin embargo, que cometieron un craso error decorativo. Se inventaron un senado vacío, inválido, absurdo. Un senado que es una cámara ineficaz, subsidiaria, retardadora. Un Senado que solo sirve para recolocar a lores descabalgados. Un Senado que ahora solo puede tener sentido de dos maneras. La primera, desapareciendo, que es tal vez la solución más acertada, aunque también la más compleja de llevar a cabo porque hay bastantes sueldos y boatos de por medio. La segunda, la más viable, sería fruto de la reforma constitucional. El Senado se configuraría como un sólido instrumento de la monarquía federal, que es el más que probable horizonte de la España del siglo XXI. Un estado federal realzaría el papel del Senado. De otro Senado muy diferente, hay que apresurarse a añadir.

¿Ha llegado ya la hora del federalismo? Si no lo ha hecho ya, debemos estar en la antesala del segundo gran estado federal europeo, después de Alemania. De la primera y única monarquía federal del continente. Un estado en el que, lo mismo que en el actual, y como bien acaban de recordar Solé Tura y Roca Junyent, cabrá todo, menos la independencia. A fin de cuentas en ningún país occidental se contempla tal ingrediente, salvo que el personal esté dispuesto a pasar por el túnel balcánico. Y en España nadie está por esa galería, excepción hecha de Euskal Herritarrok.

El espíritu del Guggenheim

Noviembre 1999

Si hay un lugar de Euskadi que es patrimonio de todos los españoles, es la ciudad de Bilbao, su ría y las dos márgenes bien pobladas, obrera la izquierda, más burguesa la derecha, industriales las dos, imaginativas y pujantes. Bilbao es un millón de ciudadanos que viven en Bilbao y en otros diez o doce municipios neblinosos y esforzados, cepa histórica del movimiento obrero español, que también tuvo sus nacederos más ilustres en las minas asturianas, en las fábricas de Barcelona, en las imprentas de Madrid. En ese Gran Bilbao viven todos los Bilbaos, el de los vascos de siempre y el de los castellanos y leoneses que vinieron a trabajar a la ciudad a comienzos de siglo; el de los gallegos y extremeños que llegaron después; el de los hijos de todos los bilbaínos, los euskaldunes y los venidos de fuera, todos confundidos en una sociedad fecunda, laboriosa, informada y viajera.

Bilbao, joven y viejo. Joven porque no ha cumplido mil años la villa, pero viejo porque ya en el medievo era el gran puerto de la meseta. Por eso, tal vez, subsiste una extraña complicidad entre Burgos y Bilbao, dos ciudades llamadas a ser enemigas en estos tiempos de tan ruidosas —e inútiles— apelaciones étnicas. Pero es cierto que hay entre las dos ciudades una similitud de calles viejas, de hiedras y campanadas, de espléndidas tabernas y de una leve adustez, teñida a veces de una prepotencia claramente inofensiva.

Bilbao es la gran esperanza de hierro de Euskadi. El dique mercantil y bancario, astillero y futbolístico, que la razón y la democracia oponen a la montaña poblada de metafísicos de trabuco, de jóvenes enajenados ya desde la cuna, la escuela y la sacristía. Bilbao representa la razón y el futuro de una Euskadi plural y no voy a poner multirracial porque me da la risa. Bilbao tiene un espíritu internacional, siempre lo tuvo la ciudad de don Miguel de Unamuno, nuestro sabio más indiscutible y valiente. Bilbao es Unamuno —universalidad, vasquismo, hispanidad— y es, ahora, también, la sede del espíritu del Guggenheim, edificio mágico que es el corazón de la modernidad peninsular; la gran dársena acogedora y sobrecogedora de la Euskadi de todos.

En Bilbao gobierna el PNV, pero, claro, es un PNV de Bilbao y no de las campos donde se desgañita el pícaro Arzallus. Es un PNV urbano, razonador,

librecambista, bilingüe en todas las vísceras. En Bilbao manda un PNV que se aprieta la nariz cada vez que escucha la palabra Lizarra o la última, siempre ramplona y estólida, provocación de la ETA. Por eso en Bilbao, y ello es importante, acaban de firmar juntos el PNV, el PSOE, Izquierda Unida y el PP una moción en la que se exige el “cese inmediato y definitivo de las acciones de violencia callejera”. Bilbao da ejemplo al resto de Euskadi. Es su obligación moral. A fin de cuentas, en el Gran Bilbao, tierra de lluvia y esperanza, habita la mitad de los vascos.

Construcción nacional

Diciembre 1999

Gustavo Bueno, filósofo aragonés y también asturiano, pues en Oviedo lleva largas décadas de lúcido magisterio, profundiza en su último libro en una verdad que muchas veces olvidamos: la de que España fue antes un estado que una nación. Un estado que se forjó sobre un solar compartido por media docena de reinos y sociedades que hablaban idiomas diferentes, tenían leyes distintas y miraban a mares diversos.

Han transcurrido quinientos años desde que se produjo la última reunificación estatal, aquel sueño que no pudieron mantener los reyes godos. Sueño que tampoco logró perpetuar el Islam, al que tanto debemos. No parece que en ese largo trecho que va desde la conquista de Granada y la aventura de América hasta la fecha de hoy hayamos sido capaces de convertirnos en una nación. Lo habríamos conseguido, seguramente, si desde el siglo XVIII hasta la fecha hubiéramos vivido en democracia, pero no fue así. Hubo momentos, con todo, en que parecía cristalizar el sueño peninsular, aunque sin Portugal. Concretamente, fue en aquella España que luchó contra la invasión napoleónica; la España romántica de la Constitución de Cádiz de 1812. Mas luego vino un siglo de guerras civiles que favorecieron las siempre latentes y hoy reforzadas intenciones centrífugas de Cataluña, Galicia y el País Vasco. La insólita pujanza de estos nacionalismos decimonónicos en la hora presente revela dolorosamente que la nación española está por consolidar.

La idea de España está por hacer en cierta medida. Baste recordar que España fue palabra incómoda, incluso prohibida para muchos españoles. No solo para los votantes más radicales de los irredentismos periféricos, sino también para una izquierda ridícula que no encontró modo más cruel de traicionar a sus mayores, fueran éstos Manuel Azaña o Pablo Iglesias.

Siempre habrá quien encuentre más atractivo, adecuado y realista el desenganche del proyecto de España que su pendiente y democrática reválida histórica. Siempre habrá quien prefiera resaltar lo que separa a los diferentes pueblos de España de aquello que los implica y une. Con todo, es harto probable que la mayoría de los habitantes de esas comunidades menos entusiastas, y la práctica totalidad de los vecinos de las demás regiones, estén conformes

con la idea de España que hoy nos emplaza. La de una patria nada patrioterica en la que caben todos, y en la que caben como son, como quieren ser. Incluso, como creen ser.

Merece la pena tratar de construir España de este modo que todavía falta. En las escuelas y en los foros públicos, en libertad y respeto siempre. Los jóvenes, sobre todo, tienen la palabra y es un buen síntoma constatar que son los que más a gusto parecen sentirse en la España de hoy. Los más homogéneos, lectores y optimistas.

Frutos de Almunia

Diciembre 1999

Joaquín Almunia, que es el gran camión-escoba de la política nacional, ha corrido como un “sprinter” a por los ciclistas descolgados del equipo de Anguita apenas el jefe de filas entró en la UVI. Almunia le dijo al Rubalcaba que pusiera en marcha el viejo vehículo y salieron los dos dando tumbos de esperanza camino del pelotón en esta larguísima etapa llena de puertos y vaguadas, de llanuras y sobresaltos, cuya meta está en las veinte horas de un domingo de marzo del año 2000.

Almunia es un pragmático y por eso no ha tenido empacho alguno en pactar con el pequeño nacionalismo reaccionario mallorquín, un equipo con tres ciclistas nada más, pero que bastaban para enfundarse el “maillot” amarillo en la carrera por el poder en las Islas Baleares. Y poco le importa ahora a Almunia que en el gobierno palmesano el que mande de verdad sea el equípillo conservador de la señora Munar. Lo que él quería y quiere es que no gobierne el PP. Lógicamente.

Almunia pactó con el nacionalismo “carca” de Baleares y, a la par, con el radicalizado nacionalismo de Galicia. Y con el regionalismo folklorizante de Aragón y con el andalucismo sevillano, otrora enemigo acérrimo, y con quien sea menester. Ahora Almunia está muy contento con el ascenso de Paco Frutos, un gregario voluntarioso, porque supone que su falta de carisma favorecerá el trasvase de votos al PSOE. Incluso hasta puede dar lugar a una coalición electoral.

Joaquín Almunia ya se ve en marzo nuevo rey de la montaña, y aunque sus cuentas son, acaso, las de la lechera, cada político está en su derecho de buscar aliados, de recoger desfallecidos y no sé yo si de rentabilizar infartos. Ahora bien, ¿qué sucederá con esa amplia y creciente franja de ciudadanos españoles moderados e indecisos, jóvenes urbanos muchos de ellos, que no votan en función de si su abuelo estuvo en este bando o en el otro en la guerra civil? ¿Valorarán los cuatro años del Aznariato sin escándalos graves? ¿Valorarán los descensos en los tipos hipotecarios y las cuentas austeras y cuadradas del Estado? ¿Valorarán la notable reducción del paro y la firme, cauta y constitucional política del gobierno ante el desmadre nacionalista vasco? ¿Valorarán

el recorte en los impuestos y la mejora de las pensiones? Es posible que lo valoren. Es posible que la inmensa mayoría de los ciudadanos que no votan mecánicamente a PP o a PSOE, miren el bolsillo antes de emitir el sufragio.

En cualquier caso, una cosa sí que es cierta: sin Julio Anguita, las elecciones de marzo se ponen más emocionantes. La fiesta de la democracia, así, será mayor. El voto decide más. Será una batalla formidable. Y en Euskadi, un salto en el vacío. La retirada de HB de los comicios regala la victoria a los partidos no nacionalistas. ¿Habrán calculado bien los amigos de Otegi la rentabilidad de su espantada? ¿O es que se proponen boicotear el acceso a los colegios electorales ante la mirada indiferente de la Ertzantza?

China y Chechenia

Diciembre 1999

Por la cabeza desarbolada de Boris Yeltsin, por sus papeles que no encuentra y por las ebriedades que amenazan su cuerpo de toro viejo, circulan dos palabras estos días, estos meses: China y Chechenia.

A veces, sin embargo, se confunde Boris Yeltsin. Donde quería decir, con el pensamiento, China, dice Chechenia, y donde quería decir Chechenia dice vodka. Menos mal que ahí está Putin, su primer ministro, para reírle las gracias, todas las gracias, y para reírle las desgracias, todas también. Todas las desgracias que siembran de muertos un país pequeño y rico en petróleo, un país de los Balcanes de Rusia que se llama, o se llamó, Chechenia.

Rusia tiene unos Balcanes propios, que son el Cáucaso. Y los defiende a muerte porque ya perdió la mitad de ese territorio montañoso y aguerrido, donde conviven malamente cristianos y musulmanes, donde cualquier tribu tiene una lengua milenaria, una historia que vengar, un martirologio que abruma familias y campos, templos y romerías.

Chechenia está en el centro del Cáucaso, ese paraíso al revés que a un lado tiene el mar Caspio y al otro el Negro. Al sur de esa cadena de montañas, huyeron todos de la bota de Moscú: son Georgia, Azerbaiyán y Armenia, que lucen ahora independientes y violentos, divididos en muchos conflictos territoriales internos. La bella y pequeña Georgia tiene sus dos regiones más ricas fuera del control de la capital Tiflis. Una se llama Abjasia, Abjaria la otra, como dos gemelas. Por su parte, entre Azerbaiyán y Armenia se cambian los muertos en los enclaves de Nagorno-Karabaj (población armenia rodeada de azeríes) y Najichevan (población azerí rodeada de armenios y turcos).

Al norte del Cáucaso malviven varios países. Tendrían los mismos motivos étnicos y religiosos que Georgia, Azerbaiyán y Armenia para independizarse, pero al pertenecer a la vertiente más próxima a Moscú, en tiempos de la URSS les dieron estatuto de regiones y no el de repúblicas y eso las condena a Yeltsin y a la guerra. Son Daguestán, Ingusetia, Kabardino y sobre todo la brava y bombardeada Chechenia.

No hay esperanzas para los chechenos. Si Moscú cediera, al día siguiente pedían la secesión Daguestán y compañía y hasta puede que la remota y rica Siberia se animara. Por eso Yeltsin ataca y no cede, bajo el silencio de aquellos progresistas occidentales que tanto gritaban cuando la OTAN liberó a los kosovares de la “solución final” de Milosevic.

No hay esperanzas para Chechenia, pero como el alcoholizado Yeltsin no las tiene todas consigo, busca ahora en China el espantajo de un nuevo e inquietante eje Moscú-Pekín. Sin embargo sólo pretende asustar a Occidente, como cuando dijo que el conflicto de Kosovo iba a desencadenar una guerra mundial. La penosa realidad es que Rusia y sus mafias no pueden vivir sin las limosnas de Berlín y de Washington. Mientras tanto, cada día mueren varios cientos de chechenos sin que se enfade Julio Anguita.

Ermua y Lizarra

Diciembre 1999

El PNV y EA estuvieron en Ermua, compartieron su espíritu. Estuvieron con pocas ganas (había que ver el rostro incómodo de Arzallus en aquellas jornadas capitales) pero estuvieron y lo más probable es que allí continúen. En los rescoldos de aquella espontánea y clamorosa apuesta por la paz, la libertad y la esperanza. Y si no continúan en Ermua ellos, los dirigentes, seguro que sí permanecen sus votantes. Rotundamente. Entre otros motivos, porque la ciudadanía sufre el terrorismo en sus carnes, en sus negocios, en sus proyectos, mientras que los políticos profesionales del nacionalismo están doblemente blindados contra la violencia merced a sus escoltas y su “abertzalismo”.

Ermua expresa la barbarie condenada por el pueblo español y muy particularmente por el pueblo vasco. Por todo el pueblo vasco menos una pequeña parte. Esa pequeña parte, curiosamente, está en Lizarra. Y con ella, cada día más entusiasmados, el PNV y EA. En Ermua faltaba el quince por ciento de los vascos, los nacionalistas más radicales, y en Lizarra falta la mitad de los vascos, los que no son nacionalistas, y acaso el setenta por ciento si también excluimos a los nacionalistas que no quieren la independencia, que son muchos y cada vez más evidentes y manifiestos. La patronal vasca, por ejemplo, ese empresariado tan laborioso, viajero y civilizado no está por la independencia. Estos días lo ha ratificado de un modo abrumador, lo que deja en el aire una pregunta de ardua respuesta: ¿se llevará a cabo la pretendida construcción nacional vasca sin los empresarios?

Ermua es un foro democrático. Lizarra habla de construcción nacional pero también habla de profundización democrática, y es obvio que la democracia vasca la componen los dos millones de ciudadanos vascos. ¿O no? De ahí que quepa éste planteamiento, acaso ingenuo: ¿es posible que Ermua y Lizarra dialoguen? Sería muy conveniente, desde luego. Es más; sin ese acercamiento Ermua-Lizarra el futuro de Euskadi y también el de Navarra –donde los independentistas son un quince por ciento- es el de un callejón jurídico-político sin salida. El callejón del desencuentro, de la inseguridad creciente y de la muy republicana dureza de Francia, que bien sabe que Lizarra le concierne y de qué modo.

Hay que buscar otra ciudad. Entre Ermua y Lizarra. Y en su seno recordar algunas cosas. Por ejemplo, que hace semanas Arnaldo Otegi dijo que era inviable un Euskadi independiente con sólo el apoyo de la mitad de los vascos. Recordar también que la Constitución ha permitido a Euskadi el enorme autogobierno que legítimamente ejerce. Recordar que no se puede construir un estado, con las dos terceras partes de los ciudadanos en contra. Hay que buscar una ciudad entre Ermua y Lizarra para dialogar, para intensificar el autogobierno, para negociar salidas a los presos vascos sin delitos de sangre, y para cumplir la Constitución. Cualquier otro camino será una ruta de violencia y de derrota. Para todos.

La guerra de los puertos

Enero 2000

La Autoridad Portuaria de Barcelona desembarcó en pleno en Madrid el pasado jueves con gran aparato de maquetas y cartapacios. El motivo de este viaje era convencer a los empresarios castellanos de que es mejor para ellos utilizar el puerto de Barcelona que el de Valencia.

Están muy preocupados los catalanes con sus muelles, no en vano en el último año han constatado con gran susto que el crecimiento del tráfico del puerto de Valencia supera el ritmo, también intenso, de las dársenas barcelonenses. Los responsables del puerto del nordeste sospechan que de continuar así las cosas, Valencia no tardará en ganarles la partida, y ello aun a pesar de que Barcelona casi duplica a Valencia en líneas regulares. Hay un dato que lo dice todo: el 18 por ciento de la actividad portuaria de Barcelona se genera en Madrid. Se trata nada menos que de 500.000 toneladas al año, que bien podrían desviarse a Valencia a medio plazo.

Barcelona y Valencia, pues, están en guerra. Una lidia comercial, cívica, imaginativa, prestacional. Esa guerra casi no existía hace exactamente trece meses. ¿Por qué? Porque Madrid estaba a cuatro horas por carretera de Valencia, y Barcelona a poco más de cinco antes del cierre de la A-3. Ahora Valencia y Madrid están a tres horas, poco más de la mitad que Madrid y Barcelona. Y esa hora decide la balanza. Carga el platillo de Valencia en detrimento del de Barcelona. Para que luego digan, los sesudos defensores del AVE por Almansa, que una hora importa poco. Sencillamente es decisiva, como también lo es que el AVE recorra el trayecto Madrid-Valencia en el menor tiempo posible. Si el cierre de la A-3 ha modificado costumbres de ocio y de negocio entre Madrid y Valencia, imaginémonos lo que supondrá que ambas ciudades, que con sus hinterlands suman la cuarta parte de la población española, y no precisamente la más arcaica y adormecida, se sitúen a tiro de reloj.

El futuro es de las comunicaciones. Y el presente. Comunicaciones electrónicas y comunicaciones físicas: el transporte. Durante años a Valencia no se le dejó, por razones cada vez más obvias, explotar ese potencial, que es consecuencia de su privilegiada situación en el mapa. Con razón decía Napoleón que la política de un país es su geografía. También la economía lo es.

En cualquier caso, no es cosa de vencer ni de arrumbar a nadie. Barcelona tiene sobre Valencia la gran ventaja de su proximidad al resto de Europa. Es Valencia la que empieza ahora a jugar con su gran baza, largos años atascada en las curvas de Contreras para gozo de Jordi Pujol. Valencia es el puerto natural de Madrid y de Castilla-La Mancha por muchos esfuerzos y encantos que realice la Autoridad Portuaria de Barcelona. De ahí la enorme importancia que tiene resolver los accesos del tráfico pesado al puerto de Valencia y llevar a pie de barco el ancho de vía europeo, que es el del AVE.

Los bolos de Maragall

Enero 2000

Cuentan las malas lenguas que si en las pasadas elecciones autonómicas de Cataluña los socialistas no hubieran sacado a pasear a Felipe González por el cinturón industrial de Barcelona, es muy posible que hubiesen derrotado también en escaños a Jordi Pujol y a su envejecido discurso cautamente secesionista. Sostienen esas lenguas que si bien González arrastró algunos votos en los barrios de los emigrantes sureños, las cuentas salieron al revés porque su aparición en plazas y mercados y pabellones de deportes volatilizó sufragios dudosos en los entornos más urbanos y avisados.

González quiso ayudar, y eso le honra, pero su presencia fue perjudicial en Cataluña. Además, contribuyó a empequeñecer a Joaquín Almunia, que andaba muy molesto en su compañía apenas llegaban los dos a los auditorios bien nutridos de emigrantes andaluces.

Al margen de esos flecos nostálgicos, en Cataluña los socialistas se parecen poco a los del resto del estado. Tan poco que no sufrieron castigo alguno en las urnas cuando se hicieron públicos los gravísimos escándalos económicos que protagonizaron ilustres cargos y diputados socialistas. En Cataluña el PSC-PSOE siguió gobernando Barcelona, Tarragona, Lérida y Gerona cuando en el resto del país se estaba produciendo la mayor desbandada de alcaldías de que se tiene memoria.

El PSOE catalán es diferente. De entrada, es el PSC y ahora quiere serlo plenamente, sin apellidos estatales. El PSC, como partido, busca lo mismo que Pujol a nivel de toda la comunidad. Si el presidente regional quiere a Cataluña dentro de una España federal, unida al resto del país únicamente por el cordón umbilical de la corona, Pascual Maragall quiere un socialismo catalán independiente de facto, unido a Manolo Chaves o a José Bono por la vía testimonial de un remoto Almunia que está en Madrid, muy lejos, peleando con la sombra de González y su previsible regreso después de las elecciones de marzo.

Maragall hará los bolos electorales de Cataluña y no González. Maragall, en realidad, es el González de Cataluña. El experimentado y cibernético labriego que sabe sacar los votos del campo social de Cataluña. Además,

Maragall no cree mucho en los partidos políticos, se le nota. Cree en las plataformas, en las marcas, en las iniciativas heterodoxas y exitosas que hicieron de Barcelona la ciudad más iluminadora de España bajo su mandato, la más optimista y confiada, y ello aun a pesar de los esfuerzos montserratenses y pirenaicos de Pujol.

Maragall será el gran candidato de los socialistas catalanes en los próximos comicios y eso que no va en las listas. A muchos, tras el fallido episodio de Borrell, nos gustaría que Maragall fuera el nuevo González de toda la España socialista. Maragall garantiza ideas, espectáculo, imaginación, debate, y también una cierta confusión programática que anima lo suyo el cotarro.

La calle de los vascos

Febrero 2000

Desde hace dos años largos, larguísimos, desde las jornadas históricas del asesinato de Miguel Ángel Blanco, la calle vasca es de los independentistas nada más. La calle es de los etarras que vigilan; de los jarrais que destrazan viviendas, negocios, vehículos, diccionarios y nervios. La calle es de los policías que no detienen a ningún jarrai; a ninguno y van más de doscientos delitos de estragos en el último año. La calle vasca es de los que quieren la construcción nacional con balas o sin ellas, pero en todo caso de prisa, de prisa, entre gritos y telefonazos inquietantes, bajo un rumor interminable de procesiones de la etnia, de gestoras pro amnistía, de chocantes bendiciones.

Desde hace casi tres años los vascos no nacionalistas, que son el 48 por ciento, no existen en la calle. Solo existen en cuanto que los desprecian, los marginan, los acosan. Los vascos que no son nacionalistas, como bien recuerda Fernando Savater, viven en una especie de El Ejido norteño, de modo permanente. De día y de noche. Los vascos constitucionalistas son los magrebíes hambrientos de Almería. Hambrientos de libertad, que no la tienen. Por eso llevan tres años sin manifestarse. Sin decir que están allí, respetuosa y energicamente del lado de la ley, de la libertad, de los derechos humanos.

No convenía que se manifestasen, pensaban entonces, y lo repiten ahora, los dirigentes de los partidos nacionalistas. Tanto de los que están a las órdenes de la banda irredenta como de quienes militan en el PNV y en EA. No convenía que salieran de sus escondrijos domiciliarios o laborales los que no están por un porvenir excluyente. De ahí el enojo del PNV al enterarse de que, por fin, los vascos que son insensibles a la lubricidad nacionalista han decidido salir a las calles el próximo sábado. Bajo un lema sencillo y necesario: ¡Basta ya!

Basta ya de violencia, de todas las violencias. La peor, la violencia étnica, última tragedia de Europa. Violencia que introduce el miedo como vecino de cada casa, de cada mente, de cada corazón sobrecogido. Basta ya de agresiones. De quimeras que solo producen desencuentro, dolor, pavor y rencor. Basta ya de intimidaciones, de frases luctuosas. Basta ya de tener miedo.

Nadie se atrevía a convocar esta manifestación. Lo han hecho los intelectuales, los creadores, los artistas. No encontrarán mejor modo de patentizar su compromiso con el pueblo. Con todo el pueblo porque toda la sociedad vasca debe ser tolerante, respetuosa, libre. También los que están por la independencia. La manifestación del sábado en Euskadi no va contra el soberanismo. Su destinatario es la barbarie fanática, la impunidad pactada, el sectarismo. La calle vasca tornará a ser, arduamente, de todos los vascos. No sólo de los que suscriben esa variación del sueño carlista que inventó Sabino Arana. Hay otros vascos, y ahora salen a la calle.

Matutes Andino

Febrero 2000

No es un ministro carismático Abel Matutes. Con todo, atesora una experiencia notable desde sus ya lejanos años en Bruselas, y tiene un marchamo de seriedad y carraspeo que dulcifican su condición de superviviente del fraguismo. Matutes tiene algo de aristócrata de la democracia, y su nombramiento para la cartera de Exteriores fue más un premio que un reto, probablemente.

No continuará en el cargo, eso es sabido. Pasará, tal vez, a la condición de prócer del Senado, recado digno y apacible para un hombre multimillonario, cauteloso y medido. Abel Matutes dejará su puesto de aquí a un par de meses y ya circulan candidatos a sucederle si, como parece previsible, Aznar y Pujol vuelven a capitanear la nueva legislatura, con leves retoques: un poco más altanero Aznar, algo más modoso Pujol.

Uno de los que más suenan como sustitutos de Matutes es Rodrigo Rato. Se trata de otro político acaudalado, aunque con mucha mejor imagen. Con más cintura política, desde luego. Rodrigo Rato quedaría bien en el palacio del Marqués de Santa Cruz, y mucho mejor todavía en los grandes foros internacionales. Su candidatura, potente, le cierra el paso a un valenciano muy meritorio, joven y no menos ambicioso que Rodrigo Rato. Me refiero a Fernando Villalonga, Secretario de Estado para Iberoamérica. El infortunio de Fernando Villalonga es su apellido, no en vano es primo de Juan, el ciclón telefónico. Pero también ese apellido es su suerte, pues gracias a él fue recomendado a Aznar por el campeón de las “stock options”.

Abel Matutes, gestor desvaído y razonable, parece que va a cerrar su tarea al frente de la diplomacia española con un sinsabor de fuste. Me refiero a la extradición de Pinochet. También a él, a Matutes, le ha alcanzado la marea de ponzoña que expande, allá por donde va, la biografía del cruel ex dictador chileno. Abel Matutes siempre estuvo incómodo en el asunto Pinochet. Se le notaba descolocado y muy de tripas corazón cuando se veía obligado a apoyar con sus documentos y resoluciones el formidable suceso jurídico del posible procesamiento de Pinochet nada menos que en España.

Los tiempos continuaron y continúan viniendo sorprendentes y fabulosos. Y justo cuando parecía que el militar atroz iba a regresar a Santiago de

Chile, justo cuando Abel Matutes respiraba contento y feliz, héte aquí que el asunto se demora, y que son otros estados, y no España -la más obligada a ello moralmente- los que están consiguiendo introducir muy legítimos palos en las ruedas del avión del tirano, cuyo despegue se retrasa. Y se retrasa para bien de la Humanidad, eso seguro. En ese bando, entre desesperado y contumaz, legítimo y creador, está el juez Baltasar Garzón, están las víctimas de la dictadura, está la esperanza de un derecho penal internacional... y no está Abel Matutes. Se desenganchó antes de tiempo.

Catalán en el Senado

Febrero 2000

Catalán en el Senado piden los nacionalistas del Nordeste, y José María Aznar les ha contestado por Catalunya Radio afirmando que es de bobos hablar en un idioma que solo entenderían unos cuantos parlamentarios y no el resto. Esa frase de Aznar es de lógica pura, cierto, pero tal vez no cayó en la cuenta el presidente, o no quiso caer, que hablar catalán en el Senado no persigue que los senadores no se entiendan, sino más bien todo lo contrario, que se entiendan más profundamente.

Que se entiendan los senadores en catalán. Y en vasco y en gallego, y en la lengua valenciana de la academia que han pactado socialistas y populares y que no termina de cuajar. Que se entiendan los senadores en todas las lenguas del Estado, aunque no las hablen. Que se incorporen a ese modesto remedo de la torre de Babel. Por lo demás, el castellano o español, no corre peligro. Baste recordar que el 90 por ciento de los estudiantes de Estados Unidos lo han elegido como segundo idioma, o que en Brasil es obligatorio en la segunda enseñanza.

El Senado solo tiene sentido, y mucho, si se convierte en lo que todos los políticos afirman pero que nunca aciertan a diseñar: en una verdadera cámara de representación territorial. En el gran foro donde deben sentarse a discutir, a dialogar, a discrepar y a unificar criterios si ello es posible, -como cabría desear-, los nacionalistas vascos, catalanes, gallegos, valencianos, canarios y mallorquines y los que no son nacionalistas. También los regionalistas andaluces, asturianos y aragoneses e incluso los cantonalistas de Cartagena. El Senado debe ser la sede natural y permanente de un debate que no cesa y que cada día que pasa es más exigente, más complejo, más borroso. El debate del engarce, tal vez asimétrico, de los territorios hispánicos más centrífugos con aquellos otros que no lo son tanto, o que no lo son en absoluto.

El Senado tiene que contribuir a actualizar la muy conveniente mirada plural de todos los españoles sobre el propio Estado, que sigue siendo la patria común que establece la Constitución que tan abrumadoramente votamos. El Senado tiene que hacer su labor, la que no ejerce en absoluto, sin cautelas centralistas pero también sin desbordamientos periféricos. Entre los ciudadanos y

partidos políticos que sólo tienen ojos para ver lo que nos separa y diferencia, y aquellos otros que tienden a incurrir en la respetable mirada jacobina, el Senado puede y debe ser el más creativo rompeolas de la política territorial.

El Senado actual es un aparcadero de biografías políticas en receso; el Senado que necesita el país es algo así como un Pacto de Ajuria Enea sosegado y permanente. Con flecos tributarios.

Soldados

Febrero 2000

Dentro de dos años todos los soldados españoles serán profesionales. Desaparece así la leva forzosa de los reclutas de reemplazo. Nadie la ha de echar de menos, desde luego, pues el servicio militar obligatorio fue una etapa incómoda para la inmensa mayoría de los soldados. De ello cabe exceptuar, quizás, a los mozos rurales de pasados tiempos que gracias a su incorporación a filas tenían la oportunidad de conocer ciudades, tabernas y paisajes.

Nada ha envejecido tanto en la España contemporánea como la sociología de los soldados, esos ritos castrenses teñidos de novias y lágrimas, de autocares nocturnos, de dineros escasos, de horas muertas. El siglo liquida también todo un rancio costumbrismo de anécdotas cuartelarias, anécdotas insufribles para quienes no hicieron la mili, pero todavía divertidas para quienes vistieron el uniforme. Divertidas, sobre todo, porque eran absurdas. De un surrealismo tosco, profundo y celtibérico.

Los españoles no quieren ser soldados profesionales. De ahí que el Ejército se haya visto obligado a admitir prácticamente a todos los solicitantes. Incluso ha eliminado requisitos educativos. Uno puede ser soldado siendo muy poco más que analfabeto. Ello sucede en estos años en los que hay que hacer el gran esfuerzo de sustituir a toda velocidad a los soldados de reemplazo. Luego, se supone, la oferta será mucho más reducida y se podrán seleccionar mejor los candidatos.

Acaso el primer recuerdo que evoca la mili es de la pérdida de tiempo. Ahora bien, si el servicio hubiera durado menos, y sobre todo si se hubiese articulado de otro modo, es posible que la valoración general fuera diferente. Aun así, es más que probable que el paso por el Ejército, con todos sus defectos y carencias, resultara educativo para el carácter de muchos soldados. Por lo menos, tenías que hacer frente a una nueva y desconocida adversidad general, dicho quede sin ningún asomo de masoquismo. Había que soportar el frío o el calor tórrido, la masificación, las largas guardias, las molestas maniobras. Había que aprender a sobrevivir, a eludir peligros de muy diversa índole.

También es cierto reconocer que, aunque servido con trazos muy gruesos, el Ejército favoreció el sentimiento patriótico español. Sentimiento que

nos parecía de zarzuela cuando lo vivíamos, pero que ha resultado, a la postre, y en poco tiempo, más progresista y más alto de miras que los patriotismos regionales urdidos en las cábilas periféricas. En el Ejército nos inculcaban un sentimiento positivo que no iba contra nadie: el amor a España. En las escuelas de los fundamentalismos autonómicos, sin embargo, llevan veinte años largos predicando un sentir insolidario, tergiversado y negativo: el odio a España, que hoy más que nunca es el odio a la Constitución, a la tolerancia, a la libertad y a la convivencia. En cualquier caso, no está de más recordar que los más grandes españoles fueron patriotas: Cervantes, Quevedo, Goya, Galdós, Unamuno, Picasso.

El GIL en Valencia

Febrero 2000

El GIL se ha presentado en Valencia sin programa ni candidatos. Como quien dice, desnudo integral. Horas después de que Jesús Gil y Gil decidiera gastarse unos cuantos millones en extender su aura política por la Comunidad Valenciana, ya había por aquí varios portavoces del insólito partido marbellí. De momento, en la presentación del nuevo proyecto, los delegados de Gil en Valencia han pedido el voto de los seguidores del Atlético de Madrid y de los electores de UV. Para mayor desbarajuste colchonero-valenciano, el GIL afirma reivindicar la memoria política de González Lizondo.

¿Quién se apunta al GIL? ¿Qué urgente y atrevida carrera lleva a un ciudadano desconocido a convertirse en rostro de la aventura política que apadrina un célebre visitante de los juzgados de lo penal? ¿Por qué alguien presta su rostro, su biografía, aunque sea insignificante, a ponerla al bias del apellido de un ciudadano tan imperioso y “ostentóreo”?

¿Tienen esperanzas estos hombres y mujeres en salir elegidos? Ninguna, obviamente. Entonces, ¿por qué se presentan? ¿Buscan su cuarto de hora de modestísima popularidad? ¿O tal vez es que arde en ellos un honrado fervor por el ideario del gililismo? En este caso es difícil entender esa llamada de la política si tenemos en cuenta que el GIL no tiene programa, ni ideología. Tal vez, por ello, sus seguidores son personas que aman la inanidad programática. Que se sienten a gusto, muy libres, en ese vacío de principios donde todo va manga por hombro y donde lo que importa es la transacción. Ahora bien, ¿qué transacción les espera a quienes no tienen ninguna posibilidad de alcanzar un acta de diputado?

Uno entiende a Jesús Gil, claro que sí. Entiende que quiera ser parlamentario para escudarse de tantos pleitos penales que tiene abiertos, de tantos otros que han de rondarle. Uno también entiende a los políticos del GIL cuando se presentan a concejales en pueblos costeros del sur, en Ceuta o en Melilla. Allí están implantados, tienen una tradición de eficacia y de expulsión de mendigos, amén de una sólida costumbre de lances inmobiliarios. Uno eso lo entiende. Ahora bien, ¿a santo de qué entrar en unas listas de fantasmagoría? Por lo menos los candidatos del falangismo o de los grupúsculos comunistas

que todavía se presentan a las elecciones, tienen una ideología. Atroz en ambos casos, liquidada históricamente, pero la tienen. Y cuentan con unos ídolos señeros: Lenin, Stalin, Mao o José Antonio. Más, ¿en qué consiste el pensamiento político del separado presidente del Atlético de Madrid?

Vuelven los tiempos de los políticos colaterales. Por esa senda también regresa a la palestra Mario Conde. Uno y otro, Conde y Gil, con su partido. El de Conde tiene más raigambre, más hechuras, no en vano el ex banquero compró el cadáver, todavía insepulto, del CDS. Cualquier día coinciden en Valencia, quien sabe si en el mismo mitin, Gil y Conde. Un centenar de personas seguro que juntan entre los dos.

Extranjería

Febrero 2000

La mayoría de los españoles de hoy tienen o tuvieron en su familia a un hombre pobre que llegó a una ciudad remota sin otro bagaje que una pequeña maleta, sin otro patrimonio que unos pocos y esforzados dineros que le dieron en casa. La mayoría de los españoles y de las españolas de hoy, sean nacionalistas o no, sean religiosos o ateos, agnósticos o beatos, de izquierdas o de derechas, de centro o de nada, tienen o tuvieron un abuelo que desembarcó en Montevideo, un primo lejano que empezó de barrendero en Londres, de estibador en Hamburgo, de pinche de cocina en Berna, de obrero en el extrarradio de París.

Mi abuelo llegó a Buenos Aires en 1909. Salía de una familia asturiana en decadencia, con escudo en la casa solariega pero de poca renta. Su madre era viuda. Mi abuelo, como tantos millones de españoles, tuvo que buscarse la vida muy lejos. También había en él, es cierto, una provechosa y conveniente afición a la aventura. Si volvió al año siguiente a España, luego de ser camarero en la ciudad argentina de Rosario, no fue por desfallecimiento, sino porque su madre no podía soportar su ausencia. Viejas cartas familiares, muy emocionantes, así lo revelan.

Es fácil imaginarnos la mirada del mozo español tan lejos, a bordo todavía, llegando el barco a los muelles del río de la Plata. Fácil imaginarnos sus esperanzas, sus temores, la melancólica gravitación de la enorme distancia de su patria. Mi abuelo me contó, borrosamente, cómo era aquella llegada luego, ya en tierra firme: los papeles que examinaban los funcionarios, el ambiente sórdido del muelle y los gritos de los mercaderes de hombres que contrataban a los emigrantes a pie de tinglado. Unos iban de peones albañiles, otros a trabajar en la construcción de vías ferroviarias, otros de empleados de almacenes. Tareas que son las mismas o muy parecidas a las que les esperan en España, con suerte, a esas decenas de miles de africanos, eslavos y latinoamericanos que forman las tremendas colas en las oficinas de la Emigración.

Son ellos nuestros parientes de América, son ellos los gallegos, los andaluces, los extremeños o los murcianos que salieron a la Europa verde y libre en los años sesenta y setenta de este siglo que termina. Los mismos rostros,

la misma inquietud, la misma nostalgia. Porque ellos, claro, los españoles de entonces y los extranjeros de ahora mismo, preferirían vivir en su país. Preferirían estar en Malí, en Marruecos, en Honduras, en Ucrania. Si han venido es porque no les queda otro remedio.

España va camino de ser un gran estado multirracial. Los niños que no tenemos, los tendrán los extranjeros por nosotros, serán españoles de todos los colores. Los niños mulatos de hoy, los niños asiáticos, negros o amerindios serán los profesionales y los empresarios de mañana, los alcaldes de Bilbao, los obispos de Sevilla, los coroneles del ejército, los poetas o las figuras de la selección nacional de Fútbol. España será más justa y más pujante con los extranjeros que sin ellos.

El Piojo y la esfinge

Febrero 2000

El Valencia sin el Piojo López no sería campeón de Copa, ni campeón de la Supercopa, ni tampoco estaría entre los dieciséis equipos de Europa que continúan vivos, ilusionados, mediáticos y ambiciosos en la Champions League. Piojo López es un jugador excepcional que cuando llegó de la mano de Paco Roig no era más que una atolondrada promesa. Fue el carismático y eficaz Ranieri quien lo convirtió en el delantero más incisivo de Europa. El más prodigioso atacante en la bella jugada del uno contra uno ante el portero y con un par de defensas a medio metro del delantero, a menos incluso, uno por cada lado y Piojo que marca. Así se hizo figura Claudio López y se labró un nombre en Europa.

El Piojo es, de largo, el futbolista de mayor relieve de este Valencia nuevo y lúgubre de Héctor Cúper. Un Valencia que ha tirado la Copa al río Arga, el río de Pamplona, y también al río Turia para rematar la faena. Un Valencia que hace el ridículo en la liga, que no remonta ni convence, y eso que el plantel es el mismo que el de la temporada anterior, y además reforzado con las muy cualificadas incorporaciones de Kili González, de Oscar García o de Gerard López amén de la repesca del valenciano Sánchez. Un equipo mejor que el del año pasado sobre el papel pero que juega mucho peor. Que cree poco en sí mismo y que mira de reojo al banquillo del hierático y desbordado mister. Ahora bien, si los jugadores son los mismos y el entrenador nuevo, ¿quién tendrá la mayor parte de la culpa, aun siendo ésta de todos?

Corren por ahí encuestas que rezan que la gente prefiere a Cúper que al Piojo. Puede ser. En cualquier caso, esos criterios, bien respetables, no reparan en hechos contantes y sonantes. Por ejemplo que el club llevaba veinte años de medianías y frustraciones hasta que llegó el Piojo para demostrar, una vez más, que los títulos sólo se ganan cuando hay figuras que cambian la previsible marcha de los equipos. Toda la gloria del Valencia del último cuarto de siglo se la debemos a dos muchachos argentinos: Kempes, que fue la clave de la Copa del 79 y la Recopa del 80, y el Piojo que fue el gran protagonista de la Copa y la Supercopa del 99. Sin ellos, al margen de la innegable valía del resto de la plantilla, no habría habido títulos. Así de claro.

El Piojo marca la diferencia, o la marcaba, y ahora está marcando el paso rumbo al Lazio de Roma. Es obvio que no son compatibles en el equipo el americano Cúper y el americano López. Uno u otro tienen que marcharse y pronto. Si la opinión de la grada y la de la directiva coinciden, como parece, que el que sobra es López, manos a la obra. A negociar con el Lazio sin que se note mucho que se quiere soltar el insólito lastre. Ahora bien, el Valencia sin el Piojo será otro Valencia, valdrá menos. Y mientras tanto, a esperar otros veinte años de rigor hasta que aparezca un nuevo argentino que nos ilumine. Hoy por hoy es un niño de teta que vive en la Plaza Once, donde Borges tomaba café con Macedonio Fernández.

El duelo latino

Marzo 2000

Ocho equipos han llegado a la fiesta mayor de la Liga de Campeones de Europa, que es la competición de clubs más importante del mundo. De esos ocho equipos, nada menos que cuatro son de la península ibérica. La mitad de la gran liga europea pasa por España y Portugal: Valencia, Barça, Real Madrid y el histórico y blanquiazul Oporto.

Iberia contra Europa. Parece una bella metáfora de la novela del premio Nobel portugués José Saramago, titulada *La Balsa de Piedra*, y que a su vez es una metáfora de la geografía y de la historia. La balsa de piedra es la península ibérica, que se va desprendiendo del viejo continente. Isla nueva, entre americana y europea. Pero ahora la balsa de piedra se junta a Europa. Se junta en la cumbre de Lisboa de estos días donde Iberia, -en esta ocasión a través de Portugal- recuerda a Europa que existe, en voz alta y también respetuosa. Iberia está en alza, somos cincuenta millones de habitantes, y hay otros seiscientos millones de seres humanos que no son ibéricos pero que hablan portugués y castellano.

Iberia contra Europa. Estamos cuatro a cuatro al empezar el gran torneo. Para que la simetría sea perfecta, cada equipo de fútbol ibérico se ha de enfrentar a otro no ibérico. Tres, en concreto, a otros tantos equipos anglosajones. Los portugueses del Oporto, nada menos que ante el Bayer de Munich: un reto que se antoja muy difícil para los lusitanos. El Real Madrid también tiene por delante dos partidos casi inabordables frente al Manchester, actual campeón. El Barcelona, por su parte, hermano mayor de Iberia, tiene más posibilidades. Es más, es el favorito frente al Chelsea.

Pero queda el otro, que es el que nos interesa. El Valencia, que es el único equipo ibérico que ha de vérselas con otro equipo latino, lo que tiene su enjundia. El Lazio es duro de roer. Cuajado de estrellas, y, encima, italiano. El partido de Mestalla, el primero, será terrible. Pero no hay que desanimarse, que hace unas horas como quien dice que hemos desbancado a la Fiorentina, otro club italiano. Es cierto, sin embargo, que los romanos son más peligrosos que sus vecinos de Toscana, pero ellos no tienen a Batistuta mientras que nosotros sí tenemos a Claudio López, dicen que futuro jugador del Lazio.

Pues bien, no encontrará mejor oportunidad el argentino que esta eliminatoria a cara de Luperca para demostrarles a los romanos lo mucho que vale y que golea. Un tanto en cada partido y luego que paguen su peso en oro. ¿O es que alguien duda de la honestidad del Piojo?

Si se pasa, habrá semifinal latina, con el Barça. Y puestos a soñar, nos encontraríamos al Real Madrid o al Oporto en la final: sería la apoteosis peninsular. No conviene olvidar tampoco que madrileños, catalanes y portugueses ya han sido campeones de Europa. Llega, pues, el turno del Valencia.

Un banquillo para Pinochet

Marzo 2000

La llegada de Pinochet a Chile fue una mascarada altiva. El ex dictador, un hombre acusado de criminal por tribunales de media Europa, todavía es un héroe para la adusta y encopetada clase militar del país andino. Uno creía estar en el túnel del tiempo mientras contemplaba por el televisor los lances uniformados que se conjugaban en el aeropuerto santiaguense. Bigotes raciales, chulerías de niño bien, gominas prusianas y una devoción ridícula por el espadón anciano se mezclaban en el aire y en la vergüenza ajena para dibujar un espectáculo abominable.

Así recibieron en Chile a Pinochet sus cofrades. Entre baladronadas y pavoneos. Enlodando al ejército, una vez más, de irresponsabilidad y partidismo. Fundiéndolo con la biografía de su cruel y decrepito gran capitán. Gran delincuente. Gran transgresor de la legalidad republicana. El ejército chileno es una antigualla peligrosa que manda en aquel país tan querido para los españoles, no en vano afirman los viajeros más avisados que los chilenos son los latinoamericanos que más se nos parecen.

Chile está condicionado por un ejército que no ha perdido su impronta golpista. La democracia, arrancada penosamente al tirano, no ha logrado emanciparse del todo. Chile está sojuzgado por una cúpula militar que bendijo o toleró la desaparición y la muerte de quince mil compatriotas bajo la presidencia ilegítima del general Augusto Pinochet Ugarte.

Mucho queda por hacer, en consecuencia. Pero ya avanza, con los ojos bien abiertos, la primera intentona cívica para devolver al pueblo de Chile su plena soberanía, hoy vigilada. El juez Guzmán, que es un hombre valiente, seguro que mucho más valiente que los generalotes que abrazaban en el aeropuerto al viejo enfermo imaginario, pelea por desaforar a Pinochet; el general que tantos desafueros cometió. Apoyado moralmente por millones de ciudadanos, el juez Guzmán lucha para privar al ex dictador de la indigna careta legal donde se cobija. Para que responda ante los tribunales de los crímenes que muy presumiblemente instigó y autorizó. La intervención de la fiscalía chilena en la misma dirección, un hecho de enorme trascendencia, confiere verosimilitud a un sueño, hoy todavía muy lejano: ver al tirano en el banquillo. Y verle en su tierra, que es lo propio, lo natural y lo eficaz.

Estamos ante un escenario nuevo, ciertamente inimaginable si por el medio no hubiera transcurrido el año largo de oprobio internacional del sátrapa atrapado en Londres. El juicio de Pinochet en Chile es la última batalla entre el pueblo y la oligarquía castrense. Lucha democrática, lucha de la dignidad popular, lucha de la memoria contra el olvido y la impunidad. Puede que el empeño judicial al final fracase. Es, incluso, lo más probable. Pero aún perdiendo esa batalla, la sociedad chilena habrá ganado. Habrá recuperado espacios de libertad. Habrá devuelto a la presidencia de la República su legítima autoridad. La peripecia judicial de Pinochet acabará devolviendo a Chile a la democracia plena. El esfuerzo nunca habrá sido en vano.

El estado de la ilusión

Marzo 2000

Hace algún tiempo, Arnaldo Otegi parecía el apóstol de la ilusión. Este pueblo tiene una enorme ilusión, decía. Ante nosotros se abre un camino de gran ilusión, contaba. Mas no sólo eran Otegi y sus camaradas quienes suscribían tanto regocijo. También compartía su ilusión el peneuvista Joseba Egibar, tan ufano el hombre, tan orgulloso por haber tendido puentes con los nacionalistas radicales.

¿Y por qué tenía tanta ilusión Arnaldo Otegi? ¿Por qué estaba tan astutamente ilusionado Xabier Arzallus? ¿Por qué parecía tan cautelosamente ilusionado Karlos Garaikoetxea? Primero, porque no había crímenes. Ese dato, cierto, también era ilusionante para todos los vascos, nacionalistas o no, lo mismo que para el resto de los españoles. La ilusión era la vida. Euskadi fue feliz durante un año y pico. Mientras se producía el profuso rearme y la diligente recomposición de la banda, muchos vascos llegaron a creer que nunca más habría violencia. Pero no se lo creía del todo, porque bien se encargaban los jarrais de que cada fin de semana ardieran unos cuantos coches, unos cuantos pisos, unas cuantas sedes populares o socialistas. La violencia de baja intensidad, que así le llaman, era un recordatorio para la ciudadanía. Venía a decir que la ilusión tenía un precio. O muchos. Que nadie se olvidara.

Un precio, por ejemplo, era el derribo de la Constitución. Otro, la exclusión de los no nacionalistas del proyecto ilusionante. Un tercero, la pronta excarcelación de todos los presos, con o sin delitos de sangre. Y más precios pedía el mantenimiento de la gran ilusión: un referéndum étnico en Navarra, Euskadi y el país vasco francés, la retirada del PNV y Eusko Alkartasuna de las elecciones legislativas del 12 de marzo y otros muchos lances prometedores y quien sabe si bendecidos por el obispo Setién, quien afirmaba, con solemnidad, que la paz tenía un precio.

La ilusión era tan fuerte, eso decían los juramentados, que incluso cuando la banda regresó donde solía, la ilusión continuaba e incluso dicen que continúa. La ilusión o más bien el espejismo de esa ilusión. En ella perseveran, doctrinariamente, Otegi, Egibar y Arzallus. Todos bajo los efectos de una ilusión óptica ahora que ETA acaba de demoler la ilusión real. Nunca quedó más claro que la ilusión –Lizarra- era un proyecto iluso.

La banda, sin duda, es mucho más lúcida y resolutiva (trágicamente) que Otegi, Egibar y Arzallus. La banda, que tenía prisa, rompió la ilusión cuando supo que su presunto altar –Lizarra- era incapaz de poner toda la carne en el asador para lograr la victoria sobre la democracia. La banda no pierde el tiempo, no se conforma con ilusiones. Quiere hechos y, si no, atentados. El sector armado del nacionalismo radical ha decretado la muerte de la ilusión de Lizarra. Otegi, Egibar y Arzallus, sin embargo, prefieren cerrar los ojos a la evidencia, no quieren reconocer el grado cero –patatero- de la ilusión, y se parapetan en el limbo de los políticos amortizados.

El vídeo burdo

Marzo 2000

Valero Eustaquio y otros líderes ascendentes de la declinante UV presentaron el lunes el vídeo anti-Zaplana. Se trata de un film tosco y breve que pretende difundir por las televisiones de España las maldades que presuntamente infligió Eduardo Zaplana al partido regionalista. Maldades y nebulosas que, en realidad, se reducen a una, al transfuguismo. Más concretamente, al fomento del transfuguismo de militantes de Unión Valenciana rumbo del PP.

No es fácil elucidar si el PP se portó bien o mal con UV. Hay que reconocer, eso sí, que les otorgó nada menos que dos consejerías en el gobierno autonómico 1995/99, lo que no es moco de pavo. También les cedió la presidencia de las Cortes, un puesto de mucho relumbrón y chambelán. Si no resulta, pues, sencillo decantar si los populares se portaron bien o mal con UV, quedan pocas dudas en afirmar que Unión Valenciana se trató muy mal a sus mentores. De una parte, UV jugaba a estar en el gobierno y participar así de sus deleites carnales en forma de cargos y prestigios. De la otra, jugaba a estar en la oposición. Era gobierno en la plaza de Manises y era oposición en el Palau de Benicarló. Bajo el patronazgo de Héctor Villalba, hoy docente rural, UV se dedicó a ponerle zancadillas parlamentarias al PP. Y tantas pegas le puso, que pronto fue general la sospecha de que tras las elecciones de junio de 1999, los unionistas pactarían con el PSOE, tal y como acabaron haciendo sus parientes políticos baleares.

Todos recordamos las muchas pifias y traiciones unionistas hacia el PP y, naturalmente, todos, o casi todos, nos esperábamos que cuando las circunstancias lo hicieran posible, la reacción del PP iba a llegar, y suavemente fue llegando, cierto que servida con mucho estilo y cordura. Tanto es así que hace apenas un par de meses, todavía Zaplana se mostró generoso para con los últimos resistentes de la formación crepuscular. El presidente les ofreció cargos y posibilidades cuando ya suponía —él y todos— que las perspectivas electorales de UV eran anecdóticas.

UV comenzó a rodar su propio vídeo, el vídeo de sí misma, desde que estallaron aquellos tristes tiempos de la defenestración de Lizondo. Tiempos de las prisas y ambiciones de los jóvenes turcos, y también de las maniobras de

Artagoitia: por cierto, un tráfuga en UV. El partido malbarató su patrimonio político-sentimental jugando a la ruleta rusa de los desplantes y los guiños al PSOE. Por esa peligrosa senda, Villalba y sus amigos acabaron convirtiendo un partido recio y popular en una banda extraparlamentaria. Ahora, en visperas del cierre, tal vez arrepentidos sus responsables por no haber sido tráfugas a tiempo, arremeten contra su antiguo socio con un vídeo entre burdo y banal, dos improntas que venden poco en una comunidad moderna que huele a futuro y talento.

La última transición

Marzo 2000

Los primeros años de la democracia, tras la muerte de Franco, fueron muy difíciles. Algo así como si toda España estuviera en una posición parecida a la que actualmente rige la inquietante realidad vasca. Tras los primeros pasos democratizadores, cundió un justificado temor a la represión. La ciudadanía sospechaba que los últimos coletazos del régimen podían ser terribles. El temor era tan vivo y permanente, que más de cinco años después de la muerte de Franco estalló un golpe de estado. De haber triunfado la asonada, era evidente que se habría cobrado miles de muertos. El ejemplo del Chile pinochetista o de la dictadura argentina estaban muy cerca. No era difícil prefigurar las torturas y las desapariciones. Bastaba con escuchar a los viajeros horrorizados que llegaban de Buenos Aires.

El último cuarto de siglo de España nació entre medidas esperanzadoras –La Ley de Reforma Política, la legalización de los partidos, la supresión de los tribunales especiales- y también entre amenazas manifiestas, sazonadas de crímenes atroces como el de los cinco abogados laboristas acribillados en su bufete de la calle de Atocha en 1977. El pueblo, sin embargo, supo resistir y vencer, y por eso los últimos veinte años son tan admirables y estimulantes. Ejemplares en todo el mundo. Un país acomplejado, populachero, centralista e injusto dio paso a una nación segura de sí misma, esforzada, pujante, democrática, universalista y mucho más justa pese a las innegables desigualdades que nos aquejan. Y si el pueblo, su gran mayoría, fue firme y estuvo unido, sus políticos pasaron a los libros de historia por su imaginación, su astucia y su valentía.

No sucede lo mismo, hoy, en Euskadi, asignatura pendiente de la convivencia; último rescoldo del radicalismo y la sinrazón. En Euskadi los políticos más responsables, que son los nacionalistas en el poder, no actúan como lo hicieron los dirigentes que protagonizaron la transición democrática. Arzallus, Ibarretxe o Egíbar en nada recuerdan a los Suárez, Areilza, Fernández Ordóñez y tantos otros políticos beneméritos que, empujados por el pueblo, articularon la reconciliación entre los españoles, la normalización democrática, la libertad.

En Euskadi la inmensa mayoría de los vascos quieren lo mismo que queríamos todos los españoles en 1976, en 1978, en 1981. Pero sus gobernantes la buscan en la ruta de la exclusión. En el infecundo camino de la equidistancia, de la confrontación civil, del escandaloso pacto con los violentos y sus voceros. Es como si Adolfo Suárez o Calvo Sotelo hubieran pactado con Tejero o con el general Armada el futuro de España en los años en que nos jugábamos la consolidación democrática. Mientras Arzallus y compañía no rectifiquen radicalmente, o mejor, dimitan y se retiren de la política activa, Euskadi continuará pareciéndose cada vez más a la España del búnker y el desencuentro, de la animadversión y el silencio.

África

Abril 2000

Somos tan europeos, estamos tan satisfechos de nuestro sabio vínculo con Bruselas, que a veces nos olvidamos que hay ciudades españolas de la península Ibérica que están más al sur que otras urbes africanas. Sin ir más lejos, la ciudad de Túnez está más al norte que Málaga. Y Argel es más septentrional que Cádiz o que Marbella. África está tan cerca de España que una de sus comunidades autónomas, -Canarias- es africana. También las ciudades de Ceuta y Melilla. El cuatro por ciento de los españoles es africano, al margen de las geopolíticas de la OTAN y muy cercano a África el otro noventa y seis, incluso los vascos abertzales de los cráneos medidos y los flujos sanguíneos bien revisados. España y África están a un paso, y la historia bien que lo sanciona. África, también, por cierto y por desgracia, fue el origen de la guerra civil. Sin los militares africanistas, tan engrasados de batallas y desiertos, de pólvora y soberbia, difícilmente habría estallado la contienda fatal.

Europa y África han dialogado estos días en El Cairo. Hay un abismo entre los dos continentes. Una eternidad de distancias entre el nivel de vida de Alemania y el de Burundi; entre Francia y Angola; entre Inglaterra y Sudán; entre Italia y Sierra Leona; entre España y Mozambique. Años y años de estadísticas espantosas. En África, millones de niños no van a la escuela, otros muchos mueren de hambre, y hay países donde el noventa por ciento de sus mujeres son analfabetas. Son cifras tan bárbaras que no parecen reales. Tan abrumadoras que acaban por acusarnos a todos. ¿Cómo es posible que al otro lado del estrecho de Gibraltar el mundo sea tan lastimoso y desarticulado?

África es la gran cenicienta del mundo. También es el origen del hombre. En África están nuestros ancestros, y, todos somos, en fin, africanos. También es africana, ciertamente, la civilización de la que somos más herederos, la egipcia antigua, origen remoto, con Mesopotamia, de lo que luego fue Judea, Grecia y Roma. Nada ajenos, pues, somos a lo africano. Por eso, y sobre todo por ser humanos, simplemente por eso, nuestros gobiernos deben hacer algo. Europa está obligada a tenderle la mano a África y a hacerlo con datos muy tangibles. Por ejemplo, condonando la deuda de sus países más pobres, que son casi todos al margen de la Libia del petróleo, de la Argelia del gas natural, o de la más desarrollada Unión Sudafricana.

Europa y África se han mirado a los ojos en El Cairo. La labor es tan ingente que no se sabe por donde empezar. Pero no debemos olvidar que el sueño de muchos africanos pasa por Europa. Que para ellos somos su Eldorado, aunque luego el Eldorado se convierta en la pesadilla de El Egipto. Somos el horizonte de la juventud africana. Si no les ayudamos, abandonarán sus países a su suerte e invadirán sin control Europa, donde deben venir, sin duda, pero de un modo ordenado y sostenible. El futuro de África es europeo y por eso el futuro de Europa es africano. Una inmensa Cuba, un gigantesco Brasil es el porvenir del viejo continente para desesperación de sus neonazis. El Internet y la financiación de las pensiones de retiro de los europeos acabarán convirtiendo a Europa en una tierra ardiente, mulata y joven, ahora que es tan vieja, pálida y calculadora.

La libertad

Abril 2000

En el País Vasco viven en un clima que se parece mucho al de la postguerra. Están en 1942, en 1943 aunque no lo parezca. El calendario actual dice otra cosa, pero allí la mayoría del pueblo resiste y pena como en los tiempos en los que no había libertad, valor supremo. Valor sin el que ningún otro valor vale, la justicia incluida. En el País Vasco no hay libertad y el pueblo, cada vez decidido, cada vez más personas, sale a la calle y grita libertad.

Mientras los vascos claman libertad, porque no la tienen, porque la echan en falta y porque están hartos de complacencias culpables, de callejones sin salida y de ignominiosas vistas gordas, Joseba Egibar, parlamentario del PNV, sonríe delante de los fotógrafos, hermanado con Arnaldo Otegi, de francachelista nacionalista, y poco le importa que Arnaldo Otegi sea el portavoz de quienes no son capaces de condenar el asesinato de Fernando Buesa y de tantos otros. De Fernando Buesa que se sentaba a unos metros de Arnaldo Otegi en el parlamento. A unos metros de Joseba Egibar.

No hay libertad en el País Vasco: la hay para los que acosan a la democracia. No hay libertad en el País Vasco: la hay para la insidia, para la coacción, para la amenaza. No hay libertad en el País Vasco: la hay para los que pretenden silenciar o expulsar a políticos, locutores, filósofos, artistas, concejales, asalariados, viejos luchadores contra el franquismo. No hay libertad en el País Vasco: la hay para Xavier Arzallus, que sigue amarrado a la demencia pre-senil del pacto de Lizarra.

¿Qué vale Lizarra si el 93 por ciento de los navarros la rechazan? ¿De qué sirve el pacto de Lizarra si la inmensa mayoría de los alaveses lo repudia? ¿Qué futuro tiene Lizarra si en el País Vasco francés solo uno de cada doce vecinos quiere la independencia que el pacto prefigura? ¿Qué vale Lizarra si en Bilbao y en San Sebastián la gente le dice no? Abrumadoramente no.

En el País Vasco no hay libertad: existe para Ibarretxe, el pobre Ibarretxe de los discursos mortecinos, las propuestas equidistantes. Ese Ibarretxe que es la reencarnación política de Setién, aunque mas simpático y ciclista, menos vasco-parlante, más despistado y obediente.

En el País Vasco no hay libertad. La gente lo dice, se manifiesta, se mueve y más que se ha de mover. En el País Vasco hay que restaurar el estado de derecho y el lehendakari no sabe hacerlo. Su consejero de Interior menos aún. No sabe ni tampoco le importa mucho solventar esa carencia escandalosa. En el País Vasco hay miedo y hay fanatismo, como acaba de recordar Atutxa, el presidente de su parlamento. Pero la libertad volverá, ya está volviendo. Vuelve con las dimisiones y protestas de los dirigentes del PNV que están hastiados de la deriva inconcebible de su partido. Vuelve con el desmarque de los empresarios. Vuelve desde las urnas del 12 de marzo. Vuelve la libertad poco a poco. La traen los ciudadanos. Tiene que volver del todo.

Hospitales públicos

Abril 2000

Los españoles hemos aprendido y cambiado mucho en los últimos años. Hemos ido edificando la democracia con imaginación, vigor y confianza. Hemos ido asumiendo, poco a poco, la compleja cultura del pacto social, un concepto que estaba vacío de contenido en nuestro país hasta que arribó la transición democrática. Los españoles somos muy modernos y más que seremos, muy activos y navegadores de Internet y muy acostumbrados ya a la competencia que todo lo mejora y pule.

Los españoles somos razonablemente optimistas de cara al futuro, entre otras cosas porque poco a poco van cayendo las barreras y parapetos desde los que se protegían, con armas y bagajes, los viejos estamentos de siempre, las castas privilegiadas desde los Reyes Católicos. Los españoles aceptamos con orgullo y gozo estas reformas, que son participativas y contrastables, y otras mejoras que vendrán, y también suscribimos, en general, la pérdida de protagonismo económico de los poderes públicos y su corolario que es el fortalecimiento del papel económico de la sociedad. A los españoles nos gusta lo privado y cada vez confiamos más en nuestras fuerzas.

Pues bien, en medio de tantos logros y méritos; en medio de tantos avances de toda índole, educativos, convivenciales, en materia de infraestructuras y demás, la mayoría de los ciudadanos de España no entendemos por qué algunos políticos y algunos amigos de esos políticos todavía pretenden privatizar, aunque sea muy levemente, la sanidad pública; la sanidad de todos. Esa columna vertebral de la salud de cuarenta millones de ciudadanos, incluidos los inmigrantes sin documentos.

No solo no entendemos ese afán privatizador sino que estamos abrumadoramente en contra del experimento. No entendemos por qué los hospitales públicos, ese fruto primero y principal del esfuerzo de los trabajadores, de las empresas y de las instituciones, tenga que ser entregado, ofrecido, encomendado o cedido al interés privado. ¿Por qué?

No se encuentra ninguna respuesta razonable más allá de lo pingüe. De ahí el buen criterio adoptado por la Diputación Provincial de Valencia, que acaba de descartar cualquier privatización en la gestión futura de su Hospital

General. Ello, obviamente, no ha de ser incompatible con la mejora de la gestión de ese inmenso sanatorio, o de cualquier otro de la red pública, tarea que sin duda está al alcance de la profesionalidad, el diálogo y la responsabilidad de sus directivos, de sus trabajadores y de sus cargos sindicales.

La medicina privada es útil, acreditada y admirable por muchos motivos. Y debe proseguir su camino de servicio, eficacia y reconocimiento, pues es evidente que cumple un papel muy importante en la sociedad española. La medicina privada hace muy bien en levantar nuevos hospitales, en esmerar el trato, en modernizar sus clínicas, en mejorar sus cuadros facultativos y en racionalizar su política de precios. Ahora bien, lo público, en hablando de salud, no se toca.

La radio pública

Mayo 2000

¿Es conveniente que existan emisoras de radio públicas? Seguro que sí. Al menos, en la vieja Europa que nos corresponde y a la que no renunciaremos nunca. En Europa el liberalismo no es pecado, es muy conveniente, quien lo duda, justo y saludable, pero no hasta el punto de llevarse por delante las radios públicas. Sencillamente porque son servicios públicos.

Las radios públicas compiten en un mercado privado. En una selva de palabras y músicas. En ese entorno para las emisoras privadas habrá pocas cortapisas al margen de la ley o de las ideas e intereses de sus propietarios. Las emisoras públicas, sin embargo, manejan, o deben manejar, otros criterios para decantar su oferta. Es obvio que si el primer objetivo de la radio pública fuera el de ganar audiencia al precio que fuera, probablemente perdería su razón de ser. ¿Por qué financiar con el dinero de todos una emisora más, cuando las privadas se financian ellas solas?

La radio pública tiene otros objetivos. Cubre otros flancos. Debe atender a otras necesidades. Obviamente, lo ideal es que dicha labor sea fuera compatible con el mayor índice de audiencia. Pero no es fácil lograrlo. En realidad, ninguna radio pública española lo logra. Ni siquiera Radio Nacional de España, la más célebre y prestigiosa, lo alcanza con ninguno de sus programas. Pero no pasa nada. Radio Nacional de España se escucha muchísimo. Y tiene un hálito de solera y mesura que sin duda agradecen los consumidores del civilizado caudal de las ondas sonoras.

Radio 9, la emisora pública valenciana, puso en marcha en diciembre de 1998 una programación similar, salvando las lógicas distancias de medios y tradición, al de Radio Nacional de España, que es una lógica referencia de todas las emisoras públicas. Algunos de estos programas, con todo, también son semejantes a otros de las emisoras privadas. Pues bien, parece que esta tentativa aún no ha calado en la ciudadanía. Ello, sin embargo, no es nada extraño, pues sabido es que cuesta mucho tiempo, talento y paciencia, recuperar oyentes y atraer a otros nuevos. Los radioescuchas están muy implicados con sus colores, y es muy arduo convencerlos de que merece la pena cambiar el dial.

Pero ése es el camino. El que se espera de una radio pública. Mejorando los contenidos siempre, desde luego, porque solo desde el talento y el esfuerzo cotidiano esos proyectos pueden aspirar a convertirse en una provechosa costumbre. Y es justo en medio de este proceso novedoso y difícil que se ha orquestado una campaña contra Radio 9 en razón a que sus índices de audiencia son bajos. También lo son los del espacio cultural “El Faro de Alejandría” de Canal 9, y no por ello cabría plantearse su laminación de la pequeña pantalla. ¿O es que alguien pretende sustituir por un culebrón de madrugada, sin duda más rentable, al único programa dedicado a los libros de la televisión valenciana?

La gloria

Mayo 2000

Tal vez porque somos como niños y tal vez porque no conviene nunca que dejemos de serlo (siquiera un poco), lo cierto es que no hay acontecimiento lúdico más ilusionante para una ciudad del viejo continente que una final de la copa de Europa de fútbol. La gran final de la Champions League.

Las ciudades de Europa compiten entre sí. Más que los estados últimamente, y para bien de todos. Las ciudades han recuperado su protagonismo, su orgullo particular, y lo defienden con las dos armas principales del hombre: la memoria y la imaginación. Las ciudades no pueden olvidar nunca lo que fueron. Todo lo contrario: deben luchar por mantener viva la vida que se fue: los monumentos que nos legaron los mayores; el paisaje urbano que creemos que es nuestro y que también fue amado y vivido por nuestros antepasados más remotos. Las ciudades son memoria y también, ¿por qué no? son memoria deportiva. El deporte es un asunto muy menor objetivamente, pero lo que no tiene de arte, lo tiene de épica. El deporte no es trascendente, pero mueve a las masas; ilusiona a los niños; hace llegar al éxtasis a los jóvenes; entusiasma a los maduros y justifica a los viejos. Todos disfrutan con él; a todos les ensancha el corazón. No parece haber ningún otro empeño social que sea capaz de prender la misma pasión a la vez, idéntica pasión, en un niño de diez años que en un anciano de ochenta.

La ciudad de Valencia quiere tener en su cuerpo renovado y viejo de glorias bélicas y literarias, religiosas y navegantes, romanas y mercantiles, eróticas y plásticas, la pequeña gloria del gran título europeo del fútbol. Valencia quiere ser una ciudad de las muy pocas, apenas dos docenas en todo el continente, que conoció ese deleite carnal inocente y apasionado, esa alegría infantil y muy seria al mismo tiempo, de saber que el equipo más célebre de esta ciudad, el club octogenario que cruza el siglo XX con tantos niños y grandes a su lado, es el nuevo campeón de Europa.

Las ciudades, lo dicho, también son imaginación. Sin ella se agostan, se retrasan, se estancan. Imaginación y esfuerzo para hacer posible el desarrollo económico y su corolario de solidaridad con los peor colocados. Imaginación y memoria para lograr entre todos una ciudad más optimista y vertebrada,

más vital y confiada. Imaginación que desde la alegría también se potencia, no solo desde la adversidad.

Valencia está expectante. También, incluso, esos vecinos que jamás estuvieron en Mestalla y que no conocen los nombres de los jugadores del equipo (aunque eso es bastante difícil). Valencia está esperando la fiesta grande del deporte europeo; la última del siglo. Valencia confía ciegamente en los futbolistas que saldrán esta noche al estadio de Saint Dennis. Sabe que pelearán hasta el límite. Valencia, pasado y presente, sabe que la memoria la ponemos nosotros: los que estamos en la grada y delante del televisor. Y que ellos, los futbolistas, ponen la imaginación y el rigor en el césped. La fe en la victoria. Ellos se han acostumbrado a vivir en el prodigio, y nosotros también.

El futuro de España

Mayo 2000

Sostiene el sector guerrista del PSOE que hay que redefinir España. Algo parecido vienen diciendo los nacionalistas catalanes desde los años de la transición por no remontarnos a tiempos más remotos. Entre los nacionalistas catalanes hay, por lo menos, tres propuestas para esa redefinición: los de ERC anhelan la independencia, mientras que los convergentes de Pujol son una amalgama de dos sensibilidades políticas: una soberanista, la de Pere Esteve, y la otra realista, la que no pone en tela de juicio la españolidad de Cataluña, que es la línea de los seguidores de Miquel Roca. Parece que los socios de Convergencia, los democristianos de Durán i Lleida también estarían por esa línea más moderada.

No muy diferente es el dibujo de Galicia, donde los nacionalistas del Bloque parecen circular por un territorio intermedio entre el soberanismo de Pere Esteve y el independentismo de ERC, puestos a buscar referencias en Cataluña. Mas también hay nacionalistas gallegos moderados que pactan con el PSOE y que caminan por sentimientos patrióticos que hacen compatible la doble pertenencia a Galicia y a España.

En el País Vasco, HB y Eusko Alkartasuna están por la independencia claramente mientras que en el PNV, que es el partido que corta el bacalao desde hace un cuarto de siglo, conviven los que quieren la emancipación y los que prefieren la vía autonomista.

Es probable que los diferentes nacionalismos periféricos coincidan en un punto doctrinal: en su defensa del derecho de autodeterminación. Ahora bien, ese derecho no existe en España. Ni en Francia tampoco, ni en Italia, ni en Alemania, ni en el Reino Unido, ni en USA ni en estado alguno de nuestro entorno histórico y cultural. Una prerrogativa que tampoco existiría en una hipotética Euskadi de la que, por ejemplo, se quisieran segregar los alaveses: seguro que no les dejarían ejercer tan ensalzado derecho.

España está redefinida con nitidez, generosidad y criterio en la Constitución de 1978. Cualquier modificación sería de sus premisas, tendría que ser sometida a referéndum de todos los españoles. Obligatoriamente. De modo que las redefiniciones que piden los guerristas, acaso hacia un mayor robus-

tecimiento del estado, igual que las que alientan los nacionalistas catalanes, gallegos y vascos, están abocadas, en el mejor de los casos, a la sanción de los treinta y dos millones de ciudadanos votantes. El mapa de España, el mapa legal y político, liquidó, para bien de todos y para respeto a la realidad plural del estado, el exceso centralista y la aberrante y antiespañola persecución de los idiomas peninsulares minoritarios.

La Constitución de 1978 coloca a España, al mismo tiempo, en el presente y en el futuro, mas también en el pasado: en el centro de su memoria de nación de naciones. Redefinir España significa mejorar el marco actual, hacerlo más dúctil, más universalista, más vertebrador. Pero ni la independencia ni la autodeterminación caben en esa dinámica de lealtades. Es infinitamente más probable que España acabe siendo miembro de una confederación de estados europeos que la reedición en el viejo solar ibérico de las guerras balcánicas que han asolado el sur de Europa en esta década que termina.

Palo y zanahoria

Junio 2000

Euskadi es una gran cantera de políticos socialistas. Ahora y también hace un siglo. El socialismo vasco es un movimiento muy serio y en no pocas ocasiones admirable. El socialismo vasco es el viejo rostro de otra Euskadi, tan legítima como la nacionalista. Porque en Euskadi, desde los años del puerto medieval de Bilbao, siempre hubo trabajadores vascos que no tenían los apellidos. Vascos venidos de fuera; aunque, en realidad, todos los vascos vinieron de fuera: los euskaldunes y los otros

Los socialistas vascos llevan largos años pagando muy caro serlo. Tanto que muchos de sus militantes han sido asesinados por la banda terrorista. Los socialistas vascos, además, llevan algunos años de una cierta postración electoral. Pues bien, ni por un motivo ni por el otro, este partido ha dejado de mantener su imagen sólida, serena, fiable y honesta. Y sus dirigentes y militantes siempre han sido socialistas por encima de todo, lo que contrasta con la mayoría de sus correligionarios catalanes quienes, antes que socialistas, son nacionalistas.

En ese partido acosado y perseguido por la barbarie, pero también férreamente irreductible, está surgiendo con particular relieve la figura de Nicolás Redondo Terreros. El hijo del célebre sindicalista ya es un político experimentado y, como tal, acaba de ofrecer un balón de oxígeno al PNV. Concretamente, se ha comprometido a no derribar aquellos gobiernos municipales o aquella diputaciones en las que los nacionalistas “moderados” pudieran quedar en minoría una vez se produjera su ruptura con HB, el partido que no condena la violencia fanática.

Es un paso importante, sin duda, para ayudar al PNV a salir del callejón de la muerte. La paz del País Vasco, un sueño hoy día, pasa por rescatar al nacionalismo sabiniano de su impronta más cerril y visionaria. La situación, sin duda, es lo suficientemente angustiosa como para tender puentes con quienes firmaron, desde “esta orilla” el pacto de Lizarra. Pero también lo es como para considerar muy oportunas las declaraciones que ha realizado el presidente del gobierno. Las palabras de Aznar, severas y claras, legítimas y constitucionales, no son incompatibles con el inteligente ofrecimiento que

ha realizado Redondo Terreros, quien poco a poco va labrando una biografía política llamada, sin duda, a más altas cotas.

Es oportuno cubrir la retirada del PNV, lo que propone Redondo Terreros, pero también es imprescindible exigir al PNV su rectificación; el final de dos años enlodado en el marasmo de la exclusión y la deslealtad constitucional. El futuro de Euskadi es más esperanzador desde el diálogo entre demócratas (aunque algunos estén descarriados) pero también lo es desde la firmeza. Ambas recetas son compatibles para lograr que algún día, dentro de mucho tiempo desgraciadamente, el País Vasco vuelva a ser un territorio de paz y de libertad.

La escuela oscura

Junio 2000

Sostienen el PP vasco, y el PSOE, y Unidad Alavesa, y el Foro de Ermua, y muchas personas a título individual, y no pocas instituciones razonables y democráticas de Euskadi, y miles de familias, y muchos comerciantes, y también financieros, y bastantes profesores y la mayoría de los periodistas, y numerosos colectivos, y los poetas que no cantan a la etnia y la gente sensata en general, que el origen de la kale borroka, y de otras muchas tragedias cotidianas que asolan el País Vasco español y Navarra, está no solo en las tabernas de la insidia, o en las sacristías de la diferencia, o en los parlamentos de los pactos inconfesables, sino, sobre todo, en la escuela. En los centros docentes donde maestros atrabiliarios, de lectura única de la vida, de lectura comarcal de la familia, de lectura inquisitorial de la lengua y de lectura delirante de la historia convencen fácilmente a los niños, tan indefensos, de que mucho antes de los Reyes Católicos, casi en el tiempo de los reyes godos, en el País Vasco y en Navarra todo el mundo era feliz. Que las gentes vivían en armonía por aldeas y caseríos; que todos los apellidos tenían la misma eufonía; que todos los abuelos de las familias mantenían lejanos o cercanos vínculos de sangre; que cada domingo era una fiesta de bailes autóctonos; que las mujeres eran respetadas y los ancianos ensalzados, y las viudas amparadas y los pobres acogidos, y los políticos muy bondadosos y los soldados ejemplares, y los mercaderes fieles cumplidores con el peso y la calidad de sus productos, y los clérigos santos, y los santos mucho más frecuentes, y que todo eso se vino abajo cuando apareció el primer vecino de Castilla o de Galicia, de Extremadura o de Melilla, y no digamos el que hacía el número mil, y a qué contar el diez mil y que cuando llegó el forastero cien mil toda la feliz Euskal Herria se enlodó de granujas y cantaores, de gentes de pobreza y maña, de mezcla y heterodoxia, de socialistas y populares, de alaveses de por libre, de navarros que no se dejan meter en cintura, de ensayistas que se ríen de la etnia, de escultores luminosos, de gentes de libertad, algo intolerable para la banda y sus acólitos, y sus docentes amigos y sus párrocos íntegramente terrenales.

El mundo, sin embargo, no va por ahí, por muchos esfuerzos suicidas que hagan los responsables de la docencia de los niños vascos. El mundo tiene mucha fuerza, y la verdad toda, o casi toda, y el mundo es plural, al mundo no se le ven fronteras, y es una tarta gigantesca de cables cibernéticos,

de cuerpos parecidos, de ilusiones similares, de gozos idénticos, de mitos universales, de aspiraciones repetidas, de alimentos y fútbol, de hoteles y músicas, de versos profundos, de nostalgias extendidas, de hermandades que crecen, de culturas que se funden. El mundo y los países están integrados por ciudadanos y cada vez pesan menos las etnias y las tribus, las banderías y las metafísicas armadas, aunque algunas veces, pocas, parezca que pesan más. El mundo y los estados son el escenario y el instrumento donde todos somos cada vez más intercambiables, más avisados, más viajeros, menos propensos a caer en la enajenación del terruño y en su anejo caudal de muerte. El mundo va por un lado y los nacionalistas radicales por el otro. Más ruidoso tal vez, pero también más caduco, falaz y derrotado.

Universidad y desencuentro

Junio 2000

Si hay en la Comunidad Valenciana dos instituciones que se miran fijamente a los ojos, vigilan sus parpadeos, y miden las palabras, y recelan del otro, y apuran la etiqueta, y recuerdan sus prerrogativas, y subrayan sus ironías y se tratan con equilibrios muy complejos y dúctiles, más florentinos que versallescos, son la universidad y el poder regional. También los modestos poderes provinciales.

Por eso es tan inoportuno cualquier exceso verbal por una u otra parte. En un clima tan calculado, tan tasado de alegrías y confianzas, cualquier cuerda que se tensa o cualquier nimiedad dejada caer al vuelo puede ser tenida por grave provocación por parte del otro. Por intolerable afrenta digna de rasgamiento de vestiduras. Esa hipersensibilidad, lógicamente, afecta más al débil que al fuerte, y es obvio que en la relación gobierno-universidad el fuerte es el gobierno autonómico, que además cuenta con el apoyo mayoritario de los ciudadanos, y el bando a la defensiva la universidad, que, aunque presta sus servicios y su luz a todo el pueblo valenciano, circunscribe forzosamente su contingencia a sus ciento cincuenta mil alumnos y a sus cuarenta mil profesores y empleados diversos.

Hace unos días el presidente de la Diputación de Castellón ha pronunciado unas palabras protocolarias acerca de la presunta invasión que sufre la universidad nortea por parte de jóvenes y muy iracundos ayatolás nacionalistas. El señor Fabra, sin duda, ha incurrido en un exceso verbal censurable. Mas no por ello deja de ser cierto que en la universidad de Castellón, igual que en las demás, existen grupos de muchachos muy radicalizados, de ideología ferozamente territorial. Muchachos soberanistas que acostumbran a vestirse con pañuelos palestinos, a lo que tienen perfectísimo derecho por otra parte. Es cierto que en las aulas castellonenses, y en las valencianas y alicantinas, prende con alguna facilidad el señuelo de la exclusión, acompañado de su habitual parafernalia independentista, y adornado —en el caso de Castellón— con un confuso clamor misteriosamente azulgrana. Todo eso es cierto, insisto, pero se trata de una opción político-cultural legítima siempre que sea respetuosa con el sentir de los demás estudiantes, quienes, en su mayoría, no participan de tan folklórico ideario.

No hay que preocuparse demasiado por esos devaneos étnicos. Y no hay que preocuparse mucho porque tales vivencias no tienen reflejo en el resto de la sociedad. Esos ayatolas que dice Fabra sólo sobreviven en el invernadero de las aulas. En la sociedad valenciana, la que representa el gobierno democrático valenciano, no hay lugar al sol para los sectarismos. Los cuatro millones de valencianos, en su abrumadora mayoría, ni están por la etnia, ni están por los países catalanes, ni por las quimeras carolingias, ni por los discursos abertzales. Basta observar como se estrellan en las urnas valencianas, desde hace un cuarto de siglo, nuestros animosos políticos de la diferencia.

Con eso y con todo a la ciudadanía les gustaría que universidad y poder se llevaran mejor. Con más naturalidad, ayatolas al margen. Más que un deseo, es un mandato popular para los responsables de ambas instituciones.

Estado español

Julio 2000

El franquismo inventó un nombre nuevo para España, un nombre de burócratas: Estado Español. Es el nombre que prefieren los nacionalistas vascos y los gallegos, también muchos catalanes y unos puñaditos de valencianos y canarios. Franco inventó un nombre que le encanta a Arnaldo Otegi, que le ilusiona mucho al gallego Beiras, que lo dan por bueno los identitarios de Pujol, aunque es cierto que Pujol y los suyos también dicen España. Son más inteligentes.

Porque España se llama España y no se llama Estado Español. Del mismo modo que Valencia no se llama Ciudad Valenciana, se llama Valencia. Y Madrid no se llama Urbe Madrileña; se llama Madrid. Y Barcelona no tiene por nombre propio, Capital Barcelonesa. Eso no quiere decir que los nacionalistas deban abandonar su respetable sueño de la de la independencia o de la secesión. El sueño de la liberación nacional como paso previo para caer bajo las garras de la ETA en el País Vasco soberano; de los talibanes celtas en la Galicia emancipada; de los obispos blaugranas en la Cataluña final.

Uno puede ser nacionalista acérrimo, de los de boina, madraza y sacristía, y no querer saber nada de España, pero no por eso uno debe de cambiar el nombre a las personas, a las cosas, a las patrias, a los reinos, a los territorios. Uno puede ser catalanista hasta las cachas, crisol de Maragall y alcaloide de Manresa, y no por ello tiene que decirle a España Estado Español. A fin de cuentas esos catalanes catalanísimos a Francia no le llaman estado francés; le dicen Francia.

Uno puede ser nacionalista, y a mucha honra, pero no por eso España se llama Estado Español. Y si uno dice yo no quiero formar parte de España, pues muy bien. Pero no diga que no quiere formar parte del Estado Español porque eso, aparte de hueco y peregrino, suena a Franco y a oficina vieja. A democracia orgánica.

El nombre de España ni es sagrado, ni deja de serlo. España se llama España igual que Portugal se llama Portugal. ¿O es que ahora vamos a llamar a Portugal Estado Luso? Los libros de las ikastolas, los libros que redactan los ex clérigos gallegos que ahora están en la docencia y los libros de las escuelas

de Cataluña no quieren que la palabra España aparezca por sus páginas; como si le tuvieran miedo.

Y no hay que tener miedo de España. Porque España era como le decían a España nuestros antepasados desde hace muchos siglos. Y también personas tan ilustres como Galdós o Clarín, Baroja o Azaña, gente muy poco sospechosa de fascismo. Y también Valle-Inclán y Picasso, y Ramón y Cajal y Manuel de Falla, y tantísimos otros, grandes y pequeños ciudadanos de esta tierra. No hay que tener miedo de decir España, y luego que cada uno luche por lo suyo, por la honesta quimera que mejor le cuadre. Decir España no es pecado. Decir España es como decir Bilbao, La Coruña, Tarragona, Valencia. Una cosa de lo más normal. Y quien no quiera ser español, que no lo sea. A título individual, naturalmente. Porque España, otra vez España, es un estado de ciudadanos libres, no es un estado de patrias regionales. La voz es de cada persona. Y el voto y la libertad. Entre el estado y el individuo, la ley. Nunca la región elevada a gran familia. A rebaño de la raza.

Confebask

Julio 2000

El PNV tiene dos grandes consejeros colectivos. Dos núcleos de pensamiento, obra u omisión que gravitan lo suyo sobre la política del partido. A veces se impone una fuerza; a veces la otra. A veces, ambos entornos llegan a un acuerdo, a un pacto, a un armisticio. Se diría que estas dos grandes fuentes de cálculos y sueños, según los barrios, son de un lado los obispos y del otro los empresarios.

Los obispos no sólo son los prelados estrictamente, pues también entran en el amplio saco los consejos presbiteriales, los párrocos de campo, los clérigos palatinos, los confesores de Arzalluz, los canónigos rigurosos, los coadjutores comprometidos, los reverendísimos lingüistas y los sacristanes concienciados. Pues bien, este gran intelectual orgánico del PNV, la Iglesia en su vertiente terrenal, suele jugar la baza de la identidad y la equidistancia, y acostumbra a condenar la violencia venga de donde venga, frase que queda muy neutral y apostólica.

El otro intelectual orgánico del PNV lo forman los empresarios vascos, colectivo no por menos antiguo, menos vigoroso e influyente. Euskadi es un mundo de empresarios formidables, sin duda los más brillantes de todo el estado, como bien han demostrado desde comienzos del siglo XIX. Decir vascos es decir banqueros, armadores, grandes industriales, pioneros metalúrgicos, plenitud del hierro, reino de la calderería, agitación de papeleras y muchas otras cosas que sería imposible resumir. Euskadi es, sobre todo, una economía pujante y abierta al mundo.

Y héte aquí que los empresarios vascos han hablado. Todos a una, nada menos que la Confebask, que es la crema de la crema. Los empresarios vascos han hablado muy claro. Nada parecido su discurso a esas brumas navegantes del prelado Setién o a las zozobras y trastiendas de Ibarretxe o de Anasagasti. Por supuesto, nada parecido su discurso a la deriva rural de Arzalluz ni a la obsesión lizarresca de Egibar, tan unido a la doctrina Otegi y su plan independencia en cuatro cursos.

Los empresarios vascos le han dicho al PNV (y a Eusko Alkartasuna) que nada es posible en Euskadi sin la defensa nítida y leal del actual marco

normativo. En una palabra: que no hay futuro para el País Vasco fuera de la Constitución y del Estatuto de Guernika. Ningún futuro en paz ni en libertad.

Conviene que el PNV tome rauda nota de este criterio, compartido, por otro lado, por el PP, el PSOE, UA, bastantes (o muchos) militantes del propio partido aranista, y por la inmensa mayoría de los ciudadanos de la Iberia No Portuguesa (nuevo nombre de España que sugiero a soberanistas en general). Conviene que el PNV regrese a donde está, mayoritariamente, su clientela: en el autonomismo, en el foralismo, en la moderación nacionalista. En el reconocimiento de que nadie quiere destruir a Euskadi, como dice el falaz Otegi. Precisamente porque Euskadi es nacionalista y no nacionalista a partes iguales, es por lo que ni los nacionalistas pueden imponerse vía Lizarra ni los no nacionalistas pueden imponerse, vía regreso al centralismo. La Constitución y el Estatuto están en el medio, en el centro del consenso entre unos y otros. Y no son el punto de partida hacia la consumación del fundamentalismo. Confebask lo ha recordado.

Joseba Egibar

Agosto 2000

Joseba Egibar es el aguafiestas del PNV. El defensor de esa moribundia que representa Lizarra, pacto liquidado. Pacto que lleva tantas víctimas en su mochila. Tanto dolor para nada. Joseba Egibar defiende el pacto de Lizarra, su cadáver, porque piensa lo mismo que Álvarez Emparantza, el ideólogo de ETA durante años; acaso hoy el más preclaro analista político de la secesión. Egibar y Emparantza saben que sin Lizarra la independencia de Euskadi, ya no sólo será quimérica –lo que es hoy- sino imposible. La vida, el tiempo, el mundo y los dioses corren en dirección contraria de las construcciones étnicas. También el demonio y no digamos la carne, que tiende al mestizaje.

Joseba Egibar quiere la independencia de Euskadi, pero como el señuelo de la independencia se escapa, anegado en sangre, ha dicho que teme más a España que a la ETA. Sin duda, está equivocado. Pues si bien es cierto que nada puede temer de la ETA Joseba Egibar, nada, y eso tranquiliza lo suyo, tampoco nada puede temer de España este muchacho guipuzcoano que aprendió euskera en la ikastola de la mujer (hoy viuda) de López de Lacalle, asesinado por los etarras en la pasada primavera.

Joseba Egibar nada ha de temer de la España democrática y constitucional. Ningún temor. Tampoco temieron a España sus antepasados de hace setecientos años. Por cierto que entonces ni siquiera existía España, todo lo más los reinos de Castilla y León, el de Navarra y alguno más. Por entonces los ancestros de Joseba Egibar acordaron unirse voluntariamente a Castilla y a León. Libremente. Era la voluntad de los vascos entonces, seiscientos años antes de que naciera Sabino Arana. Que se sepa, esa voluntad no ha cambiado de un modo sustancial y la mayoría de los vascos siguen sin temer a España, de la que forman parte.

La mayoría de los vascos, eso sí, temen a ETA aunque Joseba Egibar no la tema. Los vascos temen a quien les puede matar y España no mata. En todo caso, protege desde las únicas, cierto que modestas, armas que la democracia permite: las propias del estado de derecho. Los vascos temen a ETA, aunque también es cierto que a veces le plantan cara. Y se la plantaron de un modo inapelable y grandioso hace tres años, en las jornadas originarias del espíritu de Ermua. ¿Quién iba a poder con los vascos entonces? Nadie.

Se trata de volver a esa situación, que tanto repelús le da a Joseba Egibar. De dignificar la vida pública de Euskadi, que lleva dos años bajo la ignominia de la deslealtad constitucional, el aventurerismo, la galbana policial, la calculada tolerancia de la barbarie. Se trata de regresar a Ermua y los partidos democráticos parece que están de acuerdo. Es una gran oportunidad, y ahora sale Joseba Egibar y dice que diálogo sí, pero siempre que se respete la voluntad de los vascos. ¿Pero acaso ha olvidado Egibar que la voluntad de los vascos es precisamente esa? ¿Qué más del ochenta por ciento de los vascos quiere dialogar, tal y como revelan las encuestas que hace días ha aireado el lehendakari Ibarretxe? Joseba Egibar se equivocó de partido. Tendría que incorporarse a EH, donde dicen que ya le tienen reservado un pendiente. O los dos, lo que él quiera.

El lobo blanco y el lobo negro

Septiembre 2000

Hacia 1985 Deng Xiaoping, el gran patrón de la China posmaoísta, le dijo a Felipe González que daba igual que el gato fuera blanco o fuera negro, lo importante es que cazara ratones. El refrán le gustó mucho al entonces jefe del gobierno español. Tanto, que lo tomó por piedra filosofal y lo repetía por doquier cuando regresó a la península. En la modesta fábula de los gatos, González había encontrado la justificación de sus llamativos cambios ideológicos entre lo prometido en la campaña electoral y lo gobernado desde la Moncloa.

Deng Xiaoping murió nonagenario y venerable. Fue un gran hombre que tuvo que padecer gravísimos escarnios cuando la “banda de los cuatro” se apoderó de China y puso en marcha una “kale borroka” de proporciones estratosféricas: aquella locura de los guardias rojos. Deng Xiaoping, enemigo de tal delirio, fue degradado y castigado a barrer las calles de una remota ciudad. De la escoba y la aflicción, sin embargo, Deng Xiaoping supo regresar en pocos años al poder omnímodo sobre más de mil millones de personas.

Deng Xiaoping murió y su contertulio en aquel Pekín de los ochenta, Felipe González, está desaparecido de la primera línea de la política española. Cosa lógica porque los tiempos cambian. Pero otros dirigentes, como Xabier Arzalluz, siguieron a Felipe en la cazurra tesis de los gatos, en este caso convertidos en lobos por la jerga policial. Lobo blanco o lobo negro, lo que importa es que cace la independencia, sugiere el refrán de Xabier Arzalluz. Y se podría añadir, recurriendo a una célebre frase del propio jefe del PNV, que los lobos negros son los que mueven el árbol (de la confrontación) y los lobos blancos (y también los negros) los que recogen las nueces (de la independencia).

Se ha desatado una acción judicial contra los lobos negros. Y no ha sido porque el sueño de los lobos negros (y los blancos) sea un delito, ni mucho menos. No es un delito desear la independencia para Euskadi sino todo lo contrario: es una opción legítima. Es perfectamente respetable que muchos ciudadanos vascos no quieran formar parte de España. Y ello aun a pesar de los siete siglos de historia en común, porque la gente puede cambiar y tiene derecho a poder cambiar de opinión.

Ahora bien, los lobos negros sospechan que es harto difícil que ese sueño venga por la única vía legítima –la de las urnas- y por eso mueven el árbol de la insurrección todo lo que pueden, que hasta ahora ha sido mucho, amparados en la quietud de una policía de partido (o de partida).

Los lobos negros apadrinaron un verano negrísimo y quieren perseverar en su trabajo. Los lobos blancos, por su parte, aunque no todos, están muy indignados por el acoso legal a sus hermanos lobos. Y rechazan enérgicamente las detenciones de la operación Lobo Negro auspiciada por el plateado juez Garzón.

En medio de tantos lobos, el gran lobo blanco rumia su melancolía y también barrunta, a su pesar, elecciones anticipadas.

Septiembre soberano

Septiembre 2000

Juan José Ibarretxe cada vez es más pequeño. Políticamente. Ya es poco más que un gobernante de juguete. Un político bondadoso y noble, perdido y atado con el que se entretienen Xabier Arzalluz y Joseba Egibar. Ibarretxe da vueltas y vueltas subido en el tren eléctrico de la soberanía y se pierde, aburrido, bajo los ojos y las sonrisas cada vez más acartonadas de sus dos dueños, que ya no saben qué hacer porque todo se acaba y este juego de dar vueltas en el trenecito también.

Ibarretxe está en las últimas porque los “supercicutas” del nacionalismo radical han decidido que sus parlamentarios abandonen las gradas de Vitoria, dejándole así en una lastimosa e inviable minoría. Sin los amigos y seguidores de Josu Ternera, Ibarretxe no tendrá futuro. Se terminará, pues, el tiempo de sus inútiles ofrecimientos de diálogo al rebufo de los lances funerarios.

Se acercan las elecciones y eso que casi nadie las quiere. Que sólo el PP las mira con esperanza, aunque hay que tener mucho cuidado con las expectativas, que las urnas son una caja de sorpresas. Se acercan las elecciones que el PNV y EA aborrecen porque temen el castigo o cuando menos la abstención de los nacionalistas más moderados. Elecciones que tampoco deberían desear los batasunos por temor a un castigo mayor, pero que no temen porque, sencillamente, no se van a presentar a los comicios. Elecciones que tampoco entusiasman a Izquierda Unida y a Unidad Alavesa, que prefieren quedarse como están. Elecciones que tal vez no enriquecerán gran cosa el botín electoral de los socialistas, y eso que se lo merecen tanto como los populares.

¿Qué sucede en Euskadi en estos días, delitos aparte? Sucede que quienes iban a bajar del monte, si bien descendieron un poco hacia el valle de las instituciones, acaban de tomar nuevo y vigoroso impulso de fuga rumbo a las últimas cumbres totalitarias. Sucede que quienes sonreían con Joseba Egibar, quienes se cambiaban cromos de soberanía con Arzalluz y el fugitivo Garaikoetxea, quienes crearon la Udabiltza y quienes ofrecían a Arnaldo Otegi como réplica vasca de Gerry Adams, se repliegan ahora rumbo a la montaña de los nuevos carlistas, que siendo tan montaraces, o aún más, que sus bisabuelos, se diferencian de éstos no en la pasión sacristanesca ni en el

amor al terruño, pero sí en el deseo de independencia, nueva piedra filosofal del oscurantismo.

Fin de fiesta de Lizarra. Ahora sí. La retirada a las cuevas pirenaicas de los batasunos deja las cosas mucho peor que antes de este pacto burdo: con los demócratas enfurruñados, con los violentos todavía más envalentonados y quiméricos y con el PNV y EA desnudos bajo la crudeza de la historia y bajo la burla de los extremistas. Fin de fiesta de Lizarra porque mientras Arzalluz y Egibar continúan con la música de este pacto invalidado y muerto, Herri Batasuna y su horizonte encapuchado, lo abandonan por la parte que les toca, que es la del monte.

Todos han perdido mucho. Socialistas y populares han padecido muertes, desprecios, impunidades y kales borrokas. Los nacionalistas moderados han perdido muchos pelos en la gatera de Lizarra, han sufrido desgarrones internos y todo en medio de la sensación de haber hecho el indio y también de ser unos incomprendidos. Los nacionalistas radicales, arrastrados por su impaciencia soberanista y anticonstitucional, también han perdido lo mucho que ganaron en Lizarra. Volverán a estar como al principio: unos en el monte, otros en la ley; la raya algo más nítida. Se han perdido tres años largos desde la muerte de Miguel Ángel Blanco.

La sombra

Septiembre 2000

Todos conocemos esos retratos que propician los ordenadores. De un lado del dibujo hay un rostro; del otro, un rostro diferente. Por el medio de ambos, corre una sucesión de retratos en los que se van fusionando las dos imágenes. La figura central es un híbrido de los rasgos faciales de los dos retratos distintos.

Este juego ha sucedido y sucede en el PSPV-PSOE. Los delegados del congreso de Alicante tenían dos dibujos para escoger. En uno estaba, a un lado Cipriano Ciscar y al otro José Luis Ábalos. En la otra línea de viñetas aparecían Joan Lerma y Joan Ignasi Pla.

La fusión de los rostros de Joan Lerma y Joan Ignasi Pla fue menos traumática. Las medidas craneales de ambos se diferencian poco y hay un aire de familia, no sólo política, entre los dos Joanes. La tarea del dibujante cibernético en la fusión de las cabezas de Cipriano Ciscar y de José Luis Ábalos fue mucho más dificultosa. Ciscar tiene el cráneo dolicocefalo y Ábalos más bien braquicefalo. Era muy complicado tejer un solo rostro partiendo de estructuras tan diferentes. Y ello incluso a pesar del esfuerzo del voluntarioso Ábalos, que llegó a suprimir su barba este último verano por ver de favorecer la operación político-estética.

Ganó el retrato menos estridente. Por poco, pero ganó. Y ahora es cuando empieza el juego. La obra de ese rostro vencedor que, por otra parte, debe desaparecer muy pronto. Joan Ignasi Pla tiene que regresar a la esquina del dibujo, a la suya. Desprenderse velozmente de las adherencias dérmicas que le proporciona a su rostro Joan Lerma, en particular la blanquísima barba.

En Alicante, bien es sabido, no se enfrentaban Pla y Ábalos, sino Ciscar y Lerma. Como en 1985, como en tantos años y decretos, nombramientos y vigilancias, celos y ambiciones. Ciscar y Lerma eran las sombras de Pla y Ábalos. Derrotada definitivamente la sombra de Ciscar, ya convertido en sombra de sí mismo, queda la otra sombra histórica, la de Joan Lerma.

¿Será capaz el nuevo secretario general de ir solo, sin Lerma, en tantos asuntos y decisiones que sólo a él le competen, al margen de asambleas y

ejecutivas? Esa es la duda. Pero hay que ser optimistas si miramos el ejemplo del PSOE. Cada día que pasa, Rodríguez Zapatero entierra un poquito más la otrora agobiante presencia de González en medios y mandos. González comienza a estar extramuros de su poder omnímodo dentro del partido. Los demás viejos dirigentes no son nada, ni siquiera Guerra, refugiado en los documentos de la fundación Pablo Iglesias.

Hay que inventarle una fundación a Cipriano Ciscar y también otra, ¿por qué no? a Joan Lerma, al margen de su victoria, y también al margen de su prudente generosidad de no querer ser el presidente del partido.

Balones de oxígeno

Noviembre 2000

La vida pública vasca está irrespirable y los líderes políticos van de un lado para otro con los balones de oxígeno, como butaneros de la confusión. Unos repartidores dudan donde llevar esos balones, pero otros no dudan jamás. Los que no dudan son los dirigentes del PNV, siempre dispuestos a oxigenar a los radicales del nacionalismo, que por algo dice y repite el señor Egibar que el HB necesita al PNV y que el PNV necesita a HB, y ya sabemos quien está detrás de HB.

Los dirigentes del PNV son incapaces de romper amarras con sus hermanos díscolos. Entre otras cosas, porque nacieron de su seno juvenil y, sobre todo, porque no les conviene. Arzalluz y compañía saben bien, como todos sabemos, que un nacionalismo vasco con el soporte fáctico de la banda armada al fondo, aunque condenada formalmente, siempre tiene más futuro que un nacionalismo vasco estrictamente pacífico. Futuro independentista, cabe precisar.

Vayamos a otro equipo. El PSOE español y el vasco también gustan de darles balones de oxígeno al PNV, y ya sabemos –sobre todo después del pacto de Estella- qué cosa significa revitalizar al PNV. Concretamente, supone activar el rechazo a la Constitución y al Estatuto de Guernika, las dos normas que, por otra parte, hacen posible la autonomía vasca y el gobierno de Ibarretxe, amén de los miles de cargos públicos para amigos y parientes de los peneuvistas, verdaderos dueños de la administración regional. La única administración propia desde el año 1200, al margen del breve episodio republicano.

Muchos dirigentes del PSOE quieren darle un balón de oxígeno al PNV. Otro más. Prefieren apoyar a un partido desleal a la Constitución –que no ha roto el pacto de Estella- que apoyar a un partido que defiende la carta magna que fue aprobada por el 98 por ciento de la ciudadanía. El PSOE, y no digamos el PSPV de l'Horta Sud, el ciscarista, prefiere darle un balón de oxígeno a un partido que ha pactado con la ETA a apoyar a un gobierno que defiende las libertades fundamentales, hoy día un sarcasmo en Euskal Herria. Digamos también que el errático Pascual Maragall prefiere el centro derecha secesionista, levítico y antidemocrático del PNV (recordemos el símil de los alemanes en Mallorca) al centro derecha que defiende el marco constitucional.

Marco en el que, por supuesto, son defendibles todos los idearios políticos. Con la palabra, naturalmente.

¿Por qué el PSOE prefiere el PNV al PP? ¿A un PNV que se burló de ellos, cruel y alevosamente en los meses previos al pacto de Estella? Lo prefiere porque el rencor de Felipe González no cesa y cada vez arrecia más, y ya casi triunfa, que basta ver al pobre Zapatero dando tumbos y desdiciéndose, ya del todo bajo el síndrome Borrell.

González prefiere a Arzalluz a Aznar porque no olvida su derrota ante éste. Sucede, claro, que los diez millones de votos de Aznar prefieren al jefe del gobierno al gurú de Bilbao. Y lo que es más importante, el noventa por ciento, como poco, de los votantes del PSOE, están con la Constitución y contra el nacionalismo étnico que propugna el PNV.

De modo que, o Zapatero da un zapatazo, y pronto, o se encaminará hacia su final político. Entre carcajadas de Arzalluz, codicias de González y risas lentas de Maragall.

Los nuevos fundamentalistas

Una parte de Europa gusta del fundamentalismo. Esta perversión antiguamente organizaba cruzadas contra el moro. Siglos después renació bajo el espectro comunista. Los viejos fanáticos querían el paraíso en la tierra. Un paraíso lejano, pero en el que creían. ¿Cuándo llegará la sociedad ideal?, preguntábamos a los popes de la religión de Lenin. Tardará mucho, pero llegará, nos contaban aquellos lelos.

El estalinismo llegó y dejó su caudal de muertes. Mas muertes que el nazismo, que ya es decir. Muertes, eso sí, con el prestigio argumental de los intelectuales europeos, felices ellos en París, haciendo el amor con mozas obnubiladas, con chicos de bien del continente, entre la felicidad de la “cuisine française”, y la modesta revolución de la indumentaria. ¡Oh la lá!

Muerto el leninismo, anegada Europa bajo sus cien millones de cadáveres, los fundamentalistas han encontrado dos caminos nuevos donde depositar su enfado histórico. Dos caminos que confluyen muchas veces: el nacionalismo aberrante de un lado, y la lucha contra la globalización del otro. Lucha contra la globalización que viene a ser lo mismo que combatir la geometría.

Jóvenes bien comidos y bien vestidos de Europa, aburridos de ocios y ordenadores, oscuramente incomodados porque no tienen un mayo francés del que echar mano para combatir la prepotencia de papá; oscuramente enfadados porque no tienen un Che Guevara que reivindicar, se unen en la batalla contra el sentido común.

Porque la globalización es buena. Porque la globalización ayudará a los países paupérrimos, a poco que las cosas se hagan con cordura. Porque hay estados en África –Botswana por ejemplo- que están saliendo adelante gracias al intercambio, el esfuerzo y la ley. Porque los estados africanos hambrientos y destrozados tienen como autoridades a granujas desalmados. A asesinos sin cuento. A ladrones descomunales. Ahí está el caso de Angola, un país enorme, apenas poblado, que tiene oro, diamantes y petróleo y donde la jerga revolucionaria ni siquiera es capaz de lograr que la gente coma y tenga casa, y no la maten. ¿Tiene la culpa de ese marasmo la Unión Europea? ¿O tal vez Clinton? ¿Es acaso Bill Gates el responsable de las matanzas tribales en Burundi? ¿O es el Banco Mundial?

Los nuevos fundamentalistas, y ese personaje grotesco a su cabeza, ese José Bové que incendia los MacDonalds, son un anacronismo. No digo yo que no haya que exigirles mucho, muchísimo, a nuestros líderes democráticos. No digo yo que no haya que exigirles el cumplimiento del 0,7 por ciento, esa miseria, para los países infradesarrollados. No digo que no haya que mejorar, y mucho, la política social de los estados europeos. Pero atacar la globalización, aparte de necio e inútil, es reaccionario. Profundamente.

Los muchachos de los gritos de Niza se cansan de sus mantequillas y correos electrónicos, y se disfrazan de ye-yés de un extraño anarco-cristianismo. Su lucha está perdida. Pero queda la estética y las emociones. Y los ligues que se logran bajo la lona. Algo es algo.

Álvaro Gil-Robles

Marzo 2001

En 1974 traté de cambiar mi expediente de alumno de Derecho a la Universidad Complutense. Los muchachos de provincias teníamos un incierto camino para lograrlo. Consistía en matricularse en la facultad de Políticas –sólo existía la de Madrid-, y una vez plantado el primer pie en la capital, extenderse uno hacia Derecho.

El ardid, sin embargo, fracasó y mi petición de matrícula fue desestimada. Derrotado y perdido, conté los hechos en casa y mis padres se pusieron manos a la obra. Desde el remoto noroeste, habilitaron una estrategia. Ellos eran miembros de una asociación católica de matrimonios que se reunía por las casas una vez al mes para hablar de pecados y glorias, de errores y mejoras, y también para cenar bajo la presidencia de un sacerdote melifluido y componedor. Y fue en ese mundo, precisamente, donde mis padres habían conocido en Madrid a José María Gil-Robles, miembro de la cofradía, e hijo del célebre político republicano. José María Gil-Robles, que era por entonces un abogado de prestigio, me telefoneó una tarde al colegio mayor y se puso a mi disposición.

Le conté mi cuita y él me dijo que poco podía hacer, pero que su hermano Álvaro era profesor de la facultad y que me pusiera en contacto con él. Yo vi el cielo abierto y acudí con alborozo a la mañana siguiente al despachito que Álvaro Gil-Robles tenía en el departamento de Derecho Administrativo. El hoy adelantado europeo de los derechos y libertades era entonces un penene joven y algo gordito, muy atento y ya con maneras de Defensor del Pueblo, cargo que asumiría tres lustros después. Álvaro Gil Robles se ofreció a acompañarme hasta la secretaría de la facultad en la que fue, muy probablemente, una de sus primeras labores intercesoras.

Atravesamos juntos un paisaje de policías grises que hacían guardia dentro del edificio; divisamos allende la puerta de entrada a otros policías grises montados en caballos marrones; cruzamos entre racimos de niñas bien de la calle de Serrano; saludé a mis amigos, que eran casi todos militantes del PCE, y nos fuimos acercando, algo temerosos, a la cueva de los administrativos.

Gobernaba aquella secretaría un hombre apellidado Vivancos, el oficial mayor. Rectísimo cumplidor de las normas, Vivancos no admitía benevolencias interpretativas. Nos recibió fríamente y apenas comenzó a esbozar Álvaro Gil-Robles el motivo de nuestra visita, ya se había adueñado del rostro burocrático de Vivancos la negativa más educada e implacable.

Salimos tristes de aquel túnel de impresos y prisas. Nos despedimos en el hall y le di las gracias. A partir de entonces nos saludábamos por los pasillos y al final del curso le busqué para decirle que había ganado en alzada ante el ministerio, y que por fin podía matricularme en aquella facultad gigantesca quebrando contra reloj el dicterio de Vivancos.

Hace unas semanas Álvaro Gil-Robles acudió al País Vasco para abordar un trabajo infinitamente más complejo que el que yo le encomendé. Recorrió pueblos y ciudades, escuchó a todo el mundo, incluso a los amigos y cómplices del terror; observó el panorama. Actuó con rigor y sensibilidad democráticas. Supo ponerse en todos los encuadres, en todos los mundos que chocan, cada vez más intensamente, en Euskadi. Y levantó un acta desoladora, como no podía ser de otro modo. Ya de regreso, comunicó oficialmente a los representantes de 330 millones de ciudadanos europeos que hay un lugar en la Unión donde ya se dibuja la vida mortuoria de la Alemania nazi; de los Balcanes de Milosevic. Una situación a la que sólo pueden poner coto las urnas. Porque sólo la rebelión democrática y el voto libre nos devolverán la esperanza. Bien lo sabe Álvaro Gil-Robles, desfacedor de entuertos y gran trabajador por los derechos humanos.

Trento y Copenhague

Marzo 2001

El Presidente Zaplana, y particularmente su consejero Rafael Blasco viven estos días entre Trento y Copenhague. Van de una ciudad a otra y se agotan de tanto viajar en trenes muy rigurosamente vigilados.

Trento viene de la mano de los altos jerarcas episcopales de Valencia, auxiliados fraternalmente por una muy dilecta Asociación de Juristas Católicos. Sostienen estas gentes muy puestas en asuntos del más allá, y no menos en los del más acá, que la norma en marcha es anticonstitucional y están decididas a dar la batalla en los tribunales. Ello, además, casa muy bien con la actitud confesional que preconiza el arzobispo: la de la Iglesia en la calle, en la plaza, en el estadio, en el mundo y en la carne de los ciudadanos que sufren y gozan. Iglesia entre las exclusivas normas canónicas, pero también diciendo lo suyo al paso de las leyes civiles de este buen Estado laico que tenemos y que queremos que dure hasta la consumación de los siglos y el juicio final, incluso unos años más, todavía.

La bandera de Copenhague la enarbolan los colectivos de homosexuales –alguno, al parecer, de homosexuales cristianos- y todos ellos unidos en valorar como muy pacata la ley en debate. Los de Copenhague creen que con el nuevo texto se desaprovecha una gran oportunidad para legalizar la adopción por parte de las parejas de hecho que son del mismo sexo. Parece, empero, que sus quejas van muy por encima de lo que es el criterio mayoritario de los ciudadanos, sin duda mucho más acorde con la nueva ley, y que podríamos enunciar de este modo: sí a la legalización de las parejas de hecho pero sin pasarse mucho con el invento, que tampoco parece de recibo que sea lo mismo el contrato matrimonial que el mero concubinato.

Zaplana y Blasco, pues, se sitúan en el centro de ese centro izquierda que predica el PP, que aunque es atildado centro derecha en lo económico, en materia de moral y costumbres quiere dar visos de centro izquierda, qué barullo de palabras ambidextras.

Valencia de la NATO

Mayo 2001

Es posible que el presidente George W. Bush desconozca donde está el Paraguay, incluso que lo confunda con el Uruguay, pero seguro que sabe donde está la ciudad de Valencia, España. Sabe que está en el Mediterráneo Occidental, el Mediterráneo más atlántico, por así llamarlo, y también sabe algunas cosas más de nuestra urbe: población, climatología, ambiente, etc. Lo sabe porque se lo acaba de explicar su experta en política internacional, doña Condoleezza Rice, que tiene un fabuloso almacén de cartografía terrenal e incluso metafísica.

Valencia está en las carpetas de Bush. Hay un expediente encima de su mesa que se llama “Valencia”. El expediente comparte gaveta con otros pleitos internacionales, digamos ordinarios: Perú, la hambruna del Sahel, las matanzas de Argelia, las minas antipersonales de Angola, etc. En el mazo de los asuntos graves hay carpetas para Putin, para los taliban, para Fidel Castro, para el avión chino, para la venta de acorazados a Taiwan, para hacer la puñeta al euro y cosas así. Pero estar en la mesa de George W. Bush supone mucho, aunque sea en la gaveta de lo modesto, y ahí suena Valencia, quien sabe si también amparada en parte en los éxitos del fútbol local, que trascienden usos y fronteras. Dicen que a doña Condoleezza le suena Héctor Cúper.

George W. Bush quiere que Valencia sea la capital de la OTAN en el Mediterráneo. Prefiere la ciudad del Turia y las siete acequias a la congestionada y camorrista Nápoles. También a las ciudades turcas, por aquello de que nunca hay que fiarse del todo de los orientales, aunque formen parte de la OTAN. Bush quiere que Valencia sea la gran ciudad de las armas de la civilización del Oeste a su paso por el Mare Nostrum y uno ya vislumbra la ciudad, de aquí a pocos años, convertida en paraíso de las convenciones militares. Apacible ruido de sables tecnológicos y respetuosos con la democracia, frufrú de uniformes de los ejércitos de todos los países de la OTAN, hoteles llenos, nuevos recintos cuartelarios con rostro humano, alambradas que harán felices a hosteleros e inversores inmobiliarios.

Valencia de la NATO está en marcha, toda una capitalidad fáctica, un enorme silo de ideología liberal para desesperación de quienes hace años

verían con buenos ojos que España formara parte del Pacto de Varsovia, hoy demolido y con sus antiguos miembros locos por ser de la OTAN y por venir a conocer Valencia, su sol y su estadio. A ver la Ciudad de las Artes y las Ciencias y los grandes parques temáticos militares por venir y cuya instalación ya conocen al milímetro George W. y Condoleezza. Condolencias a Izquierda Unida.

La hora eslava

Junio 2001

Europa es latina, anglosajona y eslava, pero la Unión Europea es sólo atlántica y mediterránea. Le falta el alma eslava y hay que poner freno a esta mutilación, tantos años inevitable a causa del Pacto de Varsovia, el telón de acero y otras aberraciones que nos separaron de unos vecinos que son tan europeos como nosotros. ¿Existe, acaso, una ciudad más europea que Praga o que Budapest? Tanto sí, pero más no.

En la cumbre de Gotemburgo se ha vuelto a hablar de este asunto que es la gran novedad geopolítica del continente. Por primera vez en larguísimos años los países europeos allende la línea fluvial Oder-Niesse y aquende los Cárpatos, se preparan para su bautizo de Bruselas. El padrino, naturalmente, es Alemania, pero sería ridículo e injusto ver a Polonia, la República Checa, Estonia, Hungría o Eslovenia como meros comparsas del oro de Berlín. También nos implican a nosotros esos estados nuevos y viejos. También nos atañen sus gentes a quienes vivimos en el oeste del sur europeo. Y si la entrada de esos estados nos cuestan un dinero en fondos de cohesión, no hay que dramatizar, que la cohesión europea saldrá ganando, precisamente como consecuencia de esa generosidad obligada. En su momento, y al margen de que ofreciéramos 50 millones de consumidores a la industria europea, también les salió cara a los estados ricos de la UE la llegada de Grecia, España y Portugal. Y como la historia se repite, dentro de una década los estados hoy en vísperas de ingreso, tendrán que abrir la puerta a rudos e improvisados estados balcánicos, -Croacia, Bosnia, Yugoslavia y Macedonia- y a los estados más allá de los Cárpatos -Rumanía, Bulgaria, Moldavia y Ucrania- amén de Eslovaquia y las hoy rezagadas Letonia y Lituania.

La Unión Europea abarcará a más de 500 millones de habitantes y Turquía sabrá encontrar acomodo en ella, y quien sabe si, de aquí a un cuarto de siglo, armenios, azeríes y georgianos también ganan su lugar al sol de Bruselas. Más allá, sin embargo, parece terminarse el teatro de operaciones, y al norte queda Rusia con su imperio siberiano a verlas venir. Rusia, que también es Europa.

Así las cosas, ¿qué será de los Estados Unidos de Europa? Pues la honrada quimera que siempre fue. ¿Alguien se imagina a Alemania diluida y finiquitada en lands y municipios en esa hipotética Europa a semejanza de USA? Y lo mismo cabe decir de Francia, de Italia, del Reino Unido o de España. Cuanto más crece la UE, y debe seguir creciendo hasta cubrir la zona UEFA, más claro queda el invento: una unión de cuarenta estados soberanos, todo lo intensa y profunda que se quiera, y se quiere. Pero una unión de estados que quieren seguir existiendo durante muchos siglos. Amen.

CIS valenciano

Junio 2001

Dentro de unos años, muy pocos, los ciudadanos del mundo libre y tecnológico, responderemos a varias encuestas cada tarde, recién llegados del trabajo, del gimnasio o de la secta (de la secta, mejor no). Bien arrellanados frente al ordenador, pulsaremos las teclas para contestar a unas cuantas peticiones de gustos, gastos, gestos o guasas.

En función de nuestro sagrado derecho al “clic”, atenderemos o no a las amables y cibernéticas proposiciones de los grandes almacenes, las academias de policía, las centrales sindicales, los telepredicadores, las peñas deportivas, los cementerios virtuales o las personas que afirman estimarnos mucho desde Groenlandia, Burundi o las islas Maldivas. Luego, más dispuestos y atentos, responderemos a las consultas de intención de voto, que estarán permanentemente abiertas, como lámpara del deseo, como vicio del político. Todos los días habrá estadísticas de intención de voto y de valoración de los líderes providenciales o no (mejor no). La política, más que nunca, será una bolsa de cotizaciones en tiempo real.

¿Qué papel tendrá el CIS en ese marco de relaciones entre el ciudadano y el mundo? Seguramente una presencia muy menor, incluso al margen de que el CIS también viva dentro de nuestro computador y nos pregunte cosas cada poco. Y ello porque habrá muchos CIS privados y cada uno responderá al que más le guste; al que tenga por más fiable.

Pero mientras llegan esos años y se popularizan los inventos ya en uso, el PSPV ha propuesto la creación de un CIS valenciano, un gran ente sociológico que quiere que dependa del parlamento autonómico y no del gobierno. En este punto el PSPV pide lo mismo que el PSOE a nivel nacional, que quiere un CIS más libre e independiente, idea muy estimable y que bien pudo poner en marcha en los trece años de gobierno el señor González, cuando también dependía de Moncloa el invento, y muy bien utilizado para mayor gloria de los dueños del juguete.

Bien, al margen de aquellos hechos, parece buena idea la de crear un CIS valenciano, y eso que la sociología, como afirmaba Borges, tal vez es una ciencia que no existe. Pero es bueno jugar a que existe, y que, por ello, ese

CIS prestará un servicio público a cuatro millones de valencianos, cada vez más mestizos y cosmopolitas, más ecológicos, globalizados y de la Champions League.

Sea, pues, el CIS valenciano. Hará felices a unos cuantos parados de lujo y, gracias a sus estudios y cálculos, nos conoceremos mejor no como pueblo, palabra peligrosa, sino como sociedad: la sociedad valenciana. Y por no caer en viejos errores, dependa ese CIS de las Cortes, que el señor Pla tiene razón en ese detalle orgánico.

Gaspar Llamazares

Junio 2001

No parece que sea Gaspar Llamazares el hombre llamado a contener el desplome de Izquierda Unida, formación que, tras la última desbandada, ya casi solo contiene al Partido Comunista, dos palabras juntas que, si antaño eran marca de rigor, austeridad y esperanza, ahora suenan a algo desfallecido, roto y sin porvenir. Gaspar Llamazares, amigo de Fidel Castro y del desvarío cubano hasta las cachas, ha dedicado parte de su tiempo en el debate sobre el estado de la nación, a prodigar retóricas baldías y truculentas, propias de adolescentes trosquistas en los últimos años de Franco, cuando la universidad española se pobló de raspoutines de la revolución pendiente que pronunciaban grandes dicerios en el patio. Por cierto, hoy esas gentes son apacibles burócratas públicos, no pocas veces favorecidos por chanchullos inconfesables para acceder a su trabajo. Todo muy revolucionario.

Gaspar Llamazares arremete contra la pena de muerte vigente en unos cuantos estados de USA –ignominia absoluta, cierto-, y lleva el tema al palacio de las Cortes como si en San Jerónimo se pudiera cambiar el criterio de los ciudadanos norteamericanos que defienden, sondeo tras sondeo, tan cruel castigo. El forofo de Lizarra, sin embargo, olvida que su amigo Fidel Castro se ha llevado por delante a muchísimos cubanos, procesados a su capricho gracias al ardor obediente de los jueces isleños, que son gente de carnet y de absoluta confianza.

Qué remoto y lúgubre Llamazares. Qué absoluta falta de rigor histórico la suya. ¿Por qué no recuerda también a los más de mil chinos asesinados vía pena de muerte en lo que va de año? ¿Tal vez porque en China también son comunistas, aunque sea el suyo un maoísmo descangayado y pre-capitalista? ¿Acaso no ondea la bandera roja sobre las víctimas aplastadas por los tanques en la plaza de Tiananmen?

El señor Llamazares, que tanto peleó por sustituir, y empeorar, a Paco Frutos, ¿para qué público habla? ¿Para los del machamartillo estalinista? ¿No sé da cuenta de que ya son muy pocos? Da pánico pensar que Almunia, pobretillo, llegó a pactar con Izquierda Unida en las elecciones ruinosas del año pasado. Zapatero, que sabe que el futuro de los votos pasa por el centro liberal

y solidario, ya ni siquiera por el centro-izquierda, alucina cuando escucha a Gaspar Llamazares. Y los ciudadanos en general también, aunque el acendrado castrista más que extrañeza, ya lo que causa es risa.

Vladimiro Montesinos

Julio 2001

En julio de 1993 estuvo en Valencia Vladimiro Ilich Ulianov Montesinos, nacido en 1945 en Arequipa (Perú) e hijo de Francisco Montesinos, un militar admirador de Lenin que terminó suicidándose hacia 1970. Montesinos llegó a Valencia en avión, acompañado por un hombre de su máxima confianza, un tal Wilson Vallejo. Los dos viajeros tomaron un taxi en Manises y a las 14.30 ya estaban en el reservado de un famoso restaurante, próximo a la Gran Vía del Marqués del Turia. Cinco minutos después, llamativamente escoltado, apareció por la puerta del local Luis Roldán, a la sazón director general de la Guardia Civil.

Los dos hombres, que no se conocían, se fundieron en un gran abrazo. Luego se sentaron en la mesa pontifical al tiempo que Wilson Vallejo y los escoltas de Roldán ocupaban otra mesa vecina, aunque situada detrás de un gran biombo decorado con motivos andinos, una pura casualidad que Montesinos tuvo por delicado homenaje a su condición de criollo.

Pronto aparecieron los vinos de la Ribera del Duero, y en su lento paladeo comenzaron a intimar los dos hombres, ambos calvos y en la linde de la cincuentena. Vladimiro Montesinos desgranó una visión muy idílica del Perú de Fujimori, así como de su propia vida, que adornó de falsos y diversos logros, tanto civiles como castrenses. También presumió de un hecho cierto: la caza del delincuente Abimael Guzmán, jefe máximo de la guerrilla de asesinos maoístas llamada Sendero Luminoso. Era precisamente esta captura el motivo del encuentro entre ambos dignatarios en Valencia, ciudad cuyos acuartelamientos visitaba en aquellos días Luis Roldán.

El director general manifestó mucho interés en conocer el operativo estratégico que utilizó Montesinos para detener a Abimael Guzmán. Su entusiasmo, sin embargo, comenzó a decaer a los pocos minutos. Decidió entonces Roldán cambiar de tema y, entre vino y vino lanzó varios comentarios muy privados, de doble sentido. Eran señales muy calculadas de otro tipo de delitos que, recién consumida la “vichissoyse”, ilusionaban mucho más a Roldán que las incidencias novelescas que precedieron a la detención del pope de Sendero Luminoso.

Montesinos, muy ducho, cazó al vuelo las briznas de corrupción que acababa de derramar Luis Roldán sobre el plato de lubina “al estilo de Moncófar”. El peruano esbozó entonces una sonrisa de hiena. En su rastro promotor, Roldán ordenó a sus hombres que abandonaran la trasera del biombo y que deambularan más lejos, en el comedor principal. Wilson Vallejo también se fue con ellos, y pronto se dieron todos a contarse chistes, que unas veces eran de mujeres y otras de españolía.

En el reservado, comenzaban a suceder los momentos más provechosos de la relación de amistad recién nacida. Al principio, y en voz muy baja, Montesinos le comentó a Roldán trucos muy solventes para desfalcicar las arcas públicas. Más, como pronto Roldán le dijera que, por su cargo de vigilante de la ley, estaba al tanto de tamañas maquinarias, Montesinos se calló. Por un momento, no entendía nada. Creyó estar fuera de juego. Pronto, sin embargo, su compañero de mesa le hizo saber cual era su demanda de información. Bastaron dos palabras:

-Islas Caymán.

-¡Ah!, ya te entendí, cholito!, exclamó el de Arequipa. Lo que tu quieres es borrar huellas.

-Todas las huellas.

-Es un asunto muy complejo. Verás...

Una hora larga duró este debate. Salieron a relucir allí nombres de bancos misteriosos, sociedades de paja, testaferros a sueldo, y un sinfín de técnicas de despiste y piratería, de lo más impune y eficaz. El español tomaba nota de todo, y nunca llegó a sospechar que cuanto decían él y Montesinos, era grabado, y también filmado, por la minúscula y potente microcámara de video que Wilson Vallejo logró situar, en apenas tres minutos, y mientras Roldán llegaba, en la frondosidad de un tiesto azul donde crecía un gran poto confidente.

Tomaron el último café a las cinco y cuarto. Quedaron de volver a verse en Lima, cuyo viaje encareció mucho Montesinos, quien manifestó también su gran interés por enseñarle la prisión del Callao, que él mismo había diseñado.

-Un lugar completamente seguro. Allí está Abimael Guzmán.

-Gran bandido, dijo Luis Roldán.

Lugeria

Septiembre 2001

Uno no espera un cielo unánime, cristalino y lento. Qué se le va a hacer. Pero uno sospecha que existe el misterio. Lances casuales que parecen obedecer a algún juego que nos desborda. Lo digo por lo siguiente: esta mañana he ojeado el periódico. He visto una noticia sobre Caboalles de Abajo. Es una población grande, y aparece con cierta frecuencia en la prensa. Pero sólo esta mañana identifiqué Caboalles de Abajo con Lugería. Sólo esta mañana. A Lugería la conocía, sobre todo, a través de las evocaciones que de ella hacían mi abuela y mi madre. Lugería fue una mujer que trabajó en la casa de mis abuelos en los años treinta, en San Antolín de Ibias, Asturias. Yo no estaba allí, claro, pero sugeridas por la voz de mi abuela y de mi madre, me imaginé cosas de Lugería en aquel tiempo. Me quedó un puñado de figuraciones en la memoria: una Lugería que iba a la viña, que lavaba la ropa, que acompañaba a mi madre. Ella me decía que Lugería, adolescente y bondadosa, fue su niñera.

Un día conocí a Lugería. Vivía en Caboalles y su marido era un hombre fino y atento que se llamaba Amador. Cincuenta años después de que Lugería, jovencísima, trabajara en su casa de Ibias, mi abuela fue de nuevo atendida por ella en unos veranos de paz y montaña en Caboalles, en una casa liliputiense, con muchas flores, muy ordenada y limpia, con graciosos detalles, y todo enmarcado en el boscoso valle occidental de Laciana. Hablo de 1983. Mi abuela tenía casi noventa años y Lugería, por entonces, cerca de sesenta y cinco.

Vi hoy la noticia de Caboalles y evoqué todo eso de Lugería. Luego pensé: probablemente habrá muerto. No sé cuando. Nunca la volví a ver. Mi abuela murió poco después de aquel verano y mi madre nueve años más tarde, y en ese intermedio, tan breve, tampoco recuerdo haber hablado de Lugería con ella.

Así pues, dejé a Lugería en la página de Caboalles. En la bruma de la fotografía que ilustraba la noticia. Allí estuvo Lugería, allí estuvo mi abuela, allí fui un día con mi madre a verlas a las dos. Y fue en las páginas finales del periódico, cinco minutos después, que me encuentro con la esquila de Lugería, y supe entonces, ahora, que se apellidaba López Rivera y que tenía

81 años. Y era ella porque había muerto en Caboalles, y era ella porque era viuda de Amador, aquel hombre bueno. Y todo esto no sé si debo decirlo en un periódico, pero creo que sí. Es una fruta leve del misterio. Un triste encanto del tiempo.

Valencia levítica

Enero 2002

Existe una Valencia levítica. Es cosa de mirarla. Un pequeño Vaticano en el solar antiguo de la urbe. Valencia levítica, la de los clérigos y sus extensiones seculares. Bastante poder y toda la gloria. La Valencia levítica es un paisaje de templos y plazas: la catedral, el arzobispado, la facultad teológica, las peatonales explanadas de la fe. Pero también las muchas dependencias diocesanas, y las tiendas de objetos litúrgicos, cuyos escaparates otean grupos de muchachos célibes que han regresado al "clergyman", como en los años sesenta, recién abolida la sotana. Muchachos venidos desde las comarcas interiores y las exteriores que van en bandadas de fervor por las aceras de la plaza de la Reina, y que se cruzan con los mozos anglicanos que beben cervezas en los "pubs".

Valencia levítica de los tribunales eclesiásticos, con sus defensores del vínculo y sus abogados del diablo. Viejos cánones, adustas jurisprudencias, y la precisión de los refranes latinos que corren de boca en boca, como un rumor de abogados y procuradores, todos atentos al gran barullo jurídico que sobrevive a los matrimonios rotos de los devotos. Matrimonios rotos y también ratos y no consumados, o consumados y vueltos a romper, o ni una cosa ni la otra, sino todo lo contrario, y en esa duda avanza el bisbiseo de las pruebas procesales, con los testigos al loro, y todo termina en la sentencia salvífica, cuanto ya tintinea el precio de la anulación bajo las campanadas catedralicias, con los niños al fondo, pobres niños, dicen; ellos son los que siempre pagan el pato.

Hay una Valencia levítica de ahora mismo, cuando ya están tan lejos los años aquellos de la Iglesia y el Estado juntos, pareja de mucha vigilancia, con su rigodón de obispos nombrados por Franco, posbélico y grandioso desatino. Están lejos los grandes congresos eucarísticos, cuando toda la ciudad era un clamor de chicos y chicas congregantes, tanta virginidad y contención, tantos uniformes en el desfile, y tanta pasión por España, Dios y el Papa, todo junto, y por la revolución nacionalsindicalista, y el padre Peyton sobre el púlpito callejero, dominando a las masas con sus sermones plenos de emoción y de efectos especiales.

Sí, los tiempos han cambiado mucho y el señor arzobispo metropolitano bien lo sabe; él, que pasó tantos años en el foro, cerca de los comunicados oficiales y los altos lances de la política y el presupuesto. Por eso se afana el monseñor. Por eso sonríe y actúa, que es hora de "aggiornar" la fachada cristiana de la urbe, de tantear el nuevo catolicismo para Valencia. Y en aras de esa dignísima tarea pastoral, se adecentan locales, se modifican anagramas y nombres de instituciones piadosas, se erigen y bendicen centros del saber, se gestionan subvenciones y ya se habla de medios de comunicación masiva propios, y para que todo lleve a un nuevo esplendor de las instancias que difunden el dogma y aquilatan la moral.

La Valencia levítica se moderniza: se atavía de jóvenes de bien, de parejas de sacrificio, de siglas y potestades. Y cabe preguntar si en ese plan cosmopolita y marmóreo, entre electrónico y circunspecto, resultan incómodos nuestros queridos clérigos del nacionalismo, gente comarcal apegada a su grey, santos patronos de pueblos y valles, regaladores de su tiempo, curas que escuchan y consuelan, que trabajan a pie de obra. La Valencia levítica no es que no los aprecie, es cierto, pero tampoco los preconiza. Ellos que permanezcan en los pueblos, en sus labores y trinos, y quien sabe si por ahí apareció el infortunio del obispo Sanus, que se fue quedando sin obispalía y luego sin habitación, que no tardaron en invitarle a buscarse el cobijo en las afueras del Real Colegio.

Valencia levítica, con su timbre conservador. Viejas palabras y conceptos, estrategias y avisos revolotean más que nunca alrededor de sus torres venerables: "privatización", "obras", "políticos afines", y muchas otras voces parecidas, todas hermanadas en poner diques contra el laicismo que abruma y crece. Y mientras esta lucha incruenta se sustancia, llegan algunos disgustos, muy serios. Por ejemplo, la ley autonómica de parejas de hecho, infame texto para los altos dignatarios de la Valencia levítica, y piedra de escándalo para los selectos votantes que tal vez ya añoran un partido político demócrata cristiano, todo se andará.

Valencia levítica: fru-frú de capelos bajo las palomas de la plaza de la Virgen. Campo de trabajo de la ambición y la fe. Tan terrenal como hace dos mil años, tan perfecta. Por algo me dijeron, cuando estudié el derecho canónico, que la única sociedad perfecta era la Iglesia.

Cajas destempladas

Enero 2010

Era fácil intuir el fracaso de las negociaciones entre Caja España y Caja Duero: bastaba ver el rostro severo de los que se sentaban a cada lado de la mesa. Gestos adustos, desconfianzas viejas, provincianismos irredentos. Como si entre León y Salamanca hubiera diez mil kilómetros. Y varias religiones y culturas. O un desierto lleno de alacranes gigantes.

La clave de este desencuentro cantado es la de siempre: las sedes. Porque los gerifaltes no pueden estar a la vez, en dos ciudades, en León o Salamanca. O en Valladolid y Segovia. No es posible. Hay que elegir una capital. De ahí viene el gran problema.

Es decir, el gran problema estriba en lo que no le importa al ciudadano, al impositor, al cliente. A ellos, por lo general, no les resulta decisivo saber que la sede estará en León o en Salamanca; pero a los cargos parapolíticos que rigen las cajas sí les importa mucho. Y a los sentimentales de no sé qué. Porque no sé qué sentimentalismo puede despertar que unas oficinas estén en una ciudad o en otra.

En todo caso, despertarán intereses hosteleros o inmobiliarios. Por lo demás, a un señor que necesita financiación (y al que, si tiene mucha suerte, se la concederán con cuentagotas) le da lo mismo que se la tramiten en la caja regional que en un banco esloveno.

La identidad leonesa, desde luego, no está en juego en el devenir de Caja España. Lo que sí está son los intereses de los gestores de esas entidades añejas, politizadísimas, extrañas y, hoy por hoy, necesarias.

Porque la fusión implica reducir puestos de consejeros muelles, tan útiles para colocar a políticos que se han quedado sin sueldo público, y que tienen que comer. Y que obedecer. También a sindicalistas dóciles. Aparte de ello, la fusión acarrea asuntos mucho más dolorosos como cerrar oficinas y destruir puestos de trabajo.

La Comunidad de Castilla y León tiene mucho espacio, ciudades extraordinarias, un gran peso histórico y cultural, pero también tiene un problema muy duro: su población total no rebasa en mucho a la de la pequeña provincia

de Alicante. Es decir, falta demografía, falta sociedad para tantas instituciones beneméritas entre las que destacan cuatro universidades públicas y nueve diputaciones provinciales, aparte de la propia administración autonómica.

Sucede lo mismo con las cajas. Y aunque la aparición de Caja España y Caja Duero supuso un gran avance, ahora toca dar el paso más difícil, el de la fusión entre ambas. Al que deberían incorporarse las cajas díscolas del Arlanzón. Y las sureñas. Con el objetivo razonable de que hubiera solo una gran caja autóctona; entidad que, por otra parte, no sería tan grande al lado de gigantes como La Caixa o Cajamadrid.

La fusión es ineludible y no puede malograrse por asuntos de poltronas o sedes geopolíticas. Si no hay acuerdo, que se distribuyan vergonzantemente las competencias entre varias ciudades. Aunque sea poco operativo. Porque menos operativo aún es mantener cajas en crisis. Cajas grandipequeñas.

El siguiente artículo no es inédito, pertenece al periódico "La Nueva Crónica". Está dedicado al Insituto de Estudios Bercianos y por eso queremos incluirlo en esta publicación.

El IEB

2 junio 2019

Hace sesenta años que se fundó el Instituto de Estudios Bercianos, el IEB. Lo creó un grupo de patricios de la cultura, que no del dinero y del poder. Unas personas a las que unía su amor por la tierra del Bierzo, por ese universo que nunca fue una comarca, sino una microrregión. Un crisol de todos los noroestes, una prodigiosa y romántica constelación de pequeñas demarcaciones parecidas y distintas entre sí, todas con su particular encanto. Que no es lo mismo Ancares que Valdueza, Fornela que el Selmo, Valcarce que el Bajo Bierzo; el Alto que Ponferrada, la Somoza que Molinaseca, Ribas del Sil que Cacabelos. El Bierzo es muy rico y complejo, y quienes fundaron el IEB lo sabían. Lo querían. Y lucharon por él.

Aquellas noticias y tiempos primeros, que vislumbré en mi infancia, los podríamos simbolizar en un hombre, Paco González, el Inglés, historiador y poeta, pelirrojo y asténico, dibujante, profesor luego en Aragón, y persona dinámica, lúcida, gran sabio de bibliotecas y búsquedas. Y con Paco había otras gentes, que no hemos olvidado: Amalio Fernández, Andrés Viloria y tantos más.

Vinieron después años languidecientes, de práctica inactividad, pero el proyecto rebrotó con entusiasmo y casi sin apoyos allá por 1974, que fue cuando yo anduve, con toda mi modestia juvenil, metido en el ajo. Desde entonces todo ha sido crecer, ofrecer, acoger, promover, editar, y tantos otros verbos virtuosos e imprescindibles pese a la habitual levedad de sus presupuestos. El IEB es una gran herramienta para la historia del Bierzo desde la antigüedad. Una casa civil, polifacética, cuyo quehacer, tan sólido, nos interesa siempre. Aunque tal vez un poco más cuando centra sus esfuerzos en las décadas recientes. Donde su mensaje encuentra más complicidad y enseñanza. En todo caso, también nos apasiona indagar el tiempo remoto de los monjes de la Tebaida española allá por el siglo VIII.

El IEB merece el reconocimiento de todos los bercianos que aman a su tierra, y que, por ello, y por natural extensión, se sienten concernidos por cualquier realidad cultural se halle donde se halle. Ser berciano es ser tan admirador de las Médulas como de la Roma imperial. Del sagrado valle monástico del Oza como de la antigua Grecia. Del tiempo, el arte y los caminos estén donde estén. Pero, eso sí, hacerlo desde el Bierzo. Mirar el mundo y salir a él desde estos valles hermosos que siempre saben esconder su misterio, siempre. Por eso, también, el Bierzo, es doblemente interminable.